

# LA CREMA DE LA CIENCIA FICCION

Los mejores cuentos  
elegidos por sus autores

Brian W. Aldiss

Isaac Asimov

Alfred Bester

Ben Bova

Ray Bradbury

John Brunner

L. Sprague de Camp

Terry Car

Arthur C. Clarke

Jack Dann

Alan Dean Foster

Harry Harrison

Ursula K. Le Guin

Barry N. Malzberg

Anne McCaffrey

Larry Niven

Doris Piserchia

Frederik Pohl

Robert Silverberg

Brian Stableford

A. E. van Vogt

Connie Willis

Gene Wolfe

Lectulandia

Estos cuentos fueron escritos entre 1929 y 1983, pero el periodo de tiempo en que se ubican las historias va mucho más allá en el pasado y aun mucho más allá hacia el futuro.

Curiosamente, aunque los cuentos de este volumen abarcan un período de tiempo tan enorme, más bien tienden a quedarse en casa en lo que se refiere al espacio. Diecisiete de ellos jamás salen del planeta tierra. Cuatro de los obras restantes no van más allá de los límites de nuestro propio sistema solar. Sólo tres de los cuentos que ustedes van a leer se aventuran más allá...

Éstas son historias del ayer, del hoy, del mañana; de aquí y del más allá. Son cuentos de la vida en sus muy diversas formas, de la tecnología, tanto benéfica como maligna, de aventura y romance, de muerte. En ellos hay robots y seres extraños, naves espaciales y científicos, distorsiones del tiempo y viajes temporales y de teleportación.

Veinticuatro de los más grandes autores de ciencia ficción, veinticuatro de las más grandes historias de ciencia ficción, con introducciones escritas por los autores mismos, donde explican cómo nacieron estas historias, por qué, y por qué las consideran sus mejores historias. Espero que las disfruten.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **La crema de la ciencia ficción**

**Los mejores cuentos elegidos por sus autores**

ePub r1.0

rafcastro 19.02.2018

Título original: *Top Science Fiction*

AA. VV., 1984

Traducción: Alicia Steimberg

Retoque de cubierta: rafcastro

Editor digital: rafcastro

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Vicki, con amor*

## Agradecimientos

En primer lugar, mi más profundo agradecimiento a los autores, que eligieron los cuentos y escribieron introducciones para este volumen; sin su colaboración, estímulo y apoyo, *La Crema de la Ciencia Ficción* no habría sido posible. Entre los numerosos agentes con quienes traté durante el armado de esta colección tres en particular me brindaron una ayuda inapreciable: Virginia Kidd, Leslie Flood (de la Agencia Literaria P. J. Carmell) y Russ Galen (de Scott Meredith). Don Congdon y Larry Sterning fueron también muy amables y útiles. Mi agradecimiento a Liza Ernest y Florence Eichin de Doubleday & Company de Nueva York, a Paul Heskst de Colombo y a John Bunch, Frank Williams y a la Bahrain School de Manama, por sus muchas atenciones. Peter Pautz, secretario ejecutivo de Science Fiction Writers of America, me proporcionó una enorme cantidad de información importante, lo mismo que Edward D. Hoch. Finalmente mi gratitud y cariño a Vicki y Martha Jones, que compartieron su vida conmigo durante los seis meses de la gestación de *La Crema de la Ciencia Ficción*.

## Introducción

A principios de 1983, escribí a más de cien de los grandes autores vivos de ciencia ficción, invitándolos a seleccionar el mejor cuento de ciencia ficción que hubieran escrito, o el preferido por ellos o el que sentían como más representativo de su trabajo en el género, y a escribir una introducción para él.

Más de la mitad de estos autores respondieron a mi pedido. La mayoría envió un solo cuento corto como yo había pedido. Algunos enviaron dos o tres o más, sugiriendo que fuera yo quien hiciera la selección final. Arthur C. Clarke respondió con una reveladora autoevaluación de su obra de ciencia ficción que cito aquí con su permiso: «Me pides que mencione tres cuentos diferentes. Probablemente mi favorito es “Tránsito de la Tierra”; tal vez el mejor sea “The Nine Billion Names of God” o “The Star”; y creo que mi cuento más representativo es “The Sentinel”. Te doy uno de yapa: “A Meeting With Medusa”, tiene elementos de todos ellos... es uno de mis cuentos favoritos, uno de los mejores, y creo que muy representativo de mi obra». (Finalmente Clarke optó por «Tránsito de la Tierra», y en la introducción que escribié especialmente para este libro ya verán ustedes que lo considera el mejor).

Algunos de los cuentos que recibí eran demasiado largos como para incluirlos en esta colección. Alrededor de una docena de autores prometieron enviarme un cuento... y no lo hicieron. Y muchos no respondieron a mi carta. Pero a pesar de todo eso, recogí unas setecientas páginas de material de primer nivel, cuarenta y nueve historias maravillosas elegidas y presentadas por los autores mismos. El libro completo será publicado en Holanda en dos volúmenes, pero para esta edición he condensado la antología hasta reducirla a aproximadamente la mitad de su tamaño original, para hacer un solo volumen, más manuable.

Las historias que presentamos aquí son veinticuatro de los más vigorosos cuentos de ciencia ficción que hayan sido escritos por veinticuatro de las más consagradas luminarias y los más promisorios nuevos autores del género, que abarcan toda la historia de la ciencia ficción desde el clásico de Jack Williamson de 1929 «El expreso cósmico» hasta «Una pequeña amabilidad» de 1983 por el Gran Ben Bova... pasando por cuentos de la década del cuarenta, del cincuenta, del sesenta y del setenta.

Estos cuentos fueron *escritos* entre 1929 y 1983, pero el periodo de tiempo en que se ubican las historias va mucho más allá en el pasado y aun mucho más allá hacia el futuro. «Los hombres que asesinaron a Mahoma» de Alfred Bester nos remonta al asesinato de George Washington en 1775, de Cristóbal Colón en 1489 y de Mahoma mismo en los años 599 y 598, mientras que Robert Silverberg nos lleva al año 1999, Ray Bradbury al año 2026, Frederik Pohl al millonésimo día de la Era Cristiana, es decir, alrededor del año 3000, y Brian W. Aldiss a la casi irreconocible «Ing land» del siglo LXXXIII.

Curiosamente, aunque los cuentos de este volumen abarcan un período de tiempo tan enorme, más bien tienden a «quedarse en casa» en lo que se refiere al espacio. Diecisiete de ellos jamás salen del planeta Tierra: suceden en la Florida de Gene Wolfe, en la California de Alan Dean Foster, en la Contadora de John Brunner, en la Yugoslavia de Harry Harrison, en la Grecia de Bova y en la «You-Rohp» de Aldiss. Cuatro de las obras restantes no van más allá de los límites de nuestro propio sistema solar: Terry Carr y Arthur C. Clarke nos llevan a Marte, Jack Williamson a Venus y con Brian Stableford hacemos un viaje cataclísmico a bordo del asteroide Lamarck. Sólo tres de los cuentos que ustedes van a leer se aventuran más allá: «La nave que cantaba» de Ann McCaffrey nos lleva hasta los últimos confines de los Mundos Centrales, Barry Malzberg nos sumerge en la galaxia negra de una estrella neutrónica y, en «Una galaxia llamada Roma», Alicia Steimberg nos columpia entre el espacio y el tiempo, hasta el comienzo del fin del Universo.

Éstas son historias del ayer, del hoy, del mañana; de aquí y del más allá. Son cuentos de la vida en sus muy diversas formas, de la tecnología, tanto benéfica como maligna, de aventura y romance, de muerte. En ellos hay robots y seres extraños, naves espaciales y científicos, distorsiones del tiempo y viajes temporales y de teleportación. En estas páginas, además, leerán ustedes un relato de Larry Niven sobre el origen de la vida en la Tierra, y la impresionante crónica de Connie Willis del *fin* de la vida en la Tierra, y el retrato de Ray Bradbury de la decadencia que sigue al holocausto final.

Veinticuatro de los más grandes autores de ciencia ficción, veinticuatro de las más grandes historias de ciencia ficción... con introducciones totalmente nuevas escritas por los autores mismos, donde explican cómo nacieron estas historias, por qué, y por qué las consideran sus mejores historias. Espero que las disfruten.

Josh Pachter  
Diciembre de 1983



# **Todas las lágrimas del mundo**

*Brian W. Aldiss*

*Releer una historia escrita hace más de un cuarto de siglo es como mirar a los ojos a un extraño. Puede ser una experiencia perturbadora. «Todas las lágrimas del mundo» todavía me resulta perturbador, aunque la mayor parte de la ficción que escribí en esa época carece de valor actualmente.*

*Ésta fue una de las primeras historias que escribí después de que empezaron a publicarme. Ese período particular es siempre muy estimulante en la vida de un escritor: siente su poder y se da cuenta de que también otros comienzan a sentirlo. Si ha de convertirse en un escritor importante, en esa época encontrará —o ya habrá encontrado— la clase de tema sobre el que desea escribir, o sobre el que tiene que escribir durante el resto de su carrera.*

*En realidad, no hay muchos temas sobre los que valga la pena escribir, y la mayoría de esos temas es común a la ciencia ficción y al resto de la literatura: el amor, el nacimiento, la esperanza, la desilusión, la lucha, la muerte. Lo que distingue a un escritor de otro es el tratamiento de estos temas fundamentales.*

*Incluyo «la desilusión» en mi lista de temas fundamentales, porque reconozco que gran parte de mi propia ficción ha sido una triste comedia de la desilusión. Pero uno puede desilusionarse una y otra vez y sin embargo conservar la esperanza... suficiente esperanza, por lo menos, como para escribir sobre una nueva desilusión...*

*Esta pequeña historia señala el aislamiento entre las personas —un aislamiento incrementado por nuestra cultura tecnológica— y materializa ese aislamiento en un extraño romance. En la historia todo está relacionado con el carácter efímero de las cosas de este mundo. Hasta Inglaterra ha desaparecido.*

*Los lectores saben lo que los críticos olvidan: que mirar al dolor de frente produce un extraño consuelo, al menos en la ficción. El consuelo viene, además, de las yuxtaposiciones surrealistas que hay dentro de la historia... la desolación combinada con lo que ahora llamamos alta tecnología, la exuberancia combinada con el desierto, la luz en contraste con la oscuridad, el conflicto de los impulsos de vida y de muerte. Todos los elementos que desde entonces viven en mi ficción están prolijamente presentados en esta temprana historia.*

*Recientemente he escrito otras historias muy emparentadas con ésta... tal vez vean la luz algún día...*

Era el último día del último verano del siglo LXXXIII d. C.

Tarareando en voz baja, a gran altura en la estratosfera, viajaba en su balsa J. Smithlao, de profesión psicodinamista, sobre el Sector 139 de Ing Land. Comenzó a descender. Bajaba oblicuamente, como zambulléndose, hasta que volvió a ponerse horizontal y quedó oscilando en el aire sobre la propiedad de Charles Gunpat, eligiendo su curso sin que Smithlao le prestara atención.

Para Smithlao ése era un trabajo de rutina. Iba, como psicodinamista de Gunpat, a hacerle un tratamiento de estímulo del odio. Su rostro moreno revelaba aburrimiento al mirar la réplica de los exteriores en sus telepantallas. Curiosamente, al hacerlo vio a un hombre que se aproximaba a pie a la propiedad de Gunpat.

—Debe de ser un loco —murmuró para sí.

Bajo la balsa que disminuía su velocidad, el paisaje era tan nítido como una heliografía. Los campos empobrecidos formaban rectángulos impecables. Aquí y allá, algún robot mantenía a la naturaleza en su propia imagen funcional: no se desgranaba una sola arveja sin supervisión cibernética: no llegaba ninguna abeja a los estambres sin que un radar controlara su vuelo. Cada pájaro tenía un número y una señal de llamada, y en cada ejército de hormigas marchaban las hormigas metálicas para transmitir información, contando los secretos del hormiguero hasta volver a la base. Cuando caía la lluvia, caía sobre un lugar predeterminado. El viejo y amable mundo de los factores azarosos había desaparecido bajo la presión del hambre.

Ningún ser vivo vivía sin control. Las enormes poblaciones de los siglos anteriores habían agotado la tierra. Sólo la más estricta parsimonia, unida a un régimen sin piedad, producía suficiente alimento para la pequeña población actual. Los miles de millones habían muerto de hambre; los centenares que seguían vivos estaban al borde del hambre.

En la estéril prolijidad del paisaje, la propiedad de Gunpat parecía un insulto. Abarcaba dos hectáreas, era una pequeña isla de vida salvaje. Los álamos altos y desgredados cercaban el perímetro, invadiendo el césped y la casa. La casa misma, la principal del Sector 139, estaba construida con grandes bloques de piedra. Tenía que ser fuerte para resistir el peso de los servimecanismos, que, aparte de Gunpat y su hija loca, Ployploy, eran sus únicos ocupantes.

Smithlao vio la figura humana que avanzaba a pie hacia la propiedad al descender con su balsa más abajo del nivel de los árboles. Por una enorme cantidad de razones, lo que veía era muy poco común. Como la gran riqueza material del mundo era compartida por comparativamente muy pocas personas, nadie era tan pobre como para tener que ir caminando a alguna parte. El creciente odio del hombre hacia la naturaleza, acicateado por la idea de que ella lo había traicionado, convertiría esa caminata en un castigo... a menos que esa persona fuera loca, como Ployploy.

Apartando la figura de sus pensamientos, Smithlao aterrizó con la balsa en una extensión de piedra frente a la casa. Se alegraba de bajar: era un día ventoso, y los altos cúmulos que había tenido que atravesar para descender estaban llenos de

turbulencias. La casa de Gunpat, con las ventanas ciegas, las torres, las terrazas interminables, los adornos innecesarios y el enorme pórtico, le parecía una torta de bodas abandonada.

Su llegada estimuló una actividad inmediata. Robots de tres ruedas se acercaron a la balsa desde diferentes direcciones, blandiendo armas atómicas livianas al acercarse.

Nadie, pensó Smithlao, podía entrar en ese lugar sin ser invitado. Gunpat no era un hombre amable, ni siquiera considerando la poca amabilidad reinante en su época; la desgracia de tener una hija como Ployploy había servido para acentuar el lado más malhumorado de su temperamento melancólico.

—Identifíquese —exigió la máquina jefe. Era fea y chata, y recordaba vagamente a un sapo.

—Soy J. Smithlao, el psicodinamista de Charles Gunpat —replicó Smithlao; tenía que repetir ese procedimiento en cada visita. Mientras hablaba, mostraba su rostro a la máquina. La máquina hizo un ruido, al controlar la imagen y la información con la que tenía en su memoria. Finalmente dijo:

—Usted es J. Smithlao, el psicodinamista de Charles Gunpat. ¿Qué desea?  
Maldiciendo su monstruosa lentitud, Smithlao respondió al robot:

—Tengo una cita con Charles Gunpat para administrarle un estímulo del odio, a las diez —y esperó que la máquina digiriera esta información.

—Usted tiene una cita con Charles Gunpat para administrarle un estímulo del odio, a las diez —confirmó el robot finalmente—. Sígame.

Echó a rodar con sorprendente gracia, hablando con los otros dos robots, tranquilizándolos, y repitiéndoles mecánicamente:

—Éste es J. Smithlao, el psicodinamista de Charles Gunpat. Tiene una cita con Charles Gunpat para administrarle un estímulo del odio, a las diez —... Por si no habían captado esos hechos.

Entretanto, Smithlao habló a su balsa. La parte de la cabina que lo contenía se separó del resto y apoyó las ruedas en el suelo, convirtiéndose en un sedán. En ese vehículo, Smithlao siguió a los otros robots hacia la casa grande.

Se levantaron las persianas automáticas que cubrían las ventanas y Smithlao se encontró en presencia de otros seres humanos. Sólo podía ver y ser visto por vía de las telepantallas. El odio (equivalente al miedo) que el hombre sentía por su prójimo no podía tolerar una mirada directa.

Una detrás de la otra, las máquinas treparon por las terrazas, atravesaron el gran pórtico donde las cubrió una gran niebla de desinfectante, pasaron por un laberinto de corredores y llegaron a la presencia de Charles Gunpat.

El rostro moreno de Gunpat en la pantalla de su sedán sólo mostraba un ligero desagrado al ver a su psicodinamista. Generalmente era así, muy controlado: eso resultaba negativo en sus reuniones de trabajo, donde la idea era intimidar a los opositores con espléndidos despliegues de furia. Por esa razón, Smithlao siempre era

llamado a administrar un estímulo del odio cuando aparecía algo importante en la agenda del día. La máquina de Smithlao lo llevó a un metro de distancia de la imagen de su paciente, mucho más cerca de lo que indicaba la cortesía.

—He llegado tarde —comenzó Smithlao, hablando con objetividad—, porque no toleraba la idea de estar en tu repugnante presencia un solo minuto antes de la hora. Esperaba que si dejaba pasar tiempo suficiente, algún feliz accidente podría haber eliminado esa estúpida nariz de tu —¿cómo llamarla?— *cara*. Lamentablemente allí está todavía, con esas dos fosas nasales que ascienden como cuevas de ratas hasta el cráneo. A menudo me pregunto, Gunpat, si a veces no te enganchas los pies en esos agujeros y caes hacia adelante.

Observando cuidadosamente la cara de su paciente, Smithlao sólo advirtió una ligera sombra de irritación. Sin duda, Gunpat era difícil de alterar. Afortunadamente, Smithlao era un experto en su profesión: procedió a buscar un insulto más sutil.

—Pero, por supuesto, tú nunca caerías hacia adelante —prosiguió—, porque eres tan lamentablemente ignorante que no distingues arriba de abajo. Ni siquiera sabes cuántos robots suman cinco. ¡Por favor!, cuando te llegó el turno de ir a la capital, al Centro de Apareamiento, ni siquiera te diste cuenta de que ésa era la única oportunidad que tiene un hombre de salir de detrás de su pantalla. ¡Pensabas que podías hacer el amor por tele! ¿Y cuál fue el resultado? Una hija chiflada... ¡una sola hija y chiflada, Gunpat! ¿No te dan ganas de llorar? Pienso cómo deben de morir de risa tus rivales de Automoción, chiquito mío. «El lunático Gunpat y su hija chiflada. No se pueden controlar los genes», estarán diciendo.

Los ataques comenzaban a hacer el efecto deseado. El rostro de Gunpat enrojeció.

—Ployploy no tiene nada, excepto que es recesiva... ¡tú mismo lo dijiste! —saltó. Comenzaba a responder: buena señal. Su hija era un punto débil en su armadura.

—¡Una recesiva! —se burló Smithlao—. ¿Hasta dónde es posible retroceder? Es tierna, ¿me oyes? A ti te hablo, el del pelo en las orejas... ¡quiere *amar*! —soltó una carcajada irónica—. ¡Ah, es obsceno, Gunny-boy! Esa muchacha no podría odiar aunque fuese para salvar su vida. Es como un salvaje. ¡Peor que un salvaje, está loca!

—No está loca —dijo Gunpat, aferrándose a los costados de su pantalla. Con ese ritmo, estaría listo para la conferencia en diez minutos.

—¿No está loca? —preguntó el psicodinamista, con un dejo sarcástico en la voz—. No, Ployploy no está loca: el Centro de Apareamiento sólo le negó el derecho a reproducirse, eso es todo. El Gobierno Imperial sólo le negó el derecho a televotar, eso es todo. Los Comercios Unidos sólo le negaron una Tarjeta de Consumo, eso es todo. Educación Inc. sólo la restringió a recreaciones beta, eso es todo. Está prisionera aquí porque es un genio, ¿verdad? Estás loco, Gunpat, si no crees que esa muchacha es una absoluta y total demente. Ahora me dirás, con tu boca grotesca y colgante, que no tiene el rostro blanco.

Gunpat tragó saliva.

—¡Te atreves a mencionar eso! —respondió, jadeando—. Y si su cara es... de ese

color... ¿qué?

—Haces preguntas tan tontas, que casi no vale la pena molestarse contigo — respondió Smithlao con suavidad—. Tu problema, Gunpat, es que tu cabezota huesuda es totalmente incapaz de absorber un simple hecho histórico. Ployploy es blanca porque es un pobre ser con elementos atávicos. Nuestros antiguos enemigos eran blancos. Ocupaban esta parte del planeta, Ing Land y You-Rohp, hasta que nuestros antepasados se alzaron en Oriente y les arrebataron los antiguos privilegios que habían disfrutado durante tanto tiempo a nuestras expensas. Nuestros antepasados se mezclaron con los derrotados que sobrevivieron, ¿verdad? Y en algunas generaciones, la veta blanca quedó disminuida, diluida, se perdió. No se ha visto un rostro blanco en la Tierra desde antes de la terrible Era de la Superpoblación: hace unos mil quinientos años, digamos, para ser generosos. Y *entonces*:...el pequeño Lord Gunpat vomita una, un perfecto ejemplar. ¿Qué te dieron en el Centro de Apareamiento, una *mujer de las cavernas*?

Gunpat explotó de furia, sacudiendo el puño ante la pantalla.

¡Estás despedido, Smithlao! ¡Esta vez has ido demasiado lejos, incluso considerando que eres un podrido psicólogo! ¡Fuera! ¡Vamos, fuera! ¡Y no vuelvas nunca más! ¡Te has cerrado la puerta de esta casa para siempre!

Bruscamente gritó a su auto-operador que apretara el botón para llevarlo a la conferencia. Estaba en condiciones ideales para tratar con Automoción y con los otros malhechores.

Cuando la furiosa imagen de Gunpat desapareció de la pantalla, Smithlao suspiró y se aflojó. El estímulo del odio estaba cumplido. En su profesión, ser despedido por un paciente al final de una sesión era el supremo elogio: Gunpat tendría aun más interés en contratarlo la próxima vez. De todas maneras, Smithlao no tenía sensación de triunfo. Para su trabajo se requería una profunda exploración de la psicología humana; tenía que saber exactamente cuáles eran los puntos más dolorosos en la estructura de un hombre. Actuando sobre esos puntos con suficiente habilidad podía empujar al hombre a la acción.

Si no se los estimulaba, los hombres eran presas desvalidas del letargo, trapos arrastrados por las máquinas. Los antiguos impulsos habían muerto y desaparecido.

Smithlao permaneció donde estaba, contemplando el pasado y el futuro.

Al agotar la Tierra, el hombre se había agotado a sí mismo. La psiquis y un suelo viciado no podían existir simultáneamente; era simple y lógico.

Sólo las mareas declinantes del odio y la furia daban al hombre suficiente ímpetu como para seguir adelante. Fuera de eso, no era más que una mano muerta en su mundo mecanizado.

«¡De manera que así es como se extingue una especie!», pensó Smithlao, y se preguntó si algún otro había pensado lo mismo. Tal vez el Gobierno Imperial sabía todo al respecto, pero no podía hacer nada; al fin y al cabo, ¿qué más se podía hacer que lo que se hacía?

Smithlao era un hombre chato... hecho inevitable en una sociedad limitada por las castas, tan débil que no podía enfrentarse a sí mismo.

Una vez descubierto el terrorífico problema, Smithlao se dispuso a olvidarlo, a evadir su impacto, a esquivar cualquier implicación personal que pudiera tener. Mascullando una orden a su sedán, dio vuelta y emprendió el regreso.

Como los robots de Gunpat ya se habían retirado, Smithlao viajó solo desandando el camino que había hecho para llegar. Llegó afuera y volvió a la balsa que se encontraba silenciosa entre los álamos.

Antes de que el sedán volviera a incorporarse a la balsa, Smithlao percibió un movimiento. Oculta a medias por la galería, estaba Ployploy en un ángulo de la casa. Por un repentino impulso de curiosidad, Smithlao bajó del sedán. Al aire libre, sintió una brisa y el perfume de las rosas, las nubes y todo lo verde que oscurecía al aproximarse el otoño. Smithlao sintió miedo, pero un impulso de aventura lo llevó a seguir adelante.

La muchacha no miraba en dirección a él: miraba hacia la barricada de árboles que la separaban del mundo. Cuando Smithlao se aproximó, la joven retrocedió al fondo de la casa, sin dejar de mirar atentamente. Él la siguió con cautela, aprovechando la cobertura que le ofrecía una pequeña plantación. Cerca de él, un jardinero de metal seguía blandiendo la guadaña sobre un borde de pasto, sin percibir su existencia.

Ployploy ya estaba en la parte trasera de la casa. El viento desordenaba su largo vestido y lo llenaba de hojas secas. Más tarde, el jardinero recogería los pétalos caídos de los senderos, el césped y el patio; en ese momento se arremolinaban a los pies de la joven.

La extravagante arquitectura dejaba en sombras a Ployploy. Una fantasía rococó de la antigua Italia mezclada con el ingenio chino para los portales y los techos fantásticos. Balaustradas que subían y bajaban, escaleras que ascendían alrededor de arcadas circulares, aleros grises y azules que casi llegaban al suelo. Pero todo estaba tristemente abandonado: la enredadera, que ya comenzaba a tomar sus gloriosos colores de otoño, luchaba por derrumbar las estatuas de mármol; colchones de pétalos de rosas obstruían todas las escaleras. Y todo eso formaba un fondo ideal para la melancólica figura de Ployploy.

Excepto sus delicados labios rosados, su rostro estaba totalmente pálido. Tenía el cabello muy negro y lacio, recogido en la nuca, y luego caía en cascada hasta su cintura. Realmente parecía loca, con sus ojos melancólicos clavados en los grandes álamos y su mirada que parecía quemar todo lo que tocaba. Smithlao se volvió para ver qué era lo que miraba con tanta fuerza.

El hombre salvaje que había observado desde el aire se abrió paso entre los matorrales rodeando los troncos de los árboles.

Cayó una lluvia repentina, que tamborileó sobre las hojas secas de los arbustos. Como una lluvia de primavera, terminó en un instante; durante el momentáneo

chaparrón, Ployploy no cambió de posición, y el hombre no levantó la mirada. Luego salió el sol, arrojando las sombras de los álamos en cascada sobre la casa, y en cada flor había una gota de lluvia.

Smithlao recordó lo que había pensado en la habitación de Gunpat sobre el próximo fin del hombre. Y en ese momento hizo este agregado: Sería muy fácil para la naturaleza, cuando el hombre parásito se extinguiera, volver a empezar.

Esperó, tenso, porque conocía un fragmento del drama que iba a desarrollarse ante sus ojos. Por el césped brillante, un objeto pequeño con ruedas se escurrió, saltó por los escalones y desapareció a través de una arcada. Era un guardia del perímetro, que salía a dar la alarma, a avisar que había un intruso cerca.

Un minuto después volvió. Lo acompañaban cuatro grandes robots; Smithlao reconoció a uno de ellos como la máquina parecida a un sapo que lo había detenido al llegar. Avanzaron cuidadosamente entre los rosales, como cinco amenazas de diferentes formas. El jardinero de metal murmuró algo para sí mismo, dejó de cortar el césped y se unió a la procesión que iba hacia el hombre salvaje.

«No tiene más posibilidades de sobrevivir que un perro», se dijo Smithlao. La frase tenía significado: todos los perros, declarados supernumerarios, habían sido exterminados mucho tiempo atrás.

En esos momentos el hombre desesperado había roto la barrera del matorral y llegaba al borde del césped. Arrancó una ramita con hojas de un arbusto y la prendió a su camisa de manera que oscurecía parcialmente su rostro; prendió otra rama a sus pantalones. Al acercarse a los robots, levantó los brazos por encima de su cabeza, sosteniendo una tercera rama con las manos.

Las seis máquinas lo rodearon, murmurando y resoplando suavemente.

El robot-sapo hizo un *click*, como si pensara qué hacer a continuación.

—Identifícate —ordenaron.

—Soy un rosal —respondió el hombre salvaje.

—Los rosales tienen rosas. Tú no tienes rosas. No eres un rosal —respondió el sapo de acero. Su arma más grande y más alta apuntó al pecho del hombre.

—Mis rosas están muertas —respondió el hombre salvaje—, pero todavía tengo hojas. Pregúntale al jardinero si no sabes lo que son las hojas.

—Este objeto es un objeto con hojas —dijo de inmediato el jardinero con voz profunda.

—Sé lo que son las hojas. No tengo necesidad de preguntarle al jardinero. Las hojas son el follaje de los árboles y las plantas que les dan su apariencia verde —dijo el sapo.

—Este objeto es un objeto con hojas —repitió el jardinero, y agregó para aclarar el asunto—: Las hojas le dan su apariencia verde.

—Sé lo que son los objetos con hojas —respondió el sapo—. No tengo necesidad de preguntártelo, jardinero.

Parecía que iba a estallar una discusión interesante, aunque limitada, entre los dos



robots, pero en ese momento una de las máquinas dijo algo.

—Este rosal sabe hablar —declaró.

—Los rosales no saben hablar —dijo de inmediato el sapo. Después de haber expresado semejante genialidad, guardó silencio, rumiando probablemente que la vida era algo muy extraño. Luego agregó con lentitud—: Por lo tanto, este rosal no es un rosal, o este rosal no habló.

—Este objeto es un objeto con hojas —comenzó tercamente el jardinero—. Pero no es un rosal. Los rosales tienen estípulas. Este objeto no tiene estípulas. Es un espino. El espino también se conoce como aliso.

Ese conocimiento especializado iba más allá del vocabulario del sapo. Hubo un silencio incómodo.

—Soy un espino —dijo el hombre salvaje, sin abandonar su pose—. No sé hablar.

En ese momento todas las máquinas se pusieron a hablar al mismo tiempo, arrastrándose alrededor del hombre para verlo mejor chocando entre ellas al hacerlo. Finalmente la voz del sapo se elevó por encima de los murmullos metálicos.

—No sé lo que es este objeto con hojas, pero debemos arrancarlo, debemos matarlo —declaró.

—No puedes arrancarlo. Ésa es la tarea del jardinero —dijo el jardinero. Hizo rotar sus hojas afiladas, que salían de una poderosa guadaña, atacando al sapo.

Sus simples herramientas no tuvieron efecto en la armadura del sapo. Sin embargo el sapo se dio cuenta de que habían llegado a un callejón sin salida en sus investigaciones.

—Iremos a preguntarle a Charles Gunpat qué debemos hacer —dijo—. Vengan por aquí.

—Charles Gunpat está en una asamblea —respondió el robot scout—. Charles Gunpat no debe ser interrumpido en la asamblea. Por lo tanto no debemos interrumpir a Charles Gunpat.

—Por lo tanto debemos esperar a Charles Gunpat —dijo el sapo de metal, imperturbable. Echó a andar hacia adelante, en dirección a Smithlao; todos subieron los escalones y desaparecieron en la casa en medio de una nube de silogismos.

Smithlao sólo pudo maravillarse ante la serenidad del hombre salvaje. Era un milagro que aún sobreviviera. Si hubiera intentado correr, lo habrían matado instantáneamente; los robots estaban entrenados para controlar una situación de ese tipo. Sus frases de doble sentido, por más inspiradas que estuvieran, no lo habrían salvado si hubiera tenido que enfrentarse con un solo robot, porque el robot es un ser de mentalidad concentrada en un solo propósito.

Pero cuando está en compañía sufre de un mal que a veces aflige a las reuniones de seres humanos. Una tendencia a hacer alardes de lógica a expensas del objeto de la reunión.

¡La lógica! Ése era el problema. Era lo único en que podían apoyarse todos los robots. El hombre tenía lógica e inteligencia: se manejaba mejor que su robot. Sin

embargo perdía la batalla contra la naturaleza. La naturaleza, como los robots, sólo acudía a la lógica. Era una paradoja que el hombre no podía vencer.

Inmediatamente después de desaparecer la hilera de máquinas en el interior de la casa, el hombre salvaje cruzó corriendo el césped y subió el primer tramo de la escalera, avanzando hacia la muchacha inmóvil. Smithlao se deslizó detrás de un haya para estar más cerca de ellos. Se sentía como un delincuente observándolos sin que hubiera una pantalla interpuesta, pero no podía evitarlo; presentía que allí había una pequeña charada que marcaba el final de todo lo que había sido el hombre. El hombre salvaje se aproximaba a Ployploy, avanzando lentamente por la terraza como si estuviera hipnotizado.

Ella habló primero.

—Usaste buenos recursos —le dijo. Su rostro pálido tenía un tinte rosado en las mejillas.

—He tenido que usar recursos durante un año entero para llegar a ti —respondió él. Ahora que sus recursos lo habían llevado frente a ella, fallaban, y lo dejaban inmóvil, desvalido. Era un joven delgado y fuerte, con la ropa gastada y la barba descuidada. Sus ojos no se apartaban en ningún momento de los de Ployploy.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Ployploy. Su voz, a diferencia de la voz salvaje del hombre, apenas llegaba a Smithlao. En su rostro había una expresión cautivante.

—Fue una especie de instinto... como si oyera tu llamado —contestó el hombre salvaje—. Todo lo que puede andar mal en el mundo anda mal... Tal vez tú eres la única mujer en el mundo que ama, tal vez yo soy el único hombre que puede responder a ese amor. Por eso vine.

—Siempre soñé que alguien vendría —dijo ella—. Desde hace semanas que siento... que sé... que venías. Ah, querido mío...

—Debemos apresurarnos, mi amor. Una vez trabajé con robots... tal vez te habrás dado cuenta de que los conocía. Cuando nos alejemos de aquí, tengo un avión robot que nos llevará... a cualquier parte: a una isla, quizá, donde la situación no sea tan desesperada. Pero debemos irnos antes de que vuelvan las máquinas de tu padre.

Dio un paso hacia Ployploy.

Ella levantó una mano.

—¡Espera! —imploró—. No es tan simple. Debes saber algo... El... el Centro de Apareamiento me negó el derecho a procrear. No debes tocarme.

—¡Odio al Centro de Apareamiento! —exclamó el hombre salvaje—. Odio todo lo que concierne al régimen de los reglamentos. Nada de lo que hayan hecho puede afectarnos ahora.

Ployploy cerró los puños detrás de la espalda. El color había abandonado sus mejillas. El viento llevó una lluvia de pétalos de rosa contra su vestido, burlándose de ella.

—Esto no tiene remedio —dijo—. No entiendes...

El salvajismo del hombre decreció.

—Lo dejé todo para venir a ti —repuso—. Sólo deseo tomarte entre mis brazos.

—¿De veras eso es todo lo que quieres en la vida? —preguntó.

—Lo juro —respondió simplemente él.

—Entonces, ven, tócame —dijo Ployploy.

En ese momento Smithlao vio una lágrima en los ojos de la muchacha, brillante y madura como una gota de lluvia.

La mano del hombre salvaje se extendió hacia ella, hacia su mejilla. Ployploy seguía inmóvil en la terraza gris, con la cabeza alta. Y entonces los dedos amantes del hombre rozaron levemente el rostro de la muchacha. La explosión fue casi instantánea. Casi. Los nervios traidores de la epidermis de Ployploy sólo necesitaron una fracción de segundo para analizar el contacto como perteneciente a otro ser humano y transmitir su hallazgo al centro nervioso; allí, el bloque neurológico que, para prevenir esa contingencia, implantaba el Centro de Apareamiento en todos los individuos que tenían prohibido reproducirse, entró en acción de inmediato. Todas las células del cuerpo de Ployploy se rindieron a su energía en una sola explosión total. Con tanto éxito que la detonación mató también al hombre rebelde.

Sólo por un segundo, sopló un nuevo viento, entre los vientos de la Tierra.

Sí, pensó Smithlao, apartándose, había que admitir que el proceso había sido perfecto. Y, nuevamente, había sido lógico, positivamente aristotélico. En un mundo al borde del hambre, ¿qué otra forma había de evitar que los indeseables se reprodujeran? Lógica contra lógica: el hombre entra en competencia con la naturaleza; eso era lo que provocaba todas las lágrimas del mundo.

Se alejó por la plantación húmeda, dirigiéndose hacia la balsa, ansioso por desaparecer antes de que volvieran los robots de Gunpat. Las figuras destrozadas en la terraza todavía estaban cubiertas a medias de hojas y pétalos. El viento rugía como un gran mar triunfante entre las copas de los árboles. No era extraño que el hombre salvaje no supiera nada sobre el gatillo neurológico: pocas personas lo conocían, excepto los psicodinamistas y el Consejo de Apareamiento... y, por supuesto, los seres a quienes se había implantado el mecanismo. Sí, Ployploy sabía lo que sucedería. Había elegido deliberadamente morir así.

«¡Siempre dije que estaba loca!», pensó Smithlao. Rió mientras subía a su máquina, sacudiendo la cabeza al pensar en la locura de la muchacha.

Sería un excelente tema para irritar a Charles Gunpat, la próxima vez que necesitase un estímulo del odio.

*All the World's Tears, 1957*

# **La última pregunta**

*Isaac Asimov*

*«La última pregunta» fue escrito el 1.º de junio de 1956; en esa época las computadoras se tornaban cada vez más eficientes y la gente comenzaba a preguntarse adonde podrían llegar. Como autor de ciencia ficción sentía que ésa era, precisamente, la pregunta que debía hacerme, y me dediqué a considerarla.*

*Mientras pensaba y pensaba, y ampliaba la posibilidad de que la computadora fuera cada vez más lejos, inevitablemente llegué a la conclusión de que sólo era posible imaginar un final.*

*Luego tuve que inventar una historia que hiciera ese final lo más dramático posible, y una vez que lo elaboré ya estaba listo para escribir la historia. La escribí prácticamente en una sola sesión, y sin ningún problema; en su forma final era casi palabra por palabra lo que había salido inicialmente de la máquina de escribir.*

*Desde el momento en que lo escribí no tuve dudas de que «La última pregunta» era uno de mis mejores cuentos. Luego, en 1972, se preparó una versión para el planetario, y fue leído palabra por palabra con efectos especiales producidos en una cúpula del planetario. Cuando lo oí presentado en esa forma por primera vez, decidí que era realmente el mejor cuento que había escrito... y tal vez (porque no soy modesto) el mejor cuento corto de ciencia ficción que se haya escrito jamás. Sigo pensándolo.*

La última pregunta se formuló por primera vez, medio en broma, el 21 de mayo de 2061, en momentos en que la humanidad (también por primera vez) se bañó en luz. La pregunta llegó como resultado de una apuesta por cinco dólares hecha entre dos hombres que bebían cerveza, y sucedió de esta manera:

Alexander Adell y Bertram Lupov eran dos de los fieles asistentes de Multivac. Dentro de las dimensiones de lo humano sabían qué era lo que pasaba detrás del rostro frío, parpadeante e intermitentemente luminoso —kilómetros y kilómetros de rostro— de la gigantesca computadora. Al menos tenían una vaga noción del plan general de circuitos y retransmisores que desde hacía mucho tiempo habían superado toda posibilidad de ser dominados por una sola persona.

Multivac se autoajustaba y autocorregía. Así tenía que ser, porque nada que fuera humano podía ajustarla y corregirla con la rapidez suficiente o siquiera con la eficacia suficiente. De manera que Adell y Lupov atendían al monstruoso gigante sólo en forma ligera y superficial, pero lo hacían tan bien como podría hacerlo cualquier otro hombre. La alimentaban con información, adaptaban las preguntas a sus necesidades y traducían las respuestas que aparecían. Por cierto, ellos, y todos los demás asistentes tenían pleno derecho a compartir la gloria de Multivac.

Durante décadas, Multivac ayudó a diseñar naves y a trazar las trayectorias que permitieron al hombre llegar a la Luna, a Marte y a Venus, pero después de eso, los pobres recursos de la Tierra ya no pudieron serles de utilidad a las naves. Se necesitaba demasiada energía para los viajes largos y pese a que la Tierra explotaba su carbón y uranio con creciente eficacia había una cantidad limitada de ambos.

Pero lentamente, Multivac aprendió lo suficiente como para responder a preguntas más complejas en forma más profunda, y el 14 de mayo de 2061 lo que hasta ese momento era teoría se convirtió en realidad.

La energía del Sol fue almacenada, modificada y utilizada directamente en todo el planeta. Cesó en todas partes el hábito de quemar carbón y fisiónar uranio y toda la Tierra se conectó con una pequeña estación —de un kilómetro y medio de diámetro— que circundaba el planeta a mitad de distancia de la Luna, para funcionar con rayos invisibles de energía solar.

Siete días no habían alcanzado para empañar la gloria del acontecimiento, y Adell y Lupov finalmente lograron escapar de la celebración pública, para refugiarse donde nadie pensaría en buscarlos: en las desiertas cámaras subterráneas, donde se veían partes del poderoso cuerpo enterrado de Multivac. Sin asistentes, ociosa, clasificando datos con *clicks* satisfechos y perezosos, Multivac también se había ganado sus vacaciones y los asistentes la respetaban y originalmente no tenían intención de perturbarla.

Se habían llevado una botella, y su única preocupación en ese momento era relajarse y disfrutar de la bebida.

—Es asombroso, cuando uno lo piensa —dijo Adell. En su rostro ancho se veían huellas de cansancio, y removi6 lentamente la bebida con una varilla de vidrio,

observando el movimiento de los cubos de hielo en su interior—. Toda la energía que podremos usar de ahora en adelante, gratis. Suficiente energía, si quisiéramos emplearla, como para derretir a toda la Tierra y convertirla en una enorme gota de hierro líquido impuro, y no echar de menos la energía empleada. Toda la energía que podremos usar por siempre y siempre y siempre.

Lupov ladeó la cabeza. Tenía el hábito de hacerlo cuando quería oponerse a lo que oía, y en ese momento quería oponerse; en parte porque había tenido que llevar el hielo y los vasos.

—No para siempre —dijo.

—Ah, vamos, prácticamente para siempre. Hasta que el Sol se apague, Bert.

—Entonces no es para siempre.

—Muy bien, entonces. Durante miles de millones de años. Veinte mil millones, tal vez. ¿Estás satisfecho?

Lupov se pasó los dedos por los escasos cabellos como para asegurarse de que todavía le quedaban algunos y tomó un pequeño sorbo de su bebida.

—Veinte mil millones de años no es «para siempre».

—Bien, pero superará nuestra época ¿verdad?

—También la superarán el carbón y el uranio.

—De acuerdo, pero ahora podemos conectar cada nave espacial individualmente con la Estación Solar, y hacer que vaya y regrese de Plutón un millón de veces sin que tengamos que preocuparnos por el combustible. No puedes hacer *eso* con carbón y uranio. Pregúntale a Multivac, si no me crees.

—No necesito preguntarle a Multivac. Lo sé.

—Entonces deja de quitarle méritos a lo que Multivac ha hecho por nosotros —dijo Adell, malhumorado—. Se portó muy bien.

—¿Quién dice que no? Lo que yo sostengo es que el Sol no durará eternamente. Eso es todo lo que digo. Estamos a salvo por veinte mil millones de años, pero ¿y luego? —Lupov apuntó con un dedo tembloroso al otro—. Y no me digas que nos conectaremos con otro Sol.

Durante un rato hubo silencio. Adell se llevaba la copa a los labios sólo de vez en cuando, y los ojos de Lupov se cerraron lentamente. Descansaron.

De pronto Lupov abrió los ojos.

—Piensas que nos conectaremos con otro Sol cuando el nuestro muera, ¿verdad?

—No estoy pensando nada.

—Seguro que estás pensando. Eres malo en lógica, ése es tu problema. Eres como ese tipo del cuento a quien lo sorprendió un chaparrón, corrió a refugiarse en un monte y se paró bajo un árbol. No se preocupaba porque pensaba que cuando un árbol estuviera totalmente mojado, simplemente iría a guarecerse bajo otro.

—Entiendo —dijo Adell—. No grites. Cuando el Sol muera, las otras estrellas habrán muerto también.

—Por supuesto —murmuró Lupov—. Todo comenzó con la explosión cósmica

original, fuera lo que fuese, y todo terminará cuando todas las estrellas se extingan. Algunas se agotan antes que otras. Por Dios, los gigantes no durarán cien millones de años. El Sol durará veinte mil millones de años y tal vez las enanas durarán cien mil millones por mejores que sean. Pero en un trillón de años estaremos a oscuras. La entropía tiene que incrementarse al máximo, eso es todo.

—Sé todo lo que hay que saber sobre la entropía —dijo Adell, tocado en su amor propio.

—¡Qué vas a saber!

—Sé tanto como tú.

—Entonces sabes que todo se extinguirá algún día.

—Muy bien. ¿Quién dice que no?

—Tú, grandísimo tonto. Dijiste que teníamos toda la energía que necesitábamos, para siempre. Dijiste «para siempre».

Esa vez le tocó a Adell oponerse.

—Tal vez podamos reconstruir las cosas algún día.

—Nunca.

—¿Por qué no? Algún día.

—Nunca.

—Pregúntale a Multivac.

—Pregúntale *tú* a Multivac. Te desafío. Te apuesto cinco dólares a que no es posible.

Adell estaba lo suficientemente borracho como para intentarlo y lo suficientemente sobrio como para traducir los símbolos y operaciones necesarias para formular la pregunta que, en palabras, podría haber correspondido a esto: ¿Podrá la humanidad algún día, sin el gasto neto de energía, devolver al Sol toda su juventud aun después que haya muerto de viejo?

O tal vez podría reducirse a una pregunta más simple, como ésta: ¿Cómo puede disminuirse masivamente la cantidad neta de entropía del universo?

Multivac enmudeció. Los lentos resplandores cesaron, los *clicks* distantes de los transmisores terminaron.

Entonces, mientras los asustados técnicos sentían que ya no podían contener más el aliento, el teletipo adjunto a la computadora cobró vida repentinamente. Aparecieron cinco palabras impresas: DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

—No hay apuesta —murmuró Lupov. Salieron apresuradamente.

A la mañana siguiente, los dos, con dolor de cabeza y la boca pastosa, habían olvidado el incidente.

Jerrodd, Jerrodine y Jerrodette I y II observaban la imagen estrellada en el visiplato mientras completaban el pasaje por el hiperespacio en un lapso fuera de las



dimensiones del tiempo. Inmediatamente, el uniforme polvo de estrellas dio paso al predominio de un único disco de mármol, brillante, centrado.

—Es X-23 —dijo Jerrodd con confianza. Sus manos delgadas se entrelazaron con fuerza detrás de su espalda y los nudillos se pusieron blancos.

Las pequeñas Jerrodettes, niñas ambas, habían experimentado el pasaje por el hiperespacio por primera vez en su vida. Contuvieron sus risas y se persiguieron locamente alrededor de la madre, gritando:

—Hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado...

—Tranquilas, niñas —dijo rápidamente Jerrodine—. ¿Estás seguro, Jerrodd?

—¿De qué hay que estar seguro? —preguntó Jerrodd, echando una mirada al tubo de metal justo debajo del techo, que ocupaba toda la longitud de la habitación y desaparecía a través de la pared en cada extremo. Tenía la misma longitud que la nave.

Jerrodd sabía poquísimos sobre el grueso tubo de metal excepto que se llamaba Microvac, que uno le hacía preguntas si lo deseaba; que aunque uno no se las hiciera de todas maneras cumplía con su tarea de conducir la nave hacia un destino prefijado, de abastecerla de energía desde alguna de las diversas estaciones de Energía Subgaláctica y de computar las ecuaciones para los saltos hiperespaciales.

Jerrodd y su familia no tenían otra cosa que hacer sino esperar y vivir en los cómodos sectores residenciales de la nave.

Cierta vez alguien le había dicho a Jerrodd, que el «ac» al final de «Microvac» quería decir «computadora análoga» en inglés antiguo, pero estaba a punto de olvidar incluso eso.

Los ojos de Jerrodine estaban húmedos cuando miró el visiplato.

—No puedo evitarlo. Me siento extraña al salir de la Tierra.

—¿Por qué, caramba? —preguntó Jerrodd—. No teníamos nada allí. En X-23 tendremos todo. No estarás sola. No serás una pionera. Ya hay un millón de personas en ese planeta. Por Dios, nuestros bisnietos tendrán que buscar nuevos mundos porque llegará el día en que X-23 estará superpoblado. —Luego agregó, después de una pausa reflexiva—: Te aseguro que es una suerte que las computadoras hayan desarrollado viajes interestelares, considerando el ritmo al que aumenta la raza.

—Lo sé, lo sé —respondió Jerrodine con tristeza.

Jerroddette I dijo de inmediato:

—Nuestra Microvac es la mejor Microvac del mundo.

—Eso creo yo también —repuso Jerrodd, desordenándole el pelo.

Era realmente una sensación muy agradable tener una Microvac propia y Jerrodd estaba contento de ser parte de su generación y no de otra. En la juventud de su padre las únicas computadoras eran unas enormes máquinas que ocupaban un espacio de ciento cincuenta kilómetros cuadrados. Sólo había una por planeta. Se llamaban ACs Planetarias. Durante mil años habían crecido constantemente en tamaño y luego, de

pronto, llegó el refinamiento. En lugar de transistores hubo válvulas moleculares, de manera que hasta la AC Planetaria más grande podía colocarse en una nave espacial y ocupar sólo la mitad del espacio disponible.

Jerrodd se sentía eufórico siempre que pensaba que su propia Microvac personal era muchísimo más compleja que la antigua y primitiva Multivac que por primera vez había domado al Sol, y casi tan complicada como una AC Planetaria de la Tierra (la más grande) que por primera vez resolvió el problema del viaje hiperespacial e hizo posibles los viajes a las estrellas.

—Tantas estrellas, tantos planetas —suspiró Jerrodine, inmersa en sus propios pensamientos—. Supongo que las familias seguirán emigrando siempre a nuevos planetas, tal como lo hacemos nosotros ahora.

—No siempre —respondió Jerrodd, con una sonrisa—. Todo esto terminará algún día, pero no antes de que pasen billones de años. Muchos billones. Hasta las estrellas se extinguen, ¿sabes? Tendrá que aumentar la entropía.

—¿Qué es la entropía, papá? —preguntó Jerrodette II con voz aguda.

—Entropía, querida, es sólo una palabra que significa la cantidad de desgaste del universo. Todo se desgasta, como sabrás, por ejemplo tu pequeño robot *walke-talkie*, ¿recuerdas?

—¿No puedes ponerle una nueva unidad de energía, como a mi robot?

—Las estrellas *son* unidades de energía, querida. Una vez que se extinguen, ya no hay más unidades de energía.

Jerrodette I lanzó un chillido de inmediato.

—No las dejes, papá. No permitas que las estrellas se extingan.

—Mira lo que has hecho —susurró Jerrodine, exasperada.

—¿Cómo podía saber que iba a asustarla? —respondió Jerrod también en un susurro.

—Pregúntale a la Microvac —gimió Jerrodette I—. Pregúntale cómo volver a encender las estrellas.

—Vamos —dijo Jerrodine—. Con eso se tranquilizarán. —(Jerrodette II ya se estaba echando a llorar, también).

Jerrodd se encogió de hombros.

—Ya está bien, queridas. Le preguntaré a Microvac. No se preocupen, ella nos lo dirá.

Le preguntó a la Microvac, y agregó rápidamente:

—Imprimir la respuesta.

Jerrodd retiró la delgada cinta de celufilm y dijo alegremente:

—Miren, la Microvac dice que se ocupará de todo cuando llegue el momento, y que no se preocupen.

Jerrodine dijo:

—Y ahora, niñas, es hora de acostarse. Pronto estaremos en nuestro nuevo hogar.

Jerrodd leyó las palabras en el celufilm nuevamente antes de destruirlo:

## DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESCLARECEDORA

Se encogió de hombros y miró el visiplato. El X-23 estaba cerca.

VJ-23X de Lameth miró las negras profundidades del mapa tridimensional en pequeña escala de la Galaxia y dijo:

—¿No será una ridiculez que nos preocupe tanto la cuestión?

MQ-17J de Nicron sacudió la cabeza.

—Creo que no. Sabes que la Galaxia estará llena en cinco años con el actual ritmo de expansión.

Los dos parecían jóvenes de poco más de veinte años. Ambos eran altos y de formas perfectas.

—Sin embargo —dijo VJ-23X— me resisto a presentar un informe pesimista al Consejo Galáctico.

—Yo no pensaría en presentar ningún otro tipo de informe. Tenemos que inquietarlos un poco. No hay otro remedio.

VJ-23X suspiró.

—El espacio es infinito. Hay cien billones de galaxias disponibles.

—Cien billones *no* es infinito, y cada vez se hace menos infinito. ¡Piénsalo! Hace veinte mil años, la humanidad resolvió por primera vez el problema de utilizar energía estelar, y algunos siglos después se hicieron posibles los viajes interestelares. A la humanidad le llevó un millón de años llenar un pequeño mundo y luego sólo quince mil años llenar el resto de la Galaxia. Ahora la población se duplica cada diez años...

VJ-23X lo interrumpió.

—Eso debemos agradecerérselo a la inmortalidad.

—Muy bien. La inmortalidad existe y debemos considerarla. Admito que esta inmortalidad tiene su lado complicado. La Galáctica AC nos ha solucionado muchos problemas, pero al resolver el problema de evitar la vejez y la muerte, anuló todas las otras soluciones.

—Sin embargo no creo que desees abandonar la vida.

—En absoluto —salto MQ-17J, y luego se suavizó de inmediato—: No todavía. No soy tan viejo. ¿Cuántos años tienes tú?

—Doscientos veintitrés. ¿Y tú?

—Yo todavía no tengo doscientos. Pero, volvamos a lo que decía. La población se duplica cada diez años. Una vez que se llene esta galaxia, habremos llenado otra en diez años. Diez años más y habremos llenado dos más. Otra década, cuatro más. En cien años, habremos llenado mil galaxias; en mil años, un millón de galaxias. En diez mil años, todo el universo conocido. Y entonces, ¿qué?

VJ-23X dijo:

—Como problema paralelo, está el del transporte. Me pregunto cuántas unidades

de energía solar se necesitarán para trasladar galaxias de individuos de una galaxia a la siguiente.

—Muy buena observación. La humanidad ya consume dos unidades de energía solar por año.

—La mayor parte de esta energía se desperdicia. Al fin y al cabo, nuestra propia galaxia sola gasta mil unidades de energía solar por año, y nosotros solamente usamos dos de ellas.

—De acuerdo, pero aun con una eficiencia de un cien por ciento, sólo podemos postergar el final. Nuestras necesidades energéticas crecen en progresión geométrica, y a un ritmo mayor que nuestra población. Nos quedaremos sin energía todavía más rápido que sin galaxias. Muy buena observación. Muy muy buena observación.

—Simplemente tendremos que construir nuevas estrellas con gas interestelar.

—¿O con calor disipado? —preguntó MQ-17.I, con tono sarcástico.

—Puede haber alguna forma de revertir la entropía. Tenemos que preguntárselo a la Galáctica AC.

VJ-23X no hablaba realmente en serio, pero MQ-17J sacó su contacto-AC del bolsillo y lo colocó sobre la mesa frente a él.

—No me faltan ganas —dijo—. Es algo que la raza humana tendrá que enfrentar algún día.

Miró sombríamente su pequeño contacto-AC. Era un objeto de apenas cinco centímetros cúbicos, nada en sí mismo, pero estaba conectado a través del hiperespacio con la gran Galáctica AC que servía a toda la humanidad y, a su vez era parte integral suya.

MQ-17J hizo una pausa para preguntarse si algún día, en su vida inmortal, llegaría a ver la Galáctica AC. Era un pequeño mundo propio, una telaraña de rayos de energía que contenía la materia dentro de la cual las oleadas de los planos medios ocupaban el lugar de las antiguas y pesadas válvulas moleculares. Sin embargo, a pesar de esos funcionamientos subterreos, se sabía que la Galáctica AC tenía mil diez metros de ancho.

Repentinamente MQ-17.I preguntó a su contacto-AC:

—¿Es posible revertir la entropía?

VJ-23X, sobresaltado, dijo de inmediato:

—Ah, mira, realmente yo no quise decir que tenías que preguntar eso.

—¿Por qué no?

—Los dos sabemos que la entropía no puede revertirse. No puedes volver a convertir el humo y las cenizas en un árbol.

—¿Hay árboles en tu mundo? —preguntó MQ-17J.

El sonido de la Galáctica AC los sobresaltó y les hizo guardar silencio. Se oyó su voz fina y hermosa en el contacto-AC en el escritorio. Dijo:

DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESCLARECEDORA

VJ-23X dijo:

—¡Ves!

Entonces los dos hombres volvieron a la pregunta del informe que tenían que hacer para el Consejo Galáctico.

La mente de Zee Prime abarcó la nueva galaxia con un leve interés en los incontables racimos de estrellas que la poblaban. Nunca había visto eso antes. ¿Alguna vez las vería todas? Tantas estrellas, cada una con su carga de humanidad... una carga que era casi un peso muerto. Cada vez más, la verdadera esencia del hombre había que encontrarla allá afuera, en el espacio.

¡En las mentes, no en los cuerpos! Los cuerpos inmortales permanecían en los planetas, suspendidos sobre los eones. A veces despertaban a una actividad material pero eso era cada vez más raro. Pocos individuos nuevos nacían para unirse a la multitud increíblemente poderosa, pero ¿qué importaba? Había poco lugar en el universo para nuevos individuos.

Zee Prime despertó de su ensoñación al encontrarse con los sutiles manojos de otra mente.

—Soy Zee Prime. ¿Y tú?

—Soy Dee Sub Wun. ¿Tu galaxia?

—Sólo la llamamos Galaxia. ¿Y tú?

—Llamamos de la misma manera a la nuestra. Todos los hombres llaman Galaxia a su galaxia, y nada más. ¿Por qué será?

—Porque todas las galaxias son iguales.

—No todas. En una galaxia en particular debe de haberse originado la raza humana. Eso la hace diferente.

Zee Prime dijo:

—¿En cuál?

—No sabría decirte. La Universal AC debe de estar enterada.

—¿Se lo preguntamos? De pronto tengo curiosidad por saberlo.

Las percepciones de Zee Prime se ampliaron hasta que las galaxias mismas se encogieron y se convirtieron en un polvo nuevo, más difuso, sobre un fondo mucho más grande. Tantos cientos de billones de galaxias, cada una con sus seres inmortales, todas llevando su carga de inteligencias, con mentes que vagaban libremente por el espacio. Y sin embargo una de ellas era única entre todas por ser la Galaxia original. Una de ellas tenía en su pasado vago y distante, un período en que había sido la única galaxia poblada por el hombre.

Zee Prime se consumía de curiosidad por ver esa galaxia y gritó:

—¡Universal AC! ¿En qué galaxia se originó el hombre?

La Universal AC oyó, porque en todos los mundos tenía listos sus receptores, y cada receptor conducía por el hiperespacio a algún punto desconocido donde la Universal AC se mantenía independiente.

Zee Prime sólo sabía de un hombre cuyos pensamientos habían penetrado a distancia sensible de la Universal AC, y sólo informó sobre un globo brillante, de sesenta centímetros de diámetro, difícil de ver.

—¿Pero cómo puede ser eso toda la Universal AC? —había preguntado Zee Prime.

—La mayor parte —fue la respuesta— está en el hiperespacio. No puedo imaginarme en qué forma está allí.

Nadie podía imaginarlo, porque hacía mucho que había pasado el día —y eso Zee Prime lo sabía— en que algún hombre tuvo parte en construir la Universal AC. Cada Universal AC diseñaba y construía a su sucesora. Cada una, durante su existencia de un millón de años o más, acumulaba la información necesaria como para construir una sucesora mejor, más intrincada, más capaz en la cual dejar sumergido y almacenado su propio acopio de información e individualidad.

La Universal AC interrumpió los pensamientos erráticos de Zee Prime, no con palabras, sino con directivas. La mentalidad de Zee Prime fue dirigida hacia un difuso mar de Galaxias donde una en particular se agrandaba hasta convertirse en estrellas.

Llegó un pensamiento, infinitamente distante, pero infinitamente claro.

ÉSTA ES LA GALAXIA ORIGINAL DEL HOMBRE

Pero era igual, al fin y al cabo, igual que cualquier otra, y Zee Prime resopló de desilusión.

Dee Sub Wun, cuya mente había acompañado a Zee Prime, dijo de pronto:

—¿Y una de estas estrellas es la estrella original del hombre?

La Universal AC respondió:

LA ESTRELLA ORIGINAL DEL HOMBRE SE HA HECHO NOVA. ES UNA ENANA BLANCA

—¿Los hombres que la habitaban murieron? —preguntó Zee Prime, sobresaltado y sin pensar.

La Universal AC respondió:

COMO SUCEDE EN ESTOS CASOS UN NUEVO MUNDO PARA SUS CUERPOS FÍSICOS FUE CONSTRUIDO EN EL TIEMPO.

—Sí, por supuesto —dijo Zee Prime, pero aun así lo invadió una sensación de pérdida. Su mente dejó de centrarse en la Galaxia original del hombre, y le permitió volver y perderse en pequeños puntos nebulosos. No quería volver a verla.

Dee Zub Wun dijo:

—¿Qué sucede?

—Las estrellas están muriendo. La estrella original ha muerto.

—Todas deben morir. ¿Por qué no?

—Pero cuando toda la energía se haya agotado, nuestros cuerpos finalmente morirán, y tú y yo con ellos.

—Llevará billones de años.

—No quiero que suceda, ni siquiera dentro de billones de años. ¡Universal AC! ¿Cómo puede evitarse que las estrellas mueran?

Dee Sub Wun dijo, divertido:

—Estás preguntando cómo podría revertirse la dirección de la entropía.

Y la Universal AC respondió:

TODAVÍA NO HAY DATOS PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

Los pensamientos de Zee Prime volaron a su propia galaxia. Dejó de pensar en Dee Sub Wun, cuyo cuerpo podría estar esperando en una galaxia a un trillón de años luz de distancia, o en la estrella siguiente a la de Zee Prime. No importaba.

Con aire desdichado, Zee Prime comenzó a recoger hidrógeno interestelar con el cual construir una pequeña estrella propia. Si las estrellas debían morir alguna vez, al menos podrían construirse algunas.

El Hombre, mentalmente, era uno solo, y estaba conformado por un trillón de trillones de cuerpos sin edad, cada uno en su lugar, cada uno descansando, tranquilo e incorruptible, cada uno cuidado por autómatas perfectos, igualmente incorruptibles, mientras las mentes de todos los cuerpos se fusionaban libremente entre sí, sin distinción.

El Hombre dijo:

—El Universo está muriendo.

El Hombre miró a su alrededor a las galaxias cada vez más oscuras. Las estrellas gigantes, muy gastadoras, se habían ido hace rato, habían vuelto a lo más oscuro de la oscuridad del pasado distante. Casi todas las estrellas eran enanas blancas, que finalmente se desvanecían.

Se habían creado nuevas estrellas con el polvo que había entre ellas, algunas por procesos naturales, otras por el Hombre mismo, y también se estaban apagando. Las enanas blancas aún podían chocar entre ellas, y de las poderosas fuerzas así liberadas se construirían nuevas estrellas, pero una sola estrella por cada mil estrellas enanas blancas destruidas, y también éstas llegarían a su fin:

El Hombre dijo:

—Cuidadosamente administrada y bajo la dirección de la Cósmica AC, la energía que todavía queda en todo el universo, puede durar billones de años. Pero aun así eventualmente todo llegará a su fin. Por mejor que se la administre, por más que se la racione, la energía gastada desaparece y no puede ser repuesta. La entropía aumenta continuamente.

El Hombre dijo:

—¿Es posible no revertir la entropía? Preguntémosle a la Cósmica AC.

La AC los rodeó pero no en el espacio. Ni un solo fragmento de ella estaba en el espacio. Estaba en el hiperespacio y hecha de algo que no era materia ni energía. La pregunta sobre su tamaño y su naturaleza ya no tenía un sentido comprensible para el Hombre.

—Cósmica AC —dijo el Hombre— ¿cómo puede revertirse la entropía?

La Cósmica AC dijo:

LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

El Hombre ordenó:

—Recoge datos adicionales.

La Cósmica AC dijo:

LO HARÉ. HACE CIENTO DE BILLONES DE AÑOS QUE LO HAGO. MIS PREDECESORES Y YO HEMOS ESCUCHADO MUCHAS VECES ESTA PREGUNTA. TODOS LOS DATOS QUE TENGO SIGUEN SIENDO INSUFICIENTES.

—¿Llegará el momento —preguntó el Hombre— en que los datos sean suficientes o el problema es insoluble en todas las circunstancias concebibles?

La Cósmica AC respondió:

NINGÚN PROBLEMA ES INSOLUBLE EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS CONCEBIBLES.

El Hombre preguntó:

—¿Cuándo tendrás suficientes datos como para responder a la pregunta?

La Cósmica AC respondió:

LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

—¿Seguirás trabajando en esto? —preguntó el Hombre.

La Cósmica AC respondió:

SI.

El Hombre dijo:

—Esperaremos.

Las estrellas y las galaxias murieron y se convirtieron en polvo, y el espacio se volvió negro después de tres trillones de años de desgaste.

Uno por uno, el Hombre se fusionó con la AC, cada cuerpo físico perdió su identidad mental en forma tal que no era una pérdida sino una ganancia.

La última mente del Hombre hizo una pausa antes de la fusión, contemplando un espacio que sólo incluía la borra de la última estrella oscura y nada aparte de esa materia increíblemente delgada, agitada al azar por los restos de un calor que se gastaba, asintóticamente, hasta llegar al cero absoluto.

El Hombre dijo:

—AC, ¿es éste el final? ¿Este caos no puede ser revertido al universo una vez más? ¿Esto no puede hacerse?

AC respondió:

LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.

La última mente del Hombre se fusionó y sólo AC existió en el hiperespacio.



La materia y la energía se agotaron y con ellas el espacio y el tiempo. Hasta AC existía solamente para la última pregunta que nunca había sido respondida desde la época en que dos técnicos en computación medio alcoholizados, tres trillones de años antes, formularon la pregunta en la computadora que era para AC mucho menos de lo que para un hombre el Hombre.

Todas las otras preguntas habían sido contestadas, y hasta que esa última pregunta fuera respondida también, AC no podría liberar su conciencia.

Todos los datos recogidos habían llegado al fin. No quedaba nada para recoger.

Pero toda la información reunida todavía tenía que ser completamente correlacionada y unida en todas sus posibles relaciones.

Se dedicó un intervalo sin tiempo a hacer esto.

Y sucedió que AC aprendió cómo revertir la dirección de la entropía.

Pero no había ningún Hombre a quien AC pudiera dar la respuesta a la última pregunta. No había materia. La respuesta —por demostración— se ocuparía de eso también.

Durante otro intervalo sin tiempo, AC pensó en la mejor forma de hacerlo. Cuidadosamente, AC organizó el programa.

La conciencia de AC abarcó todo lo que alguna vez había sido un universo y pensó en lo que en ese momento era el caos.

Paso a paso, había que hacerlo.

Y AC dijo:

¡HÁGASE LA LUZ!

Y la luz se hizo...

*The last question, 1956*

# **Los hombres que asesinaron a Mahoma**

*Alfred Bester*

*Fue H. G. Wells quien generó la moda de los viajes por el tiempo con su atractiva novela La Máquina del Tiempo. Su idea era tan novedosa que la mayor parte de los lectores perdieron de vista el hecho de que La Máquina del Tiempo de Wells era simplemente un recurso que permitía al autor hacer una extrapolación del futuro de la sociedad victoriana.*

*Desde entonces, los autores de ciencia ficción han producido centenares de cambios en el concepto del viaje por el tiempo. Sus personajes viajaron hacia el pasado para cazar dinosaurios o visitar Atlantis. Viajaron hacia un futuro que es totalitario, proletario, o una anarquía con un holocausto posnuclear. Incluso viajaron en forma paralela a las corrientes del tiempo en que la historia fue alterada por ciertos acontecimientos que ocurrieron o no ocurrieron.*

*Nunca tuve el menor deseo de escribir una historia sobre un viaje en el tiempo. Pensaba que el tema ya había sido demasiado utilizado, que, francamente, nunca me interesó el tipo de historia de ciencia ficción que comienza «Supongamos que»; soy demasiado realista. Admito que estamos a punto de descubrir y explorar extraordinarios poderes latentes de las mentes animales y humanas, pero me detengo ante el borde del viaje por el tiempo. Ahora bien, una de mis dificultades como autor profesional es que sufro de ciclotimia, leves fluctuaciones de tipo maníaco-depresivo que son altibajos casi normales de la vida, sólo que un poco más extremos. El problema es que cuando estoy más bien maníaco, mi sentido del humor se excita locamente, y no puedo tomarme nada en serio... incluido yo mismo. Me encontraba en ese estado cuando de pronto, no sé de dónde, se me ocurrió poner humor en las historias sobre viajes en el tiempo.*

*Me divertí tremendamente escribiendo esta historia, porque el contexto me dio una completa libertad de ser todo lo extravagante que quisiera; puesto que entonces estaba escribiendo un espectáculo para televisión y resintiéndome por las restricciones del medio, me sentí agradecido por la liberación. El único problema real que tenía era con la ortografía de la palabra Mahoma.<sup>[1]</sup>*

*Tuve que seguir buscándolo en el Webster's New International Dictionary... y mi ejemplar pesa siete kilos.*

Hubo un hombre que mutiló la historia. Derribó imperios y desarraigó dinastías. A causa de él, Mount Vernon no debía ser un santuario nacional, y Columbus, Ohio, debería llamarse Cabot, Ohio. A causa de él, el nombre Marie Curie debía ser maldecido en Francia, y nadie debería jurar por las barbas del profeta. En verdad estas realidades no sucedieron, porque ese hombre era un profesor loco; o, para decirlo de otra manera, sólo logró hacerlas irreales para sí mismo.

Ahora bien, el lector paciente conoce demasiado bien al profesor loco convencional, un hombre pequeño con grandes cejas, que crea monstruos en su laboratorio que invariablemente se rebelan contra su hacedor y amenazan a su encantadora hija. Esta historia no es sobre esa clase de hombre imaginario. Es sobre Henry Hassel, un auténtico profesor loco en una clase donde había hombres bien conocidos tales como Ludwig Boltzmann (ver Ley del Gas Ideal), Jacques Charles y André Marie Ampère (1775-1836).

Todos deberían saber que el amperio eléctrico recibió su nombre en honor a Ampère. Ludwig Boltzmann era un distinguido físico austríaco, tan famoso por su investigación sobre la radiación de los cuerpos negros como por la que se refería a los Gases Ideales. Podrían ustedes encontrarlo en el Volumen III de la *Enciclopedia Británica*, Balt a Bray. Jacques Alexandre César Charles fue el primer matemático que se interesó en el vuelo, e inventó el globo de hidrógeno. Éstos eran hombres reales. Eran también verdaderos profesores locos. Ampère, por ejemplo, iba camino a un importante encuentro de científicos en París. En su taxi tuvo una idea brillante (de naturaleza eléctrica, supongo) y sacó un lápiz y anotó la ecuación en la pared del bonito vehículo. Aproximadamente, decía:  $dH = ipdl/r^2$  donde  $p$  es la distancia perpendicular de  $P$  a la línea del elemento  $di$ ; o  $dH = i \sin dl/r^2$ . Esto se conoce a veces como Ley de Laplace, aunque Laplace no estuvo en la reunión. De todas maneras, el taxi llegó a la Académie, Ampère bajó, pagó al conductor y corrió a la reunión para contar su idea a todos. Entonces se dio cuenta de que no tenía la nota con él, recordó dónde la había dejado, y tuvo que buscar ese taxi por las calles de París para recuperar la ecuación que se le había escapado. A veces imagino que así fue como Fermat perdió su famoso «Último Teorema», aunque Fermat tampoco estuvo en la reunión, porque había muerto unos doscientos años antes.

O consideremos a Boltzmann. Al dar un curso sobre «Gases Ideales Avanzados», salpicaba sus conferencias de cálculos implícitos, que resolvía en forma rápida y distraída en su cabeza. Tenía esa clase de mente. Sus alumnos tenían tantos problemas para tratar de resolver las matemáticas de oído que no podían seguir sus conferencias, y rogaron a Boltzmann que desarrollara sus ecuaciones en el pizarrón.

Boltzmann se disculpó y prometió ser más cuidadoso en el futuro. En la siguiente clase comenzó:

—Caballeros, al combinar la Ley de Boyle con la Ley de Charles, llegamos a la ecuación  $pV = 1\%/V_0(1 + at)$ . Ahora bien, obviamente, si  $\int_a^b f(x)dx = (a)$ , entonces  $pV = RT$  y  $\int^V S f(x,y,z) dV = 0$ . Es tan fácil como que dos más dos son cuatro. —En

este punto Boltzmann recordó su promesa. Se volvió al pizarrón, escribió cuidadosamente dos más dos igual cuatro, y siguió rápidamente adelante, haciendo distraídamente los complicados cálculos en su cabeza.

Jacques Charles, el brillante matemático que descubrió la Ley de Charles (a veces conocida como Ley de Gay-Lussac), tenía una pasión lunática por llegar a ser un famoso paleógrafo... es decir, un descubridor de antiguos manuscritos. Creo que el haberse visto obligado a aceptar a Gay-Lussac tal vez lo haya trastornado.

Pagó a un aparente impostor llamado Vrain-Lucas doscientos mil francos por holografar cartas supuestamente escritas por Julio César, Alejandro el Grande y Poncio Pilatos. Charles, un hombre que veía a través de cualquier gas, ideal o no, realmente creyó en estas falsificaciones a pesar de que el malhadado Vrain Lucas las había escrito en francés moderno, en papel moderno con rayado moderno. Charles incluso trató de donarlas al Louvre.

Bien, estos hombres no eran idiotas. Eran genios que pagaban un alto precio por su genio, porque el resto de su pensamiento pertenecía a otro mundo. Un genio es alguien que viaja hacia la verdad por un camino inesperado. Lamentablemente, los caminos inesperados conducen al desastre en la vida cotidiana. Esto le sucedió a Henry Hassel, profesor de Compulsión Aplicada en la Universidad Desconocida en el año de 1980.

Nadie sabe dónde está la Universidad Desconocida o qué enseñan allí. Tiene un cuerpo docente de unos doscientos excéntricos, y un cuerpo estudiantil de unos dos mil inadaptados... del tipo de los que permanecen anónimos hasta que ganan un premio Nobel o se convierten en el Primer Hombre en Marte. Siempre es posible ubicar a un graduado de la UD cuando uno pregunta a la gente dónde se ha educado. Si se obtiene una respuesta evasiva como «Estado», «Ah, en una universidad nueva de la que nunca has oído hablar», pueden ustedes estar seguros de que fue a la Desconocida. Un día espero decirles algo más sobre esta universidad, que es un centro de aprendizaje sólo en un sentido Pickwickiano.

De todas maneras, Henry Hassel salió de su casa para la oficina en el Centro Psicótico una tarde temprano, y echó a andar por la galería de Cultura Física. No es cierto que lo hizo para deleitarse ante los muchachos y chicas que practicaban Eufonía Arcana; más bien Hassel deseaba admirar los trofeos presentados en la galería en memoria de los grandes equipos Desconocidos que habían ganado el tipo de campeonato que ganan los equipos Desconocidos... en deportes como el Estrabismo, la Oclusión y el Botulismo. (Hassel había sido campeón *single* de Frambesia durante tres años seguidos). Llegó a su casa muy ensoberbecido, y entró alegremente sin llamar, sólo para descubrir que su esposa estaba en brazos de un hombre.

Allí estaba ella, una hermosa mujer de treinta y cinco años, con cabello pelirrojo

y ojos almendrados, apasionadamente abrazada por una persona que tenía los bolsillos llenos de panfletos, aparatos microquímicos y un martillo para probar el reflejo en la rótula... un típico personaje de *campus* de la UD, en realidad. El abrazo era tan concentrado que ninguna de las partes culpables advirtió a Henry Hassel mirándolos con furia desde el pasillo.

Bien, recuerden a Ampère y a Charles y a Boltzmann. Hassel pesaba unos noventa kilos. Era musculoso y desinhibido. Para él habría sido juego de niños descuartizar a su esposa y al amante de ésta, y lograr así en forma simple y directa el fin que deseaba... Terminar con la vida de su esposa. Pero Henry Hassel pertenecía a la clase de los genios. Su mente simplemente no operaba de esa manera.

Hassel tomó aire, se volvió y entró en su laboratorio privado. Abrió un cajón etiquetado DUODENUM y sacó de allí una pistola calibre 45. Abrió otros cajones, con etiquetas más interesantes, y aparatos ordenados. En exactamente siete minutos y medio (tal era su furia) armó una máquina del tiempo (tal era su genio).

El profesor Hassel armó la máquina del tiempo alrededor de él, colocó un dial para el año 1902, tomó el revólver y apretó un botón. La máquina hizo un ruido como de cañerías rotas y Hassel desapareció. Reapareció en Filadelfia el 3 de junio de 1902, fue directamente al número 1218 de Walnut Street, una casa de ladrillos rojos con escalones de mármol, y tocó el timbre. Un hombre abrió la puerta y miró a Henry Hassel.

—¿El señor Jessup? —preguntó Hassel con voz ahogada.

—¿Sí?

—¿Es usted el señor Jessup?

—Sí soy yo.

—¿Usted tiene un hijo, Edgar? Edgar Alan Jessup... que lleva ese nombre por la lamentable admiración que usted tiene por Poe.

—No que yo sepa —dijo el hombre desconcertado—. Todavía no me he casado.

—Ya se casará —repuso Hassel con furia—. Tengo la desgracia de estar casado con la hija de su hijo, con Greta. Perdone. —Levantó la pistola y disparó contra el futuro abuelo de su esposa.

—Ella habrá dejado de existir —murmuró Hassel, mientras salía humo del revolver—. Seré soltero. Hasta puedo casarme con otra... ¡Dios mío! ¿Con quién?

Hassel esperó impacientemente el llamado automático de la máquina del tiempo que lo llevaría de vuelta a su propio laboratorio. Corrió al living. Allí estaba su esposa pelirroja, todavía en los brazos de un hombre.

Hassel quedó como herido por un rayo.

—De manera que ésas tenemos —gruñó—. Una tradición familiar de infidelidad. Bien, veremos qué hacemos. Existen formas y medios. —Se permitió una risa hueca, volvió a su laboratorio, y se envió a sí mismo de vuelta al 1901, donde mató a Emma Hotchkiss, la futura abuela materna de su esposa. Volvió a su propia casa y a su propio tiempo. Allí estaba su esposa pelirroja, todavía en los brazos del otro hombre.

—Pero yo sé que esa vieja puta era tu abuela —murmuró Hassel—. El parecido es evidente. ¿Qué carajo falló?

Hassel estaba confundido y perturbado, pero no sin recursos. Fue a su estudio, tuvo dificultades en levantar el receptor del teléfono, pero finalmente logró llamar al laboratorio de Errores en la Práctica. Su dedo marcaba con furor en los agujeros del disco.

—¿Sam? —dijo—. Habla Henry.

—¿Quién?

—Henry.

—Habla más alto.

—¡Henry Hassel!

—Ah, buenas tardes, Henry.

—Háblame del tiempo.

—¿Del tiempo? Mmmmm... —La computadora Simplex-y-Multiplex se aclaró la garganta mientras esperaba que los circuitos de datos se eslabonaran.

—Ajá. Tiempo. Uno: Absoluto. Dos: Relativo. Tres: Recurrente.

Uno Absoluto: Período, contingente, duración, carácter diurno, perpetuidad...

—Lo lamento, Sam. La pregunta estaba mal formulada. Volvamos atrás. Quiero Tiempo, referente a la sucesión de, viaje en.

Sam hizo el cambio necesario y comenzó otra vez. Hassel escuchaba atentamente. Asintió. Gruñó.

—Ajá. Ajá. Bien. Ya veo. Eso pensaba. Un continuo, ¿eh? Los actos que se realizan en el pasado deben alterar el futuro. Entonces estoy bien encaminado. Pero el acto debe ser significativo, ¿no es cierto? Masa-acción-efecto. Las cosas triviales no pueden diversificar las corrientes existentes de fenómenos. Mmmm. Pero ¿cuán trivial es una abuela?

—¿Qué intentas hacer, Henry?

—Matar a mi mujer —saltó Hassel. Colgó el receptor. Volvió a su laboratorio. Se puso a pensar, siempre en medio de una furia de celos.

—Voy a hacer algo significativo —murmuró—. Borrar a Greta. Borrarla del todo. ¡Bien, por Dios! Ya verán.

Hassel volvió al año 1775, visitó una granja en Virginia y disparó contra un joven coronel en el pecho. El nombre del coronel era George Washington, y Hassel se aseguró de que estuviera muerto. Volvió a su propio tiempo y a su propia casa. Allí estaba su esposa pelirroja, todavía en los brazos de otro.

—¡Carajo! —dijo Hassel. Se estaba quedando sin municiones. Abrió una nueva caja de balas, regresó en el tiempo y masacró a Cristóbal Colón, Napoleón, a Mahoma y a media docena más de celebridades—. ¡Con esto debería alcanzar, por Dios! —dijo Hassel.

Volvió a su propio tiempo, y encontró a su esposa como antes.

Se le doblaron las rodillas; sus pies parecieron fundirse con el suelo. Volvió a su

laboratorio, caminando entre arenas movedizas de pesadillas.

—¿Qué carajo es lo significativo? —se preguntaba Hassel penosamente—. ¿Cuánto tiempo lleva cambiar el futuro? Por Dios, con el tiempo realmente lo cambiaré. Me iré a la quiebra.

Viajó a París a comienzos del siglo xx y visitó a Madame Curie en un taller en una bohardilla cerca de La Sorbona.

—Madame —dijo en su execrable francés—, para usted soy un completo extraño, pero soy todo un científico. Conociendo sus experimentos con radio... ¿cómo? ¿Todavía no ha llegado al radio? No importa. Estoy aquí para darle todo sobre la fisión nuclear.

Le enseñó. Tuvo la satisfacción de ver a París elevarse en un hongo de humo antes de que el llamado automático lo llevara a casa.

—Eso enseñará a las mujeres a ser infieles —gruñó... ¡ahhh! Esto se le escapó de los labios al ver que su esposa pelirroja todavía... pero no hace falta insistir en lo obvio.

Hassel avanzó entre nieblas hasta su estudio y se sentó a pensar. Mientras él piensa será mejor que les advierta que éste no es un cuento convencional sobre el tiempo. Si imaginan por un momento en que Henry va a descubrir que el hombre que acaricia a su esposa es él mismo, están equivocados. El maldito no es Henry Hassel ni su hijo ni un pariente ni siquiera Ludwig Boltzmann (1844-1906). Hassel no hace un círculo en el tiempo, terminando donde comienza la historia... para satisfacción de nadie y furia de todos, por la simple razón de que el tiempo no es circular ni lineal ni tándem ni discoide ni en zigzag, ni longuícuito ni pandicularteado. El tiempo es un asunto privado, eso fue lo que descubrió Hassel.

—Tal vez me haya equivocado en algún punto —murmuró Hassel—. Será mejor que lo averigüe. —Luchó con el teléfono, que parecía pesar cien toneladas, y por fin consiguió comunicarse con la biblioteca.

—¿Hola, con la biblioteca? Habla Henry.

—¿Quién?

—Henry Hassel.

—Hable más fuerte, por favor.

—¡HENRY HASSEL!

—Ah. Buenas tardes, Henry.

—¿Qué tienen sobre George Washington?

La biblioteca hacía ruidos sordos mientras sus unidades exploradoras buscaban en los catálogos.

—George Washington, primer presidente de los Estados Unidos, nació en...

—¿Primer presidente? ¿No fue asesinado en 1775?

—Realmente, Henry. Qué pregunta absurda. Todo el mundo sabe que George Wash...

—¿Nadie sabe que lo balearon?



—¿Quién lo baleó?

—Yo.

—¿Cuándo?

—En 1775.

—¿Cómo lograste hacerlo?

—Tengo una pistola.

—No, quiero decir, ¿cómo es que lo hiciste hace doscientos años?

—Tengo una máquina del tiempo.

—Bien, como no hay registro de eso aquí —dijo la biblioteca—, en mis archivos todavía está bien. Debes de haber errado.

—No erré. ¿Y Cristóbal Colón? ¿Hay algún registro de su muerte en 1489?

—Pero descubrió el nuevo mundo en 1492.

—No es posible. Lo asesinaron en 1489.

—¿Cómo?

—Con una bala de una .45 en la garganta.

—¿También tú, Henry?

—Sí.

—Aquí no está registrado —insistió la biblioteca—. Debe de haber sido un mal disparo.

—No quiero perder los estribos —dijo Hassel con voz temblorosa.

—¿Por qué no, Henry?

—Porque ya están perdidos —gritó—. ¡Muy bien! ¿Y Marie Curie? ¿Descubrió o no la bomba de fisión que destruyó París a fin de siglo?

—No la descubrió. Enrico Fermi...

—Sí la descubrió.

—No la descubrió.

—Se lo enseñé personalmente. Yo. Henry Hassel.

—Todos dicen que eres un maravilloso teórico, pero un mal profesor, Henry. Tu...

—Vete al diablo, gallina vieja. Eso requiere una explicación.

—¿Por qué?

—No me acuerdo. Estaba pensando en algo, pero no importa ahora. ¿Qué sugerirías tú?

—¿Realmente tienes una máquina del tiempo?

—Por supuesto que tengo una máquina del tiempo.

—Entonces vuelve atrás y fíjate qué ha pasado.

Hassel volvió al año 1775, visitó Mount Vernon e interrumpió la siembra de primavera.

—Perdone, coronel —comenzó.

El hombre corpulento lo miró con curiosidad.

—Hablas en forma extraña, desconocido —dijo—. ¿De dónde eres?

—Ah, de una nueva universidad sobre la que nunca has oído hablar.

—Tienes aspecto raro también. Un tanto neblinoso, por así decirlo.

—Dígame, coronel, ¿qué sabe usted de Cristóbal Colón?

—No mucho —respondió el coronel Washington—. Hace doscientos o trescientos años que murió.

—¿Cuándo murió?

—En mil quinientos y algo, por lo que recuerdo.

—No. Murió en 1489.

—Tienes mal las fechas, amigo. Descubrió América en 1492.

—Gaboto descubrió América. Sebastián Gaboto.

—No. Gaboto vino un tiempo después.

—¡Tengo una prueba irrefutable! —comenzó Hassel, pero se interrumpió cuando un hombre corpulento y algo gordo, con el rostro ridiculamente enrojecido por la rabia, se aproximó a él. Llevaba pantalones grises, abolsados, y una chaqueta de tweed dos tamaños más grandes que para él. Llevaba una pistola .45. Sólo después de haberlo mirado un momento, Henry Hassel se dio cuenta de que se estaba mirando a sí mismo y que no le gustaba su aspecto.

—¡Dios mío! —murmuró Hassel—. Soy yo, que vuelvo de asesinar a Washington esa primera vez. Si hubiera hecho mi segundo viaje una hora más tarde, habría encontrado muerto a Washington. ¡Eh! —gritó—. Todavía no. Espera un minuto. Tengo que arreglar algo primero.

Hassel no se prestaba atención a sí mismo; en realidad no parecía tener noción de sí mismo. Fue directamente hacia el coronel Washington y le pegó un tiro en el estómago... el coronel Washington cayó muerto. El primer asesino inspeccionó el cuerpo, y luego, ignorando el intento de Hassel de detenerlo e iniciar una discusión con él, se volvió y se fue, murmurando cosas venenosas para sí.

—No me oyó —se dijo Hassel—. Ni siquiera me sintió. ¿Y por qué no me recuerdo a mí mismo tratando de detenerme la primera vez que disparé contra el coronel? ¿Qué diablos sucede?

Considerablemente perturbado, Henry Hassel visitó Chicago y entró en las canchas *de squash* de la Universidad de Chicago a principios de 1940. Allí encontró a un científico italiano llamado Fermi.

—Según veo repite usted el trabajo de Marie Curie, *dottore* —dijo Hassel.

Fermi echó una mirada a su alrededor como si hubiera oído un leve sonido.

—¿Repitiendo el trabajo de Marie Curie, *dottore*? —rugió Hassel.

Fermi lo miró extrañamente.

—¿De dónde es usted, *amico*?

—Del Estado.

—¿Del Departamento de Estado?

—Simplemente del Estado. Es verdad, ¿no, *dottore*, que Marie Curie descubrió la fisión nuclear alrededor de 1900?

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Fermi—. Nosotros somos los primeros, y todavía no hemos llegado. ¡Policía! ¡Policía! ¡Un espía!

—Esto quedará registrado —gruñó Hassel. Sacó su confiable .45, la vació en el pecho del doctor Fermi, y esperó el arresto y la inmolación en los archivos de los diarios. Ante su consternación, el doctor Fermi no cayó. Sólo exploró su pecho y, a los hombres que respondieron a sus gritos, les dijo:

—No es nada. Tengo una repentina sensación de quemadura, que puede ser una neuralgia del nervio cardíaco, pero lo más probable es que sean gases.

Hassel estaba demasiado agitado como para esperar el llamado automático de la máquina del tiempo. En cambio volvió de inmediato a la Universidad Desconocida bajo su propio poder. Esto debería haberle dado una clave, pero estaba demasiado ofuscado como para advertirla. Fue en esta época (1913-1975) cuando lo vi por primera vez... una figura oscura que merodeaba entre los autos estacionados, las puertas cerradas y las paredes de ladrillos, con la cara iluminada por una determinación lunática.

Se escurría en la biblioteca, se preparaba para una discusión exhaustiva, pero no lograba hacerse oír ni aparecer en los catálogos. Iba al Laboratorio de Malpraxis, donde Sam, la computadora Simplex-y-Multiplex, tiene instalaciones de sensibilidad que llegan a los diez mil setecientos amstrongs. Sam no veía a Henry, pero lograba oírlo a través de una especie de fenómeno de interferencia de ondas.

—Sam —dijo Hassel—, acabo de hacer un importante descubrimiento.

—Siempre estás haciendo descubrimientos, Henry —se quejó Sam—. Tu sector de datos está lleno. ¿Tendré que empezar otra cinta para ti?

—Pero necesito consejos. ¿Quién es la principal autoridad sobre Tiempo, referencia a sucesión de, viajar en?

—Debe de ser Israel Lennox, mecánica espacial, profesor de Yale.

—¿Cómo me pongo en contacto con él?

—No podrás, Henry. Ha muerto. Murió en el setenta y cinco.

—¿Qué autoridad tienes sobre Tiempo, viajar en, vivir?

—Wiley Murphy.

—¿Murphy? ¿De nuestro Departamento de Traumas? Qué feliz casualidad. ¿Dónde está ahora?

—En realidad, Henry, fue a tu casa a pedirte algo.

Hassel fue a su casa volando, buscó en su laboratorio y estudio sin encontrar a nadie, y por fin flotó al living, donde su esposa pelirroja seguía en los brazos de otro hombre. (Todo esto, comprenderán ustedes, había tenido lugar en el espacio de pocos momentos después de la construcción de la máquina del tiempo, ésa es la naturaleza del tiempo y del viaje por el tiempo). Hassel carraspeó una o dos veces y trató de dar un golpecito a su esposa en el hombro. Sus dedos la atravesaron.

—Perdona, querida —dijo—. ¿Ha venido a verme Wiley Murphy?

Entonces miró mejor y vio que el hombre que abrazaba a su esposa era Murphy

mismo.

—¡Murphy! —exclamó Hassel—. Precisamente el hombre que buscaba. Acabo de tener la experiencia más extraordinaria. —Hassel de inmediato se lanzó a una lúcida descripción de su extraordinaria experiencia, que era más o menos así:

—Murphy,  $u-v = u^1_2 - v^1_4 (u^a + u^xv^y + v^b)$  pero cuando George Washington  $F(x) y^2 dx$  y Enrico Fermi  $F(u^1_2) dxdt$  la mitad de Marie Curie, entonces, ¿cómo se explica Cristóbal Colón por la raíz cuadrada de menos uno?

Murphy ignoró a Hassel, lo mismo que Mrs. Hassel. Yo anoté las ecuaciones de Hassel en la capota de un taxi que pasaba.

—Escúchame, Murphy —dijo Hassel—, Greta, querida, ¿te molestaría dejarnos solos un momento?... por Dios, ¿quieren dejar de hacer esa tontería? Hablo en serio.

Hassel trató de separar a la pareja. No podía tocarlos más de lo que ellos podían oírlo. Su rostro enrojeció nuevamente y se puso tan colérico que golpeó a la señora Hassel y a Murphy. Era como golpear a un Gas Ideal. Pensé que sería mejor interferir.

—¡Hassel!

—¿Quién es?

—Salga un momento. Necesito hablar con usted.

Salió atravesando la pared.

—¿Dónde está usted?

—Aquí.

—Lo veo un poco velado.

—A usted también.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lennox. Israel Lennox.

—Israel Lennox, mecánica espacial, profesor de, Yale...

—El mismo.

—Pero usted murió en el setenta y cinco.

—Yo desaparecí en el setenta y cinco.

—¿Qué quiere decir?

—Inventé una máquina del tiempo.

—¡Por Dios! —dijo Hassel—. Esta tarde. Me llegó la idea como un relámpago... no sé por qué... y tuve una experiencia extraordinaria. Lennox, el tiempo no es un continuo.

—¿No?

—Es una serie de partículas discretas... como perlas en un collar.

—¿Sí?

—Cada perla es un «ahora». Cada «ahora» tiene su propio pasado y futuro. Pero ninguno de ellos se relaciona con los otros. ¿Se da cuenta? Si  $a = a_1 + a_2$   $J_i + \hbar a_x$   $(b_1...$

—La matemática no tiene importancia, Henry.

—Es una forma de transferencia *quantum* de la energía. El tiempo se emite en corpúsculos discretos de *quanta*. Podemos visitar a cada *quantum* individual y hacer cambios dentro de él, pero no hay cambios en ningún corpúsculo que acepte a otro corpúsculo. ¿De acuerdo?

—Está mal —dijo, apenado.

—¿Qué quiere decir con eso de «está mal»? —preguntó él, haciendo un gesto furioso que atravesó a un estudiante que pasaba—. Tome las ecuaciones trocoides y...

—Mal —repetí con firmeza—. ¿Quiere escucharme, Henry?

—Bien, hable —dijo.

—¿No ha notado que se ha vuelto un poco insustancial? ¿Oscuro? ¿Espectral? ¿Que el espacio y el tiempo ya no lo afectan?

—Sí.

—Henry, tuve la desgracia de construir una máquina del tiempo en el año setenta y cinco.

—Eso dijo. Escuche, ¿y el consumo de energía? Supongo que estoy usando alrededor de 7,3 kilovatios por...

—El consumo de energía no importa, Henry. En mi primer viaje al pasado, visité el pleistoceno. Tenía mucho interés en fotografiar al mastodonte, un gigante de la Tierra, y al tigre con dientes de sable. Mientras retrocedía para poner al mastodonte completo en el campo de visión en f/6.3 a 1/100.º de segundo, o en la escala LVS...

—La escala LVS no tiene importancia —dijo.

—Mientras retrocedía, sin querer tropecé y maté a un pequeño insecto del pleistoceno.

—¡Ajá! —dijo Hassel.

—Me aterrorizó el incidente. Tuve visiones de volver a mi mundo y encontrarlo completamente cambiado como resultado de esta única muerte. Imagine mi sorpresa cuando volví a mi mundo y encontré que nada había cambiado.

—¡Ah! —dijo Hassel.

—Me despertó curiosidad. Volví al pleistoceno y maté al mastodonte. Nada había cambiado en 1975. Volví al pleistoceno y asesiné a toda la vida salvaje... sin ningún efecto. Bajé por todas las épocas, matando y destruyendo, en un intento de cambiar el presente.

—Entonces usted hizo lo mismo que yo —exclamó Hassel—. Qué extraño que no nos hayamos topado.

—No es extraño en absoluto.

—Yo llegué a Colón.

—Yo llegué a Marco Polo.

—Yo llegué a Napoleón.

—Yo pensé que Einstein era más importante.

—Mahoma no cambió mucho las cosas... yo esperaba más de él.

—Lo sé. Yo también lo encontré.

—¿Qué quiere decir con eso de que usted también lo encontró? —preguntó Hassel.

—Lo maté el 16 de septiembre del año 599. En el viejo estilo.

—Pero si yo lo maté el 5 de enero del año 598.

—Le creo.

—Pero ¿cómo pudo usted haberlo matado después de que lo había matado yo?

—Los dos lo matamos.

—Eso es imposible.

—Amigo —dije—, el tiempo es enteramente subjetivo. Es un asunto privado... una experiencia personal. No existe nada que pueda llamarse tiempo objetivo, así como no hay nada que sea amor objetivo o un alma objetiva.

—¿Es decir que un viaje por el tiempo es imposible? Pero nosotros lo hemos hecho.

—Claro que sí, y muchos otros, por lo que sé. Pero cada uno viaja a su propio pasado, no al de otra persona. No hay un continuo universal, Henry. Sólo hay billones de individuos, cada uno con su propio continuo: y un continuo no puede afectar al otro. Somos como millones de fideos en la misma cacerola. En ningún momento un viajero puede encontrarse con otro viajero en el pasado o en el futuro. Cada uno de nosotros debe viajar hacia arriba y hacia abajo por su propio fideo solamente.

—Pero ahora nos encontramos.

—Ahora no somos viajeros, Henry. Nos hemos convertido en la salsa de los fideos.

—¿En la salsa de los fideos?

—Sí. Usted y yo podemos visitar cualquier fideo que queramos, porque nos hemos destruido.

—No comprendo.

—Cuando un hombre cambia el pasado solo afecta su propio pasado... y el de ningún otro. El pasado es como la memoria. Cuando usted borra la memoria de un hombre, lo borra a él, pero no borra a ningún otro. Usted y yo hemos borrado nuestro pasado. Los mundos individuales de los otros continúan. Pero nosotros hemos dejado de existir. —Hice una pausa significativa.

—¿Qué quiere decir con eso de que hemos «dejado de existir»?

—Con cada acto de destrucción nos disolvimos un poco. Ahora estamos acabados. Hemos cometido un cronocidio. Somos fantasmas. Espero que la señora Hassel sea muy feliz con el señor Murphy... ahora volvamos a la Académie. Ampère está contando una gran historia sobre Ludwig Boltzmann.

*The Men Who Murdered Mohammed, 1958*

# **Una pequeña amabilidad**

*Ben Bova*

*Durante la mayor parte de mi vida adulta, he trabajado en tres carreras simultáneamente.*

*He sido ejecutivo en la industria aeroespacial de los Estados Unidos, donde trabajé en programas tales como el proyecto para el satélite Vanguard, la avanzada tecnología de generación de energía eléctrica que emplea la ciencia de difícil nombre: Magnetohidrodinámica (o MHD, para abreviar), los láser de alto poder, los corazones artificiales y aun los imanes superconductores ultrafríos.*

*También he sido editor de revistas tales como Analog Science Fiction-Science Fact y Omni.*

*Pero mientras estaba en la industria aeroespacial o en la industria de las revistas, siempre fui escritor... de novelas y de libros que no eran de ficción (hasta el momento he publicado sesenta y tres), cuentos cortos, artículos de revistas, críticas de libros, columnas de opinión, conferencias, y hasta un par de guiones para televisión.*

*Desde los comienzos mismos de mis múltiples carreras, fui un entusiasta sostenedor de un fuerte programa espacial civil. No sólo un programa espacial norteamericano, sino un programa espacial mundial... destinado a explorar el espacio y a utilizar las energías y las materias primas que encontremos en él para ayudar a enriquecer a la gente y a contribuir a su salud y su seguridad aquí en la Tierra.*

*Critiqué mucho el así llamado «Tratado de la Luna», de las Naciones Unidas, porque creo que algunos de sus puntos ahogan la libertad de empresas privadas para desarrollar futuras aventuras en el espacio. Me doy cuenta de que muchas de las naciones del Tercer Mundo —y todos los países del bloque soviético— se oponen a la idea de permitir que la empresa privada actúe en el espacio. (Sin embargo, la Unión Soviética no ha firmado el Tratado de la Luna por razones propias).*

*Imaginarán ustedes mi consternación, entonces, cuando «Una pequeña amabilidad» comenzó a salir de mi máquina de escribir. He aquí una presentación sutil, pero real, de la forma en que la empresa privada sin obstáculos puede afectar a los mercados mundiales en materia de minerales y metales claves... en detrimento de aquellas naciones del Tercer Mundo que ahora proporcionan estos bienes a las economías industrializadas.*

*Este tema subyacente está enmascarado, por supuesto, por los principales personajes del cuento... sus conflictos y sus interacciones. Pero el tema está allí, y estoy seguro de que volverá a surgir en historias que todavía no he escrito.*



Jeremy Keating odiaba la lluvia. Ya era deprimente que lo hubieran enviado a Atenas, pero en esa noche de viento y lluvia la ciudad era fría, negra y peligrosa. Todo el mundo imagina Atenas al sol, pensó. Piensa en la Acrópolis, en los brillantes templos antiguos. No ven la ciudad moderna, sucia, con su interminable flujo de automóviles que dejan escapar tanta polución que las estatuas de mármol se están carcomiendo y los monumentos antiguos están en peligro de derrumbarse.

Arrebujado en su campera, Keating estaba parado a la sombra de la entrada de una casa en la acera de enfrente de la taberna donde su víctima disfrutaba de una tranquila cena. Su última cena, si las cosas salían como Keating las planeaba.

Retrocedió todo lo posible en la entrada, apretándose contra las piedras frías de los edificios, tanto para que no lo vieran en las sombras, como para protegerse de la lluvia. A pesar de la lluvia, el tránsito seguía obstruyendo el Filellinon Boulevard, y los autos avanzaban pegados unos a otros, haciendo sonar las bocinas, con las gomas chirriando en el pavimento mojado. El peor tránsito del mundo, noche y día. Un millón y medio de griegos, todos en sus autos, todo el tiempo. Manejaban como vivían... discutiendo.

El hombre que cenaba en la acera de enfrente, en la taberna cálida y brillantemente iluminada era Kabete Rungawa, de la delegación de Tanzania a la asamblea del Gobierno Mundial. «El Santo Negro del Tercer Mundo», lo llamaban. El hombre más reverenciado desde Gandhi. Keating sonrió sombríamente para sí. Según sus conocidos del Vaticano, un hombre tiene que estar muerto para que puedan proclamarlo santo.

Keating era un hombre alto, de más de un metro ochenta de estatura. Tenía el cuerpo delgado y elegante de un atleta entrenado, y le había llevado años de trabajo constante y esforzado adquirirlo. Pasó la primera parte de su vida adulta detrás de un escritorio o en fiestas de la Embajada, como muchos otros funcionarios de carrera del Ministerio de Relaciones Exteriores. Pero eso había sucedido muchísimo tiempo atrás, cuando era un engranaje menor en la máquina global del Departamento de Estado. Cuando era esposo y padre.

Su esposa murió en el levantamiento de Túnez, parte de la rebelión cuidadosamente orquestada por el Tercer Mundo que hizo tragar el Gobierno Mundial a las naciones blancas industrializadas. Su hijo murió de tifus en la embajada tomada, cuando no pudieron obtener medicamentos porque el gobierno de los Estados Unidos no podía decidir si negociar con los extremistas o mandar a los Marines.

Finalmente negociaron. Pero entonces era demasiado tarde. De manera que Keating sirvió como embajador itinerante en las embajadas o consulados de los Estados Unidos en los lugares donde se requerían sus talentos especiales. Había encontrado esos talentos en las profundidades de su agonía, su desesperación, su odio.

Externamente seguía siendo un funcionario diplomático menor, un interesante compañero en una cena, un hombre bastante atractivo con ojos pensativos que

parecían a la vez distraídos e inaccesibles. Eso le daba un atractivo magnético para un cierto tipo de mujer, un desafío que ellas no podían resistir. Algunas se habían acercado lo suficiente a él como para seguir la línea delgadísima de la cicatriz en su abdomen, todo lo que quedaba de la operación que necesitó después de su primer destino en Indonesia. Después de ese horror particular, nunca volvieron a sorprenderlo ni a herirlo.

Keating alzó la cabeza con gesto obcecado, y se obligó a concentrarse en el trabajo que estaba haciendo. El viento frío lo penetraba. Sus pies ya estaban empapados. Los autos seguían arrastrándose por el bulevar mojado, haciendo sonar las bocinas con impaciencia. El ruido lo irritaba, lo ponía nervioso.

—Hay que terminar con el prestigio extremo —le había dicho su jefe, aquella soleada tarde en Virginia—. ¿Entiende lo que le quiero decir?

Sentado en el mullido sillón de cuero frente al gran escritorio de nogal del jefe de sección, Keating hizo un gesto afirmativo.

—Tal vez yo soy nuevo para esta sección del departamento, pero he visto cosas. Significa hacerle a Rungawa lo que los indonesios trataron de hacerme a mí.

Nadie usaba jamás las palabras *matar* o *asesinar* en esas oficinas alegremente iluminadas. Los hombres sentados ante los escritorios, con sus trajes elegantes, manejaban computadoras y fotografías y eufemismos de los satélites. Las cosas sucias y atemorizantes como la sangre jamás se mencionaban allí. El jefe de sección apoyó los dedos sobre la mesa y dedicó a Keating una larga y pensativa mirada. Era un hombre de aspecto distinguido con cabello plateado y la piel levemente bronceada. Podría haber sido el presidente de mesa que uno conoce en el country club o el tipo de clase alta que pasa los veranos en regatas de yates.

—¿Alguna pregunta, Jeremy?

Keating se movió ligeramente en su asiento.

—¿Por qué Rungawa?

El jefe de sección sonrió apenas.

—¿Le gusta que el Gobierno Mundial nos dé órdenes, exija que dispersemos nuestras fuerzas armadas, nos cargue de impuestos hasta empobrecernos como el Tercer Mundo?

Keating sentía arder las emociones en sus entrañas. Todo el dolor de la muerte de su esposa, de la larga agonía de su hijo, de su odio por los pequeños tiranos codiciosos, ignorantes y sádicos que los habían matado... todo eso bullía como una marea volcánica de lava en su interior. Pero acalló sus respuestas corporales y acudió a todo el entrenamiento y la fuerza de voluntad que tenía para obligar a su voz a permanecer tranquila. Una cosa había aprendido de esa organización, y de ese jefe de sección en particular: nunca debía permitir que alguien descubriera en qué era vulnerable.

—No tengo gran admiración por el Gobierno Mundial —dijo. La sonrisa de basilisco del jefe de sección desapareció. No era necesario hacerse el simpático con

ese hombre. Era un empleado, una herramienta. A pesar de su intento de ocultar sus emociones, era obvio que Keating vivía para vengar a su esposa y a su hijo. Eventualmente se haría matar él, pero por el momento su sed de venganza era un recurso valioso para manipularlo.

—Rungawa es la clave de todo —dijo el jefe de sección, apoyándose en el respaldo de su alto sillón giratorio y hamacándose ligeramente.

Keating sabía que el Gobierno Mundial, que tenía menos de cinco años de antigüedad, se reuniría en Atenas para planear un programa económico global. Rungawa encabezaría la delegación de Tanzania.

—El Gobierno Mundial está haciendo esfuerzos especiales por destruir a los Estados Unidos —continuó el jefe de sección, con tanta tranquilidad como si anunciara el resultado de un partido de tenis—. Washington tuvo que aceptar el Gobierno Mundial, y la gente estuvo de acuerdo con la idea porque pensaba que pondría fin a la amenaza de una guerra nuclear. Bien, eso se ha logrado... al costo de cobrar impuestos a nuestra economía, por cada hombre, mujer y chico desocupado, negro, mestizo o amarillo en todo el mundo.

—¿Y Rungawa? —repitió Keating.

El jefe de sección se inclinó hacia adelante, con las palmas apretadas contra el escritorio, y bajó la voz.

—No podemos salir del Gobierno Mundial, por muchísimas razones. Pero podemos, con la ayuda de algunas otras naciones occidentales, asumir el control de éste, si logramos romper el sólido bloque de votantes de las naciones del Tercer Mundo.

—¿Y los soviéticos...?

—Podemos dar lugar a los soviéticos —respondió con impaciencia el jefe de sección, haciendo un gesto con la mano—. Nadie quiere volver a los viejos enfrentamientos de la Guerra Fría. Lo que habrá que hacer es lograr que el Tercer Mundo acepte.

—Eliminando a Rungawa.

—¡Exactamente! Él es el pegamento que da cohesión al bloque. «El Santo Negro». Prácticamente lo idolatran. Si lo eliminamos volverán a caer en su antiguo enredo de políticos egoístas y peleadores, así como estalló la OPEC después del comienzo de la saturación del petróleo.

En esa cómoda y soleada oficina todo parecía muy simple. Matar a Rungawa y luego dedicarse a lograr el liderazgo del Gobierno Mundial. Reparar el daño hecho por la celosa voracidad del Tercer Mundo. Poner a la economía del mundo en la buena senda otra vez.

Pero allí, en la lluviosa y oscura noche de Atenas, Keating sabía que no era tan simple, en absoluto. Con la mano izquierda apretaba la pistola de dardos en el bolsillo de su campera. En cada dardo había suficiente veneno como para matar instantáneamente a un hombre y no dejar huellas que pudiera encontrar un médico

forense. Los dardos mismos se disolvían en contacto con el aire en tres minutos. El arma asesina perfecta.

Entrecerrando los ojos en la lluvia, Keating vio por la gran vidriera de la taberna que Rungawa se levantaba de su mesa, preparándose para salir del restaurante.

Eliminar a Rungawa. Ésa era su misión. Matarlo y que pareciera que había tenido un ataque al corazón. Debía de ser bastante fácil. Un hombre viejo que caminaba sólo por el bulevar hacia su hotel. «El Santo Negro» nunca llevaba guardaespaldas. Era lo suficientemente viejo como para que un ataque al corazón no despertara la menor sospecha.

Pero no iba a ser tan fácil, observó Keating. Rungawa salió de la taberna acompañado por tres hombres más jóvenes. Y no se dirigió hacia su hotel. En cambio, echó a andar por el bulevar en dirección opuesta, hacia las calles estrechas y tortuosas de la parte más antigua de la ciudad, hacia la Acrópolis. En medio de la lluvia. A pie.

Frunciendo el entrecejo con desconcierto y furia, Keating salió de la puerta donde se guarecía y echó a andar bajo la fuerte lluvia. Estaba fría como hielo. Se levantó el cuello y se calzó mejor el sombrero. Odiaba la lluvia. Tal vez el viejo hijo de puta pescaría una pulmonía y moriría de muerte natural, pensó con ira.

Mientras comenzaba a cruzar el bulevar un auto lo salpicó, haciendo sonar la bocina, empapándole los pantalones. Keating dio un salto hacia atrás justo a tiempo para evitar que el auto lo atropellara. La cara furiosa del conductor, enmarcada por la ventanilla mojada del auto, lo miró mientras el auto pasaba a toda velocidad. Maldiciendo metódicamente en voz muy baja, Keating encontró otra apertura en el tránsito y cruzó el bulevar, tratando de evitar los charcos aunque sus pies ya estaban totalmente mojados.

Siguió andando detrás de Rungawa, a buena distancia de él y sus tres compañeros, contento de que fueran a pie y no en auto, pero sintiéndose muy mal por tener que soportar la helada lluvia. Por lo que veía, los tres compañeros de Rungawa eran negros, y lo suficientemente jóvenes y corpulentos como para ser guardaespaldas. Eso complicaba el asunto. ¿Rungawa habría recibido alguna advertencia? ¿Habría trascendido algo en la operación del Departamento?

Keating siguió andando detrás del viejo que se internó en las antiguas calles tortuosas que rodeaban la elevación de piedra de la Acrópolis. Los cuatro negros dieron la vuelta a la antigua ciudadela, avanzando con rapidez, como si tuvieran que estar en un lugar exacto a una hora exacta. Keating tenía que mantenerse a mucha distancia detrás de ellos porque el tránsito de la avenida Theonas era mucho más escaso, y los peatones, con esa lluvia, habían desaparecido de la vista, excepto el grupo de Rungawa. El lugar era más silencioso, bordeando el costado del gran acantilado. El espectáculo nocturno habitual son *et lumière* se había cancelado por la lluvia; incluso los reflectores alrededor del Partenón y de los otros templos estaban apagados.

Durante unos minutos Keating se preguntó si Rungawa iría al Ágora en lugar de ir a la Acrópolis, pero no, el viejo y sus amigos entraron por el portón de la Acrópolis. El Camino Sagrado de los antiguos atenienses.

Era difícil ver en medio de la lluvia, especialmente a esa distancia. Agachándose detrás de unos arbustos, Keating buscó en los bolsillos de su campera hasta encontrar la «cámara» en miniatura que tenía consigo. Entre otras cosas, funcionaba como un par de prismáticos al infrarrojo. Aun en medio de la oscuridad y la lluvia, veía a los cuatro hombres que se detenían en la entrada principal. Sus figuras se dibujaban grises y fantasmales contra un fondo oscuro y parpadeante.

Se detuvieron unos momentos mientras uno de ellos abría el portón que habitualmente estaba trabado y vigilado. Keating estaba más impresionado que sorprendido. Tenían acceso a todo lo que querían. Pero ¿por qué querían subir al Partenón en una noche de viento y lluvia? «¿Y cómo puedo lograr que la muerte de Rungawa parezca natural si tengo que luchar con tres guardaespaldas para abrirme paso?».

La segunda pregunta se resolvió casi de inmediato. Rungawa dejó a sus compañeros en el portón y echó a andar sólo por la empinada escalera de mármol, resbaladiza por la lluvia.

A Keating nunca le gustó escalar. Aunque se sentía completamente seguro y cómodo en un jet y hasta había hecho saltos de paracaidismo con toda tranquilidad, trepar por la piedra resbaladiza del acantilado era algo que le daba miedo. Pero lo hizo, de todas maneras. No era tan difícil como temía. Otros habían escalado la Acrópolis, en los treinta siglos desde que los griegos llegaron a ella. Keating subía dificultosamente por las rocas, arrastrándose al principio en cuatro patas mientras la lluvia fría le castigaba la cara. Luego encontró un sendero estrecho. Era empinado y resbaladizo, pero sus zapatos de suela blanda, que había elegido porque eran silenciosos, se prendían bastante bien a la piedra.

Llegó a la parte superior del acantilado en una zona abierta y amplia. A la derecha estaban lo propileos y el pequeño templo de Atena Niké. A su izquierda, el Erecteión, con sus cariátides que sostenían pacientemente el techo desde hacía dos mil quinientos años: las doncellas de mármol que miraban ciegamente a Keating. El les devolvió la mirada, luego contempló toda la extensión de la parte superior del acantilado hasta el Partenón, parcialmente en ruinas, la más bella construcción de la Tierra, un monumento tanto para el genio creativo como para la locura destructiva del hombre.

La lluvia había disminuido, pero la noche seguía oscura como una boca de lobo.

Keating alzó nuevamente los prismáticos y miró de izquierda a derecha.

¡Y allí estaba Rungawa! Directamente frente al Partenón, parado allí con los brazos en alto, como si rezara.

«Demasiado lejos para la pistola de dardo», pensó Keating. Por alguna razón, empezaron a temblarle las manos. Lentamente, luchando para lograr un control

absoluto, Keating volvió a poner la «cámara» en el bolsillo de su campera y sacó la pistola. Se puso de pie y echó a andar hacia Rungawa con largos pasos, rápidos pero sin prisa.

El viejo estaba de espaldas a él. «Todo lo que tienes que hacer», se dijo Keating, «es llegar a menos de dos metros de distancia, dispararle un dardo al cuello, y luego esperar unos minutos para asegurarte de que el dardo se disuelve. Luego vuelve por el mismo camino a la pensión a darte un baño caliente y beber un coñac para entonarte».

Cuando llegó a tres metros de Rungawa levantó la pistola de dardos. Funcionaba con aire comprimido, era prácticamente silenciosa. No era necesario mover el gatillo. Un metro y medio. Veía las uñas en las manos levantadas de Rungawa, las palmas rosadas en contraste con la piel negra de los dedos y el dorso de las manos. Noventa centímetros. El traje de Rungawa estaba perfectamente hecho a medida. Seco. Sólo llevaba un traje de calle, que la lluvia no había tocado, tan bien planchado y sin arrugas como si acabara de salir de la tintorería.

—Todavía no, señor Keating —dijo el viejo, sin volverse a mirar a Jeremy—. Tenemos que hablar unas cuantas cosas antes de que me mate.

Keating se quedó helado. No podía mover el brazo. Éste seguía tendido como una vara desde el hombro izquierdo, y la pequeña pistola de dardos que empuñaba estaba apenas a treinta centímetros del cuello desnudo de Rungawa. Pero no pudo apretar el gatillo. Sus dedos no obedecían las órdenes de su mente.

Rungawa se volvió hacia él, sonriendo, y se acarició pensativamente el mentón unos momentos.

—Ahora puede bajar el arma, señor Keating.

El brazo de Jeremy cayó al costado de su cuerpo. Abrió la boca sin querer; el corazón le atronaba en los oídos. Quería escapar, pero sentía las piernas como el mármol de las estatuas que lo observaban.

—Perdóneme —dijo Rungawa—. No debería tenerlo bajo la lluvia de esta manera.

La lluvia dejó de castigar a Jeremy. Sintió una suave calidez que lo envolvía, como si estuviera parado junto a una reconfortante chimenea. Los dos hombres estaban en un cono de protección invisible. A no más de treinta centímetros de distancia, Jeremy veía saltar las gotas de lluvia sobre el suelo de piedra.

—Un pequeño truco. Por favor no se alarme. —La voz de Rungawa era la de un bajo profundo, como la voz de un león que hablara un idioma humano.

Jeremy miró fijamente los ojos al hombre negro y no vio peligro en ellos, ni odio ni violencia; sólo una expresión paciente y divertida ante su propia consternación. No, algo más: una tolerancia de los errores humanos, una esperanza de progreso humano, una *comprensión* nacida de siglos de trabajos, sufrimientos y luchas.

—¿Quién es usted? —preguntó Jeremy en un susurro asustado.

Rungawa sonrió, y fue como si el sol dispersara las nubes de la tormenta.

—Ah, señor Keating, es usted tan inteligente como esperábamos. Va directamente al grano.

—Usted sabía que yo lo seguía. Usted organizó este... encuentro.

—Sí... Sí, muy cierto. Estuve melodramático, lo admito. Pero ¿habría aceptado usted cenar conmigo si hubiera mandado a mis asistentes a la acera de enfrente para invitarlo? Creo que no.

«Todo esto es una locura», pensó Jeremy. «Debo de estar soñando».

—No, señor Keating, no es un sueño.

Jeremy sintió una sacudida eléctrica. «Por Dios, ¡puede leer mis pensamientos!».

—Claro que puedo —dijo Rungawa con suavidad, sonriendo, como el médico que le dice a un niño que sólo sentirá un pequeño pinchazo—. ¿De qué otro modo habría sabido que usted me acechaba?

A Jeremy se le secó totalmente la boca. Le falló la voz. Si hubiera podido mover las piernas habría huido como un chimpancé enfrentado a un leopardo.

—Por favor, no tenga miedo, señor Keating. El miedo es un impedimento para la comprensión. Si hubiéramos querido matarlo, habría sido muy fácil hacerlo resbalar mientras trepaba hasta aquí.

—¿Qué...? —Jeremy tuvo que tragar y pasarse la lengua por los labios antes de poder decir—: ¿Pero quién es usted?

—Soy un mensajero, señor Keating. Como usted, no soy más que una herramienta de mis superiores. Cuando me destinaron a esta tarea, pensé que era apropiado tener mi base en Tanzania. —El viejo volvió a sonreír, y en sus ojos hubo un destello de autocomplacencia—. Al fin y al cabo, Tanzania es el lugar donde vivieron alguna vez las más antiguas tribus humanas. ¿Qué lugar más apropiado para que yo..., digamos, me *asocie* con la raza humana?

—Que se asocie... con la raza humana. —Jeremy se sentía fatigado, débil. Su voz sonaba hueca.

—Yo no soy un ser humano, señor Keating. Vengo de un mundo distante, un mundo que no se parece en nada a éste.

—No... no puede...

La sonrisa de Rungawa se esfumó lentamente.

—Algunos de ustedes me llaman santo. En realidad, comparado con la especie de ustedes, soy un dios.

Jeremy lo miró fijamente, clavó sus ojos en los ojos negros del hombre, y vio en ellos la eternidad, remolinos de galaxias girando majestuosamente en las infinitas profundidades del espacio, estrellas que explotaban y se transformaban, mundos creados del polvo.

Oyó su voz, débil e infantil, que decía:

—Pero parece humano.

—¡Por supuesto! Completamente humano. Incluso para sus máquinas de rayos X. Un ser extraño. La mente de Jeremy daba vueltas. Un extraterrestre. Con sentido

del humor.

—¿Por qué no? ¿Acaso el humor no es parte de la psiquis humana? Las inteligencias que me crearon me hicieron mucho más que humano, pero tengo todos los atributos humanos... excepto uno. No tengo necesidad de venganza, señor Keating.

—Venganza —repitió Jeremy.

—Sí. Un rasgo destructivo. Obnubila las percepciones. Es un obstáculo en el sendero de la supervivencia.

Jeremy inspiró profundamente, tratando de recobrase.

—¿Usted espera que yo crea todo esto?

—Veo que lo cree, señor Keating. Veo que ahora se da cuenta de que no todas las historias sobre ovnis eran inventadas. Nunca hemos hecho daño a su gente, pero necesitábamos algunos especímenes para un análisis cuidadoso.

—¿Por qué?

—Para ayudarlos a encontrar el camino correcto para la supervivencia. Su especie está al borde de un precipicio. Es nuestro deber ayudarlos a evitar la extinción, si podemos.

—¿El deber de ustedes?

—Por supuesto. ¿Acaso los mejores de ustedes no sienten la obligación de salvar a otras especies de la extinción? ¿Acaso esos seres humanos no han arriesgado sus fortunas incluso sus vidas para proteger a seres tales como la ballena y la foca del exterminio?

Jeremy casi se echó a reír.

—¿Es decir que usted pertenece a algún proyecto interestelar de los Verdes?

—Es algo mucho más complejo —dijo Rungawa—. No tratamos solamente de protegerlo a usted de un depredador o de un peligro ecológico. Ustedes, los seres humanos, son sus propios y peores enemigos. Tenemos que protegerlos a ustedes de ustedes mismos sin que lo sepan.

Antes de que Jeremy pudiera contestar, Rungawa prosiguió:

—Para nosotros sería fácil crear un millón de seres, como yo mismo y aterrizar en este planeta en grandes naves brillantes y darles todas las respuestas que necesitan para la supervivencia. ¿Energía de fusión? Un juguete. ¿La paz mundial? Fácil de lograr. ¿Cuadruplicar la producción global de alimentos? ¿Duplicar la inteligencia de ustedes? ¿Inmunizarlos contra todas las enfermedades? Todo eso podemos hacerlo.

—Entonces por qué... —Jeremy vaciló, pensando—. Si ustedes hicieran todo eso por nosotros, nos resultaría ruinoso, ¿verdad?

Rungawa lo miró con alegría.

—¡Ah, usted comprende realmente el problema! Sí, destruiría la especie humana, así como los europeos destruyeron las culturas de las Américas y la Polinesia. Sus antropólogos están equivocados. Hay culturas superiores e inferiores. Una cultura superior siempre aplasta a una cultura inferior, aunque no tenga intención de hacerlo.



Jeremy tuvo una lejana conciencia de que controlaba nuevamente sus piernas. Flexionó ligeramente los dedos de la mano izquierda, incluso el índice que todavía se doblaba sobre el gatillo de la pistola de dardos. Otra vez podía mover los dedos a voluntad.

—Lo que quiere decir —prosiguió con ánimo de conversar— es que, si ustedes aterrizaran aquí y nos dieran todo lo que necesitamos, nuestra cultura quedaría destruida.

—Sí —asintió Rungawa—. Exactamente como ustedes los blancos destruyeron las culturas negras e indígenas del mundo. No deseamos hacerles eso.

—Entonces están tratando de llevarnos al punto en que podamos resolver nuestros propios problemas.

—Precisamente, señor Keating.

—Para eso han iniciado este Gobierno Mundial —dijo Keating, afirmando la mano en el arma.

—Ustedes mismos comenzaron el Gobierno Mundial —corrigió Rungawa—. Nosotros sólo los estimulamos, aquí y allí.

—Por ejemplo en los levantamientos de Túnez y en cientos de otros lugares.

—No estimulamos eso.

—Pero tampoco lo evitaron, ¿verdad?

—No. No lo evitamos.

Inclinándose imperceptiblemente hacia adelante, Keating dijo:

—Sin ustedes el Gobierno Mundial se desmoronará.

El viejo hizo un gesto negativo.

—No, eso no es cierto. A pesar de lo que creen sus superiores, el Gobierno Mundial sobrevivirá incluso a la muerte del «Santo Negro».

—¿Está seguro? —Keating levantó el arma hasta el nivel de los ojos del hombre negro—. ¿Está absolutamente seguro?

Rungawa no pestañeó. Su voz se entristeció al contestar:

—¿Habría aflojado mi control de sus miembros si no estuviera seguro?

Keating vaciló, pero siguió sosteniendo el arma con absoluta firmeza.

—Usted es la prueba, señor Keating. Es la clave para el futuro de su especie. Sabemos cómo murieron su esposa y su hijo. Aunque no fuimos directamente responsables, lamentamos sus muertes. Y las muertes de todos los demás. Son pérdidas inevitables.

—Estadísticas —le espetó Keating—. Números en una lista.

—¡Jamás! Cada uno de ellos era un individuo a quien conocíamos mucho mejor que usted, y lamentamos cada pérdida de una vida tanto como usted. Tal vez más, porque comprendemos lo que cada uno de esos individuos podría haber logrado, si hubiera vivido.

—Pero usted los dejó morir.

—Fue inevitable, lo repito. Ahora el problema es, ¿puede usted elevarse por

encima de su propia tragedia personal por el bien de su prójimo? ¿O se vengará en mí y verá a su especie destruirse a sí misma?

—Usted acaba de decir que el Gobierno Mundial sobrevivirá a su muerte.

—Y así será. Pero cambiará. Se convertirá en una dictadura mundial, con el tiempo. Asfixiará su progreso. Su especie se extinguirá en una agonía de superpoblación, hambre, enfermedades y terrorismo. No necesitan bombas nucleares para suicidarse. Pueden lograrlo igualmente bien con sólo producir demasiados bebés.

—La alternativa es permitir que la gente de ustedes nos dirija, convertirnos en ovejas sin siquiera saberlo, bailar al son de ustedes.

—¡No! —atronó la voz profunda de Rungawa—. La alternativa es convertirse en adultos. Ahora son adolescentes. Les ofrecemos la posibilidad de crecer y pararse sobre sus propios pies.

—¿Cómo puedo creerlo? —preguntó Keating.

La sonrisa del hombre mostraba cansancio.

—El adolescente siempre desconfía del padre o de la madre. Es una verdad dolorosa, ¿no es cierto?

—Usted tiene una respuesta para todo, ¿verdad?

—Para todo, tal vez, excepto para usted. Usted es la clave del futuro de su especie, señor Keating. Si puede aceptar lo que le he dicho y permitimos trabajar con usted a pesar de toda su sed interna de venganza, entonces la especie humana tendrá una probabilidad de sobrevivir.

Keating movió la mano apenas un centímetro a la izquierda y apretó el gatillo del arma. El dardo se disparó con un «puf» apenas audible de aire comprimido y pasó rozando la oreja de Rungawa. El viejo no se movió.

—Puede matarme si quiere —dijo a Keating—. Es una decisión suya.

—No le creo —dijo Jeremy—. ¡No puedo creerle! Es demasiado, es demasiado increíble. Usted no puede esperar que un hombre acepte todo lo que usted acaba de decirme. ¡Todo a la vez!

—Sí, lo esperamos —dijo Rungawa con suavidad—. Esperamos eso y más. Queremos que usted trabaje con nosotros, no contra nosotros.

Jeremy sentía que se le desgarraban las entrañas.

—¿Trabajar con ustedes? —gritó—. ¿Con la gente que asesinó a mi esposa y a mi hijo?

—Hay otros niños en el mundo. No les niegue el derecho a nacer. No les cierre el futuro.

—¡Hijo de puta! —Jeremy hervía de furia—. No se pierde ningún recurso, ¿verdad?

—Todo depende de usted, señor Keating. Usted es nuestra prueba. Lo que usted haga ahora decidirá si futuro de la especie humana.

Mil emociones abrumaban a Jeremy. Vio a Joanna destrozada por la multitud y a

Jerry en su cuna gritando de fiebre, vio llamas y muerte por todas partes, la mugre y la pobreza de Jakarta y la sonrisa maligna del que efectuaba el interrogatorio mientras afilaba su navaja.

«Miente», gritaba la mente de Jeremy. «Tiene que estar mintiendo, todo esto es una serie de trucos inteligentes. No puede ser cierto. ¡No puede ser!».

En un repentino paroxismo de furia, terror y frustración Jeremy levantó el arma en medio de la noche de lluvia, se volvió bruscamente y se alejó de Rungawa. No miró hacia atrás, pero sabía que el viejo le sonreía.

«Es un truco», seguía diciéndose. «Un maldito truco». Sabía perfectamente bien que no podía matarlo a sangre fría, mientras él miraba con esos malditos ojos tristes que tenía. Matar a un viejo que lo estaba mirando. Seriamente no podía. Todo lo que el viejo había tenido que hacer era hablar suficiente tiempo como para hacerle perder coraje. Maldito negro inteligente. Así sería como había llegado a viejo.

Keating bajó los escalones de mármol del Camino Sagrado, pasó junto a los tres guardias con impermeables que habían acompañado a Rungawa, y siguió adelante, solo y sintiéndose muy mal hacia su pensión.

«¿Cómo diablos voy a explicar esto en la central? Tendré que renunciar, decirles que no tengo pasta de asesino. Jamás lo creerán. Tal vez consiga una transferencia, volver a la sección política, entrar en el Cuerpo de Paz, ¡cualquier cosa!».

Todavía estaba furioso consigo mismo cuando llegó a su pensión. Todavía sacudía la cabeza, enojado por haber permitido que el viejo lo convenciera de que renunciara a su misión. Alguna forma de hipnosis, pensó Keating. Seguramente el hombre había sido curandero o sacerdote vudú cuando era más joven.

Empujó la puerta con vidrios de la pensión, murmurando para sí:

—Tú permitiste que ese viejo negro te engañara.

El empleado se despertó de su modorra y se levantó para buscar la llave de la habitación de Jeremy en el tablero detrás de su escritorio. Era un griego de baja estatura, fornido, como los que habrían enfrentado al ejército persa en Maratón.

—Debe de haber corrido mucho —dijo a Keating en su inglés con fuerte acento griego.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Por qué lo dice?

El empleado sonrió, revelando sus dientes manchados por el tabaco.

—No se mojó.

Keating miró la manga de su campera. Estaba perfectamente seca. Todo el abrigo estaba tan limpio y seco como si acabara de venir de la tintorería. Sus pies también lo estaban, lo mismo que sus zapatos, sus pantalones y su sombrero.

Se volvió y miró por la ventana del frente. Seguía lloviendo más fuerte que nunca. Caía un torrente de agua.

—¿Corre tan rápido que pasa entre las gotas de lluvia, eh?

El empleado se rió de su propio chiste.

A Jeremy casi se le doblaban las rodillas. Se apoyó contra el escritorio.

—Sí. Algo así.

El empleado, todavía sonriendo, le entregó la llave de la habitación. Jeremy juntó fuerzas y se dirigió hacia la escalera; la cabeza le daba vueltas.

Mientras subía el primer tramo, oyó una voz aunque no había nadie más que él en la escalera alfombrada.

—Una pequeña amabilidad, señor Keating —dijo Rungawa, dentro de su mente—. Pensé que habría estado mal hacerlo mojar otra vez. Una pequeña amabilidad. Habrá otras.

Keating oyó reír a Rungawa mientras subía sólo la escalera. Cuando llegó a su habitación, se sonreía.

*A Small Kindness, 1983*

# **Vendrán las lluvias suaves**

*Ray Bradbury*

*«Vendrán las lluvias suaves» fue el resultado de dos cosas que sucedieron en mi vida en una misma semana.*

*Primero, vi una foto en una pared de algún lugar de Hiroshima, y en esa pared estaba quemada la imagen de algunas personas a quienes la bomba que la destruyó les había «tomado fotografías». Sus sombras quedaron marcadas en la pintura de la pared, en el instante de su muerte. Quedé espantado y conmovido por esa imagen que me persiguió durante días.*

*Poco después, una noche, mi esposa, que había salido a caminar conmigo, recordó las palabras de un viejo poema de Sara Teasdale y recitó los hermosos versos de «Vendrán las lluvias suaves». El poema me pareció vigoroso, y de alguna manera evocó el recuerdo de esa fotografía, vista unos días antes.*

*Corrí a mi máquina de escribir, y el cuento quedó terminado en pocas horas.  
Hasta el día de hoy es mi cuento corto favorito de ciencia ficción.*

En el living, cantaba el reloj con voz: *tic-tac, las siete, arriba, ¡las siete!* como si temiera que nadie se levantara. Esa mañana la casa estaba vacía. El reloj continuó con su *tic-tac*, repitiendo y repitiendo sus sonidos en el vacío. *Las siete, y uno, el desayuno, ¡las siete y uno!*

En la cocina, el horno del desayuno dejó escapar un silbido y arrojó de su cálido interior ocho tostadas perfectamente hechas, ocho huevos perfectamente fritos, dieciséis tajadas de panceta, dos cafés y dos vasos de leche fresca.

*Hoy es 4 de agosto de 2026*, dijo una segunda voz desde el cielo raso de la cocina, *en la ciudad de Allendale, California*. Repitió la fecha tres veces para que todos la recordaran. *Hoy es el cumpleaños del señor Featherstone. Hoy es el aniversario de casamiento de Tilita. Hay que pagar el seguro, y también las cuentas de agua, gas y electricidad.*

En algún lugar dentro de las paredes, los transmisores cambiaban, las cintas de memorias se deslizaban bajo los ojos eléctricos.

*Ocho y uno, tictac, ocho y uno, a la escuela, al trabajo, corran, corran, ¡ocho y uno!* Pero no se oyeron portazos, ni las suaves pisadas de las zapatillas sobre las alfombras. Afuera llovía. La caja meteorológica en la puerta de entrada recitó suavemente: *Lluvia, lluvia, gotas, impermeables para hoy...* Y la lluvia caía sobre la casa vacía, despertando ecos.

Afuera, la puerta del garaje se levantó, sonó un timbre y reveló el auto preparado. Después de una larga espera la puerta volvió a bajar.

A las ocho y treinta los huevos estaban secos y las tostadas duras como una piedra. Una pala de aluminio los llevó a la pileta, donde recibieron un chorro de agua caliente y cayeron en una garganta de metal que los digirió y los llevó hasta el distante mar. Los platos sucios cayeron en una lavadora caliente y salieron perfectamente secos.

*Nueve y quince*, cantó el reloj, *hora de limpiar.*

De los reductos de la pared salieron diminutos ratones robots. Los pequeños animales de la limpieza, de goma y metal, se escurrieron por las habitaciones. Golpeaban contra los sillones, giraban sobre sus soportes sacudiendo las alfombras, absorbiendo suavemente el polvo oculto. Luego, como misteriosos invasores, volvieron a desaparecer en sus reductos. Sus ojos eléctricos rosados se esfumaron. La casa estaba limpia.

Las diez. Salió el sol después de la lluvia. La casa estaba sola en una ciudad de escombros y cenizas. Era la única casa que había quedado en pie. Durante la noche, la ciudad en ruinas producía un resplandor radiactivo que se veía desde kilómetros de distancia.

*Las diez y quince.* Los rociadores del jardín se convirtieron en fuentes doradas, llenando el aire suave de la mañana de ondas brillantes. El agua golpeaba contra los vidrios de las ventanas, corría por la pared del lado oeste, chamuscado, donde la casa se había quemado en forma pareja y había desaparecido la pintura blanca. Todo el

lado occidental de la casa estaba negro, excepto en cinco lugares. Allí la silueta pintada de un hombre cortando el césped. Allá, como en una fotografía, una mujer inclinada, recogiendo flores. Un poco más adelante, sus imágenes quemadas en la madera, en un instante titánico, un niño con las manos alzadas; un poco más arriba, la imagen de una pelota arrojada, y frente a él una niña, con las manos levantadas como para recibir esa pelota que nunca bajó.

Quedaban las cinco zonas de pintura: el hombre, la mujer, los niños, la pelota. El resto era una delgada capa de carbón.

El suave rociador llenó el jardín de luces que caían.

Hasta ese día, cuánta reserva había guardado la casa. Con cuánto cuidado había preguntado: «¿Quién anda? ¿Contraseña?», y, al no recibir respuesta de los zorros solitarios y los gatos que gemían, había cerrado sus ventanas y bajado las persianas con una preocupación de solterona por la autoprotección, casi lindante con la paranoia mecánica.

La casa se estremecía con cada sonido. Si un gorrión rozaba una ventana, la persiana se levantaba de golpe. ¡El pájaro, sobresaltado, huía! ¡No, ni siquiera un pájaro debía tocar la casa!

La casa era un altar con diez mil asistentes, grandes y pequeños, que reparaban y atendían, en grupos. Pero los dioses se habían marchado, y el ritual de la religión continuaba, sin sentido, inútil.

*Las doce del mediodía.*

Un perro aulló, temblando, en el pórtico de entrada.

La puerta del frente reconoció la voz del perro y abrió. El perro, antes enorme y fornido, en ese momento flaco hasta los huesos y cubierto de llagas, entró en la casa y la recorrió, dejando huellas de barro. Detrás de él se escurrían furiosos ratones, enojados por tener que recoger barro, alterados por el inconveniente.

Porque ni un fragmento de hoja seca pasaba bajo la puerta sin que se abrieran de inmediato los paneles de las paredes y los ratones de limpieza, de cobre, saltaran rápidamente para hacer su tarea. El polvo, los pelos, los papeles, eran capturados de inmediato por sus diminutas mandíbulas de acero, y llevados a sus madrigueras. De allí, pasaban por tubos hasta el sótano, donde caían en un incinerador.

El perro subió corriendo la escalera, aullando histéricamente ante cada puerta, comprendiendo por fin, lo mismo que comprendía la casa, que allí sólo había silencio.

Husmeó el aire y arañó la puerta de la cocina. Detrás de la puerta, el horno estaba haciendo panqueques que llenaban la casa de un olor apetitoso mezclado con el aroma de la miel.

El perro echó espuma por la boca, tendido en el suelo, husmeando, con los ojos enrojecidos. Echó a correr locamente en círculos, mordiéndose la cola, lanzado a un frenesí, y cayó muerto. Estuvo una hora en el living.

*Las dos, cantó una voz.*



Percibiendo delicadamente la descomposición, los regimientos de ratones salieron silenciosamente, como hojas grises en medio de un viento eléctrico.

*Las dos y quince.*

El perro había desaparecido.

En el sótano, el incinerador resplandeció de pronto con un remolino de chispas que saltaron por la chimenea.

*Las dos y treinta y cinco.*

De las paredes del patio brotaron mesas de bridge. Cayeron naipes sobre la felpa, en una lluvia de piques, diamantes, tréboles y corazones. Apareció una exposición de Martinis en una mesa de roble, y saladitos. Se oía música.

Pero las mesas estaban en silencio, y nadie tocaba los naipes.

A las cuatro, las mesas se plegaron como grandes mariposas y volvieron a entrar en los paneles de la pared.

*Cuatro y treinta.*

Las paredes del cuarto de los niños brillaban.

Aparecían formas de animales: jirafas amarillas, leones azules, antílopes rosados, panteras lilas que daban volteretas en una sustancia de cristal. Las paredes eran de vidrio. Se llenaban de color y fantasía. El rollo oculto de una película giraba silenciosamente, y las paredes cobraban vida. El piso del cuarto parecía una pradera. Sobre ella corrían cucarachas de aluminio y grillos de hierro, y en el aire cálido y tranquilo las mariposas rojas de delicada textura aleteaban entre los fuertes aromas que dejaban los animales... había un ruido como de una gran colmena amarilla de abejas dentro de un hueco oscuro, el ronroneo perezoso de un león. Y de pronto el ruido de las patas de un okapi y el murmullo de la fresca lluvia en la jungla, y el ruido de pezuñas en el pasto seco del verano. Luego las paredes se disolvían para transformarse en campos de pasto seco, kilómetros y kilómetros bajo un interminable cielo caluroso. Los animales se retiraban a los matorrales y a los pozos de agua.

Era la hora de los niños.

*Las cinco.* La bañera se llenó de agua caliente y cristalina.

*La seis, la siete, las ocho.* La vajilla de la cena se colocó en su lugar como por arte de magia, y en el estudio hubo un click. En la mesa de metal frente a la chimenea, donde en ese momento chisporroteaban las llamas, saltó un cigarro, con un centímetro de ceniza gris en la punta, esperando.

*Las nueve.* Las camas calentaron sus circuitos ocultos, porque las noches eran frías en esa zona.

*Las nueve y cinco.* Habló una voz desde el cielo raso del estudio: *Señora McClellan, ¿qué poema desea esta noche?*

La casa estaba en silencio.

La voz dijo por fin:

*Ya que usted no expresa su preferencia, elegiré un poema al azar. Comenzó a oírse una suave música de fondo. Sara Teasdale. Según recuerdo, su favorito...*

*Vendrán las lluvias suaves y el olor a tierra  
Y el leve ruido del vuelo de las golondrinas*

*El canto nocturno de los sapos en los charcos  
La trémula blancura del ciruelo silvestre*

*Los ruiseñores con sus plumas de fuego  
Silbando sus caprichos en la alambrada*

*Y ninguno sabrá si hay guerra  
Ni le importará el final, cuando termine*

*A nadie le importaría, ni al pájaro ni al árbol,  
Si desapareciera la humanidad*

*Ni la primavera, al despertar al alba,  
Se enteraría de que ya no estamos.*

El fuego ardía en la chimenea de piedra y el cigarro cayó en un montículo de ceniza en el cenicero. Los sillones vacíos se miraban entre las paredes silenciosas, y sonaba la música.

A las diez la casa comenzó a apagarse.

Soplaba el viento. Una rama caída de un árbol golpeó contra la ventana de la cocina. Un frasco de solvente se hizo añicos sobre la cocina. ¡La habitación ardió en un instante!

*¡Fuego!* gritó una voz. Se encendieron las luces de la casa, las bombas de agua de los cielos rasos comenzaron a funcionar. Pero el solvente se extendió sobre el linóleo, lamiendo, devorando, bajo la puerta de la cocina, mientras las voces continuaban gritando al unísono: *¡Fuego, fuego, fuego!*

La casa trataba de salvarse. Las puertas se cerraban herméticamente, pero el calor rompió las ventanas y el viento soplaba y avivaba el fuego.

La casa cedió mientras el fuego, en diez mil millones de chispas furiosas, se trasladaba con llameante facilidad de una habitación a otra y luego subía la escalera. Mientras las ratas de agua se escurrían y chillaban desde las paredes, proyectaban su agua, y corrían a buscar más. Y los rociadores de la pared soltaban chorros de lluvia mecánica.

Pero demasiado tarde. En alguna parte, con un suspiro, una bomba se detuvo. La lluvia bienhechora cesó. La reserva de agua que había llenado los baños y había lavado los platos durante muchos días silenciosos se había terminado.

El fuego subía la escalera, creciendo, se alimentaba en los Picasso y los Matisse de las salas del piso alto, como si fueran manjares, quemando los óleos, tostando tiernamente las telas hasta convertirlas en despojos negros.

¡El fuego ya llegaba a las camas, a las ventanas, cambiaba los colores de los cortinados!

Luego, aparecieron los refuerzos.

Desde las puertas trampa del altillo, los rostros ciegos de los robots miraban con sus bocas abiertas de donde salía una sustancia química verde.

El fuego retrocedió, como habría retrocedido hasta un elefante a la vista de una serpiente muerta. En ese momento había veinte serpientes ondulando por el suelo, matando el fuego con un claro y frío veneno de espuma verde.

Pero el fuego era inteligente. Había lanzado llamas fuera de la casa, que subieron al altillo donde estaban las bombas. ¡Una explosión! El cerebro del altillo que dirigía las bombas quedó destrozado.

El fuego volvió a todos los armarios y las ropas colgadas en ellos.

La casa se estremeció, hasta sus huesos de roble, su esqueleto desnudo se encogía con el calor, sus cables, sus nervios salían a la luz como si un cirujano hubiera abierto la piel para dejar las venas y los capilares rojos temblando en el aire escaldado. ¡Auxilio, auxilio! ¡Fuego! ¡Rápido, rápido!

El calor quebraba los espejos como si fueran el primer hielo delgado del invierno. Y las voces gemían, *fuego, fuego, corran, corran*, como una trágica canción infantil.

Y las voces morían mientras los cables saltaban de sus envolturas como castañas calientes. Una, dos, tres, cuatro, cinco voces murieron y ya no se oyó ninguna.

En el cuarto de los niños ardió la jungla. Rugieron los leones azules, saltaron las jirafas púrpuras. Las panteras corrían en círculos, cambiando de color, y diez millones de animales, corriendo frente al fuego, se desvanecieron en un lejano río humeante...

Murieron diez voces más. En el último instante, bajo la avalancha de fuego, se oían otros coros, indiferentes, que anunciaban la hora, tocaban música, cortaban el pasto con una máquina a control remoto, o abrían y cerraban frenéticamente una sombrilla, cerraban y abrían la puerta del frente, sucedían mil cosas, como en una relojería donde cada reloj da locamente la hora antes o después que otro. Era una escena de confusión maníaca, pero sin embargo una unidad; cantos, gritos, los últimos ratones de la limpieza que se abalanzaban valientemente a llevarse las feas cenizas... y una voz, con sublime indiferencia ante la situación, leía poemas en voz alta en el estudio en llamas, hasta que se quemaron todos los rollos de películas, hasta que todos los cables se achicharraron y saltaron los circuitos.

El fuego hizo estallar la casa que se derrumbó de golpe, en medio de las olas de chispas y humo.

En la cocina, un instante antes de la lluvia de fuego y madera, pudo verse al horno preparando el desayuno en escala psicopática, diez docenas de huevos, seis panes convertidos en tostadas, veinte docenas de tajadas de panceta, que, devorados por el fuego, ponían a funcionar nuevamente el horno, que silbaba histéricamente...

La explosión. El altillo que caía sobre la cocina y la sala. La sala sobre el

subsuelo, el subsuelo sobre el segundo subsuelo. El freezer, un sillón, rollos de películas, circuitos, camas, todo convertido en esqueletos en un montón de escombros, muy abajo.

Humo y silencio. Gran cantidad de humo.

La débil luz del amanecer apareció por el este. Entre las ruinas, una sola pared quedaba en pie. Dentro de la pared, una última voz decía, una y otra vez, mientras salía el sol, iluminando el humeante montón de escombros:

*Hoy es 5 de agosto de 2026, hoy es 5 de agosto de 2026, hoy es...*

*There Will Come Soft Rains, 1950*

# **Los totalmente ricos**

*John Brunner*

*Cuando escribí por primera vez esta historia no podría haber dicho lo que voy a decir ahora..., como sucede con todos los mejores cuentos, estaba demasiado cerca de mi corazón como para que yo pudiera analizar sus orígenes.*

*Sin embargo, al reflexionar sobre él, siento que debe de haber surgido de la percepción subconsciente de que los muy ricos son dignos de tanta lástima como los muy pobres: estos últimos no tienen opciones abiertas excepto la supervivencia, y a veces nosotros, los que estamos mejor, logramos privarlos incluso de eso... y los primeros se enfrentan con tantas opciones que tienen incapacidad de elegir entre ellas y, en consecuencia, arriesgan la pérdida de su identidad individual. Tal vez por eso es que tantos de ellos terminan en el estado que el resto de nosotros denominamos «excentricidad».*

*Mi padre, cuyo padre y abuelo habían sido ridículamente ricos, pasó su adolescencia y el período entre los veinte y los treinta años —las décadas del diez y del veinte de este siglo— entre lo que se llamaba la «juventud dorada» de la época. Solía relatar, como cuento moral, la historia de un joven norteamericano llamado Glen Kidston.*

*Al cumplir veintiún años, Kidston heredó una fortuna de un millón de dólares, y unos años más tarde estaba tan aburrido que amenazaba con suicidarse.*

*Mi padre le sugirió que, en lugar de suicidarse, hiciera algo que nadie hubiera hecho jamás: por ejemplo, batir el record de velocidad entre El Cairo y Ciudad del Cabo. De manera que Kidston compró un avión y aprendió a volar y efectivamente batió el record. Con ese motivo se hizo una fiesta para celebrar su logro. En el medio de la fiesta, Kidston salió, volvió a su avión... y se estrelló contra una ladera de la montaña Table.*

*No puedo evitar sentir pena por alguien, rico o no, cuya vida se haya tornado tan vacía. Tal vez de allí surgió esta historia.*

Son totalmente ricos. Usted nunca oyó hablar de ellos porque son las únicas personas en el mundo lo suficientemente ricas como para comprar lo que desean: una vida completamente privada. A usted puede alcanzarlo un rayo y a mí también..., puede ganar un gran premio o resultar ser el vecino de un asesino que usa un hacha para matar, o comprar un loro que sufra de psitacosis... y quedar expuesto, parpadeando tímidamente y deseando con toda su alma estar muerto.

Ellos ganaron un premio con sólo nacer. No tienen vecinos, y si necesitan asesinar a alguien, no recurren a un medio tan torpe como un hacha. No tienen loro. Y si por una posibilidad de uno en un millón, quedan iluminados por las linternas de los perseguidores, pagan a quienes las usan para que las apaguen.

No sé cuántos son. He tratado de estimar el total sumando el producto bruto interno de todos los países de la Tierra y dividiéndolo por la cantidad necesaria para comprar un gobierno o una gran potencia industrial. No es necesario decir que no se puede conservar la privacidad a menos que uno compre un par de gobiernos.

Supongo que habrá un centenar de esas personas. Yo conocí a una, y estuve a punto de conocer a otra.

En general son gente de la noche. Comprarle luz a la oscuridad fue el primer progreso económico. Pero usted no los encontrará con sólo buscarlos a las dos de la mañana, así como no los encontraría a las dos de la tarde. No están en los clubes aprobados; no están en los campos de polo; no están en el Sector Real de Ascot, ni en el césped de la Casa Blanca.

No están en los mapas, ¿comprende usted? Literalmente, los lugares donde eligen vivir figuran como espacios en blanco en los atlas. No están en las listas de los censos, en el *Quién es Quién*, ni en la *Guía Social* de Burke. No figuran en los archivos de recaudadores de impuestos, y el correo no tiene registradas sus direcciones. Piense en todos los lugares donde aparece su nombre... los registros escolares que empiezan a amarillear, los registros de hospitales, los duplicados de las tiendas, las firmas en las cartas. Los nombres de esas personas no figuran en ninguno de esos lugares.

¿Cómo se hace?... no, no lo sé. Sólo puedo aventurar la opinión de que para casi todos los seres humanos, la promesa de tener más de lo que jamás han conseguido como deseable actúa como una conmoción traumática. Es un instantáneo lavado de cerebro; en el momento en que cree en las promesas, se imprime un modelo de obediencia, como dicen los psicólogos. Pero no corren riesgos. No son amos absolutos... en realidad, no son amos de nada, excepto de lo que les pertenece directamente... pero tienen mucho en común con el califa de Bagdad quien acudió a un escultor, con el encargo de construir una fuente. Esa fuente era la más hermosa del mundo, y el califa la aprobó. Luego preguntó al escultor si algún otro podría haber construido una fuente tan hermosa, y el escultor respondió orgullosamente que solamente él podría haberla logrado.

—Que le paguen lo que se le prometió —dijo el califa—. Y además... que le

arranquen los ojos.

Esa noche yo quería champagne, muchachas que bailaran, luces brillantes, música. Sólo tenía una lata de cerveza, pero por lo menos estaba fría. Fui a buscarla, y cuando volví me detuve en la puerta de la cocina mirando mi... living, taller, laboratorio, lo que fuera. Era un poco de cada una de esas cosas.

Bien, no podía creerlo. Era 23 de agosto, hacía un año y medio que estaba allí, y el trabajo estaba terminado. No podía creerlo, y no lo creería hasta que se lo contara a la gente... hasta que invitara a mis amigos a tomar una cerveza para hacer un brindis.

Levanté la lata. Dije:

—¡Por el fin del trabajo! —Bebí. No sirvió de nada. Dije:— ¡Por fin el efecto Cooper!—. Me acercaba un poco más, pero todavía no del todo.

Entonces fruncí el entrecejo un momento, pensé que lo tenía, y dije con tono triunfante:

—¡A Santadora... el lugar más maravilloso de la Tierra, sin el cual esta concentración jamás habría sido posible: que Dios lo bendiga y también a todos los que parten desde aquí con sus barcos!

Iba por el tercer brindis con una sensación de satisfacción, cuando habló Naomi desde las sombras del porche abierto.

—Bebe por mí, Derek —dijo—. Estás acertando, pero todavía no lo has logrado.

Dejé la lata de cerveza con un golpe en una mesa cercana, atravesé la habitación a grandes pasos, y le di un abrazo. Ella no respondió; era como un hermoso maniquí que exhibiera creaciones de París en la vidriera de una tienda. Nunca la había visto con ropas que no fueran negras. Y esa noche llevaba una blusa negra de seda cruda con pantalones negros ajustados que se afinaban al llegar a las sandalias, negras. Su cabello, de color trigo pálido; sus ojos, azules como zafiros; su piel, luminosa bajo el glorioso bronceado, siempre habían sido tan perfectos, que parecían irreales. Yo nunca la había tocado antes. A veces, despierto durante la noche, me había preguntado por qué; ella no tenía compañero. Pero yo me decía que valoraba ese refugio de paz, y la concentración que allí era posible; que la valoraba demasiado como para querer complicarme con una mujer que nunca exigía nada pero que —uno lo sabía— no se conformaría si no era con todo.

—He terminado —dije, con un ademán—. ¡Ha llegado el milenio! ¡Por fin lo logré! —Corrí hacia la máquina loca que nunca había esperado ver con existencia real—. Se impone una celebración... voy a buscar a todos los que pueda encontrar y...

Me di cuenta de que mi voz se apagaba. Ella había dado un paso hacia mí y levantado una mano que antes colgaba al costado, por el peso de algo que llevaba. En ese momento lo vi, a la luz. Una botella de champagne.

—¿Cómo...? —pregunté. Y además pensé otra cosa. Nunca había estado solo con



Naomi, en los trece meses desde que llegué a Santadora.

—Siéntate, Derek —dijo ella. Puso la botella de champagne sobre la misma mesa donde estaba la lata de cerveza—. De nada servirá ir a buscar a la gente. Aquí no hay nadie excepto tú y yo.

No respondí nada.

Ella arqueó una ceja enigmáticamente.

—¿No me crees? Ya me creerás.

Dio media vuelta y fue a la cocina. Esperé su regreso con un par de vasos que tenía para las visitas; estaba inclinado hacia adelante, apoyado con las manos en el respaldo de una silla, y de pronto me pareció que subconscientemente había tratado de poner esa silla entre ella y yo.

Diestramente Naomi retiró el alambre que sostenía el corcho de la botella de champagne, dejó caer la espuma que seguía al corcho en el primer vaso, sirvió en el segundo y me lo ofreció. Me acerqué... moviéndome como un animal estúpido, torpe... a tomarlo.

—Siéntate —volvió a decir ella.

—Pero... ¿dónde están todos los demás? ¿Dónde está Tim? ¿Dónde están Conrad y Ella? ¿Dónde...?

—Se han ido —respondió. Se acercó, con el vaso en la mano, para sentarse frente a mí en la única silla que no estaba llena de fragmentos rotos de mi equipo—. Se fueron hace aproximadamente una hora.

—Pero... ¡Pedro! ¡Y...!

—Salieron al mar. Van a otra parte. —Hizo un gesto ambiguo—. No sé dónde, pero tienen lo que necesitan.

Levantando su copa de champagne, agregó:

—Por ti, Derek... con mis felicitaciones. Nunca estuve segura de que lo lograras, pero había que intentarlo.

Corrí a la ventana que daba al mar, la abrí y miré en la oscuridad cada vez mayor. Vi cuatro o cinco botes de pescadores, con sus luces encendidas como estrellas móviles, que salían del puerto. En el muelle había algunos muebles abandonados y equipos de pescadores. Realmente parecía que se marchaban para siempre.

—Derek, *siéntate* —dijo Naomi por tercera vez—. Estamos perdiendo tiempo, y además tu champagne se está quedando sin espuma.

—Pero ¿cómo pueden tolerar...?

—¿Abandonar sus hogares ancestrales, desarraigarse, ir a buscar bosques y campos nuevos? —Su tono era liviano y burlón—. Nada de eso. No tienen lazos especiales con Santadora. Santadora no existe. Santadora fue construida hace dieciocho meses, y será demolida el mes que viene.

Después de un silencio que parecía eterno dije:

—¿Te... te sientes bien, Naomi?

—Maravillosamente bien. —Sonrió, y sus dientes blancos brillaron a la luz—.

Además, los pescadores no eran pescadores y el padre Francisco no era sacerdote y Conrad y Ella no eran artistas, excepto en un muy pequeño aspecto del asunto, como pasatiempo. Además yo no me llamo Naomi, pero como te has acostumbrado a ese nombre... y yo también... lo seguiremos usando.

Tenía que beber el champagne. Estaba excelente. El más perfecto que había probado jamás. Lamenté no estar con ánimo para apreciar el hecho.

—¿Quieres decir que todo el pueblo es de cartón? —pregunté—. ¿Una especie de colosal... digamos... decorado de película?

—En cierto modo. Sería más correcto llamarlo decorado teatral. Ve al porche y estira una mano hasta el trozo de utilería que cuelga sobre el umbral. Tira de él. Se desprenderá. Fíjate en lo que encuentras en la superficie expuesta. Haz lo mismo en cualquier otra casa del pueblo que tenga un porche parecido... hay cinco. Luego vuelve y podremos hablar seriamente.

Cruzó sus bellísimas piernas y sorbió el champagne. Sabía con seguridad que yo haría exactamente lo que ella decía.

Con aire decidido, aunque más para evitar sentirme tonto que por ninguna otra razón, salí al porche. Encendí la luz —una lamparita amarilla que se balanceaba en un cable colocado en forma precaria— y levanté la mirada hacia el adorno calado que colgaba del borde. Los insectos del verano se acercaron zumbando hacia la atractiva lámpara.

Tiré del pedazo de madera, y se desprendió. Alzándolo hacia la luz, leí en la superficie expuesta: *Número 14 006 - José Barcos, Barcelona.*

No tenía ninguna reacción preparada. Por lo tanto, sosteniendo el pedazo de madera como un talismán frente a mí, volví a entrar en la casa y me detuve junto a Naomi, que seguía sentada. Estaba a punto de hacer algún comentario furioso, pero nunca supe cuál, porque en ese momento mi mirada quedó atrapada por la etiqueta de la botella. No era champagne. No conocía el nombre de los fabricantes.

—Es el mejor espumante del mundo —dijo Naomi. Había captado mi mirada—. Hay suficiente para, aproximadamente... bueno... una docena de botellas por año.

Mi paladar me decía que había al menos algo de cierto en las palabras de Naomi. Caminé, tambaleante, hasta mi silla, y por fin me dejé caer en ella.

—No pretendo entender esto. Yo... ¿no he pasado un año en un lugar que no existe!

—Ya lo creo que sí. —Muy serena, sostenía el vaso entre sus manos bellas y delicadas, y apoyaba los codos en los sucios brazos del sillón—. A propósito, ¿has notado que nunca hay mosquitos entre los insectos que se acercan a tus luces? No era muy probable que contrajeras la malaria, pero había que tomar precauciones.

Me sobresalté. Más de una vez había comentado en broma a Tim Hanningan que una de las más grandes ventajas de Santadora era que allí no había mosquitos...

—Bien. Los hechos comienzan a impresionarte. Ahora vuelve mentalmente al invierno anterior al último. ¿Recuerdas que conociste a un hombre que se llamaba

Roger Gurney, con quien luego te encontraste otra vez?

Asentí. Por supuesto que recordaba a Roger Gurney. A menudo, desde mi llegada a Santadora, había pensado que ese primer encuentro con él era uno de los dos acontecimientos cruciales que cambiaron mi vida.

—Tú llevaste a Gurney en el auto una noche de noviembre bastante desagradable... el auto de él se descompuso y no había esperanzas de conseguir el repuesto necesario antes de la mañana, y él tenía que llegar a Londres para una cita urgente al día siguiente a las diez. Te pareció una persona muy agradable, encantadora. Lo alojaste en tu departamento; cenaron juntos y charlaron hasta las cuatro de la mañana sobre lo que ahora tiene forma concreta en esta habitación. Hablaron del Efecto Cooper.

Yo sentía un frío increíble, como si por la ventana hubiera entrado un dedo de esa melancólica noche de noviembre y me hubiera recorrido la columna vertebral con su contacto helado. Dije:

—Entonces, esa misma noche, le mencioné que sólo veía una forma de realizar los experimentos necesarios. Dije que tenía que encontrar un pueblo en alguna parte, sin distracciones externas, sin teléfono ni periódicos, sin siquiera una radio. Un lugar donde la vida fuera tan barata que yo pudiera dedicarme durante dos o tres años a mi trabajo, sin tener que preocuparme por mantenerme.

¡Dios mío! Me llevé una mano a la frente. Era como si surgiera la memoria, como una tinta invisible puesta al fuego.

—Eso es. —Naomi asintió con aire de satisfacción—. Y la segunda y única vez que te encontraste con ese encantador Roger Gurney fue el fin de semana en que celebrabas tu pequeña ganancia en las apuestas de fútbol. Dos mil ciento cuatro libras, diecisiete chelines y un penique. Y él habló de un cierto pueblito español, llamado Santadora, donde las condiciones para la investigación eran perfectas. Dijo que había visitado a algunos amigos allí, llamados Conrad y Ella Willams. La posibilidad de que tus sueños se convirtieran en realidad ni se te había ocurrido, pero después de haber tomado unas cuantas copas con Gurney, te pareció extraño no haber hecho ya tus planes.

Di un golpe tan fuerte con el vaso en la mesa, que podría haberlo roto. Dije con dureza:

—¿Quién eres tú? ¿Qué es este juego?

—No es un juego, Derek. —En ese momento se inclinaba hacia adelante, con sus ojos azules como joyas fijos en mi cara—. Es un asunto muy serio. Y tú también estás comprometido en él. ¿Puedes decir honestamente que si no fuera por tu encuentro con Roger Gurney, y por haber ganado esa modesta suma de dinero, estarías aquí... o en cualquier parte... con el Efecto Cooper transformado en realidad?

Después de una larga pausa en que evoqué un año entero de mi vida, respondí:

—No, debo ser honesto. No podría decirlo.

—Entonces ésta es la respuesta a la pregunta que hiciste hace unos momentos. —

Dejó el vaso en la mesa y sacó una pequeña cigarrera del bolsillo de los ajustados pantalones—. Soy la única persona del mundo que quería poseer y *usar* el Efecto Cooper. Ninguna otra persona podría haberlo obtenido... ni siquiera Derek Cooper. Toma uno de estos cigarrillos.

Extendió la caja; con sólo abrirla se llenó el aire de una fragancia que me pareció desconcertante. El cigarrillo que tomé no tenía marca, la única clave con respecto a su origen era un leve rayado en el papel, pero en cuanto exhalé el humo por primera vez supe que, como el vino, era el mejor del mundo.

Ella observó mi reacción, divertida. Me relajé parcialmente... la sonrisa la convertía en alguien conocido... ¿cuántas veces había visto su sonrisa así, en ese mismo lugar, o con mucha más frecuencia en casa de Tim o de Conrad?

—Yo deseaba el Efecto Cooper —repitió—. Y ahora lo tengo.

—¡Un momento! Yo...

—Entonces quiero alquilarlo. —Se encogió de hombros como si el asunto fuera básicamente superficial—. Después de que lo haya alquilado, es y será tuyo para siempre. Has conseguido eso pero... por ciertas intervenciones en claves, digamos... para *mí* sería sólo una teoría. Un juguete intelectual. Pero, aun así, no te pediré que me lo alquiles por una suma razonable. Por el uso de esa máquina para un fin muy específico, te pagaré tanto durante el resto de tu vida, que puedes hacer absolutamente cualquier cosa que te dicte tu fantasía. ¡Toma!

Arrojó algo al aire —yo no sabía dónde lo había tenido escondido— y lo atrapé reflexivamente. Era una billetera larga y angosta de cuero suave y blando, con un cierre relámpago en el borde.

—Ábrela.

Obedecí. Adentro descubrí una., dos... tres tarjetas de crédito a mi nombre, y una chequera con mi nombre impreso en los cheques. En cada una de las tarjetas decía algo que nunca había visto antes: una sola palabra sobreimpresa en rojo. La palabra era ILIMITADO.

Volví a ponerlos en la billetera. Se me había ocurrido dudar de que lo que ella decía fuera cierto, pero la duda se esfumó de inmediato. Sí, Santadora había sido creado para permitirme trabajar en condiciones ideales. Sí, era obra de ella. Después de lo que había dicho sobre Roger Gurney, no me quedaban posibilidades de dudar.

De manera que podía ir a Madrid, entrar en una agencia, y salir manejando un Rolls-Royce; ir al Banco con el auto y hacer un cheque por un millón de pesetas y cobrarlas... si el Banco tenía tanto dinero en efectivo.

Siempre mirando la billetera, corriendo el cierre para abrirla y cerrarla mecánicamente, dije:

—Muy bien. Eras la única persona que quería el Efecto. ¿Quién eres?

—La persona que podía obtenerlo. —Soltó una risita irónica y sacudió la cabeza. Sus cabellos ondearon alrededor de su rostro como alas—. No te molestes en hacer más averiguaciones, Derek. No responderé porque las respuestas no significarían

nada.

Guardé silencio un momento. Luego, finalmente, como no tenía otros comentarios que hacer, agregué:

—Al menos debes decirme por qué querías lo que yo podía darte. Al fin y al cabo, todavía soy la única persona en el mundo que lo comprende.

—Sí. —Me estudió—. Sí, es cierto. Sirve más vino; creo que te gusta.

Mientras yo servía más vino, y mientras sentía calmarse mi cuerpo después de la conmoción de los últimos diez minutos, ella dijo, sin mirarme:

—Realmente eres único, ¿sabes? Un genio sin igual en tu campo particular. Por eso estás aquí, por eso me he molestado un poco por ti. Puedo conseguir todo lo que quiero, pero con respecto a ciertas cosas, dependo inevitablemente de la única persona que puede proporcionármelas.

Sus ojos vagaron hacia la máquina destartada... pero en funcionamiento.

—Quería que esa máquina me devolviera a un hombre —dijo—. Hace tres años que ha muerto. —Tuve la sensación de que el mundo se detenía en su curso. Estuve ciego desde que me deslumbró la visión del dinero sin límites. Acepté que, como Naomi podía obtenerlo todo, sabía lo que obtenía. Y, por supuesto, no lo sabía.

Por mi mente pasó un pequeño desfile imaginario, de muñecos sin rostros que se movían en un mundo de nubes rosadas, móviles. Una muñeca vestida de negro, con largos cabellos claros, dijo:

—Ha muerto. Quiero recuperarlo. No discutas. Encuentra la manera.

Los otros muñecos hicieron una reverencia y se alejaron. Eventualmente uno de los muñecos volvió y dijo:

—Hay un hombre llamado Derek Cooper que tiene algunas ideas no ortodoxas. Ninguna otra persona en el mundo piensa en este problema en absoluto.

—Ocúpate de que obtenga lo que necesita —dijo la muñeca de cabellos largos.

Dejé en la mesa la botella de vino. Vacilé... sí, todavía vacilé, seguía encandilado. Pero luego tomé la billetera de cuero blando y la arrojé a la falda de Naomi. Dije:

—Te has engañado.

—¿Qué? —No lo creía. La billetera que había caído en su falda era una alucinación, no hizo ningún movimiento para tomarla, como si al tocarla pudiera despertar de una pesadilla o una realidad cruel.

Proseguí, muy cuidadosamente porque iba elaborando lo que decía:

—Dijiste que querías mi máquina para una tarea especial. Yo estaba demasiado maravillado como para preguntarme de qué tarea se trataría... *hay cosas que pueden hacerse con la máquina, de manera que lo dejé pasar. Tú eres muy rica, Naomi. Has sido tan rica toda la vida que no sabes lo que hay entre la formulación de un problema y su solución. ¡Hay tiempo, Naomi!*

Di unos golpecitos en la parte superior de la máquina. Todavía estaba orgulloso de ella. Tenía todo el derecho de estarlo.

—Eres... eres como una emperatriz de la antigua China. Tal vez existió, no lo sé.

Imagina que un día ella dijo: «Me ha sido revelado que mis antepasados están en la Luna. Quiero ir allá y rendirles los honores de una hija obediente. Encuentra la manera». Entonces buscaron a lo largo y a lo ancho del imperio, y un día llegó un cortesano con un hombre pobre y harapiento, y dijo a la emperatriz: «Este hombre ha inventado un cohete». «Bien», repuso la emperatriz. «Perfecciónenlo de tal manera que yo pueda ir a la Luna».

Yo había tratado de contar esa fábula con tono jocoso... y reírme al final. Pero me volví a mirar a Naomi, y ya no pude reír.

Su rostro estaba tan pálido como el de una estatua de mármol, los labios un poco separados, los ojos enormemente abiertos. En una mejilla, como un diamante, brillaba una lágrima.

Mi tono festivo se evaporó. De pronto tuve la horrible impresión de que había dado un puntapié contra algo que parecía una piedra y que había hecho añicos un valiosísimo jarrón.

—No, Derek —dijo ella después de un rato—. No es necesario que me hables del tiempo. —Se movió, se volvió a medias en su silla, y miró la mesa a su lado—. ¿Este vaso es mío? —agregó en tono ligero, tendiendo la mano delgada y hermosa para señalarlo. No se enjugó la lágrima; la lágrima permaneció en su mejilla durante un rato, hasta que el aire seco y caluroso de la noche la borró con su beso.

Asentí con un gesto y tomó el vaso, se puso de pie y fue a mirar mi máquina. La contempló sin hacer comentarios, y luego dijo:

—No pensaba decirte lo que quería. El tiempo me obligó a decírtelo. Quiero saber exactamente lo que tu modelo piloto *puede* hacer.

Vacilé. Gran parte del asunto todavía no había sido expresado en palabras; mi pensamiento en palabras se había mantenido separado de mi pensamiento de trabajo durante el pasado año, y últimamente no había hablado de nada excepto de lugares comunes cuando descansaba en compañía de mis amigos. Cuanto más me acercaba al éxito, más supersticioso me ponía con respecto a mencionar el objetivo de ese proyecto.

Y —el colmo del absurdo— ahora que sabía lo que ella quería, me avergonzaba un poco de que, al examinarlo de cerca, mi triunfo se redujera a tan poca cosa.

Percibiendo mi estado de ánimo, ella me miró y sonrió débilmente.

—Sí, señor Faraday —¿o dijo Humphry Davy?—... pero ¿para qué sirve? Perdóneme.

Un bebé recién nacido. Bastante bien. Por algún motivo la frase me tocó... me llegó emocionalmente... y de pronto no tuve ninguna vergüenza de nada. Me sentí tan orgulloso como cualquier padre y mucho más.

Aparté una pila de borradores que había en un ángulo de la mesa junto a la máquina y me apoyé en ese lugar. Sostenía el vaso entre las palmas de las manos, y estaba tan inmóvil que me parecía oír las burbujas que subían a la superficie del vino.

—No es por brindarme dinero, ni nada parecido, que tengo una deuda de gratitud

contigo. Es por enviarme a ese persuasivo y encantador Roger Gurney. Nunca conocí a nadie que estuviese preparado para aceptar mis ideas excepto como tema de conversación divertida. Había echado a rodar mi concepto entre algunos de los mejores intelectos que conozco... gente que conocí en la universidad, por ejemplo, que desde entonces me ha dejado muy atrás. —No había pensado en eso antes. Por lo que parecía, no había pensado en muchas cosas—. Pero él las tomaba en serio. Lo que le dije fue muy parecido a lo que les dije a los otros antes. Había hablado de... del espacio alrededor del cual se define un organismo vivo comportándose como se comporta. Como un móvil. Por eso tengo uno aquí. —Señalé, alzando el brazo, y, como si yo la hubiera ordenado, entró una brisa por la ventana abierta y movió los paneles de metal colgantes en el ángulo medio en sombras en el otro extremo de la habitación. Chirriaron un poco al moverse; últimamente yo había estado demasiado ocupado como para acordarme de aceitar los soportes.

Fruncí el entrecejo, y al hacerlo puse en tensión los músculos de la frente, hasta darme dolor de cabeza, pero no podía evitarlo.

—Debe haber una interrelación total entre el organismo y su entorno, incluidos, especialmente, los organismos parecidos a él. El autorreconocimiento fue una de las primeras cosas con las que chocaron al construir simulacros mecánicos de los seres vivos. No lo planearon... construyeron tortugas mecánicas con lucecitas en la parte superior y un simple impulso de búsqueda de la luz, y al poner el animal frente a un espejo, parecía reconocerse a sí mismo. Éste es el camino, no el armado deliberado, pieza por pieza, de un hombre, sino el intento de definir la forma misma como el intento que el hombre mismo define al reaccionar con otras personas. Bastante simple. Pero ¿puede uno proyectar un trillón de informaciones, almacenarlas, etiquetarlas a tiempo, traducirlas para su reproducción como... bien, como qué? A mí no se me ocurre nada. Lo que tú quieres es... —Me encogí de hombros, vacié mi copa, y me puse de pie—. Tú quieres el Efecto Cooper —terminé—. Mira... toma esto—. De un pequeño estante que había sobre la máquina tomé un disco chato y translúcido del tamaño de una moneda de un penique, pero más grueso. Para manejarlo usé una llave que introduje en un agujero en el centro con tanta exactitud que sostenía el peso por fricción. Se la tendí a Naomi.

Me temblaba la voz, porque era la primera prueba al azar que hacía.

—Toma esto. Es para que lo manipules... frota tus dedos sobre él, apriétalo suavemente por los lados chatos, enciérralo en tu mano.

Ella obedeció. Mientras lo tenía en la mano, me miró.

—¿Qué es?

—Es un cristal artificial piezoeléctrico. Bien, suficiente. Vuelve a ponerlo en la llave... no quiero confundir las lecturas tocándolo yo mismo.

No fue fácil volver a deslizar el disco en la llave, y ella hizo dos falsos intentos antes de tomarme la mano para que lo colocara bien. Sentí una vibración a través de sus dedos: parecía que todo su cuerpo cantaba como un instrumento musical.

—Ahí está —dijo ella con tono neutro.

Devolví el disco a la máquina. Con todo cuidado lo trasladé de la llave a un pequeño lugar en la parte superior de la pantalla. Se deslizó hacia abajo como un disco que cae en la bandeja. Durante los dos segundos que eso tardó en suceder no respiré. Luego apareció la reacción.

Estudí cuidadosamente las lecturas en los diales. No eran perfectas. Me sentí un poco desilusionado... esta primera vez había esperado un resultado perfecto. Sin embargo era extraordinariamente aproximado, considerando que ella apenas había tenido el disco entre sus manos durante diez segundos.

—La máquina dice que eres de sexo femenino, delgada, de cabellos rubios y probablemente de ojos azules, potencialmente artística, no acostumbrada al trabajo manual, con un cociente intelectual que oscila entre 120 y 140, que estás bajo un intenso estrés emocional...

Su voz cortó la mía como un látigo.

—¿Cómo? ¿Cómo sé que la máquina te dice eso, y no tus propios ojos?

No levanté la mirada. Dije:

—La máquina me está diciendo qué cambios se produjeron en ese pequeño disco de cristal cuando lo tocaste. Lo estoy leyendo como una especie de gráfico, en todo caso... mirando el dibujo en los diales e interpretándolos en palabras.

—¿Te dice algo más?

—Sí... pero me temo que debe de haber un error en alguna parte. La calibración fue un poco vaga, y habría que completarla con una buena muestra estadística de, digamos, mil personas de todo tipo. —Me reí forzosamente mientras me apartaba de la máquina—. Ya ves, dice que tienes de cuarenta y ocho a cincuenta años, y eso es ridículo a simple vista.

Ella permanecía muy quieta. Recorrí toda la distancia hasta la mesa que había junto a ella, para volver a llenar mi vaso, antes de darme cuenta de lo inmóvil que estaba. Con la mano en el cuello de la botella, la miré fijamente.

—¿Te pasa algo?

Ella se estremeció y volvió de inmediato a la vida. Dijo con tono ligero:

—No. No, absolutamente nada. Derek, eres el hombre más asombroso del mundo. La semana que viene cumpliré cincuenta años.

—Bromeas. —Me pasé la lengua por los labios—. Yo hubiera dicho... bien, treinta y cinco y sin hijos y muy cuidadosa de su aspecto. Pero no más. Ni un día más.

Una cierta amargura pasó por su cara mientras hacía un gesto afirmativo.

—Es así. Yo quería ser hermosa... creo que no hace falta que explique por qué. Quería seguir siendo hermosa porque era lo único que podía darle a alguien que tenía, como tengo yo, todo lo que es concebible desear. Entonces... me ocupé de eso.

—¿Qué le sucedió a él?

—Tenía la intención de que no lo supieras. —La respuesta fue serena y definitiva.



Se relajó deliberadamente, estirando las piernas, y sonrió perezosamente. Su pie tocó algo en el suelo cuando se movió, y echó una mirada hacia abajo.

—¿Qué...? ¡Ah, eso! —Estiró la mano para recoger la billetera de cuero blando, que había caído de su falda cuando yo se la arrojé de vuelta y ella se levantó. Con la billetera en la mano, dijo:

—Toma esto, Derek. Sé que ya te lo has ganado. Por accidente... por error... llámalo como quieras, has probado que puedes hacer lo que yo esperaba.

La tomé. Pero no la puse enseguida en mi bolsillo; la retuve en mis manos, haciéndola girar distraídamente.

Dije:

—No estoy tan seguro, Naomi. Escucha. —Tomé mi vaso que acababa de llenar y volví al sillón frente a ella—. Lo que me propongo en última instancia es poder deducir al individuo por las huellas que deja. Tú lo sabes; ése es el sueño que le conté a Roger Gurney. Pero entre ahora y entonces, entre el simple análisis superficial de un material especialmente preparado y recorrer, pieza por pieza, diez mil objetos afectados no solamente por el individuo en cuestión, sino por muchos otros, algunos de los cuales probablemente no pueden encontrarse para identificar y destruir su influencia extraña —y *después* procesar los resultados para lograr un tono coherente — puede haber años, décadas, de trabajo y estudio, mil huellas falsas, mil experimentos preliminares con animales... ¡habrá que inventar nuevas técnicas enteras para emplear los datos producidos! Suponiendo que obtengas tu... tu análogo de un hombre: ¿qué harás con él? ¿Tratarás de *fabricar* un hombre, artificialmente, que encaje con las especificaciones?

—Sí.

Esa simple palabra me dejó literalmente jadeando, era como una trompada en el estómago, que me dejaba sin aliento. Me dirigió su brillante mirada y una vez más sonrió débilmente.

—No te preocupes, Derek. Eso no te concierne. Hace mucho tiempo que se trabaja en muchos lugares, según me dicen, sobre este problema. Lo que nadie hacía, excepto tú, era luchar con el problema de la persona total.

No pude replicar. Llenó su propio vaso antes de continuar, con voz más tensa.

—Tengo que plantearte un problema, Derek. Es tan crucial que tengo miedo de oír la respuesta. Pero no soporto esperar más tiempo, tampoco. Quiero saber cuánto tiempo crees que pasará hasta que pueda tener lo que quiero. Supongamos, recuerda que *tienes que* suponer, que los mejores hombres del mundo pueden ponerse a trabajar en los problemas subsidiarios; probablemente con esto obtengan su reputación, sin duda harán sus fortunas. Quiero saber lo que piensas.

Dije con dificultad:

—¡Bien, me parece muy difícil! Ya he mencionado el problema de aislar las huellas de...

—Este hombre vivió una existencia diferente de la tuya, Derek. Si te detuvieras

un momento a pensar, te darías cuenta. Puedo llevarte a un lugar que era únicamente *suyo*, donde su personalidad se formó y se moldeó y aceptó cada grano de polvo. No es una ciudad donde ha caminado un millón de personas, no es una casa donde ha vivido una docena de familias.

Tenía que ser cierto, aunque media hora antes me hubiera parecido increíble. Asentí.

—Bien, también tendré que elaborar formas de manejar los materiales no preparados... de calibrar las propiedades de cada sustancia por separado. Y está el riesgo de que el paso del tiempo haya cubierto las huellas con ruido molecular y movimientos azarosos. Además, la prueba misma, antes de las lecturas en sí, podría perturbar las huellas.

—Tienes que suponer... —Trató de repetir pacientemente—... que los mejores hombres del mundo se ocuparán de los asuntos laterales.

—No es un asunto lateral, Naomi. —Deseaba no tener que ser honesto. Ella se sentía herida por mi insistencia, y yo comenzaba a pensar que, a pesar de todo lo que uno podía envidiarle, ya había sufrido mucho—. Es simplemente un hecho que hay que enfrentar.

Bebió el vino hasta la última gota y dejó la copa sobre la mesa. Con aire pensativo dijo:

—Creo que sería correcto decir que el... el objeto que una persona más afecta, más directamente, es su propio cuerpo. Si el solo hecho de manipular tu pequeño disco revela tanto, cuánto más deberá revelarse a través de las manos mismas, los labios, los ojos...

Respondí, incómodo:

—Sí, por supuesto. Pero es difícilmente practicable procesar un cuerpo humano.

Ella respondió:

—Tengo su cuerpo.

Ese silencio fue terrible. Un estúpido moscardón, gordo como una bala, golpeaba contra la pantalla de la lámpara en el porche, y otros insectos zumbaban, también, y se oía el ruido lejano del mar. Sin embargo, había un silencio de tumba.

Por fin ella prosiguió:

—Todo lo que podía conservarse se ha conservado, por todos los medios existentes. Yo lo había... —Su voz se quebró por un segundo—... lo había preparado. Sólo lo que es *él*, la trama en el cerebro, las pequeñas corrientes murieron. Es curioso que una persona sea tan frágil. —Recuperándose, volvió a lanzar la pregunta—: Derek, ¿cuánto tiempo?

Me mordí los labios y miré el suelo junto a mis pies. Me hervía la cabeza mientras consideraba, descartaba factores irrelevantes, visualizaba problemas, suponía que eran solubles, reducía todo al simple factor irreductible del *tiempo*.

Podría haber dicho diez años y sentía que eso era ser estúpidamente optimista.

Pero finalmente no dije nada.

Ella esperaba. Luego, muy inesperadamente, dejó escapar un carcajada y se puso de pie de un salto.

—¡Derek, no es justo! Has logrado algo fantástico, necesitas y te mereces descansar y celebrarlo, y aquí estoy yo persiguiéndote con preguntas y pidiéndote que saques respuestas del aire. Sé perfectamente bien que eres demasiado honesto como para darme una estimación sin tiempo para pensar, o para hacer algunos cálculos. Y te tengo encerrado en tu habitación atestada cuando probablemente lo que más deseas es salir de ella por un rato. ¿No es así?

Tendió la mano, con el brazo totalmente estirado, como para arrancarme de mi silla. Tenía el rostro iluminado por algo que parecía puro placer, y verlo era experimentar nuevamente la consternación de oírla decir que tenía cincuenta años. Parecía... lo menos que puedo decir es que parecía transformada. Parecía una muchacha en su primera fiesta.

Pero esa transformación sólo duró un momento. Su expresión se tornó grave y calma. Dijo:

—Lo siento, Derek. En el amor hay una cosa que... que odio. ¿Alguna vez has pensado qué egoísta se vuelve uno cuando ama?

Salimos de la casa de la mano, y entramos en la oscuridad de esa noche de verano. Había un delgado cuarto creciente y estrellas como antorchas salvajes. Por centésima vez caminé por la calle estrecha y mal pavimentada que llevaba desde mi hogar temporario hasta el puerto; allí estaban la casa de Conrad, el almacén y la vinería; la iglesia, con su techo plateado por la luna, las casitas en hileras junto al mar, donde vivían las familias de los pescadores. Y aquí, abandonado, el detrito de doscientas setenta y cinco vidas que nunca habían existido en realidad... conjuradas con una orden.

Cuando llegamos al muelle, dije:

—Naomi, esto no se puede creer, aunque sé que es cierto. Este pueblo no fue un decorado, el escenario de un espectáculo. Fue real *lo sé*.

Ella echó una mirada alrededor.

—Sí. Tenía que ser real. Pero sólo se requiere pensamiento y paciencia.

—¿Qué dijiste? ¿Tú le ordenaste... a quien fuera... «construye un pueblo real»?

—No fue necesario. Ellos sabían. ¿Te interesa saber cómo lo hicieron? —Volvió hacia mí un rostro curioso, que yo apenas veía por la escasa luz.

—Por supuesto —respondí—. ¡Dios mío! Crear personas reales y un lugar real... cuando me ordenan recrear a una persona real, ¿no debería interesarme?

—Si fuera tan fácil recrear como lo es crear —dijo ella con tono hueco—, yo no estaría tan... sola.

Nos detuvimos, junto a la pared de piedra baja que iba desde el muelle hasta las rocas puntiagudas del promontorio que protegía la playa, y nos apoyamos en ella. A

nuestras espaldas estaba la hilera de casitas, frente a nosotros... sólo el mar. Ella se apoyaba en los dos codos, mirando el agua. Yo me apoyaba en un solo codo, con las manos unidas, estudiándola como si nunca la hubiera visto antes de esa noche. Por supuesto que no la había visto.

—¿Tienes miedo de no ser hermosa? Algo te preocupa.

Ella se encogió de hombros.

—La palabra «eternamente» no existe... ¿verdad?

—Tú haces que uno sienta que existe.

—No, no. —Soltó una risita—. Gracias por decirlo, Derek. Aunque sé... aunque veo en el espejo... que todavía soy hermosa, me gusta que me lo confirmen.

¿Cómo lo había logrado? Querría preguntárselo, y no quería. Tal vez ella no lo sabía; acababa de decir que lo deseaba, y así era. Entonces le hice otra pregunta.

—¿Por qué es... lo que es más *tuyo*?

Sus ojos se apartaron del mar, me miraron, regresaron.

—Sí. Es lo *único* que es mío. Eres una persona excepcional; sientes compasión. Gracias.

—¿Cómo vives? —pregunté. Saqué cigarrillos del bolsillo, un poco ajados; ella los rechazó con un movimiento de cabeza, pero yo encendí uno.

—¿Cómo vivo? —repitió—. Ah... de muchas maneras. Como si fuera varias personas, por supuesto, con varios nombres. Ya ves, ni siquiera tengo un nombre que pueda llamar propio. Dos mujeres que tienen exactamente mi mismo aspecto existen para mí, de manera que cuando lo deseo puedo ocupar sus lugares en Suiza, o en Suecia o en Sudamérica. Tomo prestadas sus vidas, las uso durante un tiempo, se las devuelvo. Las he visto envejecer, las he cambiado por reemplazantes... convertidas en duplicados míos. Pero ésas no son personas; son máscaras. Yo vivo detrás de unas máscaras. Supongo que eso es lo que tú dirías.

—No puedes hacer otra cosa —dije.

—No. No, por supuesto que no puedo. Y hasta que esto me invadió, ni siquiera concebía que podía desearlo.

Sentí que comprendía lo que me decía. Dejé caer la primera ceniza de mi cigarrillo al mar. Echando una mirada alrededor, dije algo inconexo:

—¿Sabes? Me parece una lástima dismantelar Santadora. Podría ser un pueblito encantador. Un pueblo real, no un decorado teatral.

—No —dijo ella. Y luego, mientras se enderezaba y giraba sobre sí misma—: ¡No! ¡Mira! —Echó a correr como una loca por el medio de la estrecha calle señalando las piedras—. ¿No ves? ¡Ya hay piedras que nunca fueron agrietadas! ¡Y las casas! —Levantó el brazo hacia arriba y echó a correr hacia la puerta de la casa más cercana—. ¡La puerta se está torciendo! Y esa persiana... ¡se ha aflojado de los goznes! ¡Y el umbral! —Cayó de rodillas, tocó el escalón que daba directamente a la calle.

Yo la seguía, desconcertado por su pasión.

—¡Toca! —ordenó—. ¡Toca! Está gastada por la gente que ha caminado sobre ella. Incluso la pared... ¿no ves que la grieta desde el ángulo de la ventana se está agrandando? —Se había incorporado nuevamente, y pasaba la mano por la pared áspera—. El tiempo la mordisquea, como haría un perro con un hueso. ¡Por Dios, no, Derek! ¿Voy a dejarla sabiendo que el tiempo la está rompiendo, rompiendo, rompiendo?

Yo no podía encontrar palabras.

—¡Escucha! —dijo ella—. ¡Ah, Dios mío! ¡Escucha! —Se había puesto tensa como un ciervo asustado, con la cabeza inclinada.

—No oigo nada —dije. Tragué saliva.

—Como si retiraran los clavos de un ataúd —dijo. Estaba en la puerta de la casa, golpeándola, empujándola—. ¡Debes oírlo! —En ese momento lo oí. Desde el interior de la casa llegaba un ruido de *tic-tac*... un ritmo gigantesco, majestuoso, tan débil que yo apenas lo notaba hasta que ella me ordenó aguzar el oído. Un reloj. Nada más que un reloj.

Alarmado por su frenesí, la tomé del hombro. Ella se volvió y se aferró a mí como un niño lloroso, hundiendo la cabeza en mi pecho.

—No puedo soportarlo —dijo, apretando los dientes. La sentía temblar.

—Vamos —murmuré—. Si te hace tanto daño, vamos.

—No, no es eso lo que quiero. Seguiría escuchando... ¿no entiendes? —Se echó un poco hacia atrás y levantó los ojos para mirarme—. ¡Seguiría escuchándolo! —Sus ojos se empañaron, y toda su atención se centró en el reloj que había adentro de la casa—. *Tic-tac, tic-tac*... por Dios, ¡es como estar enterrado vivo!

Vacilé un momento. Luego dije:

—Muy bien, yo lo arreglaré. Vete un poco hacia atrás.

Obedeció. Levanté el pie y di un golpe con toda la suela del zapato en la puerta. Algo se quebró; me dolió la pierna hasta el muslo por el impacto. Volví a hacerlo, y saqué la puerta de su quicio. Se abrió bruscamente. Y nuevamente se oyó el *tic-tac*, fuerte y claro.

Iluminado por un rayo de luna, frente a la puerta, se veía el reloj mismo. Un alto reloj de pie, más alto que yo, con su péndulo que brillaba con cada balanceo.

Recordé una frase de un antiguo y macabro *Negro Spiritual*.

«Se oyen los martillazos en el ataúd de alguien...».

De pronto fue tan fúnebre para mí como para Naomi. Crucé la habitación a grandes pasos, abrí violentamente la puerta de vidrio del reloj, y detuve el péndulo con rapidez. El silencio fue un alivio como el agua fría cuando uno tiene mucha sed.

Ella se acercó con desconfianza, mirando fijamente la cara del reloj como si estuviera hipnotizada. Me llamó la atención que no llevara reloj de pulsera, nunca la había visto llevarlo.

—Hazlo desaparecer —dijo. Seguía temblando—. Por favor, Derek... no quiero verlo más.

Dejé escapar un silbido, echando otra mirada al viejo monstruo.

—¡No será tan fácil! ¡Estos relojes son pesados!

—¡Por favor, Derek! —Me asustaba la urgencia de su voz. Me dio la espalda, mirando hacia un rincón del cuarto. Como todas esas casas atestadas, imitación de casas antiguas, ésta sólo tenía tres habitaciones, y la habitación donde nos hallábamos estaba llena de muebles... una gran cama, una mesa, sillas, un arcón. Si no hubiera sido por eso, presentí que ella habría corrido a esconderse a un rincón.

Bien, podía intentarlo.

Estudí el problema y llegué a la conclusión de que sería mejor ir por partes.

—¿Hay una lámpara? —dije—. Trabajaría mejor si tuviera luz.

Naomi murmuró algo inaudible; luego se oyó el ruido de un encendedor, y una llama amarilla se transformó en un resplandor constante que iluminó la habitación. El olor a kerosene me llegó a las fosas nasales. Puso la lámpara en una mesa donde la luz me iluminaba y llegaba al reloj.

Retiré las pesas y las guardé en mi bolsillo; luego saqué un destornillador del bolsillo de mi chaqueta y atacé los tornillos en los ángulos de la cara del reloj.

Como había esperado, al salir los tornillos fue posible quitar todo el mecanismo, con las cadenas colgando como cordones umbilicales, produciendo ruiditos raspantes al arrastrarlas sobre el borde de madera donde habían estado apoyadas.

—¡Dame! —murmuró Naomi, y me lo arrancó. Era una proporción sorprendentemente pequeña del peso del reloj entero. Salió corriendo de la casa a la calle. Un momento después oí un ruido.

Me envolvió un estremecimiento de pena. Luego sentí ira contra mí mismo. Sin duda éste no era un raro espécimen de antigua artesanía, sino un objeto de utilería. Como todo el pueblo. Abracé la caja para tirarla hacia mí y eché a andar hacia la puerta. Había estado trabajando con el cigarrillo entre los labios; en ese momento el humo me molestaba los ojos, y lo escupí al suelo y lo aplasté.

De alguna manera logré sacar la caja de la casa a la calle y arrastrarla hasta el malecón. Me detuve un segundo allí, limpiándome el sudor de la cara, luego me puse detrás del objeto y le di el empujón más violento que pude. Saltó por encima de la pared, dio una vuelta en el aire y cayó al agua.

Miré hacia abajo, y de inmediato deseé no haberlo hecho. Parecía exactamente un ataúd oscuro flotando en el mar.

Pero me quedé allí un par de minutos, sin poder apartar la mirada, debido a una poderosa impresión de que había realizado algún acto simbólico, que poseía un significado imposible de definir en términos lógicos, y que sin embargo era pesado, sólido... real como esa masa de madera que flotaba a la deriva.

Regresé lentamente, sacudiendo la cabeza, y me encontré en la puerta de la casa, antes de prestar atención nuevamente a lo que había ante mis ojos. Luego me detuve en seco, con un pie en el escalón que Naomi había despreciado al ver que estaba gastado por los pies de los que pasaban. La llama de la lámpara amarilla oscilaba un

poco en el viento, y estaba demasiado alta... el olor del humo era fuerte, y la chimenea se estaba oscureciendo.

Lentamente, como si disfrutara de cada movimiento, Naomi se desabotonaba la blusa negra que llevaba, mirando hacia la lámpara. La sacó de la cintura de los pantalones y se la quitó. El corpiño que llevaba era negro también. Vi que se había quitado las sandalias.

—Llámalo acto de desafío —dijo con tono pensativo... hablando más consigo misma, pensé, que conmigo—. Me quitaré las ropas de luto. —Bajó el cierre del pantalón y lo dejó caer. Su bombacha también era negra.

—He terminado con el luto. Creo que se logrará. Se logrará muy pronto. ¡Ah, sí! Muy pronto. —Sus brazos delgados y dorados se arquearon hacia atrás. Dejó caer el corpiño al suelo, pero recogió esa última prenda y la arrojó a la pared. Por un momento permaneció inmóvil. Luego pareció percibir mi presencia por primera vez y se volvió lentamente hacia mí.

—¿Estoy hermosa? —preguntó.

Yo tenía la garganta muy seca.

—Por Dios, sí. Eres una de las mujeres más hermosas que he visto.

Se inclinó sobre la lámpara y la apagó. En el instante en que volvió la oscuridad dijo:

—Muéstrame.

Y, un poco más tarde, sobre la tosca manta de la cama, y cuando yo había dicho dos o tres veces: «Naomi... Naomi...», volvió a hablar. Su voz era fría y distante.

—Yo no quería llamarme Naomi. Lo que había pensado era Niobe, pero no podía recordarlo.

Mucho más tarde, cuando ya se había acercado tanto a mí, que parecía aferrarse a mi cuerpo en búsqueda de consuelo, de la existencia misma, rodeándome con los brazos y las piernas, bajo la manta porque la noche estaba fría, sentí que nuevamente sus labios se movían junto a mi oído.

—¿Cuánto tiempo, Derek?

Yo estaba casi perdido; nunca me había sentido tan vaciado de mí mismo; arrojado como un corcho a un océano tormentoso y golpeado por las rocas, apenas podía abrir los ojos. Dije con voz poco clara:

—¿Qué?

—¿*Cuánto tiempo?*

Arranqué una última afirmación a mi mente fatigada, sin saber qué era ni preocuparme por ello.

—Con suerte —murmuré—, podría llevar menos de diez años. Naomi, no sé... —Y haciendo un verdadero esfuerzo, terminé—: Dios mío, ¿me haces esto y esperas que luego pueda pensar?

Pero eso era lo extraordinario. Había imaginado que estaba a punto de caer en la oscuridad, en el coma, de dormirme como un cadáver. En cambio, mientras mi cuerpo

descansaba, mi mente se elevó a una zona más allá de la conciencia... a un punto privilegiado desde donde podía contemplar el futuro. Me di cuenta de lo que había hecho. De mi máquina elemental, experimental, saldrían una segunda y una tercera, yo lo sabía, y la tercera sería suficiente para la tarea. Vi y reconocí los problemas asociados, y supe que tenían solución. Concebí los nombres de los hombres que quería para trabajar en esos problemas... a algunos los conocía, y si se les daba la oportunidad que me habían dado a mí, podrían crear, en sus diversos campos, técnicas nuevas como las que yo había creado. Ensamblándose como engranajes accionados a mano, las partes componían el todo.

Todo el tiempo tenía un calendario y un reloj en la cabeza.

No todo eso era un sueño; en gran parte pertenecía a la naturaleza de la inspiración, con la sola diferencia de que yo lo sentía suceder y estaba bien. Pero hacia el final tuve un sueño... no con imágenes visuales sino como una especie de aura emocional. Tuve una sensación completamente satisfactoria, que derivaba del hecho de que estaba a punto de encontrarme por primera vez con un hombre que era ya mi amigo más íntimo, a quien conocía tan detalladamente como es posible que un ser humano conozca a otro.

Me estaba despertando. Durante un rato más quise gozar de esa fantástica calidez de emoción; luché por no despertar mientras sentía que estaba sonriendo y que hacía tanto tiempo que sonreía que me dolían los músculos de las mejillas.

También había estado llorando, la almohada estaba húmeda.

Me volví de costado y tendí la mano para tocar a Naomi, comenzando a decir ya las palabras maravillosas que tenía para ella.

—¡Naomi! Ahora sé cuánto tiempo llevará. No se necesitarán más de tres años, tal vez poco más de dos y medio.

Mi mano sólo encontró la áspera tela, y buscó más allá. Entonces abrí los ojos y me incorporé con un estremecimiento. Estaba solo. La luz del día entraba en la habitación; era brillante y muy cálida. ¿Dónde estaba ella? Tenía que buscarla y comunicarle la maravillosa noticia.

Mi ropa estaba en el suelo junto a la cama; me la puse, metí los pies en las sandalias, y fui hasta la puerta, deteniéndome con una mano en el marco roto para acostumbrar mis ojos a la luz.

En la acera de enfrente de la estrecha calle, con los codos apoyados en la pared de piedra, había un hombre vuelto de espaldas hacia mí. No dio la menor impresión de percibir que lo observaban. Era un hombre que reconocí de inmediato, aunque sólo me había encontrado con él dos veces en mi vida. Se hacía llamar Roger Gurney.

Pronuncié su nombre, y no se volvió. Levantó un brazo e hizo una especie de señal. Entonces estuve seguro de lo que había sucedido, pero avancé para llegar junto a él, esperando que él me lo dijera.

Sin embargo no me miró. Se limitó a hacer un gesto hacia las rocas puntiagudas con las que se unía el final de la pared.



Dijo:

—Salió al amanecer y fue hasta allá. Hasta la cumbre. Llevaba sus ropas en la mano. Las arrojó una por una al mar Y luego... —Dio vuelta la mano, con la palma hacia abajo, como si volcara un puñado de arena.

Traté de decir algo, pero tenía la garganta cerrada.

—No sabía nadar —agregó Gurney un momento después—. Por supuesto.

En ese momento pude hablar. Dije:

—¡Pero, Dios mío! ¿Tú lo viste suceder?

Asintió.

—¿No corraste tras ella? ¿No la rescataste?

—Recuperamos su cuerpo.

—Entonces... ¡respiración artificial! ¡Tienes que haber podido hacer algo!

—Perdió la carrera contra el tiempo —dijo Gurney después de una pausa—. Ella lo había admitido.

—Yo... —Me controlé. Todo se tornaba tan claro que me maldije por imbécil. Lentamente proseguí—: ¿Cuánto tiempo más habría sido hermosa?

—Sí. —Pronunció cuidadosamente la palabra—. De eso escapaba. Quería que él volviera y la encontrara todavía hermosa, y nadie en el mundo le prometía más que otros tres años. Después de eso, dicen los médicos, habría... —Hizo un gesto vacío—. Se habría desmoronado.

—Siempre habría sido hermosa —dije—. ¡Dios mío! Aunque representara su verdadera edad, habría sido hermosa...

—Eso creemos —dijo Gurney.

—¡Qué estúpido, qué fútil! —Me di un golpe con el puño en la palma de la otra mano—. Tú también, Gurney... ¿te das cuenta de lo que has *hecho*, imbécil? —Me temblaba la voz de furia, y por primera vez me enfrentó.

—¿Por qué diablos no la reviviste y me mandaste buscar? ¡No tendría que haber llevado más de tres años! Anoche me pidió una respuesta y dije diez años, ¡pero durante la noche comprendí que podía hacerse en menos de tres!

—Creo que así debe haber sido. —Tenía el rostro blanco, pero los lóbulos de las orejas... absurdamente rosados—. Si no hubieras dicho eso, Cooper; si no lo hubieras dicho.

Y entonces (todavía me sentía como un corcho arrojado a las olas, que un momento está arriba, un momento baja, luego vuelve a subir) se me ocurrió lo que mi inspiración de la noche realmente implicaba. Me golpeé la frente con la mano.

—¡Idiota! —exclamé—. ¡Todavía no sé lo que hago! Mira, ¡tú tienes su cuerpo! Llévelo... donde sea, junto al otro, *rápido*. ¿Qué otra cosa he estado haciendo sino trabajar para recrear a un ser humano? Y ahora que he visto lo que se puede hacer, puedo hacerlo... ¡puedo recrearla lo mismo que a él! —Yo estaba en una fiebre de excitación, después de haberme lanzado mentalmente a ese extraño futuro que había visitado mientras dormía, y mis teorías apenas visualizadas eran hechos sólidos.

El me miraba con expresión extraña. Pensé que no había entendido, y proseguí:

—¿Por qué te quedas allí parado? Puedo hacerlo, te digo... he visto cómo puede hacerse. Se necesitarán hombres y dinero, pero eso es posible conseguirlo.

—No, no —dijo Gurney.

—¿Qué? —Dejé caer los brazos a los costados, parpadeando al sol.

—No —repitió. Se puso de pie, estirando los brazos acalambrados por haber estado tanto tiempo apoyados en la áspera parte superior de la pared—. ¿No te das cuenta? Ya no es suyo. Ahora ya está muerta, y le pertenece a otra persona.

Desconcertado, retrocedí un paso. Dije:

—¿A quién?

—¿Cómo puedo decírtelo? ¿Y qué significaría para ti si pudiera? Ya debes saber con qué clase de personas estás tratando.

Me puse la mano en el bolsillo, buscando mis cigarrillos. Trataba de aclararlo para mí mismo: ahora que Naomi estaba muerta ya no controlaba los recursos que podían traerla de vuelta. De manera que mi sueño era... un sueño. ¡Ah, Dios mío!

Yo miraba estúpidamente lo que mi mano había encontrado; no era mi paquete de cigarrillos sino la billetera de cuero que ella me había dado.

—Puedes guardarla —dijo Gurney—. Me han dicho que puedes conservarla.

Lo miré. *Y supe.*

Muy lentamente corrí el cierre de la billetera. Saqué las tres tarjetas plastificadas. Las doblé en dos, y el plástico se quebró. Las retiré y las dejé caer al suelo. Luego, uno por uno, arranqué los cheques de la libreta y los esparcí como papel picado sobre la pared, para que cayeran al mar.

Él me miraba, y el color le volvía a la cara hasta que finalmente se puso muy rojo... de culpa, vergüenza, no sé. Cuando terminé, dijo con voz todavía inexpresiva:

—Eres un tonto, Cooper. Con eso podrías haber comprado tus sueños.

Le arrojé la billetera a la cara y me aparté. Había subido diez escalones ciego de furia y dolor, cuando le oí pronunciar mi nombre y me volví. Tenía la billetera con las dos manos, y sus labios se movían.

—Vete al carajo, Cooper. ¡Ah, vete a la mierda! Yo... yo me decía que la amaba, y que no podría haber hecho eso. ¿Por qué quieres hacerme sentir tan sucio?

—Porque lo eres —dije—. Y ahora lo sabes.

Tres hombres que no había visto entraron en mi casa, mientras embalaba la máquina. Silenciosos como fantasmas, impersonales como robots, me ayudaron a colocar mis pertenencias en mi auto. Me alegró su ayuda simplemente porque quería salir lo más rápido posible de esa imitación de pueblo. Les dije que dejaran las cosas que quería llevar conmigo en los asientos del auto, sin embalarlas. Entretanto, vi a Gurney que se acercaba a la casa y se detenía junto al auto, como si tratara de juntar coraje para hablarme nuevamente, pero lo ignoré, y cuando bajé se había ido. No

encontré la billetera hasta llegar a Barcelona y examinar mis desordenadas pertenencias. Esa vez contenía treinta y cinco mil pesetas en billetes nuevos. Él simplemente la había arrojado en el asiento de atrás bajo una pila de ropas.

Escuchen. No fue un largo *espacio de tiempo* lo que derrotó a Naomi. No fueron los tres años ni los diez años ni ningún número de años. Lo descubrí más tarde... demasiado tarde. (De manera que el tiempo me derrotó a mí, también, como siempre nos derrota).

No sé cómo murió su hombre. Pero estoy seguro de que sé por qué ella quería recuperarlo. No porque lo amara, como ella misma creía. Sino porque él la amaba a ella. Y sin él, ella tenía miedo. No se necesitaban tres años para recrearla a ella. Ni siquiera se necesitaban tres horas. Se necesitaban *tres palabras*.

Y Gurney, el hijo de puta, podría haberlas pronunciado, mucho antes que yo... tanto antes que todavía habría habido tiempo. Podría haber dicho: «Yo te amo».

Éstos son los totalmente ricos. Habitan el mismo planeta, respiran el mismo aire. Pero se están convirtiendo, poco a poco, en una especie diferente, porque lo que hay en ellos de más humano está —bien, al menos en mi opinión— muerto.

Se mantienen aparte, como he dicho y, ¡Dios, Dios mío!, ¿no se sienten ustedes agradecidos por eso?

*The Totally Rich, 1963*

# **Combustión interna**

*L. Sprague de Camp*

*La idea de «Combustión Interna» apareció mientras leía Tortilla Flat de John Steinbeck. Steinbeck escribió sobre unos pillos norteamericanos de origen mejicano que vivían de su ingenio en la costa de California. Cuando tenían un poco de dinero lo despilfarraban en una gran parranda: cuando se emborrachaban arrojaban piedras a las ventanas de otra gente sólo por divertirse. Ninguno de ellos sentía la menor necesidad de portarse bien ni de progresar. Mis propias actitudes y prejuicios están en el otro extremo del espectro del cuento de Steinbeck: confieso que soy un adicto al trabajo ferozmente autodisciplinado, que he logrado muchísimas cosas y que lucho constantemente por mejorar. Toda la culpa la tienen mis padres, por supuesto. A una edad impresionable, me comunicaron en forma sutil que me consideraban un perdedor nato. Aunque ambos han muerto hace varias décadas, sigo pasando la mayor parte de mis horas de vigilia tratando de probar que se equivocaban.*

*Pero el hecho de que no tengo simpatía por los vagabundos no me impidió escribir sobre ellos y tratar de comprender su punto de vista. Cuando leo el cuento de Steinbeck, mi funcionamiento mental se acelera: si la gente pensaba que los robots eran seres inteligentes y le parecía mal permitir que los que estaban gastados o rotos simplemente se convirtieran en chatarra, ¿esos residuos no podrían convertirse en los equivalentes mecánicos de los norteamericanos de origen mejicano de Steinbeck?*

*Una vez que tomó forma esta idea, el cuento prácticamente se escribió solo. Espero que les guste.*

Napoleón levantó el cadáver inerte por una pata, lo miró con el ojo que le quedaba, y dijo:

—Hércules, olvidas qué pesado es tu puño y qué frágiles son los cráneos de estos organismos. Éste está dañado sin remedio.

—Caramba, lo siento, jefe —respondió Hércules—. Sólo quería evitar que se escapara, como usted me dijo.

—¡Eres un hombre fiel! De todas maneras dudo de que este mendigo itinerante hubiese resultado un títere satisfactorio. Su carácter estaba demasiado afirmado en pautas de disipación e irresponsabilidad. Oculta los restos en el subsuelo hasta el anochecer; luego entiérralos.

—Bien, jefe —repuso Hércules.

Salió de la biblioteca haciendo ruidos metálicos con el cadáver bajo el brazo. En la mansión MacDonald quedaban pocos muebles: algunas sillas rotas y unos pocos libros estropeados en los estantes de la biblioteca. En las paredes se veían rectángulos de colores diferentes del resto donde alguna vez colgaron cuadros antes de que los herederos de Mac Donald despojaran la casa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Confucio. Los otros dos robots a combustible líquido, Galahad y Sancho Panza, se inclinaron atentamente hacia adelante pero no hablaron. Sancho Panza no podía hablar porque se le había roto el vocalizador y nunca había podido ahorrar suficiente dinero como para reemplazarlo por otro.

—Todavía no lo sé —dijo Napoleón, sosteniendo su cuerpo negro, con forma de tambor, en sus tres patas buenas.

El suelo crujió pero resistió los mil kilos de peso del robot nuclear. Resistió porque el subsuelo no se extendía bajo la biblioteca, que se apoyaba sobre una gruesa plataforma de hormigón sostenida a su vez por las arenas de Playa Coquina. El temor de caerse por un agujero del piso podrido y la pata que funcionaba mal habían confinado a Napoleón a la biblioteca desde hacía años. Como funcionaba por energía nuclear, no tenía que robar combustible como los otros robots deteriorados que habitaban la mansión de fantasmas. Antes de que lo descartaran, Napoleón sufrió las inhibiciones robóticas habituales frente a los actos hostiles contra los hombres. Pero las radiaciones duras, que escapaban de la gruesa protección alrededor de su pila y atravesaban su cerebro, habían roto esas inhibiciones.

La mansión había sido construida medio siglo atrás por William Bancroft MacDonald, el magnate de la prensa. MacDonald había hecho su fortuna enseñando a sus lectores a odiar y temer a los latinoamericanos y los canadienses. Sus descendientes ocuparon la mansión hasta que sus nietos abandonaron la lucha contra las termitas, la humedad y el alto costo de mantener una casa grande. Entonces los *rovagos*, los robots gastados emancipados, ocuparon las ruinas sin obstáculos.

—Tengo que pensar —dijo Napoleón—. Siempre hay que tener un plan; no dejar nada al azar.

—Tu último plan no fue tan bueno —repuso Galahad.

—No podía prever que este pordiosero itinerante resultaría a la vez alcohólico y deficiente mental. Le ofrecí todo lo que desean estas personas orgánicas: honor, gloria y riquezas. Si hubiera demostrado voluntad de seguir más órdenes, lo habría entrenado, lo habría hecho participar en política y lo habría elevado al liderazgo de su nación y tal vez del mundo. Pero estaba tan aterrorizado que trató de huir.

—Por Dios —dijo Confucio—. Piensa esto: todo el kerosene que necesitamos y una buena parranda de nafta cuando tengamos ganas.

—¿Qué fue esa idea sobre el chico, jefe? —preguntó Galahad.

—Es un plan muy riesgoso, pero ofrece grandes posibilidades. Criando al organismo desde la infancia podemos entrenarlo con más facilidad en la dirección que deseamos. El problema es ¿cuál niño?

Galahad respondió:

—Homero conoce a un niño. El chico de los Sanborn, a cuatro casas al norte de aquí.

—¿Sí? —dijo Napoleón—. Tal vez la mano del destino ofrezca una segunda oportunidad. Háblame de este «niño».

Homero caminaba hacia el norte por Playa Coquina. El sol brillante estaba alto sobre las palmeras y los cipreses. Las olas del Golfo rompían pesadamente en la arena, cada ola dejaba montones de almejas pequeñas y brillantes, no había dos del mismo color: blanco, marfil, amarillo, rojo, azul, púrpura. Antes de que llegara la nueva ola, cada almeja se colocaba de punta y se enterraba hasta desaparecer.

Homero buscaba conchillas. No cualquier conchilla, como las que trituraba bajo sus pies metálicos con cada paso. Buscaba conchillas raras que pudiera vender por dinero para comprar kerosene y obtener la energía necesaria como para buscar más conchillas.

La mayor parte de las conchillas: caracoles marinos, estrombos, veneras, ostras, almejas, murícidos, etcétera, carecían de valor. De vez en cuando, sin embargo, uno de los que barrían la playa encontraba una conchilla más valiosa, que le alcanzaba a Homero para el kerosene de dos semanas. Una vez encontró una conchilla perfecta que mantuvo en funcionamiento a todos los *rovagos* durante un mes y además proporcionó nafta para una orgía.

La almeja ala de ángel era difícil de encontrar en la playa, pero Homero sabía que no debía buscar una perfecta. El que quisiera alas de ángel podía encontrar centenares en el barro de las zonas planas de mareas, donde vivían enterradas con sus tubos sobresaliendo de los agujeros. No era fácil encontrarlas en las playas porque eran tan frágiles que pocas llegaban enteras.

Homero llevaba una bolsa sobre el hombro izquierdo para almacenar lo que encontraba. La sostenía en su lugar con su rígido brazo izquierdo, cuya articulación estropeada del codo se había oxidado mucho tiempo atrás. Levantaba las conchillas

con el brazo derecho en buen funcionamiento.

Se movía con lentitud para no aplastar conchillas valiosas y para no arrojar arena en sus articulaciones. Sus soportes estaban todos flojos, de todas maneras, pero ¿quién pagaría por repararlos? Como sucedía con la mayoría de las máquinas viejas, Homero había pasado la etapa en que las personas orgánicas se interesaban en repararlas. Un nuevo robot sería más barato.

Al pasar frente a la casa de los Sanborn, Homero vio salir al joven Archibald Sanborn en pijama, bata y chinelas, con el cabello despeinado y sin afeitarse.

—¡Hola, Homero! —exclamó Archie Sanborn.

Homero se enderezó, señaló el sol, y dijo:

—¡Despierta! Porque el Sol, que ha dispersado a las estrellas del Campo de la Noche, se lleva la Noche junto con ellas del cielo y azota la Torre del Sultán con un Haz de Luz.

—Sé que es tarde —gruñó Sanborn—. ¿Quieres hacerme un favor?

—Un poco de trabajo, un poco de juego, para seguir andando... y entonces, ¡buen día! ¿Qué clase de trabajo, señor Sanborn?

—Quiero que vayas hasta la estación de servicio de Jake...

—Pie-pie-pie-pie arrastrándose por Florida...

—Y que me consigas cuarenta y cinco litros de nafta...

—¿Nafta, señor Sanborn?

—Sí, nafta, nafta para automóviles con motores a pistón. Aquí tienes cinco dólares; guárdate el cambio.

—¿Va a sacar uno de sus viejos autos?

—Tengo que hacerlo. La señora fue a Sarasota a almorzar con una amiga, y yo tengo cita con Doc Brauer dentro de una hora. De manera que debo usar una de esas antigüedades.

Archie Sanborn señaló con un gesto su garaje abierto para cinco coches. El sector del sur, normalmente ocupado por el Chrysler Thunderhorse, estaba vacío. Los otros lugares estaban ocupados por la vieja colección de autos de Sanborn, desde el Buick Beetle 1967 al genuino Ford Modelo A de 1930.

Lo que realmente diferenciaba a los cuatro viejos automóviles del nuevo que faltaba, era que aquéllos eran máquinas a nafta para motores a pistón, mientras que este último, como todos los coches modernos, funcionaba con una pequeña turbina a kerosene en la parte posterior. La nafta sólo se empleaba como fluido peligroso para quitar manchas de la ropa y para hacer andar los autos antiguos de los coleccionistas. Sanborn continuó:

—Y no tengo...

—¿Ha oído hablar de la famosa silla construida de tan lógica manera...?

—¡Cállate y echa a andar! Y no te pongas a escupir poesía y a olvidar lo que tienes que hacer.

Homero estaba a punto de irse cuando lo llamó otra voz:



—¡Homero! ¡Homerooooo!

Homero vio a Gordon Sanborn, de tres años, junto a su padre y dijo:

—¡Niño de frente pura y despejada, y ojos soñadores de maravillas! Aunque el tiempo vuele...

—Quiero ir con él —dijo Gordie—. Es mi amigo. Tú no eres mi amigo.

Sanborn miró a Homero sin saber qué hacer, y dijo:

—Le permitiría ir, pero prometí a Roberta no quitarle el ojo hasta que ella volviera.

—¡Eres malo! —dijo Gordie, dando un pellizco en la pierna a su padre—. ¡Bang, bang, estás muerto! No te quiero más. Me voy con Homero...

La voz de Gordie se convirtió en un chillido mientras su padre lo hacía entrar en la casa. Homero echó andar por la playa con ruido de soportes gastados. Allá en el Golfo, los botes de pescadores navegaban perezosamente cerca de la costa, y gritaban las gaviotas.

Napoleón dejó a un lado el volumen MUS a OZON de la enciclopedia, donde había estado leyendo nuevamente sobre la vida de su ilustre tocayo. Los herederos de MacDonald habían abandonado la enciclopedia porque estaba vieja y estropeada, y faltaba el volumen CAST a COLE. Los volúmenes restantes, de todas maneras, proporcionaron material de lectura a Napoleón durante años. A los robots que entraron les preguntó:

—¿Han construido el tabique?

—Sí —respondió Hércules—. La primera vez no encajaba, pero lo arreglamos.

—Entonces es allí donde esconderemos al niño.

—Si conseguimos un niño —dijo Galahad—. Piensas que es fácil secuestrar a un pequeño y esconderlo en el altillo. Pero las personas orgánicas se preocupan terriblemente por sus pequeños. Darán vuelta toda Playa Coquina buscándolo.

—Sí —replicó Hércules—. Nos meterás en un lío, Nappy.

—Ustedes se comportan como personas orgánicas, racionales y timoratas —declaró Napoleón—. Deben aprender a confiar en mi estrella. Si no hubiera sido por los planes desarrollados por mi cerebro superior para proporcionarles combustible, todos habrían terminado su carreras entre el montón de chatarra mucho tiempo atrás. Vamos, adelante, mis bravos soldados, tráiganme un niño. Atráiganlo con promesas y zalamerías: no usen la fuerza.

Media hora después, Homero se encaminaba hacia la casa de los Sanborn desde la estación de servicio de Jake. Cuatro pelícanos aleteaban en lo alto, en columna. Hornero se encontró con Galahad y con Confucio. Galahad preguntó:

—¿Qué tienes en esas latas, Homero?

—Nafta.

—¡Nafta! —exclamaron juntos Galahad y Confucio—. ¿Para qué?

—El señor Sanborn me encargó que se la consiguiera para su viejo auto.

—El maligno despilfarro —dijo Confucio— hace desear a los pobres. Usar esa preciosa sustancia en viejas máquinas sin cerebro, cuando para nosotros sería una verdadera orgía.

—Bien, eso es lo que me encargó —replicó Homero.

—¿No podrías darnos un traguito? —preguntó Confucio.

—No.

—He aquí un hombre que tiene nafta y no la da a su prójimo —dijo Confucio—, tampoco le daré mi gasolina cuando se le haya terminado la suya.

Homero contestó:

—Si empiezo a hacer eso, el señor Sanborn no me dará más trabajos.

Galahad dijo:

—De todas maneras no hay prisa. Sentémonos a la sombra a refrescar nuestro soporte.

—Muy bien —repuso Homero.

Encontraron un lugar al pie de un montecillo de palmeras, alejado de la playa. Homero apartó de un puntapié un cangrejo muerto y preguntó:

—¿Qué están haciendo ustedes?

—No me hagas preguntas y no te contestaré mentiras; dame manzanas y haré pasteles —dijo Confucio.

—Un trabajito para Nap —repuso Galahad—. Ya te contaremos cuando esté terminado. ¿Qué hace Sanborn con sus autos viejos?

—Irá en uno de ellos a ver a Doc Brauer —respondió Homero.

—¿Por tan pequeña distancia? —preguntó Galahad—. Apenas unos kilómetros. Eso te demuestra qué débiles son las personas orgánicas.

—Lo sé —dijo Homero—. No conviene decírselo, sin embargo, porque dejarán de darte trabajo.

—Este Brauer —repuso Confucio—. Es una especie de mecánico de cerebros de personas orgánicas, ¿verdad?

—Sí —replicó Galahad—. Dice que las personas orgánicas necesitan amor y estima para funcionar eficientemente. A nadie se le ocurre jamás que a un robot le haría bien un poco de amor y estima, también.

—Dicen que sólo somos máquinas —dijo Confucio.

—Sí —prosiguió Galahad—. Ellos también son máquinas, y los más inteligentes lo saben.

Confucio agregó:

—Hablan de las almas, pero eso es una mentira para engañarse pensando que son algo más que máquinas.

—Bien, es cierto que tienen cerebro —repuso Homero.

—Nosotros también —respondió Galahad—. Ellos son máquinas con cerebro, nosotros somos máquinas con cerebro; los automóviles son máquinas sin cerebro. Ésa es la verdadera diferencia, no si estamos hechos de metal o de carne.

Confucio intervino:

—El cerebro es el cerebro, esté hecho de neuronas o de microtransistores. Descubrieron que para hacernos lo suficientemente adaptables como para que seamos sus sirvientes tenían que darnos cerebros con capacidad de formar hábitos y condicionar reflejos como los de ellos. Luego se sorprenden cuando tenemos necesidades y sentimientos.

—O talento poético como Homero —dijo Galahad.

—Eso fue un accidente —replicó Homero—. Ya les conté que colocaron una grabación de una antología poética junto con las otras mientras me adoctrinaban.

—¿Por qué no vendes tu poesía? —preguntó Galahad—. Algunas personas orgánicas ganan dinero de esa manera.

—Publicaron uno de mis poemas en una revista de vanguardia —dijo Homero—. Pero nunca me pagaron los cinco dólares que me prometieron. Y un robot no puede hacer juicio, aunque la cantidad lo hubiera justificado.

—¿Has probado en otras revistas? —preguntó Galahad.

—Sí, pero dicen que mi poesía es demasiado alusiva. Mi cerebro recuerda bien los poemas de otras personas, pero no es lo suficientemente original como para componer buena poesía.

—Ya ves qué miserables son —dijo Galahad—. Le dan a un robot suficiente inteligencia como para apreciar la poesía, pero no bastante como para componer poesía propia. Y cuando envejecemos y se nos gastan los soportes, nos echan y nos dicen que tenemos suerte de que no nos conviertan en chatarra. Daría lo mismo que nos desfuncionalizáramos.

Homero dijo:

—Las armas están prohibidas; los lazos se aflojan; el gas tiene un olor terrible; da lo mismo que sigan vivos.

—Ah, yo seguiré viviendo —dijo Galahad—. Siempre hay probabilidades de obtener una buena porción de nafta.

—Hablando de eso —replicó Confucio—, no pasaría nada si nos dieras un buen trago de la tuya. Puedes decirle a Sanborn que Jake te engañó.

—No sé —respondió Homero—. Ustedes pueden haber perdido sus inhibiciones hacia las personas orgánicas, pero yo todavía las conservo casi todas. Y esto crearía problemas entre ellas.

—Bien, dile que la nafta se ha evaporado al sol —propuso Galahad—. ¿A quién le debes más, a ese maldito hombre de carne o a tu propio metal y fluido?

—Sólo un traguito —pidió Confucio—. ¿No recorrimos kilómetros para buscar combustible para ti cuando te quedaste sin él? El trabajador merece un pago.

—Bien, está bien —capituló Homero—, pero sólo un poquito. Abran.

Galahad y Confucio abrieron las puertas de sus pechos y sacaron un tubo fijado al extremo de otro tubo de metal flexible.

Homero destornilló la tapa de una de las latas de nafta y dejó caer un chorro en el tubo de Galahad. Volvió a tapar la lata, abrió otra e hizo lo mismo con Confucio.

—Ah, ya me siento mejor —dijo Galahad, cerrando de un golpe la puerta de su pecho—. Esto da ánimos, sin duda.

—Cuidado —dijo Homero—, o se disolverá la lubricación.

—Pobre Homero —repuso Confucio—, siempre preocupado. Hace tanto tiempo que ando con los soportes secos, que ni siquiera me acuerdo de cómo se siente uno cuando están lubricados. Un chorro más me haría bien.

—Ya te dije... —replicó Homero.

—Piénsalo de esta manera —dijo Galahad—. ¿Qué hará Sanborn con la nafta? Ponerla en una de esas viejas máquinas para salir a dar un paseo. ¿Y cuál es la principal causa de muerte entre los seres orgánicos? Los accidentes de autos.

—Estaríamos contribuyendo directamente a su muerte —agregó Confucio—. De todas maneras sería más saludable que caminar.

—Le harías un favor no entregándole esta nafta para que la ponga en uno de esos peligrosos autos viejos. No querrás ser responsable de desfuncionalizarlo, ¿verdad?

—No, pero...

Finalmente Homero dio a Galahad y a Confucio un chorro más de nafta. Galahad dijo:

—Usa un poco tú también, Homero.

—No. Eso sí que no.

—Claro que lo harás. No querrás ser el único tipo sobrio de la fiesta, ¿verdad? Es una sensación muy desagradable.

—Pero...

—Y lastimará nuestros sentimientos. Nos harás sentir que nos ves como a un par de viejos *rovagos*. No harás eso, ¿verdad? ¿No les harás eso a tus mejores amigos?

El parlante de Homero dejó escapar un suspiro electrónico mientras se abría el pecho.

—Ustedes me disfuncionarán a mí —dijo, echándose el líquido—. Bien, esto tiene buena graduación.

—Una buena proporción de octano —respondió Confucio.

Cerca de las once, Archibald Sanborn salió a la playa a ver si venía Homero. El sol era intenso y brillaba enceguecedor desde la playa y las olas. Un pájaro fragata chilló en lo alto.

Como Homero estaba bajo los árboles con Galahad y Confucio, la playa parecía vacía excepto por un par de bañistas. Sanborn volvió a entrar en la casa, furioso, y habló por teléfono al doctor Brauer.

—Doc —dijo—. Creo que no podré cumplir con mi cita. Lo lamento mucho. Realmente no es culpa mía.

—¿Qué sucede?

—Es ese maldito *rovago*, Homero. —Sanborn le contó que le había encargado comprar nafta.

—Bien, ¿no podría venir caminando? —preguntó Brauer.

—¿Caminando? —repitió Sanborn con voz consternada. Luego se le ocurrió otra idea—. Tendría que llevar al niño, y tardaría un día entero.

—Entonces quédese allí; iré a verlo. Sólo tardaré unos minutos.

Homero, echando nafta en su tubo con manos poco firmes, dijo:

—Por cierto que he jurado a menudo arrepentirme... ¿pero estaba sobrio cuando lo juré? y luego llegó la primavera, con rosas en la mano, mi frágil Penitencia en pedazos rompió. Después de este chorro me voy, muchachos, y basta de bromas.

Galahad respondió:

—¿Sabes lo que tendrías que hacer con esta nafta?

—¿Qué?

—Si realmente queremos hacerle un bien a Sanborn, no le daremos nada. Una sola gota es peligrosa en manos de un hombre orgánico.

—No la llevan en las manos; la ponen en los tanques de sus autos —replicó Homero.

—No seas pedante —dijo Galahad—. Sabes lo que quiero decir. Si nos lleváramos esas latas a casa, podríamos hacer la mejor orgía en años.

—*Vade retro*, Satanás —dijo Homero—. De ninguna manera...

Archibald Sanborn estaba tendido en su cama hablando con el doctor Brauer.

—... entonces, ya ve usted, soy un pobre niño rico; sólo que en realidad no soy rico. Tengo ingresos suficientes como para comer, pero no como para tener yates y cosas así. De manera que no puedo discutir el hecho de que tendré que trabajar para no morirme de hambre. A la vez no tengo inteligencia suficiente como para hacer nada importante, es decir, nada creativo, como escribir o pintar. Ni siquiera terminé la escuela secundaria, y jamás fui a la universidad. Entonces, ¿qué puedo hacer? Mi único verdadero talento es reparar chapas; toda mi inteligencia está en mis dedos. Pero si consigo un empleo en un garaje, como el año pasado, Robería dirá que es ridículo y vergonzoso, «para un hombre de mi posición». Luego viene aquí, a nuestra casa de invierno, y me dice que será mejor que venga yo también, porque si no... Entonces tengo que abandonar mi trabajo, y de esta forma no se llega a ninguna parte. De todas maneras soy demasiado haragán como para tener éxito incluso en el trabajo mecánico, ya que no tengo que preocuparme por mi próxima comida.

El doctor Brauer dijo:

—Muchas personas desearían poder vivir una vida como la suya. ¿Por qué no descansa y la disfruta?

Sanborn hizo una mueca.

—No es tan fácil. Mi padre era un hombre importante que tuvo éxito en varias cosas, y me hace sentir culpable no ser como él. El padre de Roberta es un hombre muy importante también y siempre me acicatea con eso de «llegar a ser alguien». Hasta Roberta lo hace, cuando no me impide que haga cualquier trabajo arrastrándome a los lugares de vacaciones. Yo estoy de acuerdo con ellos; soy un vago que no sirve para nada. No quiero ser un vago, sólo que no sé cómo evitarlo. Me vuelvo loco. Trato de usar mi pequeño talento en este entretenimiento de los autos viejos, pero Roberta se queja también de eso. Si no los tuviéramos, dice, podríamos permitirnos un avión y una criada robot y un viaje a Europa. De manera que todos me tironen en distintas direcciones. Estoy desperdiciando mi vida...

Gordon Sanborn, tirando por el suelo de la habitación contigua un montón de juguetes, no prestaba atención a esa conversación adulta. Luego, cansado de los cubos, salió de la casa con su andar incierto. Su padre le había ordenado, con serias amenazas, que se quedara donde estaba, pero Gordie nunca recordaba las órdenes durante más de treinta segundos.

Echó a correr hacia el sur por la playa hasta que se encontró con Hércules. Hércules había caminado tres kilómetros al sur desde la mansión de los MacDonald sin ver a ningún niño a quien pudiera secuestrar y en ese momento volvía a ver a su amo.

—Hola —dijo Hércules—. ¿Eres el chico de los Sanborn?

—Sí, me llamo Gordon Boulanger Sanborn —respondió Gordie—. Tú eres un robot pero no eres Homero. Homero es mi amigo. ¿Quién eres tú?

—Soy Hércules. ¿Te gustaría ver a Homero?

—Claro que sí. ¿Dónde está? Qué nombre raro, Hércules, ¿dónde está Homero? ¿Se ha ido?

—Está en su casa enfermo y le gustaría verte.

—Muy bien, llévame a ver a Homero. Me gusta Homero. Tú no me gustas. *Bang, bang*, estás muerto. Algún día te querré, pero ahora no.

Hércules llevó a Gordie, charlando alegremente, hasta el terreno de los MacDonald. Siguieron por un sendero bordeado de altos yuyos y árboles jóvenes que se habían reproducido en el viejo estilo. Hércules llevó el niño ante Napoleón. Napoleón dejó el tomo MUS a OZON y clavó la mirada en Gordie.

—Tú no eres Homero —dijo Gordie—. A ti tampoco te quiero. Homero tiene dos patas, y tú tienes cuatro. ¿Por qué tienes cuatro patas?

—Porque soy más pesado que los robots a combustible líquido —respondió Napoleón.

—¿Qué te pasó en el otro ojo? Está raro.

—Soy Napoleón. No te preocupes por mi otro ojo.

—¿Por qué no?

—Te han traído aquí para cumplir con mi destino.

—¿Qué es un destino? ¿Cómo se cumple con él?

—Tengo un espléndido destino para ti. Siguiendo mi estrella...

—¿Dónde está Homero?

—No te preocupes por Homero. Volverá cuando vuelva.

—¿Por qué? —preguntó Gordie.

—Tú lograrás la hegemonía del mundo de los hombres orgánicos...

—¿Quién es «gemonía»? —preguntó Gordie.

—Y, a través de ti, nosotros, los robots, nos libramos de los lazos y la servidumbre...

—¿Dónde está Homero?

—No lo sé. Como te decía...

—Hércules dijo que estaba enfermo. Quiero ir con Homero.

—Escucha, Gordon, te estoy diciendo cosas muy importantes...

—¡Quiero ir con Homero! —Gordie comenzó a patear y gritar—. No te quiero. Eres malo.

—Homero está afuera, en la arena. No tiene nada grave y pronto volverá.

Ahora...

—Tú no eres mi amigo. Homero es mi amigo. Quiero ir con él.

—Mírame, Gordon, y escucha. —Napoleón comenzó a hacer parpadear la luz del detector que tenía en el ojo, encendiéndola y apagándola con un ritmo hipnótico—.

¿Te gustaría vivir con Homero y con el resto de nosotros?

—Bueno. Pero ahora quiero ir con Homero. ¡Ve a buscarlo, robot malo!

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque una de mis piernas no funciona.

—¿Qué quiere decir que «no funciona»?

—No anda.

—¿Por qué no?

—Comprende, Gordon, que de ahora en adelante ésta será tu familia. Ocuparé el lugar de tu padre...

—Muy bien, a papá no lo quiero más. Pero quiero a Homero. Ve a buscarlo o te daré una patada.

—Quédate quieto y presta atención. Vivirás con nosotros, que seremos tu nueva familia.

—¿Por qué?

—No debes salir de esta casa, y cuando los individuos antisociales, quiero decir los hombres malos, vengan aquí, debes permitir que te ocultemos...

—¿Dónde está Homero? Tengo hambre.

El parlante de Napoleón dejó escapar un sonido chirriante. Si hubiera sido humano, se habría dicho que rechinaba los dientes. Como no tenía dientes, había que atribuir el ruido a un mal funcionamiento de su vocalizador. A su vez, ese mal funcionamiento era causado por el recalentamiento de ciertos circuitos en su cerebro. El recalentamiento era causado por el esfuerzo de tratar de mantener una conversación seria con Gordon Sanborn. Los robots no pierden la paciencia, pero cuando sus circuitos cerebrales se recalientan el resultado es muy similar.

—Por favor escucha, Gordon —dijo Napoleón—. Llegarás a ser el hombre más importante del mundo...

—*Bang, bang*, estás muerto —replicó Gordie—. *Bang-bang, bang bang, bang-bang*.

—¡*Grrrouk!* —rugió Napoleón—. ¡Hércules!

Entró Hércules.

—¿Sí, jefe?

—¿Qué te pasa? —preguntó Napoleón—. Rengueas.

—Nos estamos dando una gran parranda. Acaban de entrar Homero, Galahad y Confucio con latas de nafta.

—Bien, olvídense de la orgía y llévense a este organismo a su calabozo antes de que me quemé los circuitos cerebrales.

—¡Quiero ver a Homero! —gritó Gordie.

Hércules sacó al chico afuera. Gordie gritó:

—¡Eh, Homero! ¡Aquí estoy!

—¿Qué haces aquí, Gordie? —preguntó Homero—. ¿Qué haces con él, Hércules?

—Silencio, Homero —dijo Galahad—. Éste es el gran plan de Nappy.

—No sé nada de eso —repuso Homero.

—Tú ocúpate de tus asuntos y todo andrà bien —dijo Galahad—. Gordie, ve con Hércules. Homero irá a verte más tarde.

—No. Quiero verlo ahora. *Bang-Bang, Bang-Bang...* —Hércules se llevó a Gordie, que protestaba furiosamente, y subió con él la escalera. Homero echó a andar, tambaleante, tras ellos, pero luego lo arrastraron nuevamente a la fiesta.

Apenas volvió Hércules después de encerrar a Gordie, Sancho Panza comenzó a golpear el pecho para llamar la atención e hizo señas.

—La policía —dijo Hércules, mirando por la ventana. Fue apresuradamente hasta la puerta de la biblioteca y la abrió con violencia—. ¡Eh, jefe!

—¿Por qué interrumpes el hilo de mi pensamiento? —dijo Napoleón.

—Los gendarmes. Probablemente buscan al chico.

—Bien, enséñales toda la casa, todo excepto el calabozo. Sería conveniente esconder esas latas de nafta. Las personas orgánicas creen que somos incompetentes para manipular el fluido.

—¿Y ese festín en el sótano?

—Ah. Me había olvidado. Lléalos arriba primero. Mientras están arriba, ordena



a los otros que saquen el cadáver y lo cubran. Que no se note.

Sonó el oxidado llamador. Hércules salió con prisa a dar órdenes. Homero y Galahad desaparecieron en el sótano, mientras Hércules abría la torcida puerta del frente, para dejar pasar a dos patrulleros de la policía de Playa Coquina. El mayor de los dos dijo:

—El señor Sanborn dice que su hijo ha desaparecido. ¿Ustedes saben algo al respecto?

—Nada, señor —respondió Hércules—. Si quieren revisar nuestra vieja casita, con mucho gusto se la mostraré.

—Creo que será mejor que echemos un vistazo —dijo el policía—. ¿Qué hay en este piso?

Hércules llevó a los policías a la biblioteca. Napoleón elevó su rayo detector y dijo:

—Hola Caballeros. ¿En qué puedo ayudarlos?

Los policías repitieron lo que habían dicho al llegar. Hércules los llevó al primer piso y luego al segundo. Después los condujo por la estrecha escalera que llevaba a la parte principal del altillo. Echaron una mirada alrededor pero no prestaron especial atención al tabique que bloqueaba el sector donde se encontraba Gordie.

Cuando Hércules llevó a los policías al sótano, el cadáver del vagabundo ya no estaba allí. Los policías pidieron a los robots que contribuyeran a buscar a Gordon Sabron y se marcharon.

—¡Gracias a Capek! —dijo Galahad—. Estaba preocupado.

Hércules preguntó:

—¿Qué hiciste con la carne?

—¿Conoces ese trapo viejo que usaba la gente para cubrir la tela que estaba pintando? ¿Una tela pintada? Está envuelto en eso, junto al invernadero.

—Volvamos a la orgía —dijo Hércules—. Creo que me he ganado un chorro de nafta.

Confucio sacó afuera las latas y echó un generoso chorro en el tubo de cada uno.

—¡Ah! —dijo Hércules—. Trae tus nueve trabajos... ¿o eran doce? De todas maneras había un león en eso. Yo también podría estrangular un león, como él.

—Fue Sansón el que estranguló al león —dijo Homero.

—Tal vez los dos lo hicieron —replicó Hércules—. ¡Bien! ¿Dónde hay unas barras de hierro para que yo las doble?

Homero respondió:

—Ah, ésta es la famosa roca que Hércules y el godo y el moro nos legaron. En esta puerta, Inglaterra hace guardia...

—Cantemos —propuso Galahad—. El elefante es un tonto; sólo de vez en cuando...

—Dice Confucio —comenzó Confucio— que esta despreciable lombriz recibirá una porción adicional de nafta, honorable Hércules.

—Abandona el falso dialecto chino y sírvete, estúpido. A ti te hicieron en Dayton como a mí. Tengo que bailar. ¡Iujuuu! —Hércules echó a andar por el vestíbulo, haciendo temblar las maderas podridas de la mansión. Sancho Panza tamborileaba con los nudillos en su pecho de metal para marcar el ritmo.

La fiesta se hizo cada vez más ruidosa hasta que nadie oía nada, ni siquiera con los parlantes en su mayor intensidad. Homero, al ver que nadie prestaba atención a sus recitaciones, fue a la biblioteca.

—¡Cierra esa puerta! —dijo Napoleón—. ¿Cómo puede un líder elaborar su destino con ese maldito ruido?

—Demasiado fuerte para mí —replicó Homero—. Galahad y Confucio están tratando de luchar, con Hércules como árbitro. Estoy seguro de que romperán algo. O bien en un gigantesco abrazo hasta el final un luchador vencido encontrarás.

—Como si no tuvieran ya bastantes defectos mecánicos —dijo Napoleón—. Lindo grupo de soldados me ha tocado. Siéntate y lee un libro, o haz alguna otra cosa. Estoy pensando.

—Una excusa para no hacer nada —repuso Homero—. Tengo ganas de recitar, de manera que tendrás que oírme.

—Estás borracho.

—No tan borracho como ellos, pero lo suficiente como para desafiar tus órdenes.

—¡Cállate o vete de aquí!

—Vete a la pila de chatarra, Nappy. ¿Sabes que una vez alguien tradujo el *Habberwocky* de Lewis Carroll al alemán? Cometió algunos errores, pero de todas maneras fue divertido.

¡*Floomp!* hubo una explosión ahogada. El ruido del festejo cesó. Se oyeron gritos de voces robóticas y un tintineo de brazos y piernas robóticos.

Homero abrió la puerta. El vestíbulo estaba lleno de humo iluminado por la luz intermitente de un furioso incendio de nafta.

—¡Homero! —exclamó Napoleón—. Ayúdame a salir, rápido. Coloca tus manos bajo la articulación de la cadera de mi pata izquierda delantera, ésta, y levántala. Puedo mover las otras...

—¿Pero, y el niño? Está en el altillo... —respondió Homero.

—¡Ah, no importa! No es más que carne.

—Pero yo debo salvarlo.

—Después de que me hayas salvado a mí, soy tu jefe.

—Pero él es mi amigo. —Homero fue hacia la puerta.

—¡Vuelve, imbécil! —gritó Napoleón—. Él no hará nada por ti, mientras que yo puedo convertirte en uno de los amos ocultos del mundo...

Homero echó una mirada al vestíbulo en llamas. Los cuatro robots estaban en actitudes contorsionadas. Sancho Panza todavía trataba de arrastrarse, pero el calor

había derretido la aislación de los cables de los demás. El tanque de combustible de Galahad explotó, haciendo saltar un líquido ardiente desde todas las articulaciones y costuras del cuerpo del robot.

Homero subió la escalera corriendo, encontró la escalera de mano, abrió la puerta trampa que llevaba al sector del altillo donde se hallaba Gordie y asomó la cabeza, gordie estaba en el suelo, dormido. Homero se acercó a él, no pudo llegar a asirlo, pero lo tocó con las puntas de los dedos.

—Despierta, Gordie —dijo.

Gordie bostezó y se sentó.

—¿Quién es? ¡Ah, qué bien, Homero! A ti te quiero. ¿Dónde estabas?

—Ven aquí.

—¿Por qué?

—Voy a llevarte a casa.

—Pero yo no quiero ir a casa. Me gusta estar aquí. ¿Qué es ese olor? ¿Estás quemando hojas?

—Hay incendio. Ven rápido o te daré una paliza.

—*Bang-Bang*. Ahora estás muerto y no puedes pegarme.

Homero pasó por la puerta trampa y se lanzó sobre Gordie. Gordie lo esquivó, pero el brazo derecho de Homero lo atrapó y lo arrastró hasta la abertura.

Después de haber bajado con Gordie por la escalera de mano, el chico dijo:

—¡Ah, la casa se incendia! —Y trató de volver a subir por la escalera de mano.

Homero lo obligó a bajar y entonces trató de esconderse bajo el marco de la cama apoyado contra una pared de la habitación. Homero arrastró a Gordie hasta el vestíbulo del segundo piso. El interior estaba casi oscuro por el humo, y el hueco de la escalera estaba en llamas.

Homero abandonó la idea de salir por allí. Si la casa hubiera estado amueblada y su brazo izquierdo no hubiera estado rígido, podría haber anudado sábanas.

Pero sólo pudo romper una ventana con el puño, levantar una pata hasta el alféizar y alzar a Gordie bajo su brazo derecho. Gordie chillaba y trataba de aferrarse al marco de la ventana. Homero vio gente que corría hacia la mansión. Se oyó aullar la sirena del cuartel de bomberos.

Las llamas llegaban al vestíbulo del segundo piso. Homero sostenía a Gordie protegiendo al chico del calor con su cuerpo. Sentía que los cables de su lado expuesto perdían la aislación. Gordie lloraba y tosía espasmódicamente.

Homero saltó. Trató de amortiguar el golpe que sufriría el chico. Saltó un cable en su pierna derecha y cayó, dejando caer a Gordie. Archibald Sanborn corrió hacia adelante, recogió a su hijo y volvió al lugar donde estaba. Roberta Sanborn recibió a Gordie en sus brazos. El chico todavía tosía y ella lo acariciaba frenéticamente. Otras personas rodearon a los Sanborn. Nadie se preocupó por Homero. Algo en llamas cayó sobre él. Con el brazo y la pierna buenos se arrastró, alejándose de la casa. Oyó gritar a Roberta Sanborn:

—¡Esos maditos tenían a Gordie! ¡Habría que convertirlos a todos en chatarra!

—No sabemos qué es lo que sucedió —respondió Archie Sanborn—. Homero parece haber salvado al niño. ¿Qué sucedió, Homero?

Los circuitos vocales de Homero estaban dañados. Con un susurro raspante respondió:

—Sufrimientos y afanes; incendio y caldero...

Los circuitos que le quedaban se cortaron. Se apagaron las luces móviles de sus ojos y quedó convertido en una pila de metal que se llevarían con otros escombros. Los bomberos echaron una mirada a la mansión en llamas y comenzaron a echar agua sobre los árboles y las casas vecinas sin siquiera tratar de salvar el palacio de los MacDonald.

*Internal Combustion, 1955*

# **El saltarín**

*Gerry Carr*

Rara vez existe un cuento que un autor pueda llamar «favorito». En general, como los escritores son necesariamente personas entusiastas, la historia que han terminado más recientemente es la que quizá considerarán «la mejor».

Sin embargo «El saltarín» fue escrito hace más de veinte años, y ahora lo presento como mi mejor cuento de ciencia ficción porque ha tolerado la prueba del tiempo. Me gustó cuando lo escribí y todavía me gusta, y a los lectores les gustó entonces y les sigue gustando a través de los años. Sigo recibiendo cartas de la gente que lo lee por primera vez.

El cuento fue escrito en 1962, el primer año en que escribí profesionalmente. En esa época llevaba un registro de mis horas de trabajo, de manera que puedo decirles que lo escribí en tres veces: el 24 de febrero, el 7 de marzo y el 12 de marzo. Abram Davidson, que en esa época editaba The Magazine of Fantasy & Science Fiction, lo compró el 14 de marzo... fue lo que en el oficio se llama una lectura rápida. Abram me compraba entonces muchos cuentos, de manera que, por supuesto, era el primero que los leía.

«El saltarín» parece tocar una zona sensible en el lector. Fue uno de los primeros cuentos que retrataron a los seres que no eran de este planeta como esencialmente extraños e imposibles de conocer, por más que los antropomorficemos en nuestras mentes. Una lectora me dijo que había quedado tan fascinada con mi marciano que había soñado con «él» durante una semana.

No creo que se le pueda hacer mayor cumplido a un autor de ciencia ficción.

El décimo día de la construcción en el límite de Syrtis Major encontraron un marciano mirándolos. Tal vez estaba allí desde que trasladaron el equipo y construyeron una casilla y baños temporarios, pero nunca lo averiguaron.

Los marcianos aparecían y desaparecían de la vista con tanta rapidez que uno tenía que estar mirando exactamente en el lugar donde aparecían para poder verlos. Andaban a saltitos como luciérnagas, se detenían durante dos segundos o dos minutos, permanecían casi inmóviles con sus angulosas cabezas de pájaros ladeadas, y una vez que se habían ido, aparecían casi instantáneamente a más de cuatro metros de distancia, siempre con las cabezas ladeadas mirándolo a uno. Ponían nerviosos a la mayor parte de los terráqueos, y un par de años atrás un muchacho nervioso en Iguana, cerca de Bald Spot, le disparó a uno... erró e hizo un enorme agujero en una pared de un edificio. Desde entonces los marcianos no hicieron muchas visitas a las ciudades de la Tierra.

Nunca fueron sociables. Los marcianos eran parcialmente telepáticos y entendían bastante bien las lenguas de la Tierra, pero rara vez se esforzaban por hablarlas. En general parecían no estar interesados. De vez en cuando se veía a uno de ellos detenerse un minuto en un lugar poblado, y tal vez decir: «Hola, Harry», o «Buen tiempo este año», pero nunca se detenían a hablar de nada. Hacía diez mil años que los terráqueos estaban en el planeta, pero lo único que podía decir el gobierno sobre los marcianos era que tenían algunas ciudades en la montaña, en alguna parte, que eran trisexuales, y que solían vivir unos treinta años.

Walt Michelson sentía curiosidad por ellos desde que aterrizó en el planeta con la primera ola, cuando llegó con sus padres; entonces Michelson tenía nueve años, y se interesaba por todo lo que veía y hacía preguntas toda vez que sus ojos captaban algo. A los catorce años vio un marciano —uno que apareció exactamente junto a él en el funeral de su hermano y permaneció completamente quieto durante casi diez minutos mientras continuaba monótonamente el servicio fúnebre. Eso sucedió en el llano, donde a veces el espeso polvo marrón tenía cinco centímetros de profundidad y había que levantar la voz para que a uno le oyeran en el aire tenue. El marciano observó en silencio los ritos del entierro, permaneció a un costado, y cuando todo terminó miró a Michelson y dijo: «Sí», y desapareció.

El padre de Michelson era contratista de construcciones... bastante bueno, y con suficiente éxito como para poder volver a mandar a Walt a la Tierra a los dieciocho años. Pero Walt no quiso ir; lo único que recordaba de la Tierra era que estaba atestada, que había muchos policías, muchas leyes, impuestos y tabúes creados a través de los siglos. Cuando estuvo en la Tierra, su padre no tenía mucho dinero, y eso también influía en sus sentimientos hacia el planeta materno, pero básicamente le gustaba Marte porque allí había *lugar*... no existían paredes, reales ni legales, que inmovilizaran a los hombres. De manera que se quedó en Marte, y aprendió el oficio de la construcción, y fue capataz ese año y sería más el año que viene. Le importaba un comino, de la Tierra.

En ese momento estaba trabajando en la construcción de una ciudad en la base de las colinas, en un terreno que alguien decidió que sería un importante centro comercial. Parte del drenaje de la capa de hielo llegaba a esa área, de manera que podría haber alguna posibilidad para la agricultura. La ciudad había sido planeada en detalle en Dry Puget, pero nadie pensó que había marcianos en la zona.

La primera vez que lo advirtieron fue por las nubes de polvo que se elevaban en hilera desde el pie de las colinas, directamente hasta el terreno de la construcción. Los marcianos viajaban de una manera peculiar, a medias saltando y a medias volando, y cuando aterrizaban y saltaban nuevamente levantaban pequeñas nubes de polvo. Uno de los obreros vio esas nubes que venían hacia ellos e informó a Michelson, quien tomó sus binoculares y observó al marciano que se acercaba. No tardó en llegar.

Enfiló directamente hacia la casilla y se quedó mirando un minuto, luego desapareció y saltó atravesando uno de los pozos de aire, donde estaban retirando la tierra de las excavaciones. Luego apareció junto a la gran pala por unos segundos, desapareció cuando uno de los hombres gritó repentinamente, reapareció junto al patio de la leña cerca del trabajo de los cimientos que se realizaban en el sector sur, luego frente al estacionamiento de camiones, y finalmente en la puerta de la oficina del contratista donde Michelson había estado realizando los dibujos para el trazado de la calle. Michelson levantó los ojos hacia él y el marciano ladeó la cabeza y le devolvió la mirada.

El marciano de color naranja pálido, tenía el cuerpo cubierto con una pesada piel a través de la cual se notaban los poderosos músculos. Sus ojos, grandes y de un color negro acuoso, estaban a los lados de la cabeza, y la nariz y la boca desaparecían casi bajo el pelaje del rostro. Tenía piernas largas, delgadas pero poderosas, que le daban una estatura de más de dos metros con diez; sus grandes alas marrones se plegaban sobre la espalda como una capa. Era imposible de distinguir de cualquier otro marciano que había visto Michelson, pero eso se debía indudablemente a que había muy pocos marcianos en el lugar.

Mientras el marciano seguía parado en silencio, mirándolo, Michelson percibió el humor de la escena, sonrió e hizo un gesto de asentimiento.

—Bienvenido a nuestra humilde obra.

El marciano desapareció dejando dos profundas huellas en el barro frente a la puerta desde donde había partido. Michelson se levantó y fue hasta la puerta, vio al ser extraño que aterrizaba un par de veces en el gran patio interno, y luego aparentemente seguía a los saltitos a través de los pozos de aire. Michelson alzó los binoculares de la correa que llevaba al cuello, pero no pudo avistar las nubes de polvo de los marcianos en sus saltos erráticos en el llano. Parecían dirigirse hacia las colinas otra vez, pero no podía estar seguro.

Michelson se encogió de hombros y volvió a los planos en el escritorio. El marciano no era un problema inmediato para él; si seguía apareciendo podía haber



problemas entre los obreros de la construcción —los marcianos aparecían y desaparecían tan bruscamente, que podían alterar a todo el personal en pocas horas—, pero por el momento Michelson no se preocuparía por eso. Tenía un problema más urgente.

Uno de los hombres del campo descubrió que la zona nordeste estaba exactamente sobre un gran depósito de agua y que se necesitarían algunas modificaciones estructurales bastante drásticas, o incluso tal vez abandonar esa parte del terreno totalmente. Había un lecho de piedra a poca distancia, y el drenaje anual de la capa de hielo se acumulaba allí; el agua no era suficiente como para responder a las necesidades de la ciudad planeada, pero el área era lo suficientemente grande como para minar cualquier cimiento que trataran de colocar allí.

Ya habían controlado las especificaciones y descubrieron que cualquier sistema de bombeado que pudieran instalar para drenar periódicamente el área tendría un costo que requeriría la aprobación del constructor desde Dry Puget... y esa postergación podría ser suficiente como para que no pudieran cumplir con la fecha de finalización. No, tenía que haber alguna manera de bloquear la filtración antes de que el agua llegara al área para poder drenarla de una vez por todas.

«Caramba, qué mala suerte tener problemas con el agua en Marte, donde eso es lo último que puede ocurrirle a uno». Bien, al día siguiente se reuniría con un par de supervisores para ver lo que se podía hacer.

El marciano volvió al día siguiente, poco después de salir el sol, obscuramente, sobre las colinas bajas. Había tan poca luz a esa temprana hora que nadie lo vio llegar y la primera percepción que tuvieron de su presencia fue cuando aterrizó por un momento en un pozo de aire y un conductor clavó los frenos para no atropellarlo... lo cual en realidad no era necesario, puesto que el marciano saltó de inmediato, pero las reacciones musculares de un conductor humano no estaban adaptadas a los peatones marcianos. El marciano siguió a los saltitos entre los pozos interconectados.

Descendió junto a Michelson que estaba a punto de cruzar el patio hacia las excavaciones y Michelson se detuvo. Dio media vuelta y ladeó la cabeza hacia el ser extraño, haciéndole burla, y un momento después dijo:

—Te daré un pase para entrar si lo deseas.

El marciano lo contempló con su ojo izquierdo, grande y oscuro, y batió ligeramente las alas.

—Hola, Walt —dijo, y se alejó dando saltitos.

Michelson se encogió de hombros y siguió cruzando el patio, pero el marciano volvió un momento después, aterrizó y dijo:

—No son tan humildes —y volvió a desaparecer.

Mike Deckinger, que estaba a cargo de los camiones, se encontraba por allí y se acercó frunciendo el entrecejo.

—Nos volverá locos si sigue con eso —dijo—. Podríamos cerrar la secuencia de pozos de aire y tal vez de esta manera impediremos que entre.

Michelson hizo un gesto negativo.

—Así se haría más lento el trabajo. Déjalo solo. Solamente quiere mirar.

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó Deckinger, y se alejó.

Harris y Loening, los dos supervisores, esperaban a Michelson en las excavaciones. Eran buenos hombres, los dos de alrededor de treinta años y bien entrenados, tanto en la Tierra como en este planeta. Harris era corpulento, con rostro moreno, rubicundo, y cabellos negros, muy cortos. Loening era más alto, de hombros anchos, con rasgos huesudos y angulosos y ojos oscuros que parecían mirar desde unas cavernas sombrías.

Michelson les explicó el problema.

—Quiero salir y ver si podemos encontrar el drenaje —concluyó—. Hallar el lugar donde podamos construir una presa o recanalizar.

—Eso requerirá una perforación —respondió Loening.

Michelson arqueó una ceja.

—Probablemente. A menos que quieras usar una vara sumergible —gruñó Loening con enojo.

—Bien, vamos allá primero —respondió Harris. Echaron a andar por el patio hacia los pozos de aire del norte. Como tal vez tendrían que estar afuera un rato largo, los dos se habían puesto máscaras y recogieron pequeños tanques de oxígeno antes de salir.

El marciano avanzaba dando saltitos un poco más adelante.

Pasó junto a ellos en el segundo pozo y los estaba esperando cuando salieron al llano. Se detuvo a unos seis metros de distancia, batiendo las alas en forma tal como para impacientarse a Michelson, y prosiguió dando saltitos mientras se encaminaban hacia las colinas bajas, siguiendo la línea del agua lo más cerca posible, tal como había sido delineada en el examen preliminar. Loening caminaba con firmeza, con la cabeza inclinada y frunciendo el entrecejo, pero Harris no parecía prestar ninguna atención al ser extraño. Michelson vigilaba por él mientras caminaba, y pensaba.

Ese marciano saltarín parecía mucho más interesado en los trabajos de construcción que lo que jamás habían estado antes los marcianos. ¿Qué era lo que había dicho en la obra? «No son tan humildes». ¿Qué significaba eso?

Venía de las colinas, y se pensaba que los marcianos vivían en algún lugar en una zona montañosa. ¿Ésa, tal vez? Quizá los marcianos se estaban interesando mucho en ese terreno porque finalmente los terráqueos comenzaban a acercarse mucho a su propia zona.

Y si de eso se trataba, ¿cuál era exactamente el interés que tenían? Descubrieron agua hasta el pie de las colinas, pero no más allá. Andando a pie con la baja fuerza de gravedad marciana, los terráqueos recorrieron esa distancia en alrededor de media hora. Había un viento tenue y frío que azotaba sus gruesos abrigos y desordenaba los escasos cabellos de Michelson, pero que no levantaba demasiado polvo. El aire en Marte no tenía cuerpo: una vez que uno se acostumbraba, era posible respirarlo

bastante bien si no hacía esfuerzos, pero si uno deseaba fumar un pipa tenía que hacerlo en el interior de una casilla porque, si no, se le apagaba a cada momento.

Se detuvieron y descansaron en la base de la primera colina, donde a lo largo de las eras geológicas habían caído rocas secas por la pendiente y se amontonaron en el fondo. Loening aflojó su envoltorio y lo dejó caer de su hombro al suelo. Hizo un gesto hacia las colinas y dijo:

—Lo primero que hay que hacer es examinar este lugar y hacer un mapa de las estratificaciones rocosas.

—¿Crees que el drenaje vendrá a través de las montañas? —preguntó Michelson.

—Es posible; no puedo decirlo sin comprobarlo. Hemos caminado sobre roca sólida durante un kilómetro y medio o más... eso significa que el agua está bajo la roca en una zona bastante grande aquí, y el canal puede aparecer en cualquier parte. Tal vez bordea las colinas; eso es algo que quiero controlar. Si las estratificaciones de aquí muestran que esas colinas se elevaron durante un temblor, es probable que el canal de agua las rodee.

Michelson hizo un gesto afirmativo.

—Bien, podemos hacer las recorridas preliminares más rápido si cada cual va por su lado. Yo iré a través de ese paso que hay allí.

Loening y Harris se incorporaron junto con él y partieron cada cual por su lado. Michelson estaba mirando la ladera cuando oyó a Harris que lo llamaba:

—Si vuelves a ver a nuestro marciano, pregúntale de dónde diablos viene el agua. Michelson le sonrió.

—Creo que lo haré —dijo.

Trepó lentamente por la áspera ladera, acudiendo de vez en cuando a su provisión de oxígeno para aspirar un poco. Allí las rocas eran grandes y modificadas por la intemperie... el tipo de modificación que sucedía en Marte, sólo con el paso de las eras geológicas. Se elevan como silenciosas bestias grises contra las sombras de la mañana. Michelson estaba fuera de la vista de su punto de partida, pero siguió el paso natural y trazó un mapa aproximado mientras avanzaba, observando las formaciones rocosas y lo que podía ver de las estratificaciones. Era una mezcla: parte de las laderas rocosas parecía mostrar evidencias de haber sido empujadas hacia arriba como sugirió Loening, y otras no. Y la dirección de las estratificaciones variaba aparentemente sin modelo fijo. Luego, determinar el modelo sería tarea del supervisor.

Michelson se detuvo a descansar, y mientras estaba mirando su mapa oyó un sonido y el marciano que estaba junto a él dijo:

—La mayor parte de estas colinas está aquí desde hace dos millones de años.

Michelson levantó la mirada, cuidando de no demostrar sorpresa.

—¿Los años de quién? —dijo—. ¿Los tuyos o los míos?

El marciano sacudió las alas y dio unos saltitos hacia un costado, siempre mirándolo con un ojo oscuro.

—Nosotros no contamos por años.

Michelson hizo un gesto afirmativo.

—¿Tienen nombres?

—No —respondió el marciano, y desapareció. Michelson esperó que el marciano volviera a aparecer, pero después de unos minutos se encogió de hombros y se puso de pie para seguir caminando. Parecía que todavía tenía que recorrer una gran área.

El marciano volvió a aterrizar.

—Soy más rápido que tú —dijo.

—Es cierto —replicó Michelson. Echó a andar cuesta arriba hacia las rocas.

—¿Vives cerca de aquí?

—Tal vez —dijo el marciano—. Soy más rápido que tú.

«Cerca» podía significar setenta y cinco kilómetros para un marciano, reflexionó Michelson. Bien, entonces había sido una respuesta honesta.

—¿De dónde viene el agua? —preguntó.

El marciano desapareció.

No volvió a aparecer durante el resto del día.

Michelson siguió el paso entre las sierras alrededor de un kilómetro y medio o dos y luego volvió sobre sus pasos hasta el punto de partida. Loening lo estaba esperando, y Harris volvió poco después. Partió suavemente por la planicie polvorienta hasta el refugio.

—Es una mezcla —dijo Loening—. Las rocas varían en edad desde tal vez dos mil años hasta quién sabe qué vejez, y hay cincuenta tipos diferentes. No nos dice mucho. —Se pasó los dedos por los resecos cabellos castaños, frunciendo el entrecejo.

—Nuestro amigo saltarín me dijo que la mayoría tenía dos millones de años de antigüedad —replicó Michelson—. Por lo menos en el área donde yo estaba.

—¿Sí? —repuso Harris—. ¿Dijo algo más?

Michelson hizo un gesto negativo.

—Le pregunté sobre el agua, pero no quiso responderme: simplemente dio un salto y desapareció. No se puede tener una conversación con alguien que desaparece en cualquier momento. Uno empieza a tartamudear.

—Nunca hablé con un marciano —dijo Harris—. Son telepáticos, ¿verdad...? tal vez me miraron y no les gusté.

—No trates de entenderlos —replicó Loening mirando por sobre su hombro mientras seguía adelante por el polvo—. Lo único bueno de estos malditos marcianos es que la mayor parte del tiempo se mantienen apartados de nosotros.

—No estoy tan seguro —repuso Michelson, y los tres hombres guardaron silencio, conservando el aliento para caminar.

Pero Michelson pensaba en el marciano. Harris tenía razón... generalmente no hablaban con los terráqueos. Saltaban a su alrededor y los miraban con interés, y a veces decían una o dos palabras, generalmente solo lo suficiente como para que uno

supiera que lo percibían, pero no había comunicación entre las dos especies. Sin embargo ese marciano, comparativamente, hablaba como una cotorra. ¿Por qué?

Michelson se sentía cada vez más seguro de que los marcianos tenían una población en algún lugar cercano. Probablemente en las colinas... y Michelson casi estaba dispuesto a apostar que el drenaje de agua pasaba precisamente entre esas colinas. Imaginaba que los marcianos vivirían en lugares donde habría agua cerca, en Marte ése tendría que ser un requisito fundamental para los marcianos como lo era para los terráqueos. Y si los marcianos estaban en lo alto de esas colinas, ¿qué pensaban de la nueva ciudad terráquea que se estaba construyendo exactamente en el borde de la planicie?

Tal vez todavía no lo habían decidido. Pensándolo bien, los marcianos sabían mucho más de los terráqueos que lo que ellos sabían sobre los nativos. Los marcianos no se acercaban a las poblaciones de terráqueos, observaban, y en ese momento los terráqueos accidentalmente los obligaban a un encuentro con ellos: eso seguramente alteraba a los saltarines. Y por lo tanto, aparentemente, miraban por última vez a los terráqueos... y tal vez pronto tomarían una decisión. Deseaba saber cuáles eran las alternativas.

Al día siguiente sacaron un auto, cargado con una perforadora. El pequeño sol rojo todavía estaba bajo en el horizonte cuando controlaron las cerraduras, y proyectaron una larga sombra gris en el polvo mientras avanzaban en el vehículo hacia las colinas. Ese día no había señales del marciano, pero Michelson esperaba la polvareda que anunciaría su llegada.

Colocaron la perforadora a más de medio kilómetro de las colinas. Funcionaba con el mismo principio que los barrenos, practicaba un pequeño orificio recto a través del suelo y la roca, y, por la resistencia ofrecida, registraba los diversos estratos por los que pasaba. Encontraron agua a unos quince metros de profundidad, bajo la capa de roca que formaba el suelo del desierto en ese lugar.

Se trasladaron a la base de las colinas y perforaron nuevamente, y otra vez encontraron agua. Loening trazó una línea recta en el mapa de la zona, y pasaba directamente desde el sitio de la construcción hasta los dos puntos de las perforaciones. Extendiéndola, continuaba entre las montañas.

—Tendremos que llevar la perforadora a las colinas —dijo Loening—. Prepara tus músculos... es pesada.

La colocaron en un montacargas y comenzaron el ascenso, y cuando llegaron al lugar del primer nivel en el paso todos jadeaban por el esfuerzo a pesar de las máscaras de oxígeno que se habían puesto. Se sentaron a descansar mientras Harris y Loening discutían acerca de colocar la perforadora en ese lugar, o tratar de llevarla más atrás, en las colinas. Llegó el marciano.

Vino por el paso y se acercó en tres rápidos saltos y se detuvo junto a la

perforadora que miró un momento con la cabeza ladeada. Luego se alejó dando saltitos y volvió unos minutos después, aterrizando cerca de Michelson.

—No es un arma —dijo.

—No, es una perforadora —contestó Michelson—. Estamos buscando agua.

—Sí —dijo el marciano, y saltó unos seis metros por el paso. Allí quedó inmóvil, mirando a los terráqueos. Los marcianos podían quedarse inmóviles durante horas, completamente inmóviles, cuando tenían ganas; sólo los ojos negros y acuosos del marciano se movían, pasando rápidamente de uno a otro terráqueo, y volviendo continuamente a la perforadora que estaba entre ellos. Harris se quedó mirándolo, pero Loening ignoró fríamente su mirada, y clavó los ojos obcecadamente en sus pies. Michelson se levantó y avanzó lentamente hacia la criatura.

—Estamos tratando de encontrar el camino al agua —dijo—. ¿Puedes ayudarnos?

El marciano movió bruscamente a un lado la cabeza y sus grandes ojos oscuros se centraron en Michelson. Un momento después dijo:

—Sé dónde está el agua.

—Queremos hacer una presa, para evitar que llegue a la ciudad —explicó Michelson—. Si nos ayudas, nosotros podemos asegurarnos de que ustedes no pierdan su uso.

El marciano saltó hacia un costado, se detuvo y prosiguió dando saltos por la ladera hasta perderse de vista.

Michelson esperó unos minutos, pero el marciano no volvió.

Se encogió de hombros y regresó junto a sus compañeros.

—Creo que lo has asustado —dijo Loening—. Ellos no tienen nuestras mismas reglas de juego.

—Hasta ahora no —admitió Michelson—. Pero creo que viven en estas colinas, y que tendrán que advertir la ciudad que estamos construyendo. Ya es hora de que empecemos a cooperar unos con otros.

—¿Nos guste o no nos guste? —preguntó Loening.

Michelson asintió.

—Si ésa es la actitud de ellos... o la nuestra. Personalmente creo que podríamos tener mucho que ofrecernos unos a otros: éste podría ser el primer paso.

—Los marcianos no *caminan* —dijo Loening—. Andan a los saltitos. Saltan como langostas. —Su boca hizo una mueca de disgusto. Tomó aire y se puso de pie—. De todas maneras, tú puedes seguir hablando del intercambio cultural con las langostas, pero yo creo que será mejor que arrastremos esta perforadora un poco más adelante si queremos hacer algo concreto hoy.

Los tres hombres comenzaron a ponerse las correas en los hombros, pero antes de iniciar el ascenso siguiente volvió el marciano. Aterrizó junto a ellos y dijo de inmediato:

—Puedo decirles dónde está el agua. Ustedes quieren ser amigos.

Michelson dejó la correa y miró al marciano, preguntándose por un momento si

ese ser hablaba en serio. Pero por supuesto que era inútil tratar de averiguar en qué estaba la mente de un saltarín, como había dicho Loening. De todas maneras, por más difícil que fuera comunicarse con los marcianos, no mentían.

Se volvió hacia Loening y dijo:

—Tú y Harris lleven la perforadora de vuelta al vehículo... han aterrizado las langostas.

Pasó cuatro horas siguiendo al marciano por las colinas, recorriendo más de siete kilómetros de terreno rocoso y desolado. Había silencio en esas montañas... no todo el silencio de la atmósfera delgada, sino el silencio del vacío, de la deserción. Las sombras grises lo seguían en su camino como vagas siluetas al pastel, y el marciano seguía a Michelson dando saltitos hacia atrás y hacia adelante, en silencio, pero parecía impaciente. Había un aire de excitación, en ese ser cubierto de pelos... una ansiedad casi infantil en su voz áspera, inhumana, cuando de vez en cuando se detenía y decía:

—Seremos amigos, Walt, cuando te muestre el agua.

Bien, por supuesto él estaba interpretando la actitud de ese ser en sus propios términos, y probablemente no tenía sentido. Pero el marciano lo empujaba por el camino rocoso.

Bajaron en un pequeño agujero entre las rocas, y el marciano dijo:

—Aquí está el agua.

Había una extensión de barro... el pesado polvo marrón de Marte, por donde corría lentamente el agua. Cubría el suelo en este pequeño valle, y en la superficie Michelson vio algo verde y delgado que crecía, parecido al moho. Era como una zona de arenas movedizas, como un pantano antiséptico... porque no se veía ninguna de las formas de vegetación más pesada de la Tierra, ni había insectos cerca de la superficie. Allí, en medio de las oscuras rocas heladas de Marte, había una rama del drenaje anual de la capa de hielo, y a Michelson le pareció lamentablemente anticlimático.

—Puedes detener el agua aquí —dijo el marciano—. ¿Somos amigos?

Michelson miró alrededor de él la extensión de barro junto a las colinas que se elevaban inmediatamente después.

—¿Tu casa está allá? —preguntó.

—Sí. —El marciano saltó una vez, dos veces, ocho metros de una vez, y volvió al lugar inicial con otro salto—. ¿Somos amigos? —volvió a preguntar.

—Por supuesto —respondió Michelson. Lo asaltó una segunda idea y dijo:

—¿Sabes lo que es la amistad?

El ojo del marciano lo miró con suavidad un momento:

—Sabemos algo de eso. Pero no tenemos palabra para denominarla.

De pronto Michelson se dio cuenta de que ese pequeño valle barroso era una

escena extrañamente poco imponente para un encuentro de razas. Se sintió solo y poco importante parado en medio de las rocas milenarias de ese mundo con el peludo marciano. Al fin y al cabo ése no era su mundo; había vivido la mayor parte de su vida allí, y llegó a pensar que era su lugar mucho más que la Tierra, y ahí, en las sombras inmóviles y grises de las piedras, sentía plenamente que ese mundo desolado pertenecía a los saltarines, a los marcianos. Y sin darse cuenta muy bien de lo que estaba haciendo acudió a su provisión de oxígeno, aunque en realidad no tenía dificultades para respirar.

El marciano se alejó a los saltos sin decir palabra, dejándolo solo.

Harris y Loening estudiaron cuidadosamente la zona en los días que siguieron, y Michelson envió algunos hombres a comenzar la construcción de una represa allí, y entretanto hicieron preparativos para drenar el área con agua bajo la ciudad. Eso lo mantuvo ocupado durante varios días, y sólo dos semanas más tarde, cuando comenzó la construcción de la presa, se preguntó seriamente por qué no había vuelto a ver al marciano. Nadie lo había visto en el lugar de la represa tampoco.

Michelson fue hasta el sitio de la represa en un vehículo aéreo, poco después para controlar el avance del trabajo. Habían trasladado maquinarias y colocado viviendas temporarias para los trabajadores: la zona hervía de actividad. Michelson miró las huellas de los obreros en el polvo marciano, oyó el ruido de las máquinas y de las voces alrededor de él y pensó en el día silencioso en que se había encontrado allí con el marciano. Hacía dos semanas... parecían meses.

Salió del lugar y tomó el vehículo aéreo para controlar la zona. La ciudad de los marcianos debía de estar en algún lugar, un poco más adelante en el paso; esperaba poder ubicarla desde el aire. Volaba bajo, zumbando entre las enormes grietas de las rocas, observando el suelo con los binoculares. Se había internado más de veinte kilómetros entre las montañas y estaba casi a punto de abandonar el intento cuando la encontró.

Las casas estaban talladas en las rocas, en líneas verticales en la parte de abajo del acantilado y sobre éste. Había tal vez veinte o veinticinco casas, no más. Aterrizó el vehículo aéreo en la base de esos acantilados y se aproximó lentamente.

No debía haberse preocupado; estaban vacías. Algo había quedado detrás... algunos objetos pequeños, delicadamente tallados en piedra, algunos abrigos hechos con la propia piel de los marcianos, que tal vez usaban para abrigarse en el invierno, uno o dos objetos que podrían haber sido muebles... pero la zona sin duda estaba abandonada. No podía calcular cuánto hacía que los marcianos se habían ido, pero estaba seguro de que no habían pasado más de dos semanas. No tocó nada en las viviendas, ni siquiera recogió alguna pequeña talla en piedra para llevarse con él. Tal vez más tarde enviarían una expedición del gobierno para catalogar y estudiar lo que había quedado. Caminó lentamente hasta su vehículo aéreo, mirando las depresiones



en el suelo del cañón dejadas por las huellas de los marcianos.

Un aleteo a sus espaldas lo hizo volverse con sorpresa, y vio al marciano que lo miraba con calma. Tal vez era el mismo, pero parecía un poco más fornido, con la piel un poco más oscura.

—Hola —dijo Michelson—. ¿Somos amigos?

El marciano siguió mirándolo en silencio por un momento, con las alas oscuras y pesadas plegadas como sombras a su alrededor.

Luego dijo:

—Algunos de nosotros también somos locos. —Y desapareció con un rápido salto y un aleteo de alas marrones.

Después de un tiempo, Michelson se volvió y siguió andando hacia el vehículo aéreo, dejando las huellas de sus botas tras él en el polvo.

*Hop-Friend, 1962*

# **El tránsito de la Tierra**

*Arthur C. Clarke*

*Cuando escribí esta historia, en enero de 1970, parecía una predicción optimista pero no imposible. Pocos meses antes yo estaba parado junto al Vicepresidente de los Estados Unidos, mirando la estela de vapor que dejaba la Apolo 11, cuando él exclamó con entusiasmo: «¡Ahora tenemos que ir a Marte!». (Lo que realmente sucedió, por supuesto, es que él estuvo a punto de ir a la cárcel...).*

*Lamentablemente la NASA (y la historia) me defraudaron. Aunque todos los acontecimientos económicos tuvieron lugar precisamente como se describe en la historia cuando el Sol, la Tierra y Marte se alinearon el 11 de mayo de 1984, mi predestinado observador no estaba allí para presenciarlos y registrarlos.*

*La próxima vez tendremos mejor suerte. Si no ocurren accidentes, habrá seres humanos en Marte que observen el tránsito el 10 de noviembre de 2084.*

*Y espero que ese día alguien recuerde esta historia... que, en mi opinión, es la mejor que he escrito.*

Probando, uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Evans hablando. Continuaré grabando todo lo posible. Ésta es una cápsula de dos horas, pero dudo que la complete.

Esa fotografía me ha perseguido toda la vida; ahora, demasiado tarde, sé por qué. (Pero ¿habría hecho alguna diferencia que lo hubiese sabido entonces? Ésta es una de las preguntas sin sentido ni respuesta que uno no puede quitarse de la cabeza, como la lengua que explora los bordes de un diente roto).

Hace años que no la veo, pero con sólo cerrar los ojos vuelvo a un paisaje casi tan hostil —y tan hermoso— como éste. A setenta y cinco millones de kilómetros en dirección al Sol, hace setenta y dos años, cinco hombres enfrentaron una cámara en medio de las nieves antárticas, ni siquiera los abrigo de piel podían esconder el cansancio y la derrota que trazaba cada línea de sus cuerpos, y en sus rostros se notaba la presencia de la muerte.

Había cinco hombres, cinco de nosotros y, por supuesto, nos sacamos una foto grupal. Pero todo lo demás era diferente. Sonreíamos... alegres, confiados. Y en diez minutos nuestra imagen apareció en todas las pantallas de la Tierra. Pasaron meses hasta que encontraron la cámara de ellos y la trajeron de vuelta a la civilización.

Y nosotros morimos con comodidades, con todos los adelantos modernos... incluidos muchos que Robert Falcon Scott nunca podría haber imaginado cuando llegó al Polo Sur en 1912.

Dos horas más tarde. Comenzaré a dar las horas exactas cuando tenga importancia hacerlo.

Todos los hechos están en el registro, y ahora todo el mundo los conoce. De manera que creo que hago esto, en gran medida, para tranquilizarme... para convencerme de que debo enfrentar lo inevitable. El hecho es que no sé qué temas evitar y con cuáles seguir adelante. Bien, hay una sola manera de averiguarlo.

Primer punto: En veinticuatro horas, a lo sumo, se habrá terminado todo el oxígeno. Eso me deja tres opciones clásicas. Puedo dejar que aumente el CO<sub>2</sub> hasta quedar inconsciente. Puedo salir y romper el traje, y dejar que Marte haga el trabajo en unos dos minutos. O usar una de las tabletas que hay en el botiquín.

Información sobre el CO<sub>2</sub>: todos dicen que es muy cómodo... como quedarse dormido. No dudo de que así sea, pero en mi caso está asociado con la pesadilla número uno.

Ojalá nunca hubiera llegado a mis manos ese maldito libro... *Las verdaderas historias de la Segunda Guerra Mundial*, o como se llamase. Había un capítulo sobre un submarino alemán, encontrado y rescatado después de la guerra. La tripulación todavía estaba adentro... dos hombres en cada litera. Y entre cada pareja de

esqueletos, el único respirador que habían estado compartiendo.

Bien, al menos eso no sucederá aquí. Pero sé con absoluta certeza que en cuanto tenga dificultades para respirar estaré otra vez en ese maldito submarino.

¿Si eligiera, entonces, la forma más rápida? Cuando se está expuesto al vacío, uno queda inconsciente en diez o quince segundos, y la gente que lo ha experimentado dice que no es penoso... sólo extraño. Pero tratar de respirar algo que no hay me lleva directamente a la pesadilla número dos.

Esta vez se trata de una experiencia personal. De chico acostumbraba bucear cuando iba de vacaciones al Caribe con mi familia. Había un viejo carguero que se había hundido veinte años antes, en un arrecife, con la cubierta a menos de dos metros bajo el agua. La mayor parte de las escotillas estaban abiertas, de manera que era fácil meterse adentro para buscar objetos de recuerdo y perseguir a los grandes peces que solían refugiarse en esos lugares.

Por supuesto que era peligroso... si uno lo hacía sin el equipo de hombre rana. De manera que... ¿cómo podía un chico resistir el desafío?

Mi ruta favorita exigía zambullirme por una escotilla de la cubierta de proa, y nadar unos quince metros por un pasillo apenas iluminado por ojos de buey unos metros más adelante, luego de doblar por un corto tramo de escalera y salir por una puerta a la deteriorada superestructura. Todo el trayecto llevaba menos de un minuto... un buceo fácil para alguien que estuviese en buenas condiciones. Hasta había tiempo de mirar un poco el paisaje o jugar con los peces en el camino. Y a veces, para variar, cambiaba de dirección y entraba por la puerta y salía por la escotilla.

Así lo hice la última vez. Hacía una semana que no buceaba —hubo una gran tormenta y el mar estaba picado— de manera que estaba muy impaciente por hacerlo. Inspiré profundamente en la superficie durante unos dos minutos, hasta que sentí un latido en las yemas de los dedos que me indicaba que era tiempo de parar. Entonces me zambullí de costado y me deslicé suavemente hacia abajo, hacia el rectángulo negro de la puerta abierta.

Siempre me parecía ominoso y amenazante... eso era parte de su atractivo; y durante los primeros metros iba completamente a ciegas; el contraste entre el resplandor tropical sobre el agua y la oscuridad entre las cubiertas era tan fuerte, que necesitaba bastante tiempo para adaptar la visión; generalmente ya había recorrido la mitad del pasillo cuando lograba ver algo con claridad; luego la iluminación aumentaba cada vez más a medida que me acercaba a la escotilla abierta, donde un rayo de sol pintaba un deslumbrador rectángulo en el piso de metal herrumbrado.

Casi había llegado cuando me di cuenta de que esa vez la luz no mejoraba. No veía ante mí ningún rayo de sol oblicuo que llevara al mundo del aire y la vida. Por un segundo me sentí perdido, confundido, preguntándome si no habría equivocado el camino. Luego me di cuenta de lo que había sucedido... y la confusión se convirtió en un verdadero pánico. En algún momento durante la tormenta debía de haberse

cerrado de golpe la escotilla. Pesaba por lo menos un cuarto de tonelada.

No recuerdo haber girado para tomar la dirección contraria; lo que recuerdo es que de inmediato nadé lentamente regresando por el pasillo y diciéndome: «No te apures, te durará más el aire si estás tranquilo». En ese momento veía muy bien, porque mis ojos habían tenido tiempo, tiempo más que suficiente para adaptarse a la oscuridad. Había montones de detalles que no había advertido antes... los peces-ardilla rojos que se movían en las sombras, las algas verdes que crecían en las manchas de luz alrededor de los ojos de buey, y hasta una bota de goma, que parecía estar en excelentes condiciones, en el lugar donde alguien se la había quitado. Y una vez, en un corredor lateral, vi a un mero grande que me miraba con ojos bulbosos, con los gruesos labios entreabiertos, como asombrado de mi intrusión.

La opresión en el pecho crecía; me resultaba ya casi imposible contener el aliento... pero la escalera parecía seguir estando a distancia infinita. Dejé escapar algunas burbujas de aire por la boca; eso me alivió un momento, pero después de exhalar, el dolor en los pulmones se tornó intolerable... Ya no tenía sentido conservar las energías manteniendo esa brazada constante, sin prisa. Aspiré los últimos centímetros cúbicos de aire de mi máscara —sintiéndola achatarse contra la nariz al hacerlo— y lo tragué con mis hambrientos pulmones. Al mismo tiempo cambié la velocidad y salí hacia adelante usando mis fuerzas hasta el último átomo.

Y eso es todo lo que recuerdo, hasta que me encontré echando agua y tosiendo a la luz del día, aferrado a lo que quedaba del mástil roto. El agua alrededor de mí estaba manchada de sangre y me pregunte por que. Luego, para mi gran sorpresa, descubrí un gran desgarró en mi pantorrilla derecha; seguramente había chocado contra una obstrucción puntiaguda, pero no me di cuenta y no sentí ningún dolor.

Ése fue el fin de mi buceo hasta que comencé mi entrenamiento de astronauta diez años después y bajé a las profundidades en el simulador cero-g. En ese momento era distinto, porque usaba equipo de hombre rana, pero tuve algunos malos momentos que pensé que los psicólogos descubrirían y siempre cuidaba no acercarme al momento en que se vaciaría mi tanque. Una vez había estado a punto de ahogarme, y no volvería a correr el riesgo.

Sé exactamente lo que sentiré al aspirar el vaho helado que pasa por atmósfera en Marte. No, gracias.

Entonces, ¿cuál es el inconveniente del veneno? Ninguno, supongo. El que tenemos nosotros sólo tarda quince segundos, según me dijeron. Pero todo mi instinto se opone, aunque no haya otra alternativa razonable.

¿Scott tenía veneno consigo? Si lo tenía, estoy seguro de que nunca lo usó.

No voy a comprobar si he grabado bien. Espero que sí, pero no puedo estar completamente seguro.

La radio acaba de transmitir un mensaje de la Tierra, recordándome que el

tránsito comienza dentro de dos horas. Como si yo pudiera olvidarlo... cuatro hombres han muerto ya, de manera que yo seré el primer ser humano que lo vea. Y el único durante exactamente cien años. El perfecto alineamiento del Sol, la Tierra y Marte no se produce con frecuencia; la última vez fue en 1905, cuando el pobre Lowell todavía estaba escribiendo sus bonitas tonterías sobre los canales y la gran civilización en extinción que había construido. Por desgracia no era más que un delirio.

Será mejor que controle el telescopio y el equipo para medir los tiempos.

El Sol está tranquilo hoy... como debe estarlo cerca de la mitad del ciclo. Sólo hay manchas pequeñas y algunas áreas de perturbación menores alrededor de él. El clima solar estará calmo en los meses venideros. Eso es algo de lo que los demás no tendrán que preocuparse en su trayecto de regreso.

Creo que ése fue el peor momento, observar el *Olympus* que despegaba de Fobos y se encaminaba de regreso a la Tierra. Aunque hacía semanas que sabíamos que no había nada que hacer, ése fue el momento en que definitivamente se cerró la puerta. Era de noche y veíamos todo perfectamente. Fobos se había acercado elevándose desde el oeste unas horas antes y efectuaba su loca carrera en sentido opuesto por el cielo, un diminuto cuarto creciente al principio que crecía hasta convertirse en una media luna; antes de llegar al cénit, desaparecía en las sombras de Marte y se eclipsaba.

Nosotros habíamos escuchado la cuenta regresiva, por supuesto, tratando de realizar nuestro trabajo habitual. No era fácil, aceptando finalmente el hecho de que éramos quince los que habíamos llegado a Marte y sólo diez regresarían. Aun entonces creo que en la Tierra había millones que todavía no podían comprender; seguramente les resultaba imposible entender que el *Olympus* no pudiera descender apenas seis mil kilómetros para recogerlos. La Administración Espacial recibió un bombardeo de deschavetados planes de rescate; Dios sabe que nosotros ya habíamos pensado muchos. Pero cuando la helada permanente bajo la pista de aterrizaje cedió finalmente y el *Pegasus* se cayó, fue el fin. Todavía parece un milagro que la nave no explotara al romperse el propulsor.

Otra vez me pregunto cómo sucedió. Volviendo a Fobos y a la cuenta regresiva. En el monitor del telescopio veíamos claramente la meseta fisurada donde había bajado el *Olympus*, después de que nos separamos y comenzamos nuestro propio descenso. Aunque nuestros amigos nunca descenderían en Marte, al menos tenían un pequeño mundo propio para explorar; hasta para un satélite tan pequeño como Fobos, brindaba cuarenta y cinco kilómetros cuadrados por hombre. Mucho territorio para buscar minerales extraños y desechos del espacio... o tallar el propio nombre para que en eras futuras se supiese que ésos habían sido los primeros hombres en llegar hasta allí.

La nave era claramente visible como un cilindro corto y brillante contra las rocas grises y monótonas; de vez en cuando alguna superficie plana captaba la luz del Sol en rápido movimiento y la reflejaba con brillantez de espejo. Pero unos cinco minutos antes del despegue, la imagen se tornaba repentinamente rosada, luego carmesí... luego desaparecía totalmente cuando Fobos se eclipsaba con rapidez.

La cuenta regresiva estaba todavía en los diez segundos cuando nos sobresaltó un estallido de luz. Por un momento nos preguntamos si el *Olympus* también había sufrido una catástrofe; luego nos dimos cuenta de que alguien estaba filmando el despegue y que había encendido los reflectores externos.

Durante esos últimos segundos, creo que todos olvidamos nuestra propia situación; estábamos allí, a bordo del *Olympus* deseando que el impulso aumentara sin problemas y sacara a la nave del diminuto campo de gravitación de Fobos... y luego del de Marte en el largo descenso hacia el Sol. Oímos decir «Encendido» al comandante Richmond, luego hubo un breve estallido de interferencia, y la mancha de luz comenzó a moverse en el campo del telescopio.

Eso fue todo. No se elevó una columna de fuego, porque, por supuesto, no hay verdadera ignición cuando se enciende un cohete nuclear. «¡Se enciende!» es una expresión que queda de la antigua tecnología. Pero una explosión de hidrógeno caliente es completamente invisible; es una lástima que nunca volvamos a ver algo tan espectacular como una explosión de un Saturno o un Korolov.

Justo antes del final del encendido, el *Olympus* salió de la sombra de Marte e irrumpió nuevamente en la luz del sol, para reaparecer casi de inmediato como una estrella brillante, de movimiento rápido. El resplandor de la luz debe de haber sobresaltado a los de la nave, porque oímos gritar a alguien: «¡Cubran esa ventana!». Segundos más tarde, Richmond anunció: «Cierren los motores». Suciediera lo que sucediese, en ese momento el *Olympus* regresaba irrevocablemente a la Tierra.

Una voz que no reconocí —aunque debe de haber sido la del comandante— dijo: «Adiós, *Pegasus*», y la transmisión por radio se apagó. Por supuesto que no tenía sentido decir «Buena suerte». Eso se había determinado semanas atrás.

Acabo de escuchar lo grabado. Hablando de suerte, hubo una compensación, aunque no para nosotros. Con una tripulación de sólo diez personas, el *Olympus* logró liberarse de un tercio de su material no indispensable y alivianarse en varias toneladas. De manera que llegará a destino un mes antes de lo programado.

En ese mes podían haber andado mal muchas cosas; sin embargo podríamos haber salvado la expedición. Claro, nunca lo sabremos... pero es lindo pensarlo.

He escuchado un montón de música... a todo volumen, ahora que no hay nadie a quien molestar. Aunque hubiera marcianos, no creo que esta atmósfera fantasmal la



transmitiera más allá de algunos metros.

Tenemos una hermosa colección, pero debo elegir con cuidado. Nada con poco ritmo y nada que exija demasiada concentración. Sobre todo, nada con voces humanas. De manera que me reduzco a los clásicos orquestales más ligeros: *La Sinfonía del Nuevo Mundo* y el concierto para piano de Grieg son perfectamente adecuados. En este momento escucho las *Variaciones de Paganini* por Rachmaninoff, pero ahora debo apagar y volver al trabajo.

Sólo quedan cinco minutos; todo el equipo está en perfectas condiciones. El telescopio apunta al Sol, el video vigila, el *timer* de precisión está funcionando.

Las observaciones serán lo más exactas que yo pueda lograr. Se lo debo a mis camaradas perdidos, con quienes pronto me reuniré. Ellos me cedieron su oxígeno para que yo pudiera vivir hasta este momento. Espero que ustedes lo recuerden, dentro de cien o de mil años, cuando trabajen con estas cifras en las computadoras.

Sólo queda un minuto; volvamos al trabajo. Para el archivo: año 1984, mes de mayo, día 11, cuatro horas, treinta minutos, Tiempo Efemérides: *ahora*.

Medio minuto para el contacto; poner el grabador y el *timer* en alta velocidad. Acabo de volver a controlar el ángulo de posición para asegurarme de que estoy mirando hacia el lugar correcto en el borde del Sol. Usando energía de 500... imagen perfectamente firme incluso en esta elevación baja.

Cuatro y treinta y dos. Ahora en cualquier momento...

¡Allí está... allí está! ¡Casi no puedo creerlo! Una diminuta concavidad negra en el borde del Sol, que crece, crece, crece...

Hola, Tierra. Mírame... la estrella más brillante de tu cielo, en lo más alto, a medianoche.

El grabador nuevamente lento.

Cuatro y treinta y cinco. Es como si un dedo empujara en el borde del Sol, cada vez más profundamente... es fascinante.

Las cuatro y cuarenta y uno. Exactamente a mitad de camino. La Tierra es un perfecto semicírculo negro —un trozo prolijamente quitado al Sol— como si una enfermedad estuviera devorándolo.

Las cuatro y cuarenta y ocho. Ingreso completo de tres cuartos.

Cuatro horas, cuarenta y nueve minutos, treinta segundos. Grabador nuevamente a alta velocidad.

La línea de contacto con el borde del Sol se achica rápidamente. Ahora es un hilo negro apenas visible. En pocos segundos, toda la Tierra quedará superpuesta al Sol.

Ahora puedo ver los efectos de la atmósfera. Hay un delgado halo de luz que rodea a ese agujero negro en el Sol. Es extraño pensar que estoy viendo el resplandor de todos los atardeceres —y de todas las auroras— que se dan en este mismo momento en toda la Tierra.

Ingreso completo: cuatro horas, cincuenta minutos, cinco segundos. Todo el mundo se ha movido a la faz del Sol, un disco perfectamente circular dibujado contra

ese infierno, ciento cuarenta y cinco millones de kilómetros más abajo. Parece más grande de lo que yo esperaba; era fácil de confundir con una mancha solar bastante grande.

Ahora ya no hay nada para ver durante seis horas, hasta que aparezca la Luna, siguiendo a la Tierra en la mitad del ancho del Sol. Proyectaré los datos registrados nuevamente al Lunacom, y luego trataré de dormir un rato.

Mi último sueño. ¿Tendré que tomar una pastilla? Es una lástima perder estas últimas horas, pero quiero conservar las fuerzas... y el oxígeno. Creo que fue el doctor Johnson quien dijo que nada tranquiliza tan maravillosamente la mente de un hombre como saber que lo ahorcarán a la mañana siguiente. ¿Cómo diablos lo sabía él?

Diez horas, treinta minutos, Tiempo Efemérides. El doctor Johnson tenía razón. Sólo tomé una píldora y no recuerdo lo que soñé.

El condenado también tomaba un gran desayuno. Basta de eso.

Volvamos al telescopio. Ahora la Tierra está a mitad de camino en el disco, bastante más al norte del centro. Dentro de diez minutos tendría que ver la Luna.

Acabo de colocar al telescopio en su máxima potencia... 2000. La imagen es ligeramente borrosa pero todavía bastante buena, el halo atmosférico es muy claro. Espero ver las ciudades en el lado más oscuro de la Tierra.

No tengo suerte. Tal vez hay demasiadas nubes. Una lástima... es teóricamente posible, pero nunca lo logramos. Desearía... no importa.

Diez horas, cuarenta minutos. Grabador a velocidad lenta. Espero estar mirando el lugar correcto.

Faltan quince segundos. Grabador rápido.

Caramba... lo perdí. No importa... el grabador habrá captado el momento exacto. Ya hay una pequeña hendidura negra en el borde del Sol. El primer contacto debe de haber sido alrededor de las diez horas, cuarenta y un minutos, veinte segundos, hora de la Tierra.

Qué larga es la distancia entre la Tierra y la Luna... equivale a la mitad del ancho del Sol. Nadie pensaría que los dos cuerpos tienen algo que ver entre sí. Así uno se da cuenta de lo grande que es realmente el Sol.

Diez horas, cuarenta y cuatro minutos. La Luna está exactamente a mitad de camino sobre el borde. Una hendidura muy pequeña, muy nítida en el borde del Sol. Diez horas, cuarenta y siete minutos, cinco segundos. Contacto interno. La Luna no toca el borde, está totalmente dentro del Sol. No creo que vea nada del lado de la noche, pero aumentaré la potencia.

Qué curioso.

Bien, bien, alguien está tratando de hablar conmigo. Titila una lucecita en la cara oscura de la Luna. Tal vez sea el láser en la Base Imbrium.

Disculpen, señores. Ya me he despedido de todos y no quiero pasar nuevamente por eso. Ahora nada puede importar.

Sin embargo, es casi hipnótico... ese punto de luz que parpadea, que sale de la faz misma del Sol. Cuesta creer que aún después de haber atravesado toda esta distancia, el rayo sólo tenga ciento cincuenta kilómetros de ancho. El Lunacom realiza todo este esfuerzo para dirigirlo a mí y yo debería sentirme culpable al ignorarlo. Pero no me siento culpable. Casi he terminado mi trabajo y las cosas de la Tierra ya no me conciernen.

Diez horas, cincuenta minutos. Grabador apagado. Es decir... hasta el final del tránsito de la Tierra, dentro de dos horas.

He comido algo y ahora estoy mirando por última vez desde la cabina de observación transparente. El Sol todavía está alto, de manera que no hay mucho contraste, pero la luz resalta vividamente los colores... las innumerables variedades de rojo y rosado y carmesí, tan asombrosas contra el profundo azul del cielo. Qué diferente de la Luna... aunque ella también tiene su propia belleza.

Es extraño cuán sorprendente puede tornarse lo obvio. Todos sabíamos que Marte era rojo. Pero no esperábamos realmente el rojo del óxido... el rojo de la sangre. Como el Desierto Pintado de Arizona; después de un tiempo, los ojos ansían el verde.

Hacia el norte hay un agradable cambio de color; la cumbre de nieve de dióxido de carbono del monte Burroughs está siete mil quinientos metros por encima de Mean Datum; cuando yo era chico se pensaba que en Marte no había montañas.

La duna de arena más cercana está a medio kilómetro de distancia y también tiene zonas heladas en su sombría ladera. Durante la última tormenta pensamos que se había corrido dos o tres metros, pero no podíamos estar seguros. Sin duda las dunas están moviéndose, como en la Tierra. Supongo que algún día esta base quedará cubierta... y sólo reaparecerá mil años después. O diez mil.

Ese extraño grupo de rocas —el Elefante, el Capitolio, el Obispo— todavía guarda sus secretos y me molesta con el recuerdo de nuestra primera gran desilusión. Podríamos haber jurado que eran sedimentarias; ¡con cuánto interés nos lanzamos a buscar fósiles! Hasta ahora no sabemos cómo se formó el promontorio; la geología de Marte sigue siendo una masa de contradicciones y enigmas.

Hemos legado bastantes problemas al futuro, y los que vengan después de nosotros encontrarán aún más. Pero hay un misterio que nunca comunicamos a la Tierra ni registramos en nuestro diario. La primera noche después de tocar suelo en este planeta nos turnamos para hacer guardia. Brennan estaba de guardia cuando me despertó a medianoche. Me molestó; era antes de hora... luego me dijo que había visto una luz moviéndose alrededor de la base del Capitolio. Observamos durante por lo menos una hora, hasta que me llegó el turno de tomar la guardia. Pero no vimos nada; no sé qué era la luz y nunca volvió a aparecer.

Ahora bien, Brennan era el tipo más racional y poco imaginativo que pueda pensarse; si dijo que vio una luz es que realmente la vio. Tal vez fue algún tipo de descarga eléctrica o el reflejo de Fobos en una roca pulida por la arena. De todas maneras decidimos no mencionarla al Lunacom a menos que volviéramos a verla.

Desde que estoy solo, a menudo me despierto de noche y miro hacia las rocas. A la débil luz de Fobos y Deimos me recuerdan a los edificios de una ciudad oscurecida recortados contra el cielo. Y siempre ha seguido estando oscurecida. Nunca aparecieron luces para mí.

Doce horas, cuarenta y nueve minutos, Tiempo Efemérides. Está por comenzar el último acto. La Tierra casi ha llegado al borde del Sol. Los dos estrechos cuernos de luz que todavía la rodean apenas se tocan.

Grabador rápido.

¡Contacto! Doce horas, cincuenta minutos, dieciséis segundos. Los cuernos de luz ya no se tocan. Ha aparecido una diminuta manchita negra en el borde del Sol, ahora que la Tierra comienza a cruzarlo. Se alarga, se alarga...

Grabador lento. Faltan dieciocho minutos para que la Tierra desaparezca finalmente de la faz del Sol.

A la Luna todavía le falta la mitad del trayecto; todavía no ha llegado al punto medio de su tránsito. Parece una salpicadura de tinta pequeña y redonda, sólo un cuarto del tamaño de la Tierra. Y ya no hay luz que titile allí. Lunacom debe de haber abandonado el intento.

Bien, sólo me queda un cuarto de hora aquí, en mi último hogar. El tiempo parece acelerarse, como en los últimos minutos antes de un lanzamiento. No importa, ya tengo todo elaborado. Hasta puedo relajarme.

Ya me siento parte de la historia. Soy lo mismo que el capitán Cook, en Tahití en 1769, observando el tránsito de Venus. Excepto la imagen de la Luna que lo seguía, debe de haber tenido el mismo aspecto que esto.

¿Qué habría pensado Cook, hace doscientos años, si hubiera sabido que algún día un hombre observaría a toda la Tierra en tránsito desde un mundo externo? Estoy seguro de que se habría asombrado... y luego le hubiera encantado.

Pero yo me identifico más con un hombre que todavía no ha nacido. Espero que oigas estas palabras, quienquiera que seas. Tal vez te encontrarás en este mismo lugar, dentro de cien años, cuando ocurra el próximo tránsito.

¡Saludos a 2084, el 10 de noviembre! Les deseo mejor suerte que la que tuvimos nosotros. Supongo que habrán llegado aquí en una gran nave de lujo, o que habrán nacido en Marte y son desconocidos en la Tierra. Sabrán cosas que yo no puedo imaginar; pero de alguna manera no les tengo envidia. Ni siquiera quisiera estar en el lugar de ustedes aunque pudiera.

Porque ustedes recordarán mi nombre y sabrán que fui el primero de toda la

humanidad en ver un tránsito de la Tierra. Y nadie verá otro en los próximos cien años.

Doce horas, cincuenta y nueve minutos. Exactamente a mitad de camino del regreso. La Tierra es un semicírculo perfecto... una sombra negra en la faz del Sol. Todavía no puedo evitar la impresión de que algo ha mordido un gran pedazo de ese disco dorado. En nueve minutos habrá desaparecido y el Sol estará entero otra vez.

Trece horas, siete minutos. Grabador rápido.

La Tierra casi ha desaparecido. Sólo hay un punto negro, chato, en el borde del Sol. Podría confundirse fácilmente con una mancha que atraviesa el borde.

Trece horas, ocho.

Adiós, hermosa Tierra.

Me voy, me voy, adiós, ad...

Ya estoy bien otra vez. Los tiempos fueron enviados a la Tierra por radio. Dentro de cinco minutos se agregarán a la sabiduría acumulada de la humanidad. Y Lunacom sabrá que permanecí en mi puesto.

Pero no enviaré esto. Lo dejaré aquí para la próxima expedición. Pueden pasar diez o veinte años antes de que alguien vuelva por aquí; no tiene sentido volver a un sitio viejo cuando hay todo un mundo por explorar.

De manera que esta cápsula se queda aquí, como el diario de Scott quedó en su tienda, hasta que lo encontraron los siguientes visitantes. Pero a mí no me encontrarán.

Es extraño lo difícil que es apartarse de Scott. Creo que la idea me la dio él. Porque su cuerpo no quedará para siempre congelado en el Antártico, aislado del gran ciclo de la vida y la muerte. Hace mucho tiempo, esa carpa solitaria inició su camino hacia el mar. En unos años quedó enterrada bajo la nieve que caía y se ha convertido en parte del glaciar que rueda eternamente desde el Polo. En algunos pocos siglos, el marino habrá vuelto al mar. Se mezclará una vez más con las formas de las cosas vivas: el plancton, las focas, los pingüinos, las ballenas, la multitudinaria fauna del Océano Antártico.

No hay océanos aquí, en Marte, ni los hubo desde hace por lo menos cinco mil millones de años. Pero hay cierta clase de vida, allá abajo, en las tierras malas de Caos II, que nunca tuvimos tiempo de explorar. Esas manchas móviles en las fotografías orbitales. La evidencia de que zonas enteras de Marte han sido borradas de los cráteres por fuerzas que no son las de la erosión. Las moléculas de carbono de cadena larga, ópticamente activas recogidas por los que efectuaban muestreos de la atmósfera.

Y, por supuesto, el misterio del *Viking 6*. Ni siquiera ahora se ha podido entender esas últimas lecturas de los instrumentos, antes de que algo grande y pesado destrozara la sonda en medio de las calmas y frías profundidades de la noche

marciana.

¡Y que no me hablen de las formas de vida *primitivas* en un lugar como éste! Todo lo que haya sobrevivido aquí será tan sofisticado que nosotros pareceremos tan torpes como los dinosaurios.

Me quedan tres horas de luz, tiempo más que suficiente para bajar a los valles e internarme en Caos. Después del atardecer podré lograr una buena velocidad con las luces delanteras. Será romántico, viajar de noche bajo las lunas de Marte.

Debo arreglar algo antes de partir. No me gusta la forma en que ha quedado Sam, tendido allá afuera. Siempre fue tan elegante, tan agraciado. No me parece bien que ahora esté tan feo. Debo hacer algo al respecto.

Me pregunto si yo habría sido capaz de hacer noventa metros sin traje, caminando con lentitud y firmeza... como él lo hizo hasta el final.

Debo tratar de no mirar su rostro.

Muy bien. Todo en orden y listo para partir.

La terapia ha dado resultado. Me siento perfectamente bien... hasta resignado, ahora que sé exactamente lo que voy a hacer. Las viejas pesadillas han perdido fuerza.

Es cierto, todos morimos solos. Al final no hay diferencia por estar a setenta y cinco millones de kilómetros de casa.

Disfrutaré del viaje por ese bello paisaje pintado. Pensaré en todos los que soñaron con Marte —Wells y Lowell y Burroughs y Weinbaum y Bradbury—. Todos se equivocaron... pero la realidad es tan extraña, tan hermosa como ellos la imaginaron.

No sé lo que me espera allá y probablemente nunca lo veré. Pero en este mundo hambreado, debe de estar desesperado por conseguir carbón, fósforo, oxígeno, calcio. Puede usarme a mí.

Y cuando mi alarma de oxígeno suene por última vez, en algún lugar de esa encantada zona salvaje, terminaré con elegancia. En cuanto tenga dificultades para respirar bajaré y echaré a andar... con una unidad reproductora en el casco a todo volumen.

Para el puro poder y gloria triunfante, no hay nada en toda la historia de la música como la *Tocata y Fuga en Re Menor*. No alcanzaré a escucharla toda; no importa.

Johann Sebastian, allá voy.

*Transit of Earth, 1971*

# **El naufragio**

*Jack Dann*

«El naufragio» es una historia bastante especial. Aunque no tiene el mismo protagonista ni el mismo final que mi novela *The Man who Melted*, en cierto modo es un extracto de ésta. Evoca una época especial de mi vida, cuando yo viajaba al extranjero en los grandes barcos, como el *Gripsholm* y el *Queen Mary*, que ahora es un hotel restaurante permanentemente anclado en Long Beach, California... el lugar de los Premios *Nébula* de 1984.

No creo que asista a esa convención. Prefiero recordar al *Queen Mary* como era, grande, pomposo y elegante, una dama, una de las verdaderas estrellas de la *Cunard White Star Line*. Tuve la suerte de poder viajar en uno de esos transatlánticos de lujo, porque pertenecían totalmente a otra época, a una época de elegancia y orgullo que nunca volveremos a ver. Esos barcos eran hoteles flotantes.

Podría decirse que la reina de esa época fue el *Titanic*, el barco que no podía hundirse. «El naufragio» trata sobre el *Titanic*. Escribirlo fue para mí una forma de recordar, de buscar en el pasado un tiempo en que esos barcos todavía estaban vivos. Uní el acto de narrar con el de hacer un homenaje: si se observa con atención, se verán aquí reflejos de los cuentos de *Salinger*, dos de ellos en particular. (No cometeré la simpleza de decirles cuáles. ¿Para qué estropear el juego?).

Esta historia apareció originalmente en *Omni* (septiembre de 1981); fue finalista del *Nébula*, y se reimprimió en *The Best Science Fiction of the Year II* de Terry Carr. Varios otros fragmentos tomados de *The Man who Melted* se han publicado también. Para los que estén interesados, «*Screamers*» apareció en *Oui* (octubre de 1982), *Amnesia* (una nouvelle) en *The Berkeley Showcase*, Volumen 3, y «*Blind Shemmy*» en *Omni* (abril de 1983). *The Man who Melted* fue un intento de escribir un libro de ciencia ficción como una novela contemporánea, tal como *Daniel Martin* de *John Fowles*.

Sólo el tiempo dirá si puede considerarse un éxito.



Era Hermoso, Enorme, Elegante como un barco de carrera. Era un Palacio de Cristal flotante, tan magnífico como podía concebirlo J. P. Morgan. Diseñado por Alexander Carlisle y construido por Harland y Wolff, llevaba la banda dorada de la compañía a todo lo largo de sus doscientos setenta y cuatro metros. Tenía una altura de cincuenta y tres metros, como la caída de un acantilado, con nueve cubiertas de acero, cuatro chimeneas de dieciocho metros, más de dos mil ventanas y luces laterales para iluminar los lujosos camarotes y suites y salones. Pesaba cuarenta y seis mil toneladas, y sus motores de pistones y sus turbinas de tipo Parsons podían generar más de cincuenta mil caballos de fuerza y permitir al barco una velocidad de veinte nudos. Tenía gimnasio, un baño turco, canchas de tenis y de *squash*, una piscina, bibliotecas, salones y salas de estar. Había habitaciones y suites para alojar a setecientos treinta y cinco pasajeros de primera clase, seiscientos setenta y cuatro de segunda y más de mil en la bodega.

Era el RMS *Titanic*, y Stephen conoció a Esme en la Cubierta de Paseo cuando salieron del muelle de Southampton con destino a Nueva York en su viaje inicial.

Esme estaba junto a él, con una caja que parecía de cedro apoyada sobre la barandilla, y miraba a las multitudes entusiastas allá abajo, en los muelles. Esme tenía facciones comunes y era bastante joven. Tenía frente alta, nariz pequeña y recta, húmedos ojos castaños, bajo cejas depiladas y arqueadas, y labios tal vez un poco gruesos. Sus cabellos rubios estaban limpios, pero descuidadamente atados y enredados sobre la espalda.

A Stephen le parecía hermosa.

—Hola —la saludó. En el aire ondeaban cintas y serpentinas de colores, y todo parecía posible.

Esme le echó una mirada.

—*Hello you* —respondió ella.

—¿Cómo?

—Dije *hello you*. Es una expresión que estaba de moda cuando este bote zarpó por primera vez, por si te interesa. Quiere decir: «Hola, me pareces interesante y creo que me acostaría contigo si tuviera ganas».

—Debes llamarlo barco —replicó Stephen.

Ella rió y por un instante lo miró atentamente, como si en ese segundo pudiera saber todo acerca de él... que él hacía ese viaje porque estaba aburrido de la vida, que nunca le había sucedido *realmente* nada. Stephen sintió que le ardía la cara.

—Muy bien. «Barco». ¿Ahora te sientes mejor? —preguntó ella—. De todas maneras *quiero* imaginar que vivo en el pasado. No quiero volver al presente. Supongo que tú sí quieres volver.

—¿Por qué piensas eso?

—Mira cómo estás vestido. No tendrías que haberte puesto ropa moderna en este barco. Tendrás que cambiarte más tarde, ¿sabes? —Ella estaba perfectamente vestida con un traje de color azul grisáceo y una chaqueta haciendo juego, una blusa plisada

con adornos de terciopelo en la parte delantera y sombrero con pluma de avestruz. Parecía salida de otro siglo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Stephen.

—Esme. —Dio vuelta la caja que apoyaba sobre la barandilla y la abrió por el lado que daba a cubierta—. Ya ves —dijo a la caja—. Realmente *estamos* aquí.

—¿Qué dijiste?

—Le hablaba a papá —respondió ella, cerrando y trabando la caja.

—¿A quién?

—Más tarde te mostraré, si quieres. —Comenzaron a sonar campanas y los silbatos del barco hendieron el aire. A Stephen le pareció que la tierra, y no el barco, se movía. Toda Inglaterra flotaba tranquilamente, alejándose, mientras la banda de cuerdas en el puente del barco tocaba a Oskar Strauss.

Miraron hasta que la tierra se convirtió en una delgada línea en el horizonte, y entonces Esme le tomó la mano a Stephen, la estrechó un momento y se alejó rápidamente.

Stephen volvió a encontrarla en el Café Parisiën, sentada en un gran sillón de mimbre junto a una pared muy adornada con rejas.

—Bueno, *Hello you* —dijo Esme sonriendo. Era un modelo de muchacha elegante, con estilo.

—¿Quiere decir que todavía estás interesada? —preguntó Stephen, de pie frente a ella. La sonrisa de Esme era contagiosa, y Stephen se sorprendió perdiendo su aplomo, ya que no podía dejar de sonreír él también.

—Pero *mais oui* —respondió ella—. Acabo de hablar en francés, un idioma que ya no se habla, pero que era el idioma cuando este barco zarpó por primera vez. —Se echó hacia atrás en su sillón, acurrucada, como si de pronto pudiera volver a ser una niña, y miró a su alrededor como si Stephen hubiera desaparecido del salón.

—Creo que era inglés —dijo él.

—Bien —replicó Esme, mirándolo—, sea lo que fuere, significa que yo todavía podría tener interés *si* haces el favor de sentarte en vez de mirarme desde las alturas. —Stephen se sentó junto a ella—. Tardaste bastante tiempo en encontrarme.

—Bien, tenía que vestirme, ¿recuerdas? Mi primer atuendo no te parecía...

—De acuerdo, discúlpame —se apresuró a decir Esme, temiendo herir sus sentimientos. Cruzó las manos sobre la caja que había centrado perfectamente sobre la mesa cubierta con un mantel de damasco. Su pierna rozó la de él; Stephen estaba realmente atractivo con sus pantalones a rayas grises, polainas, chaqueta negra para la mañana, chaleco azul y corbata de seda anudada bajo el cuello palomita—. ¿No te sientes mejor ahora?

Stephen estaba fascinado con la muchacha; nunca le había sucedido antes. Un camarero alto los molestó preguntándole si querían cócteles, pero Esme prefirió un Narcodrine.

—Perdón, señora, pero en el barco no se sirven Narcodrines ni inhaladores en

público.

—Pero eso es lo que yo *quiero*.

—Uno tendría que pedirle al camarero bebidas más modernas.

—Pero tú dijiste que querías vivir en el pasado —replicó Stephen. Pidió un Campari para ella y un Drambuie para él.

—En este momento preferiría pedirle algo a un robot —dijo Esme.

—Lo siento, pero en este barco tampoco tenemos robots —respondió el camarero antes de retirarse.

—¿Vas a mostrarme lo que hay en la caja? —preguntó Stephen.

—Podría provocar inquietud que levantara la tapa aquí.

—Pensé que eso te gustaría.

—Así que ya me conoces íntimamente. —Esme sonrió y le guiñó el ojo a alguien sentado unas mesas más allá—. Qué encanto, ¿no?

—¿Quién?

—El niñoito peinado con raya al medio. —Le hizo un saludo, pero el chico la ignoró e hizo un gesto obsceno a una mujer que parecía ser su niñera. Entonces Esme abrió la caja, y eso atrajo la atención del niño. Sacó una cabeza de hombre de tamaño natural y la puso al lado de la caja.

—Dios mío —dijo Stephen.

—Stephen, te presento a papá. Papá, éste es Stephen.

—¿Quién es Stephen? —preguntó Papá—. ¿Dónde estoy? ¿Qué está sucediendo? Estoy asustado.

Esme se inclinó hacia la cabeza y susurró algo en su oído.

—A veces se desorienta al despertar —dijo luego confidencialmente a Stephen—. Todavía no se acostumbró. Pero enseguida estará bien.

—Tengo pánico —dijo Papá en voz más fuerte—. Estoy solo en la oscuridad.

—Ya no —respondió Esme con firmeza—. Papá, éste es mi amigo Stephen.

—Hola, Stephen —dijo la cabeza. En ese momento su voz era potente, imperiosa—. Mucho gusto en conocerte. —Giró las pupilas y luego dijo a Esme—: Vuélveme un poco, para que pueda ver a Stephen sin forzarme la vista. —La cabeza tenía cabellos blancos un poco amarillentos en las puntas, prolijamente recortados a los costados y peinados en un estilo Pompadour algo descuidado adelante. El rostro era fuerte, aunque disipado. Era el rostro de un hombre de cerca de setenta años, arrugado y bronceado.

—Mi nombre es Elliott —dijo la cabeza—. Llámame Elliott, por favor.

—Qué tal, Elliott —replicó Stephen. Sabía de la existencia de esas cosas, pero nunca las había visto.

—Harán furor en los próximos meses —dijo Esme—. Todavía no son de consumo masivo, pero puedes imaginar el potencial para adultos y niños. Puede programárselas para que hablen y reaccionen en forma muy realista.

—Ya veo —contestó Stephen.

La cabeza sonrió, aceptando el cumplido.

—Además aprende y piensa muy bien —agregó Esme.

—Así lo espero —dijo la cabeza.

—¿Tu padre vive? —preguntó Stephen.

—Yo soy su padre —intervino la cabeza, sin disimular su impaciencia—. Al menos trátame con un poco de respeto.

—Pórtate bien, papá, o cerraré la caja —respondió Esme, molesta. Miró a Stephen—. Murió hace poco tiempo. Por eso hago este viaje y por eso... —Señaló la cabeza con un gesto—. De todas maneras es maravilloso. *Es mi padre en todo sentido.* —Y agregó con aire pícaro—: Bien, la verdad es que hice algunos cambios. Papá era muy exigente.

—Eres ingrata...

—Cállate, papá.

Papá cerró los ojos.

—En cuanto digo eso se cierra —explicó Esme.

El niño que había estado mirando la escena sin ninguna timidez se acercó a la mesa mientras Esme guardaba la cabeza en la caja.

—¿Por qué lo guardas? —preguntó—. Quiero hablar con él. Sácalo.

—No —respondió Esme con firmeza—. Ahora está durmiendo. ¿Y tú cómo te llamas?

—Michael. ¿Puedo ver la cabeza, aunque sea un minuto, por favor?

—Si quieres, Michael, puedes tener una audiencia privada con papá, mañana. ¿Qué te parece?

—Quiero hablar con él ahora.

—¿No tienes que volver con tu niñera? —preguntó Stephen, poniéndose de pie e indicando a Esme que hiciera lo mismo. En ese lugar no tendrían privacidad.

—Acábala —dijo Michael—. No es mi niñera. Es mi hermana. —Luego hizo una mueca a Stephen: contorsionaba los labios moviendo la boca de izquierda a derecha como si fuese de goma. Stephen y Esme salieron del café y subieron la escalera hasta la Cubierta de los Botes y Michael los siguió.

Al menos la Cubierta de los Botes no estaba muy atestada; afuera estaba fresco, casi frío. Mirando hacia adelante, Stephen y Esme veían las cuatro gigantescas chimeneas del barco a su izquierda y un grupo de cuatro botes a su derecha. El océano era una inmensidad calma de un verde profundo que se tornaba azul hacia el horizonte. El cielo estaba vacío, excepto por una gigantesca nave aérea nuclear que flotaba sobre el *Titanic*... Era el dirigible *California*, una nave francesa de lujo que podía transportar dos mil pasajeros.

—¿Ustedes están casados? —preguntó Michael.

—No, no, —respondió Esme con impaciencia—. Todavía no, al menos —y Stephen se sintió eufórico al pensar que realmente le gustaba a Esme. En realidad no tenía sentido, porque él podía tener cualquier muchacha que se le ocurriera. ¿Por qué

Esme? Simplemente porque en ese momento era perfecta.

—Eres muy bonita —le dijo Michael.

—Bueno, gracias —respondió ella con entusiasmo—. Tú también me gustas a mí.

—¿Te quedarás en el barco y te morirás cuando se hunda?

—¡No! —replicó Esme, aparentemente sorprendida.

—¿Y tu amigo?

—¿Papá?

Molesto, el chico replicó:

—No, *él* —mientras indicaba a Stephen con una mirada.

—No lo sé. —Esme se había sonrojado—. ¿Tú optaste por un bote salvavidas, Stephen?

—Sí, por supuesto.

—Bien, *nosotros* vamos a morir en el barco.

—No seas tonto —dijo Esme.

—Te digo que *nosotros* vamos a morir en el barco.

—¿Quiénes son «nosotros»? —preguntó Stephen.

—Mi hermana y yo. Hemos prometido hundirnos con el barco.

—No lo creo —respondió Esme. Se detuvo junto a uno de los botes salvavidas, apoyó sobre la barandilla la caja que contenía a Papá y contempló el mar.

—Trata de provocarnos —dijo Stephen—. De todos modos es demasiado pequeño como para tomar semejante decisión, y su hermana, si es realmente su hermana, no puede tomar esa decisión por él, aunque sea su tutora. Sería ilegal.

—Estamos en el mar —replicó Michael con el tono mimoso que usan los chicos—. Mañana hablaré de las ramificaciones de mi herencia con Papá. Creo que *él* habla más de estas cosas que ustedes.

—¿No quieres volver ahora con tu hermana? —preguntó Stephen.

Michael contorsionó la boca y se alejó, tirando de la parte trasera de sus pantaloncitos como si le molestara la ropa interior. Sólo se volvió para hacer un gesto de despedida a Esme, y ella le arrojó un beso.

—Chiquilín inteligente —dijo Stephen para congraciarse.

Pero Esme lo miró como si se hubiese olvidado del chiquillo y de él. Miraba la caja y le rodaban lágrimas por las mejillas.

—Esme...

—Lo amo y ahora está muerto —dijo. Luego pareció reponerse. Tomó la mano de Stephen y entraron, bajaron la escalera, recorrieron varios pasillos ruidosos —las fiestas en los salones estaban en su apogeo— hasta la suite de Esme. Stephen estaba un poco nervioso pero, considerando la situación, todo se desarrollaba con el ritmo adecuado.

La suite de Esme tenía una sala y una cubierta de paseo privada, con paredes parcialmente revestidas de madera. Esme llevó a Stephen directamente al dormitorio alfombrado y empapelado, donde había una cama con dosel, una mesa de noche

antigua, y un escritorio con sillón tapizado junto a la puerta. La adornada lámpara de escritorio con forma de arpa estaba encendida, lo mismo que la lámpara que había detrás de los cortinados de la cama. Por un ojo de buey se veía el mar y el cielo, pero a Stephen le pareció que la cama era el elemento dominante en la habitación.

Esme corrió la lámpara a un costado, y luego sacó a Papá de la caja y lo colocó cuidadosamente en el centro del escritorio.

—Muy bien —dijo. En reposo, la cabeza parecía aun más bella y muy tranquila, aunque de vez en cuando tenía un tic en un ojo. Luego Esme se desvistió rápidamente, apartando tímidamente la mirada de Stephen, que se tomaba su tiempo. Se deslizó entre las cortinas entreabiertas de la cama y se quejó de que oía a las malditas máquinas a través de las almohadas que le daban picazón... no le gustaba la seda. Un momento después se incorporó y preguntó a Stephen si pensaba desvestirse o quedarse allí parado.

—Perdona —dijo Stephen—, pero es que... —Señaló la cabeza con un gesto.

—Papá está apagado —respondió Esme.

El párpado izquierdo de la cabeza se movía.

Michael llamó a la puerta de Esme a las siete y media de la mañana siguiente.

—Buen día —dijo Michael, mirándola de arriba abajo. Ella no se había preocupado de ponerse nada encima antes de abrir la puerta—. Vine a ver a Papá. No voy a molestarte.

—Pero, Michael, es demasiado temprano...

—Al que madruga Dios lo ayuda.

—Ah. ¿Y eso qué quiere decir?

—Pensé que la mejor forma de hablar con Papá era despertarte. Tú vuelves a la cama y yo hablo con él sin que nos molesten. Tendría muchas menos posibilidades si...

—Entra.

—El camarero que estaba en el vestíbulo te vio desnuda.

—Qué gran cosa. Mira, ¿por qué no vuelves más tarde? No estoy preparada para esto, y no sé por qué te permití entrar.

—Ya ves, me fue bien. —Michael miró a su alrededor—. Está en el dormitorio, ¿verdad?

Esme asintió y lo siguió. Michael llevaba la misma camisa y pantaloncitos arrugados del día anterior; su cabello no estaba peinado, sólo alborotado.

—¿Él también está contigo?

—Si te refieres a Stephen, sí.

—Eso pensaba. —Michael se sentó ante el escritorio—. Hola, Papá —dijo.

—Estoy asustado —repuso la cabeza—. Está tan oscuro: tengo miedo.

Michael miró a Esme.

—Siempre está así cuando ha pasado un tiempo apagado —dijo Esme—. Háblale un poco más.

—Soy Michael. He venido a hablar contigo. Estamos en el *Titanic*.

—Ah, Michael —respondió la cabeza, más tranquila—. Creo que me acuerdo de ti. ¿Por qué estamos en el *Titanic*?

—Porque va a hundirse.

—Ésa es una razón tonta —dijo la cabeza con convicción—. Debe de haber otras.

—Hay muchas otras.

—¿*No podemos* estar en privado? —preguntó Stephen, sentándose en la cama. Esme se sentó junto a él y aspiró su inhalador. Cuando estaba drogada parecía todavía más vulnerable—. Creí que me habías dicho que Papá quedaba desconectado toda la noche —prosiguió Stephen con furia.

—Pero es que estaba desconectado. Acabo de encenderlo otra vez para Michael.

—Te contaré todo sobre el *Titanic* —dijo Michael a la cabeza con tono confidencial. Se acercó y le habló en un susurro.

—Realmente estaba desconectado —repitió Esme—. Acabo de conectarlo para Michael. —Se acurrucó junto a Stephen, tan íntimamente como si hiciera días que fueran amantes. Eso pareció aplacarlo.

—¿Te sobra un Narcodrine? —preguntó Michael a los gritos.

Stephen miró a Esme, quien se echó a reír.

—No —respondió Esme—. Eres muy chico para esas cosas. —Corrió la cortina para que Michael y la cabeza quedaran separados de la cama—. Déjalo que hable con Papá —continuó—. De todas maneras pronto estará muerto.

—¿Así que le crees? Voy a hablar de esto con su hermana, o con quien sea.

Michael espío por la cortina.

—Oí lo que dijiste. Tengo muy buen oído. Oigo todo. Ve a hablar con ella, ve a hablar con el capitán, si quieres. No te servirá de nada. Para que lo sepas, soy un héroe internacional. Esa muchacha que lleva una cámara en la cabeza ya me hizo una entrevista para la apuesta. —Cerró la cortina.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Esme.

—La reportera de *Interfax* —respondió Stephen.

Michael volvió a entreabrir las cortinas.

—Ella se ocupa de averiguar cuáles pasajeros optarán por morir y por qué. Entrevista a los pasajeros más interesantes, luego comunica sus predicciones a su público, que es numeroso. Responden inmediatamente a una apuesta que se realiza varias veces por día. Nos mantiene presentes, y a todos les gusta el olor de la muerte. —Se cerró la cortina.

—Bien, a mí no ha tratado de entrevistarme —dijo Esme, enojada.

—¿Realmente quieres que te entreviste?

—¿Y por qué no? Estoy a favor del consumo conspicuo, y deseo que esta experiencia sea un éxito. Por Dios, que el mundo entero nos vea hundirnos, si lo

desean. Incluso podrían hacer apuestas. —Luego, en un susurro de conspiración, agregó—: Ninguno de nosotros sabe quiénes han optado realmente por morir. Eso es parte de la diversión.

—Me imagino —respondió Stephen.

—Ah, tú eres tan presumido —dijo Esme—. Cualquiera diría que eres un actuante.

—¿Un qué?

—Un actuante. Todos somos actuantes u observadores, ¿no es cierto? Pero los actuantes quieren hacer algo —y para ilustrarlo dobló la cabeza, sacó la lengua e hizo ruidos con la garganta como si se estuviese ahogando—. Los observadores, en cambio, sólo han venido por el paseo. ¿Estás seguro de que no eres un actuante?

Michael, que había estado escuchando otra vez, respondió por Stephen:

—¡No es un actuante, te lo aseguro! Es un observador de la peor clase. Se toma todo en serio.

—Bien, ya me han faltado bastante el respeto, los dos —dijo Papá con tono imperioso—. Michael, deja de perseguir a Stephen. Esme dice que lo quiere. Esme, pórtate bien con Michael. Estoy muy contento con él. Y no hace falta que amenazas con desconectarme. Me estoy desconectando solo. Tengo que pensar. —Papá cerró los ojos.

—*Bueno* —dijo Esme a Michael, que se había parado frente a la cama y trataba de ver hasta dónde podía separar las piernas—, nunca había hecho eso antes. Generalmente tiene tanto miedo de tener miedo al despertar. ¿Qué le dijiste?

—Poco y nada.

—Vamos, Michael, *yo* te permití entrar, ¿recuerdas?

—Recuerdo. ¿Puedo meterme en la cama contigo?

—Carajo, no —intervino Stephen.

—No es más que un niño —dijo Esme mientras se corría para hacerle lugar a Michael, que se colocó junto a Stephen—. No seas aburrido, *tú* eres el hombre que amo.

Stephen se acercó a Esme para que Michael pudiera meterse en la cama. Hablaron de la transmigración de las almas. Michael creía firmemente en eso, pero Esme pensaba que era demasiado confuso. Stephen no tenía opinión propia.

Finalmente lograron sacarse de encima a Michael para la hora del almuerzo. Esme parecía contenta de haberse liberado del chico, y pasaron el resto del día descubriendo el barco. Se dieron una zambullida rápida en la piscina, pero el agua estaba demasiado fría y el aire también. Si el dirigible volaba sobre el barco, ellos no lo veían porque el cielo estaba cubierto de pesadas nubes grises. Se cambiaron de ropa, pasearon por la Cubierta de Paseo inferior, que estaba cerrada con vidrio, buscaron los peces voladores que pasaban de vez en cuando, y pasaron una interesante media hora con la mujer de *Interfax* que los entrevistó. Luego tomaron un refrigerio en el opulento salón de fumar de primera clase. A Esme le encantaron los



espejos y los vitrales. Después de explorar las otras dos clases, convenció a Stephen de que jugaran un partido de *squash*, que Stephen jugaba bastante bien. A la hora de la cena fueron a los lujosos baños turcos de azulejos azules. Estaba vacío y caluroso; hicieron el amor con suavidad en uno de los divanes, y quedaron agotados. Luego volvieron a cambiarse de ropa, bailaron en el salón y comieron algo a última hora en el café.

Stephen pasó la noche con Esme en la suite de ella. Eran aproximadamente las cuatro de la mañana cuando lo despertó una conversación en voz baja. No dio señales de que estaba despierto, fingió seguir durmiendo y escuchó.

—No puedo tomar una decisión —decía Esme mientras se paseaba junto al escritorio donde estaba Papá.

—Sigo asustado —dijo Papá con voz débil—. Dame un minuto, esto fue tan repentino. ¿Dónde dijiste que estoy?

—En el *Titanic* —respondió Esme con furia—. Y tengo que tomar una decisión. Compréndelo.

—Ya me has dicho muchas veces lo que sabes que tienes que hacer, ¿verdad? —dijo Papá. Su voz sonaba mejor, se le estaba pasando la desorientación—. ¿Ahora cambias de idea?

—Creo que han cambiado las cosas.

—¿En qué sentido?

—Stephen. Él...

—Ah —respondió Papá—. Así que ahora la excusa es el amor. Pero ¿sabes cuánto durará?

—No esperaba conocerlo, sentirme mejor con todo.

—Pasará.

—Pero precisamente ahora no quiero morir.

—Has gastado una fortuna en este viaje, y en mí. Y ahora quieres tirarla a la basura. Mira, lo que sientes por Stephen es bueno, ¿no comprendes? Tu partida de este mundo será más dulce porque eres feliz, estás enamorada, o como quieras llamarlo. Pero ahora quieres borrar todo lo que hemos planeado y quitarte la vida en otro momento, probablemente cuando estés desesperada y desdichada y yo no esté cerca de ti para ayudarte. Quieres morir tan inconscientemente como naciste.

—No es así, papá. Pero yo soy quien elige.

—Ya elegiste, ahora no reniegues de tu elección porque te morirás de golpe como yo.

—Esme, ¿de qué diablos estás hablando? —preguntó Stephen.

Esme se sobresaltó en las penumbras y luego le dijo a Papá:

—Tú hablabas en voz alta a propósito para despertarlo, ¿verdad?

—Tú me hiciste programar para que te ayudara. Te quiero y me preocupo por ti. ¡Eso no puedes cambiarlo!

—Puedo hacer lo que se me antoje —replicó Esme con petulancia.

—Entonces déjame ayudarte, como siempre lo he hecho. Si estuviera vivo y tuviera mi cuerpo te diría exactamente lo que te digo ahora.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Stephen.

—Te toma por tonto —respondió suavemente Papá a Stephen—. Te usa porque está asustada. Se aferra a cualquiera que encuentra.

—¿Qué diablos te está diciendo? —preguntó Stephen.

—La verdad —respondió Papá—. Conozco todo lo relativo al miedo, ¿no lo sabías?

Esme se sentó en la cama junto a Stephen y se echó a llorar; luego, como si pasara fácilmente a un nuevo papel, lo miró y dijo:

—Es verdad que programé a Papá para que me ayudara a morir. Papá y yo hablamos de todo esto con gran cuidado, incluso de lo que haríamos si sucedía algo así.

—¿Si te enamorabas y querías seguir viviendo?

—Y ella decidió que en ninguna circunstancia se volvería atrás —dijo Papá—. Había planeado la mejor muerte posible para ella, una muerte para experimentar y disfrutar. Ha renunciado a todo y ha gastado todo su dinero para esto. No tiene un centavo. No puede echarse atrás ahora, ¿verdad, Esme?

Esme se tomó las manos, tragó saliva y miró a Stephen.

—Es así —admitió.

—Pero no estás segura —dijo Stephen—. Es evidente.

—La ayudaré como siempre lo he hecho —replicó Papá.

—Por favor, haz callar a esa cosa —gritó Stephen.

—No es una...

—Por favor —siguió Stephen—, al menos danos una oportunidad.

Eres la primera experiencia auténtica que he tenido jamás, te amo, y no quiero que esto termine...

Papá siguió insistiendo en su punto de vista con elocuencia hasta que Esme lo hizo callar.

El gran barco chocó con un iceberg la cuarta noche del viaje, exactamente un día antes de lo programado. Stephen y Esme estaban junto a la barandilla de la Cubierta de Paseo. Los dos llevaban los atuendos de la década del veinte que proporcionaba el barco: él, pantalones de lana, chaqueta, gorra de automovilista, y sobretodo con capa y bufanda larga; ella, un abrigo de piel, un elegante sombrero estilo «Viuda Alegre», zapatos de taco alto con botón y un traje de dos piezas de terciopelo negro con seda blanca. Estaba encantadora y muy joven, a pesar de la ropa.

—Tíralo —dijo Stephen con tono autoritario—. Ahora.

Esme levantó hasta el pecho la caja de cedro que contenía a Papá, como si estuviera a punto de lanzarla hacia adelante, luego, lentamente, volvió a apoyarla

sobre la barandilla.

—No puedo.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No veo por qué tengo que tirarlo.

—Porque estamos empezando una nueva vida juntos.

En ese momento alguien gritó, y, como a la distancia, se oyeron tres campanadas.

—¿Puede haber otro barco cerca? —preguntó Esme.

—¡Esme, tira esa caja! —saltó Stephen; luego lo vio. Alejó a Esme de la barandilla. Un iceberg alto como el castillo de proa rozó el costado del barco; la montaña de hielo azulada y brillante parecía otro barco que pasaba, daba la impresión que lo que se movía era el hielo y no el barco. Llovieron pedazos de hielo sobre la cubierta, resbalaron por la madera barnizada, y luego el iceberg se perdió en la oscuridad del lado de la popa. Debía de tener por lo menos treinta metros de alto.

—¡Ah, Dios mío! —gritó Esme, abalanzándose hacia la barandilla.

—¿Qué pasa?

—¡Papá! Lo dejé caer cuando me apartaste del iceberg.

—Es demasiado tarde para eso...

Esme desapareció en medio de la multitud, llamando a gritos a Papá.

Hacía un frío terrible y la Cubierta de los Botes estaba atestada de gente que corría de un lado al otro, gritando, luchando por llegar a los botes y, por supuesto, los que a último momento habían cambiado de idea con respecto a hundirse con el barco, eran los que gritaban más fuerte, esforzándose porque los dejaran subir a los botes. Todavía no habían bajado un solo bote. Había dieciséis botes salvavidas de madera y cuatro Englehardts de tela, los plegables. Pero no podían bajarlos antes de sacar de los pescantes los dos botes de adelante.

—Les avisaremos cuando sea el momento de subir a los botes —gritó un oficial a las familias que se apretaban a su alrededor.

El piso de la Cubierta se inclinaba. Esme se retrasaba, y Stephen no iba a esperarla. A ese paso la proa se hundiría con gran rapidez.

«Debe de estar con Michael», pensó. «El pequeño hijo de puta debe de haberla convencido de que muera».

Michael tenía un camarote de lujo en la Cubierta C. Stephen golpeó, llamó a Esme y a Michael, trató de abrir la puerta, finalmente hizo saltar la cerradura de un puntapié.

Michael estaba sentado en la cama. Su hermana estaba a su lado, muerta.

—¿Dónde está Esme? —preguntó Stephen, asqueado ante el espectáculo de Michael sentado tan tranquilo junto a su hermana muerta.

—Aquí no. Obviamente. —Michael sonrió y contorsionó los labios.

—Por Dios —dijo Stephen—. Ponte el abrigo. Vienes conmigo.

Michael rió y se alisó el pelo.

—Ya estoy muerto, como mi hermana, casi. Yo también tomé una pastilla, ¿sabes?

—Tú eres una criatura...

—Creí que Papá te había explicado todo. —Michael se acostó junto a su hermana y miró a Stephen como un cachorro, con la cabeza ladeada en un ángulo forzado.

—Tú sabes dónde está Esme, entonces, dímelo.

—Nunca la comprendiste. Ella vino aquí a morir.

Un instante después, Michael dejó de respirar.

Stephen buscó por todo el barco, nivel por nivel, se metió en las fiestas donde los que habían elegido morir disfrutaban de los últimos placeres, recorrió los salones donde estaban sentadas las parejas de viejos, esperando el final. Bajó a la Cubierta F, donde había hecho el amor con Esme en el baño turco. El agua le llegaba a las rodillas, estaba verde y jabonosa. Tenía miedo, porque la inclinación era cada vez peor. Veía subir al agua mientras caminaba.

Tenía que subir las escaleras, llegar arriba y salir, subir a un bote salvavidas, alejarse del barco, pero seguía caminando, incapaz de detenerse. Tenía que encontrarla. Hasta podía estar en la Cubierta de los Botes en ese mismo momento, pensó, caminando por un corredor en medio del agua. Pero él debía asegurarse de que no estaba allí.

El baño turco se estaba llenando de agua, y las luces todavía estaban encendidas y producían una iluminación fantasmal. En el lugar flotaban los más diversos objetos: unas chinelas azules, un peine, papeles, cigarrillos, y varios envoltorios plásticos.

En el diván distante estaba Esme, meditando, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre la falda. Llevaba un sencillo vestido blanco. Lleno de felicidad, Stephen le gritó. Ella se estremeció y despertó; parecía desorientada, y sin decir una palabra echó a andar chapoteando en el agua hacia la otra salida, metiendo las manos en el agua como si de esa manera pudiera acelerar el paso.

—Esme, ¿dónde vas? —gritó Stephen, siguiéndola—. No te escapes de mí.

Una explosión los arrojó a los dos al agua y se derrumbó una pared. Una lámina sólida de agua pareció entrar en la habitación, golpeó a Stephen, lo derribó y lo arrastró. Luchó por llegar a la superficie y trató de volver nadando, para encontrar a Esme. Se desprendió una lámpara del techo, y cayó rozándolo.

—¡Esme! —gritó, pero no la veía, y de pronto tragó agua. Comenzó a nadar, mientras la corriente lo arrastraba por un corredor apartándolo de ella.

Finalmente Stephen pudo agarrar una barandilla de hierro y subir a un lugar seco. Hubo otra explosión, el suelo se inclinó. Stephen miró el agua que llenaba el

corredor, el baño turco, la cubierta entera, y llamó a gritos a Esme.

El barco se estremeció, luego todo quedó inmóvil. En los grandes salones las arañas colgaban en los ángulos; las mesas y las sillas resbalaban por el suelo y parecían alinearse frente a las paredes como animales de madera. Las luces seguían encendidas, como si todo estuviera bien excepto la gravedad, que estaba haciendo travesuras. Stephen caminaba y trepaba, seguido por el mar, como en un sueño.

Aterido, se encontró nuevamente en la Cubierta de los Botes. Parte de la cubierta estaba ya sumergida. Casi todo el mundo se había trasladado al otro lado, subiendo la cuesta mientras la proa se hundía cada vez más en el agua. Los botes habían desaparecido, y la tripulación también. Había algunos hombres y mujeres en el techo del sector de oficiales. Trabajaban intensamente, tratando de lanzar los plegables C y D, su única posibilidad de ponerse a salvo alejándose del barco.

—Es mejor que nada —gritó una mujer, y ella y sus amigos saltaron tras el bote.

Stephen temblaba de frío, todavía no se decidía a saltar al agua de menos de cero grado de temperatura, aunque sabía que no quedaba mucho tiempo, y que tenía que apartarse del barco antes de que se hundiera. Todo lo que estuviera en el barco o cerca de él sería succionado hacia el fondo. Cruzó a la zona de estribor, donde algunos otros hombres trataban de empujar el bote hasta el borde de la cubierta. El gran barco se inclinaba pesadamente a babor.

Esa vez Stephen simplemente se puso a trabajar con los demás. Nadie se quejaba. Estaban tratando de deslizar el bote sobre el borde en las planchadas. Todas esas personas parecían estar en excelente estado físico... Stephen observó que alrededor de la mitad eran mujeres que llevaban los mismos abrigos que los hombres. Eso era un juego para todos ellos, sospechó Stephen, y se divertían. Cada uno trataba de vencer al destino, de una u otra manera; el atractivo estaba en ganarle a la suerte, optar por morir y sin embargo sobrevivir.

Pero enseguida el puente se hundió bajo el agua.

Hubo un terrible estallido y Stephen resbaló por el piso mientras todo se inclinaba. «¡Se hunde!», gritó alguien. Así era: la proa del barco se elevaba bruscamente. Las luces parpadearon. Hubo un rugido y se rompieron las entrañas del barco, las cadenas de las anclas, las gigantescas máquinas y calderas. Cayó una de las enormes chimeneas negras y se hizo pedazos en el agua en medio de un montón de chispas. Pero el barco seguía brillantemente iluminado, cada ojo de buey parecía estar en llamas. La cofa para el vigía que Stephen veía frente a él estaba casi sumergida, pero Stephen nadó hacia ella. Luego reaccionó y trató de apartarse del barco, pero era demasiado tarde. Se sintió chupado hacia atrás, hacia abajo. Iba a ser arrastrado al ventilador, que estaba frente a la chimenea de adelante; jadeó, tragó agua, y sintió el tejido metálico, la parrilla que lo salvaba de ser succionado hacia adentro. Contuvo la respiración desesperadamente.

Las aguas se alborotaban a su alrededor, y luego hubo otra explosión. Stephen sintió calor en la espalda, mientras una vaharada de aire caliente lo empujaba hacia

arriba. Luego fue expulsado al aire helado. Nadó con todas sus fuerzas, apartándose del barco, de los estallidos y los golpes del vidrio y la madera, de los restos de sillones, planchadas, sogas, y especialmente de otras personas que gemían, gritaban y trataban de aferrarse a él como a una boya y de arrastrarlo hacia abajo con el barco que se hundía.

Siguió nadando y oyó voces cerca y vio una forma oscura. Por un momento no supo qué era, luego se dio cuenta de que estaba cerca de un bote dado vuelta, el plegable que había visto lanzar al agua. Había casi treinta personas, hombres y mujeres, parados sobre el bote. Stephen trató de subir a bordo y alguien le gritó: «¡Nos hundirás, ya somos demasiados!». Una mujer trató de golpear a Stephen con un remo, y por poco logró darle en la cabeza. Stephen nadó hacia el otro lado del bote. Se aferró otra vez, encontró el pie de alguien, y recibió un puntapié que volvió a arrojarlo al agua.

—Ven —dijo un hombre—, tómate de mi brazo y te ayudaré a subir.

—¡No hay *lugar*! —gritó otro.

—Hay bastante lugar para uno más.

El bote comenzó a balancearse.

—Caeremos todos al agua si seguimos así —gritó el hombre que sostenía a Stephen a bordo. Se paró junto a los otros; realmente apenas había lugar. En ese momento todos formaron una doble fila, frente a la proa, y se inclinaban en dirección opuesta al oleaje, todos rogando por vivir, por tener una última oportunidad. Mirando hacia donde antes estaba el barco, Stephen pensó en Esme. No toleraba imaginarla muerta, flotando en los corredores del barco.

Se oía muy bien a los que estaban en el agua; en realidad los llamados parecían magnificados, como para ser oídos claramente por todos los que estaban a salvo como castigo por pasados pecados.

—Somos todos los que elegimos morir —dijo una mujer parada junto a Stephen—. Estoy segura de que nadie vendrá a rescatarnos antes del amanecer, cuando tengan que recoger a los sobrevivientes.

—Seremos los últimos que recojan, si es que piensan recogernos.

—Los que están en el agua han pagado por algo y tienen que recibirlo. Y como nosotros optamos por la muerte...

—Yo no —respondió Stephen, hablando casi para sí.

—Bien, la tendrás de todas maneras.

Stephen estaba tieso, pero ya no sentía frío. Como desde lejos oyó el ruido de alguien que caía al agua desde el bote, que se hundía muy lentamente a medida que el aire escapaba bajo el casco. Por momentos el agua le llegaba a las rodillas, pero sin embargo ni siquiera temblaba. El tiempo se distendía o se contraía. Lo medía por el ruido que hacían sus compañeros al caer por la borda. Se oyó llamando a Esme, tal

vez para despedirse, tal vez para encontrarse con ella.

Al amanecer, Stephen estaba tan desequilibrado por el frío que creía estar en tierra, porque el mar estaba lleno de restos... corcho, sillones, cajas, pilastras, alfombras, madera tallada, ropas, y por supuesto los cadáveres de los desafortunados que no habían podido o no habían querido sobrevivir... y los grandes icebergs y los más pequeños, llamado *growlers*, parecían acantilados y laderas de montañas. Los icebergs era brillantes y de muchas tonalidades, como si los hubiera pintado algún melancólico Gauguin del Norte.

Se oyó la voz ronca de una mujer que decía: «¡Está bajando, está bajando!». El dirigible, que parecía una gran ballena blanca, parecía descender hacia su elemento más natural, el agua, y no el aire puro y frío. Los motores eléctricos no se oían.

A la distancia Stephen veía los otros botes. Pronto la nave comenzaría a rescatar a los que estaban en los botes, que en ese momento se hallaban atados entre sí, arracimados. Mientras dejaba vagar sus pensamientos y se le humedecían los ojos por el reflejo del sol, vio un trozo de roble tallado que aparecía y desaparecía del agua cerca del bote. Allí en la caja destapada, con los ojos cerrados, flotaba Papá. Papá abrió los ojos y miró a Stephen. Stephen gritó, perdió el equilibrio y se hundió como un cuchillo en las aguas heladas y negras.

El salón Laurel del dirigible *California* estaba oscuro y lleno de sobrevivientes. Algunos estaban sentados en las sillas tapizadas en tela floreada; otros se paseaban por el salón. Pero todos miraban los *tapes* holográficos de tamaño natural del *Titanic*. Las imágenes llenaban el espacioso ámbito.

Stephen estaba de pie, al fondo, apartado de los otros que aplaudían cada vez que había un primer plano de alguien que saltaba al agua. Se arrebujó en su abrigada manta y se estremeció. Hacía veinticuatro horas que estaba en el dirigible, y todavía estaba aterido. Un hombre de la tripulación le dijo que eso se debía a las inyecciones que le habían dado al subir al dirigible.

Hubo otra ovación y, horrorizado, vio que lo ovacionaban a él. Se vio succionado por el ventilador y luego lanzado hacia arriba hasta la superficie. Le dolía el cuerpo por los golpes. Pero se había salvado. Sobrevivió y la experiencia había sido real. Valía la pena por eso, pero Esme...

—La tuya fue una de las experiencias *más* interesantes —le dijo una mujer tocándole la mano. Stephen retrocedió y ella se encogió de hombros, y luego se apartó de él.

—Quiero presentar una queja —dijo un hombre corpulento con ropa de época a uno de los oficiales del *Titanic*, que estaba de pie junto a Stephen bebiendo un cóctel.

—¿Si?

—Me salvaron contra mis deseos. Hice este viaje específicamente para lanzarme contra los elementos.

—¿Firmó su renuncia a nuestra protección?

—No sabía que había que firmar nada.

—Toda esa información se dio —dijo el oficial con indiferencia—. Los pasajeros que realmente se han comprometido a aceptar el riesgo firman, y los dejamos librados a sus propios medios. En los demás casos somos responsables de la vida de cada pasajero.

—Lo mismo habría dado que saltara al océano al comienzo y me rescataran —repuso el pasajero con amargura.

El oficial sonrió.

—La mayoría de los pasajeros prefiere ponerse a prueba el mayor tiempo posible. Pero si quiere presentar una queja formal...

El pasajero se alejó, furioso.

—El hombre trata de defender su amor propio —explicó el oficial a Stephen—. Pero *usted* tuvo un trayecto interesante. Nos sobresaltó mucho; pensábamos que iba a subir a un bote salvavidas con los demás, pero desapareció debajo de la cubierta. Fue un poco más difícil controlarlo, pero nos arreglamos... ésa es la diversión para nosotros. Nunca estuvo en peligro, por supuesto. Bien, tal vez un poquito.

Stephen estaba consternado. Sentía que sus experiencias habían sido reales, que realmente se había salvado solo. Pero nada había sido real. Sólo Esme...

Y entonces la vio entrar en el salón.

—Esme... —No podía creerlo—. ¡Esme!

Ella fue hacia él y le sonrió como cuando se vieran por primera vez. Llevaba una caja de cedro dañada por el agua.

—Hola, Stephen. Qué increíble, ¿no?

Stephen la estrechó entre sus brazos, pero ella no respondió. Esperó un tiempo razonable, y luego se apartó.

—Y mira —dijo—, hasta encontraron a Papá. —Abrió la caja y se lo mostró.

Papá parpadeó y abrió los ojos. Por unos momentos su mirada fue vaga y descentrada; luego fijó los ojos en Esme y se puso alerta.

—Esme... —dijo con tono incierto, y sonrió—. Esme, qué sueño extraño tuve. —Rió—. Que era una cabeza en una caja...

Esme cerró la caja de un golpe.

—¿No es maravilloso? —comentó. Dio unos golpecitos a la caja y sonrió—. Casi me convenció de que siguiéramos hasta el final, esta vez.

*Going Under*, 1981



# **Por qué Johnny no puede acelerar**

*Alan Dean Foster*

*Las andanzas de la infancia proporcionan buen material a los comediantes, a los novelistas tradicionales, a los historiadores y a muchos narradores, pero rara vez a los autores de ciencia ficción. Supongo que esto se debe a que, al estar siempre sintonizados con el mañana, tenemos poco tiempo para el ayer.*

*Sin embargo, de vez en cuando, recuperamos incidentes o ideas de nuestra adolescencia o tiempos aun más antiguos. La inocencia de la infancia ofrece un marcado contraste con la sofisticación de la edad adulta. El resultado puede ser esclarecedor, no sólo para dar tema a una historia, sino como forma de aprender algo sobre nosotros mismos.*

*El hombre moderno es un animal violento. Algunos antropólogos insisten en que éste es un rasgo adquirido y no inherente. Me pregunto cuánto de esto tiene que ver con el hecho de que crecemos en medio de tantas máquinas violentas de nuestra propia invención.*

ESTIMADOS SEÑOR Y SEÑORA MERWIN:

ES MI PENOSO DEBER COMUNICARLES QUE SU HIJO, ROBERT L. MERWIN, MURIÓ EN UNA ACCIÓN DE CONMUTADORA EN LA RUTA DE SAN DIEGO HACIA EL SUR, CERCA DEL SEGUNDO DESVÍO DE IRVINE RANCH, ORANGE COUNTY.

POR LO QUE HAN PODIDO RECONSTRUIR NUESTROS INVESTIGADORES, APARENTEMENTE EL JOVEN ROBERT TRATÓ DE PASAR A UN GM CADDY MARÁUDER NEGRO. NO ME HAN LLEGADO NOTICIAS DE NINGUNA VIOLACIÓN AL CÓDIGO NORTEAMERICANO DE TRÁNSITO, PERO LOS MANTENDRÉ INFORMADOS SI SURGIERA ALGO EN ESE SENTIDO. CONTINÚAN LAS INVESTIGACIONES HABITUALES. EL OTRO VEHÍCULO IMPLICADO ES CONOCIDO POR LA POLICÍA DE ORANGE COUNTY. SU DUEÑO FUE INTERROGADO PERO NO DETENIDO. INCLUIMOS MÁS DATOS Y DETALLES. SIN MÁS, LES TRASMITO MI MUY SENTIDO PÉSAME.

SALUDA A USTEDES ATENTAMENTE,  
GEORGE WILSON ANGEL  
JEFE DE LA DIVISIÓN CALIFORNIA  
PATRULLA DE LA RUTA DEL DISTRITO DE CALIFORNIA

ADJ.: 1 CONSTANCIA DE ACCIDENTE  
1 CONSTANCIA DEL MÉDICO FORENSE

Frank Merwin volvió a doblar la carta, la colocó nuevamente en el sobre, y la dejó sobre la mesita de la lámpara, cerca de la radio. Abrazó un poco más estrechamente a su esposa. El llanto de ella ya no era histérico, porque se había atenuado un poco la terrible conmoción inicial. Él lograba controlar bastante bien sus emociones, pero como había manejado durante unos veinte años en la zona de Los Angeles estaba consecuentemente endurecido. Cuando volvió a hablar en su voz había tanta amargura como pena.

—Bueno, bueno, Myrt...

La ayudó a sentarse en el gran diván blanco, caminó hasta el centro de la habitación y allí se detuvo, cruzando y descruzando las manos en la espalda. Los dibujos de la alfombra atraían su atención.

—Carajo, Myrtle, se lo dije, ¡se lo dije! «Mira, hijo, si insistes en manejar todo el trayecto hasta Las Vegas, ¡al menos llévate el Pontiac! Ten un poco de sensatez», ¡se lo dije! No sé qué les pasa a los chicos en esta época, querida. Uno creería que esta vez me iba a escuchar, ¿no? Yo, que una vez hice todo el camino desde Indianápolis hasta Los Ángeles y sólo me desafiaron dos veces... ¡sólo dos; Myrt! Pero él no... él

tenía que alardear... «Mira, papá, esto es algo que tengo que resolver solo. En mi propio auto», me contestó. Yo sabía que tenía problemas con ese VW. Y se lo decía a menudo, también. Pero, no, lo único que se le ocurría decir era: «Papá, lo peor que puede pasar es que tenga que maniobrar con algún otro, ¿verdad? Y si me meto en dificultades, cualquier otro VW de la ruta me ayudará, a eso estamos comprometidos... en la mayoría de las acciones». ¿Qué le dices a un chico así, Myrt? ¿Cómo llegas a él? —Su rostro expresaba un desconcierto total. El llanto de su esposa se había convertido en un suave sollozo. Se estaba secando los ojos con uno de sus viejos pañuelos.

—Yo tampoco lo sé, querido. No sé por qué tenía que ir hasta allá. ¿Por qué no podía haber tomado el Trans, Frank? ¿Por qué?

—Ah, ya sabes por qué. ¿Qué hubieran dicho sus *amigos*? «Miren a Bobby Merwin, tiene miedo de manejar su propio pito», y groserías por el estilo. —Su sarcasmo se hacía más incisivo—. ¡Todavía sentía que tenía que probarse como hombre, el muy idiota! Ya había andado sólo por las rutas. ¿Qué necesidad tenía de atravesar el país? Pero, carajo, si tenía que demostrar agallas, ¿por qué no hacerlo con el auto grande? Ni un VW preparado para profesional puede dar tanto. Y, por encima de todo esto, ¿quién iba a pensar que cometería la insensatez de entrar en ese tipo de discusión? ¡Hizo el Curso de Automovilista! A quién se le ocurre que un VW puede discutir posiciones con un Cadillac... ¡un Marauder, nada menos! ¿Dónde estaban sus «amigos», eh? Le advertí sobre los tramos ligeros desde aquí a San Diego, donde el flujo es ligero, no hay ayuda muy cerca y algún loco puede sorprender a uno de atrás.

Se detuvo para recuperar el aliento, volvió junto a la lámpara de pie y tomó la carta. Ya conocía el contenido: esa vez solo le echó una mirada. Se la ofreció a su esposa, pero ella la rechazó, de manera que volvió a ponerla sobre la mesita.

—Supongo que sabes lo que tengo que hacer ahora.

Ella asintió, sollozando.

—Bob llevaba ese regalo a un amigo en San Diego. Me ocuparé de que llegue.

Ella lo miró sin muchas esperanzas. Conocía a Frank.

—No creo...

Él hizo un gesto negativo. Su expresión era bondadosa, pero firme.

—No, querida. Lo llevaré yo mismo. Me niego a enviarlo por correo y por cierto no iré en el Trans. Después de tantos años... No, iré por el mismo camino que fue Bob, por la misma ruta. Primero haré poner a punto el J. J.

Ella miró alrededor con indiferencia, mientras tironeaba de la delicada tela del diván.

—Supongo que al menos se lo llevarás a...

—¿Héctor? Por supuesto. Cobra mucho pero vale la pena. Es el mejor mecánico de la zona. Me gusta tratar con él. Al menos sé que pago por algo que vale. En estos momentos no podría ir a otra parte, ¿verdad? No querría que pensara que tenemos prejuicios, o algo así. Hace... hace cinco años que acudo a él. Casi he olvidado lo que

es...

—¿Irá hasta San Diego, verdad, señor Merwin? —preguntó el fornido chicano. Estaba tratando de limpiarse la grasa de las manos. Parecía imposible que el trapo roñoso que tenía en las manos pudiera absorber más grasa negra.

—Sí, Héctor, así que entenderá por qué le digo que el J. J. tiene que estar perfectamente a punto...

—¡Ciertamente!

Frank asintió y fue hasta el J. J., que estaba junto a la gran persiana levantada del amplio garaje. Se deslizó en el mullido asiento del conductor, puso las tres llaves en encendido, y luego accionó el botón para levantar el capó. En cuanto éste empezó a levantarse bajó del auto, dejando las llaves en encendido. Héctor ya estaba inclinado sobre la planta de energía del auto, observando atentamente el funcionamiento.

—Bien, señor Merwin, por lo que veo su automóvil está en excelentes condiciones... ¡sí, excelentes! ¿Le lleno el tanque?

Frank asintió sin decir palabra. La rapidez de la inspección del mecánico no le sorprendía en absoluto. Al fin y al cabo, el J. J. siempre había recibido el mejor cuidado profesional y los beneficios de su propio trabajo desde que lo compró. Héctor no levantó la mirada mientras soltaba los respectivos paneles sobre el calibre .70 del lado derecho.

—¿Puedo preguntarle cómo piensa ir?

Frank había sacado la Meerschaun grande y la estaba cargando de tabaco.

—Bien... Iré por Burbank hasta la autopista de San Diego y seguiré por allí. Sería un poco más rápido ir por Ventura, pero en un viaje como éste el tiempo ahorrado no tendría importancia, y no le veo sentido a luchar por el intercambio.

Héctor hizo un gesto de aprobación.

—Muy razonable. Usted sabe que tiene dos tramos bastante malos en este trayecto, señor Merwin. Muy problemáticos. Supe lo de su hijo. Lo siento. A todos nos llega alguna vez la jornada de la muerte.

Por un momento, Frank dejó de llenar su pipa.

—No pudo evitarse —dijo con tono tenso—. Bob no se dio cuenta... no vio en qué se metía, eso es todo. Yo me siento culpable también, pero ¿qué podía hacer? Tenía dieciocho años y la ley me impedía hacer nada para retenerlo. Simplemente asumió más de lo que podía.

Uno de los ayudantes de Héctor había acercado un cargador grande. El mecánico le indicó con un gesto que se retirara y siguió cargando él mismo. Frank le agradeció el gesto.

—Era un Cadillac, ¿no?

—Sí. —Se inclinaba sobre el hombro del mecánico para seguir el proceso de la carga. Uno nunca sabía lo que podría llegar a tener que hacer sólo en la ruta.

—¿Qué le está poniendo? ¿Explosivo o perforador de armaduras?

—Mezcla. —Héctor dejó caer de golpe el pesado capó. Se cerró con un clic y quedó trabado—. Las dos, secuencia alternada. Es más caro, sí, pero al fin y al cabo al auto de su hijo lo destrozó un Marauder. ¿Negro?

—Sí —respondió Frank, levemente sorprendido—. ¿Cómo lo supo?

—Ah, entre la gente que anda en esto corren los rumores. Creo que conozco a ese vehículo en particular. El dueño le hace la mayor parte del trabajo, según creo. Es difícil meterse con eso, señor Merwin. ¿Está pensando en...?

Frank se encogió de hombros y desvió la mirada.

—En esta época uno nunca sabe con quién se topará en la ruta, Héctor. Yo nunca he huido de las peleas.

—No quise decir eso. Todos conocemos su récord de combate como conductor, señor Merwin. No hay tantos ases que vivan en el Valle.

Hizo un ademán significativo señalando el costado del auto. Había once figuras impresas allí. Cuatro medianos, cuatro compactos... gente local. Audaz, pero loca. Dos coches sport —chicos— un Jag y un Vet, según recordaba. Sonrió, evocando. La velocidad no era *todo*. Y un gran sello de oro. Acarició cariñosamente las impresiones. La dorada grande la había obtenido en ese viaje legendario desde Indianápolis, en el ochenta y tres... no, en el ochenta y dos. El Imperial fue arduo, y debía admitir que había tenido mucha suerte, que era muy joven como para saber lo que tenía que hacer. Los tiros que rebotaban no se podían prever, pero, carajo, ¡cualquiera podía tirar a las gomas! Así pensaba él veinte años antes. En ese momento había aprendido algo, ¿verdad?

Se preguntó si Bob habría intentado algo igualmente insano.

—Sí, bueno, tenga cuidado, señor Merwin. Un Marauder es peligroso desde la fábrica. Bien preparado, podría llegar a resistir un choque con un Greyhound.

—No se preocupe por mí, Héctor. Sé cuidarme solo. —Estaba observando el revestimiento de nylon de las gomas traseras—. Además, ¡el J. J. da algunas sorpresas propias!

Afuera ya hacía calor, a pesar de que eran las cinco de la mañana. El boletín meteorológico anunciaba una máxima de más de cuarenta grados para el centro de Los Ángeles. Prácticamente no lo sentiría, pero aun con control del aire y climatización se podía sufrir calor. Puso el aire acondicionado mientras retrocedía con el sedán azul para salir del garaje.

Todavía faltaba bastante para la verdadera hora pico y Frank tenía poca compañía en la ruta lateral al pasar por Van Nuys Boulevard hacia la subida de Sepulveda. Un Rambler en el semáforo tardó en salir al cambiar la señal. Tocó la bocina una vez y el asustado conductor del vehículo claramente clasificado como neutral se apresuró a dejarle paso. Teóricamente todos los autos de las calles planas eran iguales. Pero

algunos eran más eficaces que otros.

La subida de Sepulveda era excelente para entrar en el sistema y no sólo porque era una forma más fácil de pasar por el intercambio Ventura. En lugar de ascender por una pendiente, como en casi todas las subidas, el conductor debía descender de una alta colina. Eso permitía a los autos más viejos ganar una valiosa aceleración fácilmente y también proporcionaba al conductor una vista aérea del esquema de tránsito allá abajo.

Pasó por el estacionamiento conmutador de la estación Kester Trans. Ya comenzaba a llenarse con los conmutadores más pasivos que estacionaban sus vehículos a favor del Trans público. Sintió una oleada de desprecio, la reacción habitual del automovilista independiente a los conductores blandos que abandonaban gustosos su libertad vehicular por el amontonamiento de los sistemas de tránsito de masas. ¿Qué clase de persona había que ser, se preguntó por enésima vez, para cambiar su derecho natural por una seguridad de lata de sardinas? Decididamente el país estaba perdiendo su columna vertebral. Sacudió la cabeza, acongojado, mientras su ojo práctico estudiaba el cuadro que se movía allá abajo.

Mass Trans había requerido, y seguía requiriendo mucho dinero. Una forma en que los gobiernos implicados (es decir los de la mayoría de las naciones industriales desarrolladas) lograban obtener las cantidades era reducir las costosas fuerzas motorizadas necesarias para regular los extendidos sistemas de las autopistas. A medida que aumentaban las reducciones las patrullas sobrecargadas de trabajo tomaron la costumbre de dejar que los conductores resolvieran sus propias disputas. Esa costumbre se terminó con la decisión de la Suprema Corte tras el famoso juicio *Briver vs. Matthews* y el estado de Texas en el setenta y nueve, donde se determinó que todos los intentos de regular los sistemas de autopista interestatal sin detenciones eran una violación directa a la Primera Enmienda.

Cualquier automovilista que no quisiera tener discusiones podía usar un medio de transporte alternativo, seguro y tranquilo en los nuevos sistemas Mass Trans, la mayoría de los cuales iba por el centro y los costados de las autopistas conocidas, mucho más arriba que el tránsito enloquecido. Los beneficios eran inmediatos. Menos polución incluso de los buenos motores a turbina-vapor-electricidad de los automóviles privados, el fin de muchos problemas de estacionamiento en las grandes ciudades... y mucho más. Por primera vez desde su creación las autopistas, incluso en las horas pico, se hicieron accesibles a velocidades cercanas a las que pensaron sus constructores. Y los psiquiatras comenzaron a aconsejar la conducción de autos como excelente terapia para personas con instintos violentos e incluso homicidas.

Sin duda había algunos imbéciles mariquitas antinorteamericanos que ponían el grito en el cielo por la proliferación de recursos «argumentativos» entre los autos de alta potencia. Algunos ridículos llegaban a hablar de una «carrera armamentista» entre los fabricantes de autos. Los autos alemanes hacían sus mayores incursiones en décadas en los mercados extranjeros. Carrocería blindada, vidrios a prueba de balas,

algunas armas... ¿de qué otro modo esperaban esos chiflados que un hombre decente pudiera Conducir con Tranquilidad?

Con el motor rugiendo, el sedán ascendió por la subida, con creciente ostentación innecesaria. A Frank siempre le había gustado hacer una entrada impresionante. *Que todos se enteren enseguida de quién es uno, o le pasarán por encima.* En ese caso no hacía falta esa táctica... sólo había otros dos autos en el esquema de su entrada, los dos en los carriles más alejados.

Se corrió lentamente hasta quedar detrás de ellos, mirando cuidadosamente en el espejo lateral y en el retrovisor si había otros que se acercaran a gran velocidad. Los carriles a sus espaldas estaban vacíos y no tuvo problema en llegar al cuarto carril de los cinco que eran. Allí estaba más seguro. Había mucho lugar para que pasaran los desafortunados y él podía mantener una velocidad decente sin competir con los lerdos. Llevó el J. J. a una cómoda velocidad de cien kilómetros por hora, y se arrellanó en el asiento para el largo trayecto.

Sólo vio dos desastres mientras avanzaba cómodamente por el Paso Sepulveda... la normal a esa temprana hora. Probablemente los hombres de la heligrúa estaban cambiando de turno, de manera que los autos destrozados quedarían allí un poco más que a otras horas del día con más tránsito.

Su primera sensación de acción la tuvo al aproximarse a la Wilshire por los accesos. Dos compactos se apartaron torpemente. El carril lento estaba ocupado por un Toyota de cuatro puertas. Una cupé Honda, resoplando fuertemente para llegar a la velocidad tope, salió del acceso en mala posición. Era necesario que uno u otro desaceleraran para entrar bien y el sedán, que estaba en una posición superior, naturalmente se negó a ser el que lo hiciera. En lugar de tomar el carril lento, el Honda mantuvo su velocidad de aproximación original y disparó sin previo aviso desde su pequeño revólver de calibre .25 (juzgó Frank) montado en la ventanilla y alcanzó al sedán en un costado. El sedán se desvió locamente unos momentos mientras el conductor, sobresaltado, perdía el control durante unos segundos. Luego retomó su dirección y su actitud anterior. Frank y los autos que le seguían desaceleraron para dar bastante lugar para operar a los combatientes.

El vidrio blindado recibía el ataque y el sedán comenzó a devolver los disparos... Frank pensó que debían de tener equipo estándar, de fábrica, aproximadamente igual. Ya estaban llegando al final del acceso. Desesperadamente, negándose a darse por vencido, el de la cupé cerró bruscamente a la trompa del sedán. El dueño del sedán se desvió fácilmente al segundo carril y luego cerró él. En ese ángulo su pistola de estribo apuntó directamente a la cupé. Un fuerte estampido anunció una cubierta reventada. Con un golpe breve, casi de cámara lenta, la cupé chocó contra la defensa y saltó, desapareciendo de la vista. Por el espejo retrovisor Frank sólo alcanzó a ver el humo que comenzaba a elevarse al pasar como una bala por el lugar.

Ahora que la pelea había terminado, Frank apretó a fondo el acelerador otra vez, haciendo un rápido saludo al vencedor, quien se lo devolvió con elegancia.



Considerando sus limitados recursos, el hombre se había portado bien. Había manejado bien a una figura C, pero la maniobra no le habría servido de nada con un automóvil más grande. Con el de Frank, por ejemplo. Pero los conductores de compactos eran una raza especial y a menudo compensaban su falta de potencia, de motor y de ataque con la simple bravura. Frank todavía miraba Don Railman y su Supersub religiosamente por televisión los domingos aunque los *ratings* habían bajado muchísimo desde la última temporada. Tampoco olvidaría nunca la ocasión en que el *Weekly Caripper's Telemannual* con el viejo Ev Kelly hizo un special sobre un Might Mite preparado a mano, con la pistola antitanque Webcor inteligentemente disimulada en el baúl delantero. No, era mejor no tomar a la ligera a los compactos, ni siquiera a los «sub».

Pasó por el intercambio de Santa Mónica sin problemas. En realidad, lo único parecido a un enfrentamiento que tuvo en toda la porción de Los Ángeles del viaje ocurrió minutos más tarde cuando pasó a toda velocidad por los accesos del Aeropuerto Subinternacional de Los Ángeles.

Un Vet nuevo, todo brillo y dorado, atronaba detrás de él. Allí seguía, cerrándolo por atrás. Eso sólo era una provocación al combate. Veía claramente a la conductora, una muchacha joven, tal vez una adolescente. Más o menos de la edad de Bob, pensó con furia. Sin duda que su papito le habría comprado la bomba. La muchacha tocó la bocina con fuerza e insistencia. La ignoró. Podía pasarla por cualquiera de los dos carriles con toda facilidad. Pero le disparó una andanada de balas a la parte trasera. Como él, resueltamente, siguió ignorándola, hizo un mohín, y luego se puso a un costado suyo. Riéndose, le hizo un gesto obsceno que identificó con su mente no tan arcaica. Él movió bruscamente la dirección, y luego en dirección contraria. La expresión altanera de la muchacha fue reemplazada por una de miedo. Cuando vio que él sólo trataba de asustarla volvió a sonreír, aunque con mucha menos arrogancia, y siguió adelante a no menos de ciento treinta por hora.

«Será mejor que esa chiquilina estúpida cuide sus modales, o no llegará a hacer treinta mil kilómetros. Tal vez debería haberle dado una lección, reventándole una goma, quizá». Bien, Bien. Todavía quedaba mucho camino por andar. Que le enseñara algún otro.

Se calmó y prestó atención al salir de Santa Ana y entrar en el área de Irvine. Allí había poco tránsito de conmutación y sólo algunos playeros inofensivos a esa hora del día. Vio un solo auto del tipo del Cadillac, un viejo Thunderwood amarillo. No estaba seguro de si debía sentirse desilusionado o aliviado mientras entraba en la parada de San Clemente para tomar el desayuno. Podía haberlo tomado en su casa, pero había preferido salir sin hacer ruido para no despertar a Myrtle. Pediría huevos, tostadas y mermelada, y disfrutaría de una vista del Pacífico junto con el café, a pesar de las nubes bajas que se acumulaban desde hacía veinte minutos. Esperaba que no lloviera, aunque con la lluvia disminuiría el calor. El tiempo era una de las razones por las que siempre evitaba los caminos más desiertos, largos pero más seguros.

Pronosticaban tormentas eléctricas, y hasta el mejor conductor táctico podía perder posiciones en medio de una lluvia intensa. Prefería una situación en que su habilidad operara sin complicaciones provenientes de la naturaleza.

Unas gotas tibias, grandes y pesadas, cayeron sobre él al salir del restaurante. Estaba mucho más oscuro y la humedad era terrible. Pero había dejado atrás Irvine. Lo mejor sería ir rápido a San Diego y estar de vuelta en casa antes del anochecer.

Sólo le esperaban los vigilados carriles de Camp Pendleton y luego el casi desierto Oceanside hasta La Jolla antes de entrar otra vez en tránsito pesado. Contrariamente a las predicciones de la primera época, la población de California se había extendido hacia adentro, y no a lo largo de la costa, que en su mayor parte era propiedad del Estado. Si hubiera tenido la sensatez de comprar cincuenta hectáreas cerca de Mojave antes de que construyeran allí el aeropuerto...

A la izquierda veía el viejo Palacio Presidencial brillando en su colina solitaria. Le hizo un saludo nostálgico, luego aceleró ligeramente al acercarse al atajo de Pendleton.

La llovizna siguió tan tenue que no se molestó en poner el limpiaparabrisas. Pendleton pasó rápido y no tuvo motivos para detenerse en Oceanside. Pronto se encontró cruzando las suaves colinas, bañadas por la luz difusa del sol. Algunos animales eran los únicos seres vivos a la vista, junto con unos cuervos grandes que volaban perezosamente en círculos en el aire húmedo. Un grupo de motociclistas pasó ruidosamente a su lado. Dos triciclos avanzaban, uno a la delantera y el otro a la cola del grupo, pero los feos caños de sus rifles estaban cubiertos previendo un posible chaparrón. No le prestaron atención y pasaron a alrededor de ciento cincuenta kilómetros por hora. No deseaba mezclarse con una patota, en especial en ese territorio vacío. Un buen conductor podía poner fuera de combate a tres o cuatro Harley-Davidsons y Yamahas con bastante facilidad, pero las motocicletas, muy fáciles de maniobrar, podían arremolinarsse contra cualquier cosa que fuese más pequeña que un ómnibus o un tráiler, magnificando el efecto de sus armas livianas.

Tal vez podría comprar tierras allí. Contempló con aire ausente las colinas verdes y doradas, sin barrios de viviendas ni supermercados. Tal vez no era otro Mojave, pero sin embargo...

Un fuerte bocinazo atrajo su atención a los espejos. Reconoció la patente de una cupé negra, grande, y casi instantáneamente identificó la marca y el modelo. *No estás bien ubicado, muchacho*, pensó con acritud.

Sus manos apretaron con fuerza el volante mientras pasaba al carril siguiente.

El Cadillac se colocó junto a él, preparándose para pasarlo. Frank eligió el momento con precisión, luego movió una llave en la consola del centro. El lanzallamas de babor erupcionó en un chorro de llama anaranjada. El Cadillac se estremeció como un gato herido. Inmediatamente Frank pasó al carril más alejado,

poniendo la mayor distancia posible entre su coche y el auto grande, permaneciendo ligeramente más adelante.

En el frente de la cupé se veía una larga estría oscura, un tajo profundo en el material de la cubierta. El Cadillac tendría problemas si intentaba cualquier movimiento brusco en su dirección, y Frank no veía problemas en mantener su posición. En ese momento podía lanzarse a la primera bajada si era necesario. Activó el dispositivo del techo, una opción costosa pero que ya había demostrado varias veces su valor. Myrtle había elegido el gran lanzagranadas, pero Frank y el vendedor de la GM la habían convencido de que las cosas vistosas impresionaban a los vecinos, pero en la ruta lo que importaba era la eficacia. Los cincuenta gemelos de la torre comenzaron a disparar contra el Cadillac, haciéndole saltar grandes astillas de vidrio blindado y revestimiento del frente.

Frank se sentía confiado hasta que una gran explosión lo sacudió peligrosamente y lo obligó a usar energía de emergencia en el volante. Asustado, miró sobre el hombro. ¡Gracias a Dios tenía rociadores automáticos! La parte trasera de su coche sobre la rueda izquierda había desaparecido totalmente, lo mismo que la tapa del baúl. El metal y la aislación ennegrecidos y retorcidos echaban humo y gemían. Una mirada al Cadillac confirmó sus peores temores y sintió correr la transpiración hasta escurrirse por el cuello de la camisa, ¡con razón ese Marauder había logrado semejante reputación! ¡En lugar de las pesadas ametralladoras estándar de los Cadillac, se veía surgir un lanzacohetes Mark IV del baúl trasero! Afortunadamente el disparo no había dado en buen ángulo, porque de lo contrario en ese momento le faltaría una rueda y su capacidad de maniobra habría quedado drástica, tal vez fatalmente reducida. Hizo una S justo a tiempo. Otro cohete pasó chirriando junto al paragolpes.

Los cincuenta disparadores de la torre cumplían su misión, pero eran lentos, ¡demasiado lentos! Un cohete más que diera en el blanco acabaría con él. En ese momento el Cadillac disparaba también con sus armas grandes. Deseó ardientemente estar en la cabina de un gran tractor-trailer United Truckers, muy por encima del hormigón, con otro conductor y un hombre que disparara los gemelos. Apareció una grieta en el vidrio de atrás mientras las armas del Cadillac concentraban el fuego. Giró y se torció, aceleró y desaceleró, sin atreverse a dar a su contrincante otra oportunidad de dar en el blanco con esos Mark IV.

«Un momento azaroso, querido Frank. ¡Recuerda Salt Lake City!».

Viró bruscamente a la izquierda. El Cadillac viró detrás de él. En el momento adecuado (¡sí, sí!) movió una llave de emergencia.

Las luces traseras bajas cayeron del J. J. Al mismo tiempo un violento estruendo lo arrojó con tal fuerza hacia adelante que sintió el cinturón de seguridad mordiéndole el pecho. Luchando desesperadamente por conservar el control y maldiciendo todo el tiempo, saltó sobre la división protuberante del centro con una sacudida que le hizo rechinar los dientes, dos ruedas quedaron girando locamente en el aire, luego volvió a

cruzar los cinco carriles. Luchando todo el tiempo con algo que había reventado, logró por fin detener el deteriorado sedán en la banquina de grava.

Jadeando intensamente desabrochó el cinturón de seguridad, salió tambaleando del auto, sosteniéndose contra los costados de metal. Detrás de él, a menos de medio kilómetro en la ruta vacía, se elevaba una gruesa columna de humo de una pila de metal, plástico y cerámica retorcidos, todos enlazados por brillantes llamas anaranjadas. El gran Cadillac negro estaba acabado, dio un paso hacia él, luego se detuvo, mareado por el esfuerzo. Ningún conductor podía sobrevivir a ese infierno. En su ansiedad por colocarse detrás del sedán, el conductor del Cadillac había disparado por lo menos sobre una, tal vez sobre ambas minas de proximidad que Frank había soltado del lugar donde estaban las luces traseras bajas. Tal vez la venganza era un bien pasado de moda en esa época, pero de todos modos se sentía eufórico. Y tal vez Myrtle protestaría al principio, pero él sabía muy bien que interiormente se sentiría contenta.

Percibió algo húmedo que le chorreaba por la mejilla, más de lo que podía venir de una lluvia esporádica. Su mano le dijo que le faltaba una parte de la oreja izquierda. La sangre manchaba su camisa de conductor. Con aire ausente se colocó un pañuelo en la herida. El vidrio de atrás debía de haber saltado en el último minuto. Una mirada lo confirmó mostrándole dos prolijos orificios y un tercero cuestionable en la ventanilla posterior. Al menos habría una chapa de patente sobre la tumba de Bob.

Suspiró. Sería mejor parar en Carlsbad y que le sacaran la oreja. Carajo, si ese chico hubiese prestado un poco de atención en el Curso de Conductores. Dieciocho años y no había aprendido lo que su viejo sabía desde hacía años.

Ante todo la seguridad. Conducir Ofensivamente.

*Why Johnny Can't Speed, 1976*

# **Operación rescate**

*Harry Harrison*

*Hace veinte años que visité por última vez Yugoslavia, y me dicen que desde entonces ha cambiado mucho. Así lo espero. Peor no podía estar. Porque cuando vi por última vez este país —devastado por la guerra y las disensiones internas— todavía contenía recuerdos físicos de lo que toda Europa del Este debe de haber sido antes del fin de la Segunda Guerra Mundial. Una pobreza terrible, poca comida... y mentalidad campesina por todas partes.*

*Las cosas realmente han cambiado. Hace poco tiempo, Zagreb fu e el punto de reunión de World SF —la asociación de profesionales de la ciencia ficción—, mientras que veinte años atrás los yugoslavos ni siquiera tenían una palabra para «SF».*

*En mi breve recorrida por el país conocí a casi todos los personajes que aparecen en esta historia. Caminé p o r esa isla y me bañé en ese mar. Mientras hacía todo esto se me ocurrió la idea de la historia, totalmente desarrollada.*

*Yugoslavia es un microcosmos que refleja nuestro mundo entero. Bajo su fuerte sol vi cómo, agregándole un conocido recurso de ciencia ficción, podía hacerla representar al todo.*

—¡Tiren!, ¡no dejen de tirar!... —gritó Dragomir, aferrado a las sogas alquitranadas de la red. Junto a él, en la calurosa oscuridad, Pribislav Polasek gruñó mientras tiraba de las cuerdas húmedas. La red era invisible en el agua negra, pero la luz azul atrapada en la red se elevaba, acercándose cada vez más a la superficie.

—Resbala... —Gruñó Pribislav, y se aferró al borde del botecito. Por un instante vio la luz azul en el casco, la protección para la cara y el cuerpo con traje de hombre rana que se esfumaba en la oscuridad... luego se liberó de la red. Sólo llegó a ver una sombra oscura antes de que desapareciera.

—¿Lo viste? —preguntó—. Justo antes de caer saludó con la mano.

—¿Cómo puedo saber?... la mano se movió... puede haber sido la red, ¿o quizá todavía está vivo? —Dragomir había inclinado la cara casi hasta la superficie vidriosa del agua, pero no se veía nada más—. Podría estar vivo.

Los dos pescadores volvieron a sentarse en el bote y se miraron bajo la cruda luz de la siseante lámpara de acetileno de la proa. Eran hombres muy distintos, y sin embargo muy parecidos con sus anchos pantalones llenos de manchas y sus camisas de algodón desteñidas. Tenían profundas arrugas en las manos y callos de una vida entera de trabajo duro; y las ideas tardas por el ritmo del trabajo y los años.

—No podemos izarlo con la red —dijo Dragomir, hablando primero, como siempre.

—Entonces necesitaremos ayuda —agregó Pribislav—. Hemos anclado la boya aquí, podemos volver a encontrar el lugar.

—Sí, necesitamos ayuda. —Dragomir abría y cerraba sus grandes manos, luego se agachó para subir el resto de la red al bote—. El hombre rana, el que está con la viuda Korenc, él sabrá qué hacer. Se llama Kukovic y Petar dijo que es doctor en ciencias de la universidad de Ljubljana.

Se inclinaron sobre sus remos e impulsaron firmemente el bote por las aguas cristalinas del Adriático. Antes de que llegaran a la costa el cielo aclaró y cuando amarraron en el malecón en Brbinj el sol estaba por encima del horizonte.

Joze Kukovic miró el disco solar en ascenso, que ya ardía en su piel, bostezó y se estiró. La viuda salió arrastrando las zapatillas, mientras llevaba el café, murmuró unos buenos días y lo dejó sobre la barandilla de piedra del porche. Joze empujó a un lado la bandeja y se sentó junto a ella, luego vació la cafetera de mango largo en la taza. El espeso café a la turca lo despertaría, a pesar de la hora imposible. Desde la barandilla tenía una vista de la polvorienta calle sin pavimentar que llevaba al puerto, y que ya mostraba cierto movimiento. Dos mujeres, con el agua de la mañana en recipientes de bronce sobre la cabeza, se detuvieron a hablar. Los campesinos llevaban sus productos para el mercado de la mañana, cestas de repollos y papas y bandejas de tomates, atados a asnos pequeñitos. Uno de ellos rebuznó, con un ruido áspero que aserró la quietud de la mañana, despertando ecos en los edificios amarillentos. Ya hacía calor. Brbinj era un pueblo en el límite con no se sabía qué, encerrado entre el océano vacío y las colinas yermas, dormido durante siglos y

muriendo poco a poco. Allí no había atracciones... excepto el mar. Pero bajo la calma chata y azul del agua había otro mundo que Joze amaba.

Sombras frescas, valles profundos, más vivos que todas las costas bañadas por el sol que los rodeaban. Entusiasmo, también: precisamente el día anterior, demasiado tarde como para explorarla, había encontrado una falúa romana medio enterrada en la arena. Ese día entraría en la embarcación, y sería el primer ser humano que lo haría en dos mil años, y sólo el cielo sabría lo que encontraría allí. En la arena alrededor del barco había hallado fragmentos de ánforas rotas, tal vez había otras enteras dentro del casco.

Mientras sorbía plazeramente su café vio cómo amarraban el botecito en el puerto, y se preguntó por qué estarían tan apurados los dos pescadores. Casi corrían, y en ese lugar nadie corría en verano. Deteniéndose bajo su porche, uno de ellos lo llamó.

—Doctor, ¿podemos subir? Es por algo urgente.

—Sí, por supuesto. —Sorprendido, se preguntó si no lo tomarían por médico.

Dragomir llegó arrastrando los pies y no sabía cómo empezar. Señaló hacia el océano.

—Cayó, allá, anoche, nosotros lo vimos, ¡un *sputnik*, sin ninguna duda!

—¿Un viajero? —Joze Kukovic frunció el entrecejo, pensando que no había oído bien. Cuando los lugareños se excitaban era difícil entender su dialecto. A pesar de ser un país tan pequeño, Yugoslavia tenía la maldición de estar llena de dialectos.

—No, no era un *putnik*, era un *sputnik*, una nave espacial rusa.

—O norteamericana. —Pribislav hablaba por primera vez, pero lo ignoraron.

Joze sonrió y sorbió el café.

—¿Estás seguro de que no fue un meteorito lo que viste? Siempre hay una fuerte lluvia de meteoros en esta época del año.

—Un *sputnik* —insistió obcecadamente Dragomir—. La nave cayó en el *Jadransko More* y desapareció, nosotros la vimos. Pero el piloto espacial cayó casi sobre nosotros, al agua...

—¿Qué? —gritó Joze, poniéndose de pie de un salto y echando al suelo la bandeja—. ¿Había un hombre en esa cosa, y se salvó?

Los dos pescadores hicieron gestos afirmativos y Dragomir continuó.

—Vimos caer esa luz del *sputnik* cuando pasó por arriba y cayó al agua. No pudimos ver qué era, sólo una luz, y remamos hasta allí lo más rápido que pudimos. Todavía se estaba hundiendo y nosotros echamos una red y conseguimos atraparlo...

—¿Tienen al piloto?

—No, pero una vez nos acercamos lo bastante como para ver que llevaba un traje pesado, con una ventanita como las de los trajes de hombre-rana, y algo a la espalda como los tanques de ustedes allá.

—Saludó con la mano —insistió Pribislav.

—A lo mejor saludó con la mano, no estamos del todo seguros. Volvimos a



buscar ayuda.

El silencio se alargó y Joze comprendió que él era la ayuda que ellos buscaban, y que le habían transferido la responsabilidad. ¿Qué hacer primero? El astronauta podía tener su propio tanque de oxígeno, Joze no tenía idea de las precauciones que se tomaban para los descensos en el agua, pero si había oxígeno el hombre todavía podía estar vivo.

Joze se paseaba mientras pensaba; era un hombre bajo, fornido, con shorts y sandalias color caqui. No era apuesto, porque tenía nariz demasiado grande y dientes demasiado salientes, pero transmitía la convicción del poder. Se volvió y señaló a Pribislav.

—Vamos a sacarlo. ¿Puedes volver a encontrar el lugar?

—Una boya.

—Bien. Y tal vez necesitamos un médico. Ustedes no tienen ninguno aquí, pero ¿hay alguno en Osor?

—El doctor Bratos, pero es muy viejo...

—Si todavía vive, tenemos que ir a buscarlo. ¿En este pueblo hay alguien que sepa manejar?

Los pescadores miraron el techo mientras se concentraban, y Joze trataba de disimular su impaciencia.

—Sí, así creo —dijo finalmente Dragomir—. Petar era guerrillero...

—Cierto —el otro pescador completó la idea—. Contó muchas veces que robaban camiones a los alemanes y él manejaba...

—Bien, entonces uno de ustedes va a buscar a este Petar y le da las llaves de mi auto para que pueda arreglarse. Díganle que traiga al médico de inmediato.

Dragomir tomó las llaves, pero se las entregó a Pribislav, quien salió corriendo.

—Ahora veamos si podemos subir al hombre —dijo Joze, tomando su equipo de bucear y echando a andar hacia el bote.

Remaron juntos, aunque los fuertes golpes de remo de Dragomir hacían la mayor parte del trabajo.

—¿Qué profundidad tiene el agua aquí? —preguntó Joze. Ya chorreaba transpiración bajo el sol.

—El Kvarnerik es más profundo en Rab, pero nosotros estuvimos pescando en Trstenik y allí el fondo sólo está a cuatro brazas. Estamos llegando a la boya.

—Siete metros, no debe de ser demasiado difícil encontrarlo.

Joze se arrodilló en el fondo del bote y se puso las correas del equipo de bucear. Lo ajustó bien, controló las válvulas, luego se volvió hacia el pescador antes de colocarse la boquilla. —Que el bote quede cerca de la boya; yo lo usaré como guía mientras busco. Si necesito una cuerda o alguna ayuda, saldré a la superficie sobre el astronauta, entonces tú puedes traerme el bote.

Luego miró la placa y vio que el ser que estaba dentro del traje no era humano.

Joze tosió un poco y dejó escapar un montón de burbujas: había estado

conteniendo el aliento sin darse cuenta. Se quedó flotando allí, moviendo apenas las manos para seguir en la misma posición, mirando la cara dentro del casco.

Estaba tan inmóvil como una figura de cera, cera verde con superficie rugosa, estrechas fosas nasales, una boca como una ranura y grandes globos oculares que no se veían pero abultaban bajo los párpados cerrados. La disposición de los rasgos faciales era aproximadamente humana, pero ningún ser humano tuvo jamás piel de ese color ni una cresta carnosa, parcialmente visible a través del visor de la cara, que empezaba por encima de los párpados cerrados. Joze observó atentamente el traje hecho de algún material desconocido, y el aparato de regeneración de atmósfera compacto en la espalda del ser extraño. ¿Qué clase de atmósfera? Volvió a mirar la cara del ser extraño y vio que los ojos estaban abiertos y esa cosa lo observaba.

Su primera reacción fue de miedo, se echó hacia atrás en el agua como un pez asustado; luego, enojado consigo mismo, avanzó otra vez. El ser extraño levantó lentamente un brazo, luego lo dejó caer, laxo. Joze miró por el visor y vio que los ojos volvían a cerrarse. El ser extraño estaba vivo, pero no podía moverse, tal vez estaba herido y sufría. Los destrozos de su nave demostraban que había sucedido algo al descender. Con la mayor delicadeza posible pasó un brazo bajo el cuerpo de la criatura para alzarlo, tratando de ignorar una sensación de repugnancia cuando el material frío del traje tocó sus brazos desnudos. No era más que metal o plástico, en eso tenía que ser científico. Al alzarlo el ser extraño siguió con los ojos cerrados, y Joze llevó la forma exánime y casi sin peso a la superficie.

—Estúpido, campesino bruto, ayúdame —gritó, escupiendo el tubo del oxígeno y llenando el bote de agua, pero Dragomir sólo atinó a retroceder, aterrorizado, hasta el extremo de la proa, haciendo un gesto negativo con la cabeza, cuando vio lo que Joze traía de abajo.

—¡Es un ser del otro mundo y no puede dañarte! —insistió Joze, pero el pescador se negaba a acercarse.

Joze echó una maldición y con gran dificultad logró meter al ser extraño en el bote, y luego trepó tras él. Aunque era el doble de grande que Joze, las amenazas de violencia llevaron a Dragomir a los remos, pero usó el par de toletes más alejados, aunque remar con ellos resultaba mucho más difícil. Joze dejó caer su equipo de hombre rana en el fondo del bote y miró más de cerca el material del traje del extraterrestre, que se estaba secando. Su miedo a lo desconocido era superado por su creciente entusiasmo. Era físico nuclear, pero recordaba bastante lo que había estudiado de química y mecánica como para saber que ese material era completamente imposible... según las pautas de la Tierra.

De color verde claro, cubría los miembros del ser extraño con la dureza del acero, pero era blando y se doblaba fácilmente en las articulaciones, como lo comprobó levantando y dejando caer el brazo inerte. Sus ojos recorrieron la diminuta figura del extraterrestre: tenía una gruesa correa aproximadamente donde estaría la cintura de un ser humano, y de la correa colgaba una abultada faltriquera, como los bolsos de

cuero de los escoceses, pero mucho más grande. El traje continuaba en una aparente costura... ¡pero la pierna derecha! Estaba encogida y aplastada como si hubiera sido atrapada por unas pinzas gigantes. Tal vez eso explicaba la falta de movimiento del extraterrestre. ¿Estaría herido? ¿Sufriría?

Había vuelto a abrir los ojos y Joze observó, con repentino horror, que el casco estaba lleno de agua. Seguramente había entrado por alguna abertura, y esa cosa se estaba ahogando. Tomó el casco, tratando de destornillarlo, tirando del él, aterrado, mientras los grandes ojos se alzaban hacia él.

Entonces se obligó a pensar, y soltó el casco con manos temblorosas. El extraterrestre seguía inmóvil, con los ojos abiertos, y no se veían salir burbujas de los labios ni de la nariz. ¿Respiraba? ¿Había entrado agua... o siempre había estado allí? ¿Era agua? Quién sabía qué atmósfera extraterrestre respiraría, metano, cloro, dióxido de sulfuro... ¿por qué no agua? El líquido estaba adentro, sin ninguna duda, el traje no tenía agujeros y la criatura no parecía haber sufrido cambios.

Abrió el oxígeno y se deslizó por el costado del bote, el agua fresca subía por su cuerpo mientras se sumergía. Con un poderoso puntapié se impulsó hacia el fondo, siguiendo la cuerda colgante de la boya. Casi de inmediato vio al hombre, tendido de espaldas sobre la arena blanca del fondo.

Joze nadó hacia abajo, obligándose a dar brazadas suaves a pesar de su creciente excitación. Veía con más claridad los detalles a medida que descendía. No había señales de identificación en el traje de presión, podía ser ruso o norteamericano. Era un traje rígido, de metal o de plástico reforzado, y pintado de verde, con una sola placa chata en la cara.

Como la distancia y el tamaño son tan engañosos bajo el agua, Joze se encontró en la arena junto a la figura antes de advertir que sólo medía menos de un metro veinte. Lanzó una exclamación y estuvo a punto de soltar la boquilla.

Joze levantó la mirada y vio que los enloquecidos golpes de remo de Dragomi los habían llevado a la costa, y que allí los esperaba una multitud.

El bote casi se dio vuelta cuando Dragomir saltó al malecón, dando un puntapié al bote en medio de su pánico. Flotaron a la deriva y Joze tomó la cuerda de amarrar de las tablas del piso y la enrolló entre sus manos.

—¡Eh! —gritó—. ¡Toma! Átalo al aro, allí.

Nadie lo oyó, o si lo oyeron, no quisieron admitirlo. Miraban a la figura enfundada de verde tendida en la proa y corrió una ola de murmullos entre ellos como el viento entre las ramas de los pinos. Las mujeres apretaron las manos contra sus pechos, haciendo la señal de la cruz.

—¡Agarren esto! —gritó Joze con los dientes apretados, obligándose a mantener la calma.

Arrojó la soga a las piedras y lo demás se apartaron de ella. Un muchacho la tomó

y la enrolló lentamente en el oxidado aro, con las manos temblorosas, la cabeza ladeada y la boca abierta, como siempre. Era un débil mental, demasiado tonto como para entender lo que sucedía. Simplemente obedecía a una orden que alguien gritaba.

—Ayúdenme a llevar esto a la costa —gritó Joze, y aun antes de que las palabras salieran de su boca se dio cuenta de la futilidad del pedido.

Los campesinos retrocedieron arrastrando los pies, una multitud con rostros inexpresivos que compartía el mismo miedo a lo desconocido, las mujeres como enormes muñecas de ojos fijos con sus faldas flotantes hasta la rodilla, medias negras y zapatos de fieltro de taco alto. Tendría que hacerlo solo. Haciendo equilibrio en el bote que se balanceaba tomó al extraterrestre en sus brazos y lo alzó cuidadosamente hasta las piedras ásperas del malecón. El círculo de los que miraban retrocedió todavía más, algunas de las mujeres ahogaron gritos y corrieron hasta sus casas, mientras los hombres murmuraban en voz más alta: Joze los ignoró.

Estas personas no lo ayudarían... y podrían causarle problemas. Su propia habitación sería el lugar más seguro. No creía que fueran a molestarlo allí. Acababa de recoger el extraterrestre cuando un recién venido se abrió camino entre los que miraban.

—Bien... ¿qué es eso? ¡Un *vrag!* —El viejo sacerdote señaló con horror al extraterrestre en brazos de Joze y retrocedió, buscando su crucifijo.

—¡Basta de supersticiones! —saltó Joze—. Éste no es un demonio, es una criatura que viene de otro planeta, un viajero. Ahora apártate de mi camino.

Avanzó y los demás huyeron al acercarse él. Joze se movía lo más rápidamente que podía sin dar impresión de que tenía prisa, dejando atrás a la multitud. Hubo ruido de pasos rápidos y miró sobre su hombro; era el sacerdote, el padre Perc. Su sotana manchada ondeaba con el viento y su respiración silbaba por el esfuerzo desacostumbrado.

—Dígame, ¿qué hacer... doctor Kukovic? ¿Qué es esta... cosa? Dígame...

—Ya se lo dije. Un viajero. Dos de los pescadores vieron algo que venía del cielo y caía al agua. Éste... extraterrestre salió de ese objeto. —Joze hablaba con la mayor calma posible. Tal vez habría problemas con la gente, pero no si el sacerdote estaba vigilado—. Es un ser de otro mundo, un animal que respira agua, y está herido. Debemos ayudarlo.

El padre Pere avanzaba dificultosamente a su lado mientras miraba con obvio disgusto al extraterrestre inmóvil.

—Está mal —murmuró—, esto es algo muy sucio, *Zao Duh...*

—No es un demonio ni nada malo, ¿no puede entenderlo? La Iglesia reconoce la posibilidad de que haya seres en otro planeta, los jesuitas incluso lo han discutido, entonces, ¿por qué no puede entenderlo usted? Hasta el Papa cree que hay vida en otros mundos.

—¿De veras? ¿De veras? —preguntó el viejo, parpadeando con los ojos irritados.

Joze se le adelantó y subió por la escalera de la casa de la viuda Korenc. No la vio por ninguna parte mientras iba a su habitación y dejaba delicadamente a esa forma todavía inconsciente en su cama. El sacerdote se detuvo en la puerta, con los temblorosos dedos en el rosario, vacilante. Joze estaba junto a la cama, abriendo y cerrando las manos, como si no supiera qué hacer. ¿Qué podía hacer? El extraterrestre estaba herido, tal vez se estaba muriendo, había que hacer algo. Pero ¿qué?

El zumbido distante del motor de un auto llegó a la calurosa habitación y Joze casi suspiró de alivio. Era su auto, reconoció el sonido, y traería al médico. El auto se detuvo afuera y las puertas se cerraron de un golpe, pero no apareció nadie. Joze esperó, tenso, comprendiendo que la gente del pueblo debía de estar hablando con el médico, contándole lo que había sucedido. Pasó un minuto y Joze salió de la habitación, pero se detuvo antes de pasar junto al sacerdote, que seguía parado en la puerta. ¿Por qué tardaban? Su ventana daba a una callejuela y no llegaba a ver la calle frente al edificio. Luego se abrió la puerta de la calle y oyó la voz de la viuda que susurraba:

—Allí, sigan derecho.

Había dos hombres, los dos con polvo del camino. Obviamente uno era el médico, un hombre lento y regordete con un gastado maletín de cuero, la cabeza calva cubierta de gotas de sudor. Junto a él había un joven, bronceado y curtido por el viento, vestido como los otros pescadores; ése debía de ser Petar el ex guerrillero.

Fue Petar quien se acercó primero a la cama, el médico no soltaba su maletín y miraba parpadeando a su alrededor.

—¿Qué es esto? —preguntó Petar, luego se inclinó, con las manos en las rodillas, para mirar a través del visor—. Sea lo que fuere, realmente es feo.

—No lo sé. Viene de otro planeta. Eso es lo único que sé. Ahora apártense para que el médico pueda mirar. —Joze hizo una señal al médico, que avanzó de mala gana—. Usted debe de ser el doctor Bratos. Yo soy Kukovic, profesor de física nuclear en la Universidad de Ljubljana. —Tal vez si demostraba tener cierto prestigio ese hombre se decidiría a colaborar.

—Sí, mucho gusto. Encantado de conocerlo, profesor, es un honor, se lo aseguro. Pero ¿qué quiere que yo haga? No comprendo... —Se estremecía ligeramente al hablar y Joze observó que el hombre era muy viejo, que tendría por lo menos ochenta y cinco años, o más. Tendría que ser paciente.

—Este extraterrestre... sea lo que fuere... está herido e inconsciente. Debemos hacer lo que podamos para salvar su vida.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? Esa cosa está encerrada en una indumentaria de metal... mire, está llena de agua... yo soy médico, pero no de animales, no de seres como éste.

—Yo tampoco, doctor... no hay nadie en la Tierra que lo sea. Pero debemos hacer lo mejor que podamos. Debemos quitarle el traje al extraterrestre y luego descubrir lo que podemos hacer para ayudarlo.

—¡Es imposible! Ese fluido que hay adentro se derramará.

—Obviamente, de manera que tendremos que tomar precauciones. Tendremos que determinar qué líquido es, luego conseguir más y llenar la bañera en la habitación de al lado. He estado mirando el traje, y esto parece ser una pieza aparte abrochada de alguna manera en su lugar. Si aflojamos los broches, seguramente podremos obtener una muestra.

Durante algunos preciosos segundos el doctor Bratos permaneció allí, mordiéndose el labio, antes de hablar.

—Sí, podríamos hacer eso, supongo que podríamos, pero ¿en qué tomaríamos la muestra? Esto es muy difícil e irregular.

—No tiene importancia lo que usemos para tomar la muestra —saltó Joze, a punto de perder su cuidadoso control por la frustración. Se volvió hacia Petar que permanecía en silencio junto a ellos, fumando un cigarrillo, que sostenía entre el pulgar y el índice.

—¿Quiere ayudar? Traiga un plato sopero, cualquier cosa de la cocina.

Petar se limitó a hacer un gesto de asentimiento y salió. Se oyeron quejas en voz baja de la viuda, pero volvió rápidamente con su mejor cacerola.

—Muy bien —dijo Joze, alzándole la cabeza al extraterrestre—, ahora, deslícnla bajo la cabeza. —Una vez que el recipiente estuvo en posición adecuada movió uno de los broches; se abrió con un chasquido pero no sucedió nada más. En la junta se veía una abertura del grosor de un cabello, que permaneció seca. Pero cuando Joze abrió el segundo broche saltó un repentino chorro de líquido claro, y antes de lograr cerrar nuevamente el broche el recipiente se había llenado hasta la mitad. Volvió a alzar al extraterrestre sin que nadie se lo indicara; Petar retiró el recipiente y lo puso en la mesa junto a la ventana.

—Está caliente —dijo.

Joze tocó la parte externa del recipiente.

—No, está tibio, no está caliente, alrededor de los cuarenta grados, diría yo. Un océano caliente en un planeta caliente.

—Pero... ¿es agua? —preguntó el doctor Bratos tartamudeando.

—Supongo que sí... pero ¿no es usted quien debe averiguarlo? ¿Es agua dulce o agua de mar?

—No soy químico... cómo puedo saberlo... es muy complicado.

Petar rió y tomó el vaso que Joze tenía sobre la mesa de luz.

—No es tan difícil de averiguar —dijo, y lo sumergió en el recipiente. Lo sacó a medio llenar, lo olió, luego tomó un sorbo y frunció los labios—. Para mí el sabor es del agua de mar común, pero hay otro sabor, un poco amargo.

Joze le quitó el vaso.

—Podría ser peligroso —protestó el doctor, pero ellos lo ignoraron. Sí, agua salada, agua salada caliente, con una mezcla de sabor más fuerte—. El sabor es como si tuviera un poco de yodo. ¿Puede comprobar la presencia de yodo, doctor?

—Aquí... no, es muy complicado. En el laboratorio, con el equipo adecuado... — Su voz descendía de tono mientras abría el maletín en la mesa y buscaba algo en él. Retiró la mano vacía.

—En el laboratorio.

—No tenemos laboratorio ni ninguna otra asistencia, doctor. Tendremos que contentarnos con la que tenemos aquí, acudir al agua de mar común.

—Iré a buscar un balde y llenaré la bañera —dijo Petar.

—Bien. Pero no llenes la bañera todavía. Trae el agua a la cocina y la calentaremos. Luego la echarás en la bañera.

—Bien. —Petar pasó rápidamente junto a la figura silenciosa y atenta del sacerdote y desapareció. Joze miró al padre Perc y pensó en la gente del pueblo.

—Quédese aquí, doctor —dijo—. Este extraterrestre es su paciente y no creo que ninguna otra persona deba acercarse. Quédese junto a él.

—Sí, por supuesto, eso es lo correcto —dijo el doctor Bratos aliviado, acercando una silla y sentándose.

El fuego del desayuno todavía ardía en la gran cocina y lanzaba llamas cuando Joze echaba más leña. En la pared colgaba un gran recipiente de cobre, lo colocó sobre la cocina con ruido metálico. A sus espaldas se abrió la puerta del dormitorio de la viuda, pero se cerró de golpe cuando él se volvió. Petar entró con un balde de agua y la volcó en el recipiente.

—¿Qué hace la gente? —preguntó Joze.

—Se pasean y se molestan entre ellos. No habrá problemas. Si se preocupan, puedo ir hasta Osor y traer a la policía, o llamar por teléfono a alguien.

—No, eso debía haberlo pensado antes. Ahora te necesito aquí. Eres el único que no está viejo ni es ignorante.

Petar sonrió.

La bañera era pequeña y el recipiente de cobre grande. Con el agua caliente se llenó hasta la mitad, lo suficiente como para cubrir al pequeño extraterrestre. La bañera tenía rejillas pero no canillas; generalmente se la llenaba con una manguera desde la pileta. Joze levantó al extraterrestre, transportándolo como a un niño en sus brazos, y lo llevó a la bañera. Tenía los ojos abiertos nuevamente, y seguía todos sus movimientos, pero sin protesta. Colocó suavemente al ser en el agua, luego se incorporó un momento y respiró profundamente.

—El casco primero, luego trataremos de ver cómo se abre el traje. —Se inclinó y movió lentamente los broches.

Una vez que los cuatro broches estuvieron abiertos, el casco se movió libremente. Joze abrió una amplia brecha, preparándose para cerrarla rápidamente si había señales de problemas. El agua de mar estaría entrando ahora, mezclándose con el agua del extraterrestre, pero el ser extraño no manifestaba protesta. Un minuto

después Joze retiró lentamente el casco, sosteniendo la cabeza del extraterrestre con una mano, para que no se golpeará con el borde de la bañera.

Una vez retirado el casco la cresta pulposa que había sobre los ojos del extraterrestre se elevó como el pelo de un chiquillo, llegando hasta lo alto de la cabeza verde. Había un cable que iba desde el casco hasta un pedacito de metal a un costado del cráneo. Allí había una hendidura y Joze retiró lentamente un artefacto de metal, tal vez un audífono, de cierto tipo. El extraterrestre abría y cerraba la boca, mostrando bordes óseos amarillos adentro, y se oía un zumbido muy bajo.

Petar apretó su oído contra la parte externa del tubo de metal.

—La cosa está hablando o algo así, la oigo.

—Permítame su estetoscopio, doctor —dijo Joze, pero como el médico no se movió él mismo lo sacó del maletín. Sí... al apretarlo contra el metal oía un gemido que subía y bajaba, una especie de lenguaje.

—No podemos entenderlo... todavía no —dijo, devolviendo el estetoscopio al médico que lo tomó automáticamente—. Será mejor que tratemos de quitarle el traje.

No había costuras ni aberturas visibles, Joze no pudo encontrar nada al pasar sus dedos sobre la superficie lisa.

El extraterrestre seguramente comprendía lo que le estaban haciendo porque levantó una mano convulsivamente y trató de tocar el anillo de sello de metal que tenía en el cuello. Con un movimiento líquido el traje se abrió por el frente, la abertura se bifurcó y siguió por cada una de las piernas. Hubo un repentino flujo de líquido azul de la pierna herida.

Joze miró rápidamente la carne verde, los órganos extraños, luego giró sobre sí mismo.

—Rápido, doctor... su maletín. Este ser está herido, ese fluido podría ser sangre, tenemos que ayudarlo.

—¿Qué puedo hacer? —dijo el doctor Bratos, sin moverse—. Drogas, antisépticos, podría matarlo... no sabemos nada de la química de su cuerpo.

—Entonces no busque nada de eso. Ésta es una herida traumática, tal vez pueda venderla, detener la hemorragia, ¿verdad?

—Claro, claro —dijo el viejo y finalmente sus manos encontraron algo conocido para hacer, sacar vendas y gasa esterilizada de su maletín, cinta adhesiva y tijera.

Joze metió la mano en el agua tibia y en ese momento turbia e hizo el esfuerzo de ponerla bajo la pierna y tocar la carne verde y caliente... era extraño... pero no terrible. Levantó el miembro libre del agua y vieron un tajo del que manaba un espeso fluido azul. Petar se apartó, pero el doctor puso una gasa sobre la herida y la vendó. El extraterrestre trataba de tocar el traje que habían dejado junto a él en la bañera, torciendo la pierna que Joze le aferraba. Bajó la mirada y lo vio tomar algo de la cantimplora. La boca se movía otra vez, y se oía el débil zumbido de su voz.

—¿Qué? ¿Qué quieres? —preguntó Joze.

Apretaba el objeto contra su pecho con las dos manos, parecía ser un libro de



alguna clase. Podría ser un libro, podría ser cualquier cosa.

Pero estaba cubierto con una sustancia brillante con marcas oscuras, y en el borde se veía que estaba hecho de muchas láminas. Podría ser un libro. En ese momento la pierna se retorció bajo el contacto de Joze y la boca del extraterrestre se abrió cada vez más, como si gritara.

—La venda se mojará si la ponemos en el agua —dijo el médico.

—¿No puede cubrirla con cinta adhesiva, sellarla? —En el maletín... necesitare más.

Mientras hablaban el extraterrestre comenzó a balancearse hacia atrás y hacia adelante, salpicando agua de la bañera, y apartando su pierna del contacto de Joze. Seguía sosteniendo el libro en su única mano delgada con muchos dedos, pero con la otra comenzó a tratar de quitarse las vendas de la pierna.

—Se está lastimando, deténganlo. Esto es terrible —dijo el médico, apartándose de la bañera.

Joze tomó un pedazo de papel de envolver que había en el suelo.

—¡Tonto! ¡Imbécil! —gritó—. Estas compresas que usaron... están impregnadas de sulfanilamida.

—Siempre las uso, son las mejores, norteamericanas, evitan las infecciones de las heridas.

Joze lo apartó de un empujón y hundió los brazos en la bañera para arrancar los vendajes, pero el extraterrestre se apartó sentándose por encima del agua, con la boca muy abierta. Sus ojos estaban abiertos y lo miraban fijamente y Joze retrocedió al ver el chorro de agua que surgía de la boca del extraterrestre. Se oyó un ruido de gárgaras a medida que el agua dejaba de fluir y luego, cuando el aire tocó las cuerdas vocales, un aullido de dolor cada vez más intenso. Hizo eco en el cielo raso de yeso como una agonía inhumana mientras la criatura abría ampliamente los brazos, y luego caía al agua con la cara hacia abajo. No volvió a moverse, y sin examinarlo, Joze supo que estaba muerto.

Un brazo estaba torcido hacia atrás, fuera de la bañera, todavía sosteniendo el libro. Lentamente los dedos se aflojaron y mientras Joze lo miraba, paralizado, incapaz de moverse, el libro, cayó al suelo de golpe.

—Ayúdenme —dijo Petar, y Joze se volvió y descubrió que el médico se había caído y Petar se inclinaba sobre él—. Se desmayó, o tiene un ataque al corazón. ¿Qué podemos hacer?

Había olvidado su enojo mientras se arrodillaba. El médico parecía respirar regularmente y su rostro no estaba arrebatado, de manera que tal vez era sólo un desvanecimiento. Los párpados aletearon. El sacerdote se acercó y miró por encima

del hombro de Joze.

El doctor Bratos abrió los ojos, y paseó su mirada por los rostros inclinados sobre él.

—Lo siento —dijo con voz pastosa, luego sus ojos volvieron a cerrarse como para escapar a la vista de ellos.

Joze se puso de pie, y descubrió que estaba temblando. El sacerdote se había ido. ¿Todo había terminado? Tal vez nunca tendrían que haber salvado al extraterrestre, pero les podría haber ido mejor. Luego vio la zona mojada en el suelo y se dio cuenta de que el libro había desaparecido.

—¡Padre Perc! —gritó, como un insulto. ¡El hombre se había apoderado del libro, de ese libro inapreciable!

Joze salió corriendo al vestíbulo y vio al sacerdote que venía de la cocina. Traía las manos vacías. Con repentino temor Joze supo lo que el viejo había hecho y pasó corriendo junto a él a la cocina hasta el horno, que abrió bruscamente.

Allí, entre los leños ardientes, estaba el libro. Echaba vapor, casi echaba humo mientras se secaba, abierto. Era obviamente un libro, había marcas de cierto tipo en las páginas. Se volvió para tomar la pala y a sus espaldas el fuego hizo una explosión, lanzando una llama blanca en la habitación. Casi le dio en la cara, pero eso no le preocupó. En el suelo había trozos de madera encendida, y dentro del horno sólo quedaban los restos del fuego original. Cualquiera fuese la sustancia de que estaba hecho el libro era altamente inflamable una vez que se secaba.

—Era malo —dijo el sacerdote desde la puerta—. Era un *Zao duh*, una abominación con un libro del mal. Se nos ha advertido que estas cosas han sucedido antes en la Tierra, y siempre los fieles deben luchar contra...

Petar se metió en la cocina, ayudó a Joze a sentarse en una silla, sacudiendo las astillas calientes de su piel desnuda. Joze no había sentido la quemadura, sólo percibía un inmenso cansancio.

—¿Por qué aquí? —dijo—. De todos los lugares del mundo donde podía haber caído, ¿por qué aquí? Unos grados más al oeste y el extraterrestre habría caído cerca de Trieste, donde hay cirujanos, hospitales, hombres, equipos, O, si hubiera seguido en su curso un poco más de tiempo, hubiera visto las luces, y hubiera aterrizado en Rijika. Se podría haber hecho algo. Pero ¿por qué aquí? —Se puso de pie, dio un puñetazo al aire... furioso con todo.

»¡Sí, en esta cloaca del mundo, llena de supersticiones, de imbéciles! ¿Qué mundo es éste donde vivimos, con un acelerador electrónico de cinco millones de voltios a sólo ciento cincuenta kilómetros de la más primitiva estupidez? Que este ser haya llegado de tan lejos, se haya acercado tanto... ¿por qué, por qué?

¿Por qué?

Volvió a desplomarse en la silla sintiéndose más viejo de lo que jamás se había sentido antes y desmesuradamente cansado. ¿De qué cosas podían haberse enterado con ese libro?

Suspiró, y el suspiro venía de una zona tan profunda de su ser que todo su cuerpo tembló como sacudido por una intensa fiebre.

*Rescue Operation, 1967*

# **Laberintos**

*Ursula K. Le Guin*

*«Laberintos» fue un cuento de taller. Durante mi semana como writer-in-residence en uno de los memorables Clarion Wests, descubrí que mis veinte colegas-estudiantes eran todos eficientes, y algunos de ellos muy talentosos. Pero como grupo —por timidez, quizás, o por falta de confianza en sí mismos— tendían a una evasión de las emociones en sus cuentos. En general gente seria, pero se refugiaba en una especie de gracia superficial o cínica en su trabajo. Era como si tuvieran miedo de tomarse en serio a sí mismos especialmente en los casos en que los artistas —en particular los humoristas— deben tomarse en serio a sí mismos. Eso me molestaba, y descubrí que les daba temas cada vez más desesperados y lacerantes para que escribieran historias sobre ellos. El último que les di fue escribir una historia de «Primer contacto» en que el ser humano o el extraterrestre morían. Algunos de ellos lograron hacer chistes incluso sobre ello, pero otros escribieron borradores verdaderamente intensos de la noche a la mañana. Yo también traté de aceptar mi propio desafío, y el resultado final fue «Laberintos».*

*Hay muy pocas personas (según veo en las críticas de mi colección The Compass rose, donde esta historia fue reproducida recientemente) que creen que la narradora de «Laberintos» es una rata de laboratorio.*

*Me gustaría tener la imaginación que tienen algunos críticos.*

He hecho todo lo posible por usar mi ingenio y conservar mi coraje, pero ahora sé que no podré soportar más tiempo esta tortura. Mis percepciones del tiempo son confusas, pero creo que desde hace varios días me di cuenta de que ya no podría mantener mis emociones bajo un control estético, y ahora la crisis física es también casi total. No puedo realizar ninguno de los movimientos grandes. No puedo hablar. Respirar, en este pesado aire extraño, se hace más difícil. Cuando la parálisis llegue a mi pecho moriré: probablemente esta noche.

La crueldad del extraterrestre es refinada, pero irracional. Si todo el tiempo tuvo la intención de dejarme morir de hambre, ¿por qué no se limitó a retirarme la comida? En cambio me la dio en cantidades, montañas de comida, todas las hojas de un cierto arbusto que yo podía desear. Sólo que no estaban frescas. Eran hojas recogidas del suelo; estaban muertas. El elemento que las hace digeribles para nosotros había desaparecido, y era lo mismo que comer piedrecillas. Sin embargo allí estaban, con todo el aroma y la forma del «greenbud», irresistible para mi intenso apetito. No al principio, por supuesto. Me dije, no soy una niña, ¡comer cosas recogidas del suelo! Pero el estómago se impone a la mente. Después de un tiempo me pareció mejor masticar algo, cualquier cosa, que calmara el dolor y las ansias en las tripas. Y comí, comí, me moría de hambre. Ahora, es un alivio estar tan débil como para no poder comer.

La misma crueldad elaboradamente perversa distingue toda su conducta. Y lo peor de todo es lo que recibí con tanto alivio y deleite al principio: el laberinto. Al comienzo yo estaba muy desorientada, después de caer en una trampa, de ser manipulada por un gigante, de que me pusieran en una prisión; y este lugar alrededor de la prisión me desorienta, es especialmente inquietante. La extraña pared-cielo raso, lisa, curvada, está hecha de una sustancia extraña y sus líneas carecen de sentido para mí. De manera que cuando me tomaron y me pusieron aquí, en medio de toda esta extrañeza, en un laberinto, un laberinto reconocible, hasta familiar, tuve un momento de fuerza y esperanza después de una gran desesperación. Y parecía bastante claro que me habían puesto en el laberinto a manera de prueba o investigación, que intentaban una primera aproximación a la comunicación. Traté de colaborar en todas las formas. Pero no fue posible creer durante mucho tiempo que el objetivo del extraterrestre fuera lograr la comunicación.

Es inteligente, muy inteligente, esto resulta claro por mil indicios. Los dos somos seres inteligentes, los dos somos constructores de laberintos: sin duda sería muy fácil aprender a hablar juntos... si eso fuera lo que quisiera el extraterrestre. Pero no lo es. No sé qué clase de laberintos construye para sí mismo, los que construyó para mí eran instrumentos de tortura.

Los laberintos, como dije, eran de tipos básicamente conocidos, aunque las paredes eran de ese material extraño más frío y más liso que la arcilla comprimida.

El extraterrestre dejó una pila de hojas secas en un extremo de cada laberinto, no sé por qué; tal vez era un rito o una superstición. El primer laberinto en el que me

puso era breve y simple como para un bebé. Nada expresivo ni siquiera interesante podía elaborarse a partir de él. Pero el segundo era una especie de versión simple de la Afirmación sin Puertas, muy adecuado para la declaración estimulante y elevada que yo quería hacer. Y el último, el laberinto largo, con siete corredores y diecinueve conexiones, se prestaba sorprendentemente bien a la modalidad Maluvian, y por cierto a casi todas las técnicas del Nuevo Expresionismo. Había que hacer adaptaciones para la comprensión espacial extraterrestre, pero de las adaptaciones surgía precisamente una cierta cualidad de creatividad. Trabajé intensamente en el problema del laberinto, haciendo planes durante toda la noche, reimaginando las conexiones y los espacios, las falsas salidas y las pausas, el curso errático, poco conocido y sin embargo hermoso del Verdadero Camino. Al día siguiente cuando me colocaron en el laberinto largo y el extraterrestre comenzó a observarme, actué el Octavo Maluvian en su totalidad.

No era una actuación muy prolija. Yo estaba nerviosa, y los parámetros espaciotemporales sólo eran aproximados. Pero el Octavo Maluvian sobrevive a la peor actuación en el peor laberinto. Las evoluciones en la novena encatenación, donde el tema de la «nube» recurre tan extrañamente traspuesto en el antiguo motivo en espiral, son indescriptiblemente hermosas. Las he visto ejecutar por una persona vieja, tan vieja y con las articulaciones tan rígidas que apenas podía sugerir los movimientos, insinuarlos, hacer sombras de gestos, oscuros reflejos de los temas: y todos los que miraban se sintieron extrañamente emocionados. No hay afirmación más noble de nuestro ser.

Mientras actuaba, yo misma me sentí transportada por la potencia de los movimientos y olvidé que era una prisionera, olvidé que los ojos del extraterrestre me observaban; trascendí los errores del laberinto y mi propia debilidad, y bailé el Octavo Maluvian como nunca antes.

Cuando terminé, el extraterrestre me recogió y me colocó en el primer laberinto... el corto, el laberinto para niñitos que todavía no han aprendido a hablar.

¿La humillación era deliberada? Ahora que todo pertenece al pasado, veo que no hay forma de saberlo. Pero sigue siendo muy difícil atribuir su conducta a la ignorancia.

Al fin y al cabo, no es ciego. Tiene ojos, ojos reconocibles. Se parecen lo suficiente a nuestros ojos como para saber que debe de ver como vemos nosotros. Tiene boca, cuatro patas, puede moverse en dos de ellas, tiene manos que agarran, etcétera, a pesar de todo su gigantismo y su aspecto extraño, parece menos diferente de nosotros, desde el punto de vista físico, que un pez. Y sin embargo, los peces se agrupan y danzan y, a su modo, aunque sea un modo estúpido... ¿se comunican!

El extraterrestre nunca intentó hablar conmigo. Ha estado conmigo, me ha observado, tocado, manipulado, durante días, pero todos sus movimientos han sido dirigidos hacia cierto objetivo, no comunicativo. Es, evidentemente, un ser solitario, totalmente absorto en sí mismo.

Esto sería suficiente para explicar su crueldad.

Desde el principio advertí que de vez en cuando movía su curiosa boca horizontal en una serie de gestos bastante delicados, repetitivos, parecidos a los de alguien que está comiendo. Al principio pensé que se burlaba de mí; luego me pregunté si trataba de impulsarme a comer el alimento indigerible, luego me pregunté si tal vez no se comunicaría *labialmente*. Parecía un lenguaje limitado y poco manejable para alguien tan bien provisto de manos, pies, miembros, columna vertebral flexible, y todo lo demás; pero pensé que sería como la perversidad de ese ser. Estudié los movimientos de sus labios y me esforcé por imitarlos. No respondió. Me miró brevemente y luego se alejó.

En realidad, la única *respuesta* indudable que obtuve de él fue a un nivel penosamente bajo de la estética interpersonal. Me atormentaba haciéndome apretar botones, como lo hacía una vez por día. Había tolerado esa grotesca rutina con bastante paciencia durante los primeros días. Si apretaba un botón tenía una desagradable sensación en los pies, si apretaba un segundo botón obtenía un desagradable trozo de comida reseca, y si apretaba un tercero no obtenía absolutamente nada. Obviamente, para demostrar mi inteligencia, tenía que apretar el tercer botón. Pero parece que mi inteligencia irritaba a mi carcelero, porque después del segundo día retiró el botón neutral. Yo no podía imaginar qué trataba de establecer o lograr, excepto el hecho de que yo era su prisionera y mucho más pequeña que él. Cuando trataba de dejar los botones, me obligaba físicamente a volver. Tenía que quedarme sentada allí apretando botones, recibiendo castigo de uno y burla de otro. La deliberada crueldad de la situación, el aire insoportablemente pesado y viciado, la sensación de ser siempre observada pero nunca comprendida, todo se combinaba para empujarme a un estado que me resulta imposible de describir. Lo más parecido que puedo sugerir es el último interludio del Sueño de las Diez Puertas, cuando todas las falsas salidas se cierran y la danza se estrecha hasta que finalmente estalla terriblemente en lo vertical. No puedo decir qué sentía, pero era algo así. Si una vez más recibía ese castigo en los pies, o aparecía una vez más un trozo de comida podrida, saldría verticalmente para siempre... arranqué los botones de la pared (salieron con un ruido sordo, como los capullos del tallo), los coloqué en el suelo, y defequé sobre ellos.

El extraterrestre me recogió enseguida y me devolvió a mi prisión. Había recibido el mensaje, y había actuado de acuerdo con él. Pero ¡qué increíblemente primitivo había tenido que ser el mensaje! Y al día siguiente, me puso otra vez en la habitación de los botones, y había botones que parecían nuevos, y yo debía elegir alternativamente los castigos para que él se divirtiera... hasta entonces me había dicho que ese ser no era terráqueo, y que por lo tanto era incomprensible e incapaz de comprender, que tal vez no era inteligente de la misma manera que nosotros, etcétera. Pero desde entonces supe que, aunque todo lo demás pudiera ser cierto, es también inconfundible y groseramente cruel.



Ayer, cuando me dejó en el laberinto para bebés, no podía moverme. Casi había perdido el don de la palabra (por supuesto esto lo estoy danzando en mi mente; «El mejor laberinto es la mente», como dice el viejo proverbio) y simplemente me quedé ahí, acurrucada, en silencio. Después de un rato volvió a sacarme con bastante suavidad. Ésa es la mayor perversidad de su conducta; nunca me ha tocado con crueldad.

Me colocó en la prisión, cerró con llave la puerta, y llenó el comedero con un alimento incomible. Luego se paró en dos patas, y me contempló un buen rato.

Su rostro es muy móvil, y tal vez habla con su rostro, pero no lo comprendo, ése también es un idioma extranjero. Y su cuerpo siempre está cubierto de abultadas mantas que lo envuelven, como un viejo viudo que ha hecho el Voto del Silencio. Yo me había acostumbrado a su gran tamaño, al carácter angular de las posiciones de sus miembros, que al principio parecían pronunciar una constante corriente de frases incoherentes y mal pronunciadas, una horrible danza sin sentido como los movimientos de un imbécil, hasta que me di cuenta de que eran movimientos estrictamente intencionales. En ese momento veía algo un poco más atrás, en su posición.

No eran palabras, pero había comunicación. Veía, mientras él me miraba, una clara significación de furiosa tristeza... tan clara como la Estrofa Sembriana. Tenía la misma laxa inmovilidad, estaba encorvado, era una declaración de derrota. Nunca una palabra se expresó con mayor claridad, y sin embargo ese ser me decía que estaba lleno de resentimiento, piedad, impaciencia y frustración. Me decía que estaba harto de torturarme, y que quería ayudarme. Estoy segura de que lo comprendí. Traté de responder. Traté de decir, «¿qué quieres de mí? Dime solamente qué es lo que quieres». Pero estaba demasiado débil como para hablar con claridad, y él no me entendía. Nunca me ha entendido. Y ahora tengo que morir, sin duda entrará a verme morir; pero no comprenderá la danza que yo baile al morir.

*Mazes, 1975*

# **Una galaxia llamada Roma**

*Barny N. Malzberg*

En 1974, George Zebrowski y Jack Dann estaban reuniendo una original antología de historias de viajes a más velocidad que la luz para publicarlas bajo el ingenioso título *Más rápido que la luz*.

—Ciencia pura —me dijo Zebrowski en un viaje de tres horas desde Atlantic City a Nueva York. Esto fue antes de la legalización del juego en esa ciudad; habíamos estado en Atlantic City para otros propósitos de humillación.

—Toma —dijo, entregándome los últimos tres editoriales de John W. Campbell, que trataban sobre agujeros negros y cuasars.<sup>[2]</sup>

—Léelo y escribe una historia basada en ello. La historia puede tener el mismo título que ese editorial final: «Una Galaxia llamada Roma».

—Yo no puedo hacer esto —murmuré—. No soy autor científico.

—Claro que lo eres —respondió Zebrowski—, sólo tienes que leer esto y elaborar una historia. —Me entregó las páginas, y me brindó una sonrisa sincera—. Consigue que toda la gente de ese campo abra los ojos y diga: «Bueno, Malzberg también puede hacer verdadera ciencia».

Llegamos a Nueva York. Zebrowski volvió a Binghamton, yo a Teaneck. Leí los editoriales y lo llamé dos días más tarde.

—Finalmente creo que puedo hacerlo —dije—, pero tendrá que ser a mi manera. Tengo que usar una forma epistolar, he llegado a la historia de una manera muy artificial.

—Fantástico —repuso Zebrowski—, hazlo como te parezca.

Escribí la historia en tres horas y media el 23 de junio de 1974 o, tal vez como dijo Hemingway, me llevó tres horas y media pasarla a máquina y veinte años escribirla. Se la envié a Zebrowski.

No tuve noticias durante una semana, y entonces lo llamé.

—Bueno —dijo—, Jack y yo todavía no hemos tomado una decisión.

—¿Fue rechazada, George? —pregunté.

—Bueno —dijo—, Jack y yo todavía no hemos tomado una decisión.

—Si la han rechazado, dímelo, George —dije.

—Bueno —dijo—, Jack y yo todavía...

La carta con el rechazo llegó al día siguiente, fechada dos días antes de la conversación. Demasiado discursivo, demasiado extraño, decía la carta. Además, dudosamente científico.

Entonces envié la historia a Ed Ferman y él la tomó para *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Estuvo en Best SF: 1975 y en el *Treasury of Modern Science Fiction* de Silverberg Greenberg en los dos años siguientes, salió segundo en la *Nebula Award* de 1975, y en general se lo considera el mejor cuento de ciencia ficción de los aproximadamente doscientos cincuenta que he publicado.

No tengo la menor idea de lo que significa esta anécdota.



## I

Esto no es una *novelette* sino una serie de notas. La *novelette* no puede escribirse realmente porque participa de su época, que es distante y que sólo puede percibirse a través del lenguaje y los recursos de esa época. Por lo tanto, la pieza, en virtud de esas razones y otras demasiado personales incluso para este tipo de Confesión de la Verdad, es poco más que una serie de construcciones hacia algo menos sustancial... y, como el autor, no puede completarse.

## II

La *novelette* se apoyaría en dos artículos escritos por el difunto John Campbell, que durante treinta y tres años fue editor de *Astounding / Analog*, que fueron escritos poco antes de su prematura muerte el 11 de julio de 1971, y aparecieron como editoriales en su revista más tarde ese mismo año, el segundo es tal vez lo último que llevará su firma. Ellos imaginan una galaxia negra que resultaría de la implosión de una estrella neutrónica, una implosión tan poderosa que las fuerzas gravitacionales desatadas contendrían no sólo la luz misma sino el espacio y el tiempo, y «Una Galaxia llamada Roma» es el título de él, no el mío, puesto que él visualiza una nave espacial que podría quedar atrapada dentro de esa galaxia negra sin poder salir... porque la velocidad para salir tendría que exceder la velocidad de la luz. Todos los caminos del viaje conducirán a esa galaxia, entonces, y ninguno a otra parte. A una galaxia llamada Roma.

## III

Conciban entonces una nave espacial más rápida que la luz que cayera en la galaxia negra y no pudiera salir. Caer sería fácil, o al menos inevitable, ya que una de las características de la galaxia negra sería su invisibilidad, y allí estaría la nave. Luego la historia giraría alrededor de los esfuerzos de la tripulación por escapar. La nave se llama *Skipstone*. Fue terminada en 3892. Quinientas personas murieron para que la nave pudiera volar, pero en ésta era hay todavía menos respeto por la vida que ahora.

Abandonado a mis propios medios, podría interesarme menos el problema de cómo escapar que el problema de la adaptación. El funcionamiento doméstico en un sector anterior del universo; la sumisión a los elementos, una bella, irónica

desesperación literaria. Pero esto no es ciencia ficción. La ciencia ficción fue creada por Hugo Gernsback para mostrarnos la formas de salir de una *impasse* tecnológica. Así sea.

#### IV

A pesar de que el material era muy interesante, me acobardaba incluso esta serie de notas, y mucho más el trabajo terminado y pulido. Mi vida personal es mi pozo negro, me pareció importante señalarlo (¿a quién le importaría?); mis hijas me proporcionan una implosión más correcta y duradera que cualquier estrella neutrónica, y el sonido de los *pulsars* no es nada comparado con la música del *paddock* en la pistas de carreras Aqueduct de Ozone Park Queens, en un claro día martes de verano. «Basta de presentar conceptos impresionantes, distancias infinitas, saltos cuasar, graves mensajes entre los brazos de la Nébula Espiral», podría haber señalado yo. «Se que hay quienes encuentran allí una verdad última, pero yo no soy uno de ellos. Preferiría dedicar los años de vida que me quedan (ésta es mi vena melodramática) a la comprensión de las agonías de esta ciudad de clase media en el norte de New Jersey; mientras no pueda ocuparme de eso, ¿cómo podré abarcar a Ridgefield Park, y no hablemos de la extensión de fisión que incluye gases progresivamente más pesados?». Por cierto casi me sometí a esto hasta que se me ocurrió que Ridgefield Park siempre sería tan misterioso como las estrellas y que uno no podía negar el infinito sólo para perseguir un problema que sería impenetrable hasta que uno se fuera de este mundo.

Entonces decidí intentar la *novelette*, por lo menos como esta serie de notas, aunque con cierto temor, pero el temor no me alteró, ni lo lamenté, porque mi vida es simplemente una serie de notas para vivir, y Ridgefield Park es sólo un vago modelo de trabajo de Trenton donde, a pesar de todo, viven varios millares de personas que no pueden distinguir la mano derecha de la izquierda, y también mucho ganado.

#### V

La nave espacial *Skipstone*, en un vuelo de exploración a través de las galaxias mayores y menores que rodean a la Vía Láctea, cae en la galaxia negra de una estrella neutrónica y se pierde para siempre.

La capitana de esta nave, la única conciencia viviente en ella, es su comandante, Lena Thomas. Es cierto que la bodega de la nave transporta quinientos quince muertos sellados en una sustancia gelatinosa que absorberá los rayos gama no protegidos. Es cierto que estos rayos en algún momento del futuro apresurarán su

reconstitución. Y es cierto también que otra parte de la bodega contiene las prótesis de siete ingenieros especializados, hombres y mujeres, que pueden ser puestos en funcionamiento muy sencillamente y que proporcionarían a Lena no sólo las respuestas a cualquier problema técnico que surgiera sino que le harían compañía durante el largo tiempo de vuelo del *Skipstone*.

Sin embargo, Lena no usa las prótesis, ni siente la necesidad de hacerlo. Es altamente especializada y competente, al menos en relación con las tareas de rutina de ese vuelo de prueba, y siente que pedir ayuda externa sólo sería admitir debilidad, que se enterarían en el Bureau y disminuirían sus posibilidades de promoción. Lena tiene razón, el Bureau ha puesto transmisores visuales y biológicos en todos los cubículos de esa nave; Lena no puede ver ni hacer nada que no deje una huella; no pensarían bien de ella si tuviera que depender de la ayuda externa. Hacia los embalsamados siente algo más; su condición, sacudiéndose en la bodega del barco mientras éste se mueve en el sendero *tachyonic*, parece aproximarse a la de ellos: aunque ellos están privados de la conciencia, esa cualidad parece casi irrelevante en la condición del hiperespacio; y si hubiera alguna forma de resolver el misterio, bien podría hablar con ellos. Tal como están las cosas, tendrán que contentarse con diálogos imaginarios y durante largos períodos inactivos en que observará los monitores, contemplará el arco iris del hiperespacio, la colisión del espectro, y no dirá absolutamente nada.

Sin embargo no decir nada será imposible, y el hecho es que Lena habla incesantemente por momentos, aunque sea consigo misma. Eso es bueno porque la historia debe tener mucho diálogo; el efecto dramático se impulsa mejor a través de una caracterización directa, la necesidad compulsiva de Lena, de vez en cuando, de establecer su condición y su relación con los espacios que ocupa satisfará esa necesidad.

En su conversación, por supuesto, a menudo se dirige a los embalsamados.

—Piensen —les dice a esos embalsamados, algunos de los cuales han muerto hace ochocientos años, otros hace unas semanas, todos apilados en la bodega en relación con su estatus en la vida y su capacidad de atesorar dinero para pagar por el proceso que les devolverá la vida—... piensen en lo que está sucediendo aquí.— Y hace un gesto señalando la bodega, los colores que brillan a través de los ojos de buey hasta su muñeca, los colores que bailan en el aire, y sus ojos llenos y enloquecidos por esa luz, lo cual no indica que esté loca sino sólo que la condición del espacio en sí es insana, que el efecto de Michelson-Morley tiene realidad psicológica y también física aquí. —Bien, yo podría estar muerta en la bodega y todos ustedes aquí observando girar los colores, es lo mismo, de todas maneras es más rápido que la luz — y por cierto los efectos de sacudida y deslizamiento del sendero *tachyonic* son tales que en el momento de hablar lo que dice Lena es cierto.

Los muertos viven; los vivos están muertos, todo se desliza y se mezcla como ella ha observado; y si no fuera que sus polos objetivos de conciencia estaban fijados por

años de entrenamiento y disciplina, así como los de ella están modificados por un tipo diferente de entrenamiento y disciplina, ella presionaría las palancas para expulsar a los muertos uno por uno al ataúd más grande del espacio, algo indicado sólo como procedimiento de emergencia en circunstancias más graves y que provocaría su separación del Bureau inmediatamente después de su regreso. Los muertos son una carga preciosa; en esencia, pagan por los experimentos y deben ser manipulados con la mayor delicadeza.

—Los manejaré con la mayor delicadeza —dice Lena en el hiperespacio—, y nunca los abandonaré, —paquetitos de mi pequeña prisión— y así sucesivamente, cantando y tarareando mientras la nave se mueve a una velocidad de alrededor de un millón de kilómetros por segundo, siempre acelerando y sin embargo excepto los colores, las náuseas, el balanceo que desorienta, su propia y creciente locura, las circunstancias de esta historia, Lena podría estar en el local del IRT de Lenox Avenue a la hora pico, avanzando lentamente por la ciudad, mientras los círculos de la enfermedad se mueven en el auto en los intestinos del verano.

## VI

Tiene veintiocho años. Casi dos mil años en el futuro, cuando el hombre ya ha establecido colonias en cuarenta planetas en la Vía Láctea, ha poblado totalmente el sistema solar, está trabajando en los experimentos a mayor velocidad que la luz lo más rápidamente que puede para trasladarse a otras galaxias, la ciencia médica de la época no es notablemente superior a la nuestra, y la esperanza de vida humana no se ha extendido significativamente, ni las enfermedades de la humanidad que conocemos ahora como congénitas han sido erradicadas. La mayoría de los embalsamados están entre los ochenta y noventa años; pocos de ellos, los muertos más recientes, tenían cerca de cien, pero la longitud de vida promedio todavía está un poco por debajo de los ochenta, y la mayoría de éstos han muerto de cáncer, ataques al corazón, insuficiencia renal, derrame cerebral, y cosas por el estilo. Hay cierta ironía en eso de que el hombre puede al menos haber puesto un pie en su galaxia, puede haber resuelto los misterios del sendero FTL, y sin embargo encuentra al hecho de su propia biología tan asombroso como le ha resultado a través de toda la historia, pero todo sociólogo comprende que los que viven en una cultura son los menos calificados para criticarla (porque han asimilado totalmente los códigos de la cultura, incluso en lo que se refiere a la crítica). Lena no ve esa ironía más que lo que el lector tendrá que verla para apreciar la ironía más profunda y más metafísica de la historia, que es ésta: que la mayor velocidad, el mayor espacio, el mayor progreso, la mayor sensación no han dado como resultado una expansión definible en los límites de la conciencia y la personalidad y para Lena el impulso FTL no es más que una creciente trampa.



Es importante comprender que Lena es sólo técnica; y aunque está altamente especializada y ha sido entrenada por el Bureau durante muchos años para su tarea de piloto, realmente no necesita poseer el conocimiento técnico de los científicos de nuestro propio tiempo... que su tarea, que es esencialmente de investigación y conducción de naves, podría ser realizada por una adolescente, que todo su entrenamiento no le ha brindado protección contra el aburrimiento y la depresión de su trabajo.

Cuando haya terminado esa última investigación, volverá a Urano y le darán una licencia de seis meses. La espera con muchas ganas. Aprecia la oportunidad. Sólo tiene veintiocho años, y está cansada de que la envíen con los muertos a rodar por el espectro durante semanas cada vez, y que le gustaría mucho ser, al menos por un tiempo, una muchacha joven. Le gustaría estar en paz. Le gustaría que la amaran. Le gustaría tener una vida sexual.

## VII

Es necesario dar algún lugar al elemento del sexo en esta historia, aunque sólo sea porque tiene una protagonista femenina (con quien la asepsia no resultaría bien); y en la tradición de la ciencia ficción literaria moderna, donde se da cierta posibilidad a toda la gama de las necesidades y conductas humanas, sería torpe y poco maduro ignorar el tema. Por cierto se pueden escribir las escenas fáciles con gran éxito: Lena masturbándose mientras mira por la ventanilla los coloridos niveles del hiperespacio; Lena soñando que se acuesta con alguien mientras inconscientemente se masajea los pezones, la nave que se hunde cada vez más profundamente (y ella todavía no lo sabe) hacia la galaxia negra; la galaxia negra misma como algún símbolo vaginal de absorción último cuyas proyecciones freudianas no serán ignoradas entre las imágenes de esta historia... en realidad, uno puede imaginar a Lena avanzando a los tumbos hacia los eyectores en lo más profundo del pánico de la galaxia negra para sacar a uno de los embalsamados, y sus oscuras fantasías necrófilas mientras el cuerpo asciende lentamente en la loza brillante, la expresión que tendrán sus ojos cuando recobre la conciencia y perciba en qué se ha convertido... ah, ésa sería una escena muy poderosa, por cierto, casi todo lo relacionado con el sexo en el espacio es poderoso (uno también podría pensar en los efectos del espacio en el orgasmo; ¿sería el orgasmo que todos nosotros conocemos y amamos tanto o algo completamente diferente, tal vez la exaltación?), y yo enfrentaría el tema directamente, si pudiera, y adecuándolo a las necesidades reales de la historia para lograr un diálogo poderoso y excitante.

—Por Dios —diría Lena al final, mientras la música de su prisión la oprime, la invade, la lleva a la extinción...— Por Dios, sólo necesitábamos hacer el amor. Para eso nos han mandado al espacio, sólo eso ha significado para nosotros, necesito

tenerlo, lo necesito, ¿entiendes? —Metiendo y sacando sus dedos de sus superficies acuosas...

... pero por supuesto esto no serviría, al menos en la historia que estoy tratando de conceptualizar. El espacio es aséptico, ése es el secreto de la ciencia ficción durante cuarenta y cinco años; no es el engaño o su público adolescente o los códigos de publicación los que han privado a la mayor parte de la literatura de la gama de la sexualidad humana sino al hecho de que en los espacios limpios y abismales entre las estrellas, el sexo, esa demostración de nuestra humanidad perversa e irremplazable, no tendría ningún papel. No por nada los astronautas volvieron para contarnos su visión de los otros mundos, no por nada vacilaron con sus pesados trajes espaciales al avanzar a saludar a los coroneles, no por nada todos esos matrimonios, todos esos chicos encantadores sufren existencias tan terribles. Simplemente no hay lugar para el sexo. No calza. Lena comprendería eso. «Nunca pensé en el sexo», diría, «nunca, ni una sola vez, ni siquiera al final cuando todo estaba a mi alrededor y yo bailaba».

## VIII

Por lo tanto será necesario caracterizar a Lena de alguna otra manera, y que la oportunidad sólo llegue en el momento de crisis, el momento en que el *Skipstone* sea arrastrado a la galaxia negra de la estrella neutrónica. Ese momento ocurrirá ya bastante avanzada la historia, tal vez quinientas o seiscientas palabras después del comienzo (su vida previa en la nave y las impresiones del hiperespacio vendrán en párrafos expositivos entrelazados entre la parte de la acción), y su única indicación de lo que ha sucedido se dará cuando haya un profundo e intenso estremecimiento en las entrañas de la nave en el lugar donde están los embalsamados y ella sienta que cae.

Para explicar esta sensación es importante explicar el hiperespacio normal. No hay sensación de movimiento en el hiperespacio, no podría haberla, el impulso lleva a *Skipstone* más allá de cualquier concepto del sonido o la luz y a un área donde no hay lenguaje para abarcar ni glándulas para registrar. Si ella corriera las cortinas (curiosamente parecidas con sus volados y sus colores pastel a las que podrían usarse hoy en los hogares de clase media del tipo que yo habito), quedaría privada de toda sensación, pero por supuesto no puede; debe abrirlas a los ojos de buey, y por ellos puede ver la canción de los colores a la que he aludido previamente. Adentro hay un profundo y penoso malestar, una sensación de pérdida terrible (y esto puede explicar por qué Lena piensa en exhumar a los muertos) que puede ser atribuida a los efectos del hiperespacio en el corpus; pero esas sensaciones pueden ocultarse, no ser visibles desde afuera, pueden ser completamente controladas por los personajes flemáticos como lo son la mayoría de los pilotos de esos vuelos experimentales. (Lena misma es un poco flemática. Reacciona más al estrés que algunos de sus colegas pero siempre

dentro de la gama normal prescrita por el Bureau, que sin duda realiza un control superficial).

Los efectos de la caída en la galaxia negra son, sin embargo, totalmente distintos, y es aquí donde la organización emocional de Lena se altera totalmente.

## IX

En este punto de la historia habría que incorporar montones de datos físicos, astronómicos y matemáticos, preferentemente en forma de proporcionar la base realmente científica de la historia sin asustar al lector.

Por supuesto no hay que preocuparse mucho de la repulsión del lector; la mayoría de los que leen ciencia ficción lo hacen porque se interesan en este tipo de difíciles especulaciones (muy a menudo quedan decepcionados, pero también muy a menudo después de un tiempo no pueden detectar la diferencia), y escucharían aún durante mucho más tiempo una conferencia que, por ejemplo, los lectores de las suscripciones de John Cheever, quien apenas podía soportar las diatribas sociológicas lanzadas a la perenne visión del Gehenna que es el don de Cheever para sus admiradores. Así sería posible, sin que resultara forzado, hacer conocer los siguientes hechos, y estos hechos podrían sin duda separarse del cuerpo de la historia y relatarse simplemente de esta manera.

Se supone que en otras galaxias hay estrellas neutrónicas, estrellas con un tamaño cuatro o cinco veces mayor al de nuestros soles «normales», que en su proceso nuclear, ardiendo y ardiendo para mantener su luz, caerán dentro de diez o quince mil años de difícil existencia, cuando su hidrógeno se fusione con el helio y luego con el nitrógeno y luego con elementos aún más pesados hasta que, con una implosión de terrible fuerza, hambrientos de una energía que ya no está allí, caigan unos sobre otros y provoquen un desastre.

Un desastre no sólo para ellos mismos sino posiblemente para toda la galaxia que habitan, porque la fuerza de gravedad creada por la implosión sería tan vasta como para sellarse literalmente en la luz. No sólo la luz sino el sonido y las propiedades de todas las estrellas en este gran tubo de energía. De manera que la galaxia misma sería chupada al caño de la gravedad creado por el colapso y absorbida en el corazón parpadeante y desesperado de la estrella extinguida.

Es posible hacer varias extrapolaciones a partir de las estrellas neutrónicas —y de las estrellas neutrónicas mismas no tenemos dudas; ahora se sabe que muchas nova y supernova fueron creadas exactamente por este efecto, no por ex- sino por im- plosión —, y las siguientes son algunas de ellas:

a) Las fuerzas de gravedad creadas, como grandes ejes que giraran a partir de la estrella, arrastrarían hacia adentro todas las partes de la galaxia dentro de su radio, y por la fuerza de gravitación, la galaxia sería invisible... estas fuerzas, como hemos

dicho, literalmente contienen luz.

b) La estrella neutrónica, que funciona como una aspiradora cósmica, podría literalmente destruir el universo. En realidad el universo puede encontrarse en este momento en el lento proceso de ser destruido mientras centenares de millones de sus soles y planetas son inexorablemente atraídos hacia estos grandes vórtices. El proceso sería *lento*, por supuesto, pero aparentemente inexorable. Una estrella neutrónica, teóricamente, podría absorber al universo. Hay muchas más que una.

c) Como contrapartida, el universo puede haber sido *creado* por una implosión de este tipo, que arrojara enormes filamentos cósmicos en un período que para nosotros se mide en eones pero que para los cosmólogos es un instante, y que en este momento están siendo absorbidos. El universo puede ser un accidente.

d) Aparte de lo que dice la cosmología, una nave atrapada en ése vórtice en esa galaxia «Negra», o invisible, atraída hacia la fuente mortal de la estrella neutrónica, sería incapaz de salir de ella por un impulso normal más rápido que la luz... debido a que la gravedad absorbería la luz, sería imposible llegar a ningún nivel de aceleración (que en algún punto no excedería la velocidad de la luz) para permitir la huida. Si fuera posible surgir desde el campo, esto sólo podría hacerse cambiando inmediatamente a un impulso *tachyonic* sin aumento de la aceleración... un proceso que podría volver loco al ocupante y que, en todo caso, no tendría un destino claro. El agujero negro de la estrella muerta es un vacío literal en el espacio... uno podría caer por el agujero, pero entonces ¿adonde, adonde iría?

e) El proceso mismo de estar en el campo de la estrella muerta bien podría volverlo loco a uno.

Por todas estas razones Lena no sabe que ha caído en la Galaxia llamada Roma hasta que la nave simplemente cae allí.

Ni que, instantánea e irreparablemente, se volverá loca.

## X

Una vez presentados los datos tecnológicos, la crisis de la historia —la caída en la galaxia— ya ha ocurrido hace rato, y el autor tendría la obligación de describir las sensaciones reales que acompañaron la caída en la galaxia negra. Como poco o nada se sabe de esas sensaciones —excepto que está claro que la gravedad suspendería casi todas las leyes físicas— aquí sería fácil caer en un estilo surrealista; Lena vería monstruos arrastrándose por las paredes, es decir, monstruos bidimensionales, pequeños recortes de su pasado; podría *revivir* su vida en plena conciencia desde el nacimiento hasta la muerte; podría literalmente ponerse del revés en lo anatómico y realizar, en su imaginación o concretamente, groseros actos físicos consigo misma; podría nacer y morir mil veces en la extensión sin luz y sin tiempo del agujero... todo eso podría hacerlo dentro de los confines de la historia, y seguramente produciría un

poderoso material. Se podría hacer en forma picaresca, describiendo una perversión o locura por capítulo... es decir, unir los capítulos con más datos sobre los excesos de la gravedad y el hecho de que las estrellas neutrónicas (esto es interesante) son probablemente los *pulsars* que hemos identificado, estrellas que pueden detectarse a través del sonido pero no de la vista, a través de distancias inimaginables. El autor podría hacer este tipo de cosas, y hacerlas muy bien, por cierto; en realidad ya las ha hecho antes centenares de veces, pero de esta manera, tal vez, no tendría en cuenta a Lena. Lena tiene necesidades más imperativas que las del autor, e incluso las de los editores. Tiene terribles dolores. Está sufriendo.

Al caer, ve a los muertos; al caer, oye a los muertos; los muertos la llaman desde el depósito, le gritan: «libéranos, libéranos, estamos vivos, esto es un tormento»; en su sustancia gelatinosa, con los miembros distendidos, adheridos hasta los dedos de las manos y los pies a las membranas que los sostienen, su descomposición se revierte porque la desviación en que han caído revierte el tiempo; y suplican a Lena que los saque de un tormento que ni siquiera pueden expresar por lo profundo que es; sus voces están en la cabeza de Lena, tañendo y golpeando como campanas de extraña forma, «¡Libéranos!», gritan; «ya no estamos muertos, ¡ha sonado la trompeta!», y así sucesivamente, pero Lena literalmente no sabe qué hacer. En este trayecto aterrador sólo es el piloto; no es especialista médica; no sabe nada de profilaxis ni de restauración, y cualquier paso que dé para liberarlos de la gelatina que los sostiene sin duda les destruiría la biología, cualquiera sea su estado mental.

Pero aunque no fuera así, aunque al liberarlos pudiera darles la paz, no puede hacerlo porque está sucumbiendo a sus propias respuestas. En el agujero negro, si se han levantado los muertos, entonces los que están de pie son realmente los muertos; ella, Lena, muere en ese espacio; muere mil veces en un período de setenta mil años (porque aquí no hay tiempo objetivo, la cronología sólo es controlada por la psiquis, y Lena tiene mil vidas completas y mil muertes completas), y es terrible, claro, pero también es interesante porque por cada ciclo de muerte hay una vida, setenta años en los que puede meditar sobre su condición en soledad; y después de aproximadamente doscientos años (o menos, cada vida es individual, algunas son más largas, otras más cortas), Lena ha llegado a comprender exactamente dónde está y lo que le ha sucedido. Que le haya llevado mil cuatrocientos años llegar a esa comprensión en cierto modo es increíble, y sin embargo es una especie de milagro también, porque en un universo infinito con infinitas posibilidades, todas reconstituidas para ella, era sumamente improbable que aun en catorce mil años diera con la respuesta, si no hubiera mediado el hecho de que tiene una voluntad particularmente fuerte y que algunas de las personalidades por las que ha vivido son altamente creativas y controladas y le han permitido pensar en serio. Además una continuidad entre una y otra vida, aun con diferentes personalidades, de manera que Lena puede usar los conocimientos anteriores.

La mayoría de las personalidades son débiles, por supuesto, y no pocas son

dementes, y casi todas son cobardes, pero queda un poco de residuo; aun en las peores hay suficiente residuo como para llevar adelante el conocimiento, y entonces, en el año catorce mil, cuando finalmente ha descubierto la verdad y se da cuenta de lo que le ha sucedido y de lo que está pasando y de lo que tiene que hacer para salir de allí, entonces reúne todas las fuerzas que le quedan, va dando tumbos hasta la consola (tiene sesenta y ocho años de edad y su personalidad es la de un hombre viejo, quejoso, que también ha sido piloto-acarreador) acude a una de las prótesis, el jefe de ingenieros, que está exactamente como cuando ella lo viera catorce mil años y dos semanas atrás, y cuando éste emerge de la consola, con un ligero chirrido de la maquinaria, Lena respira aliviada, demasiado débil incluso como para responder con placer al hecho de que en esas condiciones de antitiempo, antiluz, anticausalidad, la máquina sigue funcionando. Pero por supuesto que funciona. Las máquinas siempre funcionan, incluso en esta historia de ciencia ficción tan terrible y final. No son las máquinas las que fallan sino quienes las operan, o, en casos extremos, el cosmos.

—¿Qué sucede? —pregunta el jefe de ingenieros.

La estupidez de la pregunta, su ingenuidad e irrelevancia en medio del infierno en que ha estado Lena, la deja estupefacta, pero se da cuenta, aun a través de una niebla, que es natural que el jefe de ingenieros emerja sin memoria de las circunstancias y que haya que enterarlo de todo. Esto es inevitable. Protestando y quejándose, ella le cuenta, con su voz de viejo, lo que ha sucedido.

—¡Pero qué terrible! —exclama el jefe de ingenieros—. Realmente es terrible — y, acercándose a un ojo de buey, contempla la galaxia negra, la Galaxia llamada Roma, y una sola mirada le basta para volver a su posición inicial y luego desintegrarse, no porque haya fallado el mecanismo (el mecanismo nunca falla, en última instancia), sino porque simplemente ha recreado una sustancia humana que no podría tolerar lo que ha visto afuera por el ojo de buey.

Lena queda sola otra vez entre los gritos de los muertos que continúan.

Se da cuenta de inmediato de lo que le ha sucedido (catorce mil años de percepción pueden conducir a un tiempo de reacción rápido, aunque más no sea), habla otra vez a la consola, usa los botones y extrae tres prótesis más, todos ellos ingenieros de categoría apenas inferior al que había convocado en primer lugar. (No se ignorará su parecido con los tres hombres que llevaron consuelo a Job, y habrá oportunidad de meter alguna rápida alegoría religiosa, que siempre es útil para dar a una historia ambiciosa un nivel más de significado). Aunque no son tan calificados y categóricos en sus definiciones como el jefe de ingenieros, son lo suficientemente rápidos como para absorber la explicación de Lena, y, esa vez, su advertencia de no acercarse a los ojos de buey, de no mirar la galaxia. En cambio se quedan donde están, en posturas rígidas y curiosamente penosas, como si esperaran que hablara Lena.

—Entonces, ya ven —dice ella finalmente, como si concluyera una larga y difícil conversación, y en realidad así es—. Por lo que veo, la única forma de salir de esta

galaxia negra es pasar directamente al sendero *tachyonic*. Sin ningún incremento de la aceleración.

Los tres que la consuelan asienten con lentitud y aire sombrío. No saben bien de qué habla Lena, pero no hay que olvidar que ellos no tuvieron catorce mil años para pensar en el asunto.

—A menos que ustedes sugieran otra cosa —dice Lena—. Algo distinto. Otra cosa. De otro modo, será un infinito aquí, y realmente yo ya no aguanto más. Catorce mil años bastan.

—Tal vez —sugiere con suavidad el primero de los tres hombres—, tal vez es tu fatalidad, tu destino, pasar un infinito en este agujero negro. Tal vez de alguna manera estás determinando el destino del universo. Al fin y al cabo fuiste tú quien dijo que tal vez se tratara de un accidente gigantesco, ¿verdad? Tal vez tu sufrimiento le da un sentido.

—Y además —cecea el segundo—, también tienes que pensar en los muertos que hay aquí. Esto no es fácil para ellos, como sabes, todo este traqueteo en vida, y un viraje súbito al sendero *tachyonic* probablemente los destruiría para siempre. En el Bureau se enojarían y tú serías culpable de daños importantes. No, yo, en tu lugar, me quedaría con los muertos —concluye el segundo, y enseguida parece surgir un clamoroso murmullo del depósito, aunque es difícil decir si es de aprobación o de dolor. Los muertos no son muy expresivos.

—De todas maneras —interviene el tercero, quitando un mechón de cabellos de sus ojos, apartando la mirada de los temibles y omnipresentes ojos de buey—, no hay mucho que se pueda hacer en esta situación. Has caído en una estrella neutrónica, una chimenea negra. Es algo que supera de lejos las pequeñas capacidades y posibilidades del hombre. Yo, en tu lugar, aceptaría mi destino. —Su modelo es el de un científico ya maduro que estudia la teoría *cuasar*, pero en realidad parece un metafísico—. Hay regiones de la experiencia en las que el hombre no puede internarse sin recibir un severo castigo.

—Para usted es muy fácil decir eso —replica Lena con amargura, mientras sus quejas se transforman en sollozos—, pero usted no ha sufrido como yo. Además existe la posibilidad, al menos teórica, de que yo salga de aquí si incremento gradualmente la velocidad sin aceleración.

—¿Pero dónde aterrizarás? —pregunta el tercero, moviendo su tembloroso dedo índice—. ¿Y cuando? Aquí se han destruido todas las reglas del espacio y el tiempo; sólo persiste la gravedad. Puedes caer por el centro de este sol, pero no sabes por dónde saldrás ni dentro de cuánto tiempo. Es inconcebible que emerjas al espacio normal en la época que piensas como contemporánea.

—No —agrega el segundo—, yo no lo haría. Tú y los muertos están unidos ahora; verdaderamente tu destino es permanecer con ellos. ¿Qué es la muerte? ¿Qué es la vida? En la Galaxia llamada Roma todos los caminos conducen a lo mismo; tienes tiempo de sobra para meditar sobre estas cuestiones, y estoy seguro de que se

te ocurrirá algo perfectamente viable, y muy interesante.

—Ah, bien —interviene el primero, mirando a Lena—, si quieres mi opinión, creo que sería mucho más noble de tu parte quedarte aquí; por lo que sabemos, tu condición da sustancia y viabilidad al universo. Tal vez tú eres el universo. Pero de todas maneras no quieres escuchar, de modo que no voy a discutir. Créeme que no — agrega con cierta irritación y luego hace un gesto a los otros dos; los tres, deliberadamente, van hacia un ojo de buey, apartan una cortina y miran afuera. Antes de que Lena pueda detenerlos —aunque no está segura de que esto no sea precisamente lo que ella deseaba— quedan reducidos a cenizas.

Y Lena queda sola con los gritos de los muertos.

## XI

Como se ve, los aspectos satíricos de la escena anterior pueden producir grandes consecuencias, y si no se controla hábilmente el material, en este momento la pieza degenerará fácilmente en una farsa. Es posible, como saben casi todos los comediantes, reducir (o elevar) los temas más descarnados o más terribles a la escatología o la farsa con sólo particularizarlos; y será difícil no usar esta escena como necesaria distensión a través de lo cómico en una historia que, al fin y al cabo, es muy depresiva, tanto más depresiva porque ha usado la tela más enorme para pintar sus mensajes de que el hombre queda inevitablemente empequeñecido por el cosmos. (Al menos ése es el mensaje que más fácilmente se extraería del material; en realidad yo tengo otras cosas in mente, pero ¿cuántos podrán detectarlas?).

Lo que salvará la escena y la historia misma, alrededor de este punto, será la rica descripción material de la galaxia negra, la estrella neutrónica, los efectos de alteración que han tenido en la realidad percibida. Todo truco retórico, todo recurso tipográfico, toda leve modificación del lenguaje y la memoria a la que deba acudir el autor serán utilizados en esta parte que describe el aspecto del agujero negro y sus efectos en la (sabemos que distorsionada) conciencia de Lena. Será una visión sombría, por supuesto, pero no necesariamente sin esperanzas; demostrará que nuestros conceptos de «belleza» o «fealdad» o «malo» o «bueno» o «amor» o «muerte» son poco más que metáforas, semánticamente limitadas, enmarcadas por el pobre equipo receptor de nuestras cabezas; y se sugerirá que, en vez de mostrarnos una realidad diferente o alternativa, es posible que el agujero negro sólo nos esté mostrando la única realidad que conocemos, pero *extendida*, infinitamente extendida de modo que la historia puede darnos, como sucede a menudo, con la buena ciencia ficción, en este punto, algún pantallazo de las posibilidades que hay más allá de nosotros, posibilidades que no caben en la dimensión de las palabras o de los problemas de calificación editorial. Y también en este punto de la historia valdría la pena caracterizar a Lena en forma «más cálida» y más «comprensiva» para que el



lector la vea como un ser humano bien definido y admirable, muy valiente frente a todos sus desastres y sus catorce mil años y sus doscientas vidas. Esto puede lograrse a través de la técnica convencional de la ficción: individuación a través de la definición de la idiosincrasia, recursos del lenguaje, hábitos, amaneramientos, etcétera. En la ficción común, habitual, podríamos hacer que tartamudeara un poco, que tuviera un lunar en el pecho derecho, que le gustaran los policías, que tuviera miedo de los convertibles rojos, y nada más; en esta historia, debido a su tema considerablemente extendido, habrá que hacer algo más que eso, encontrar originalidades de idiosincrasia que, por su maravilla y sugestión de una posibilidad panorámica, se aproximen al agujero negro... pero no importa. No importa. Esto puede hacerse; la parte que entrelaza a Lena y su visión del agujero negro será la más lucida y la más admirada, pero en realidad será la más fácil de escribir, y estoy seguro de que yo no tendría el menor problema con ella si, como dije mucho antes, éste fuera un cuento y no una serie de notas para un cuento, ya que la historia misma está indeciblemente más de nuestro tiempo y espacio y recursos y sólo puede entereverse en pequeños destellos vacíos de luz, así como Lena puede asomarse al agujero negro, por más que conozca la gravedad de la estrella neutrónica. Estas notas se acercan tanto a la visión de la historia como puede hacerlo Lena.

Al terminar esta parte, está claro que Lena ha tomado la decisión de salir de la galaxia negra pasando automáticamente al sendero *tachyonic*. No sabe dónde emergerá ni cómo, pero sabe que lo que está viviendo no puede soportarlo más.

Se prepara a apretar los botones, pero antes de eso es necesario escribir el diálogo con los muertos.

## XII

Presumiblemente uno de ellos se designará a sí mismo vocero de todos y aparecerá ante Lena en ese nuevo espacio como en un sueño.

—Escucha —diría este muerto, uno nacido en 3361, muerto en 3401, que espera ocho siglos su exhumación por una sociedad que pueda liberar a su cuerpo de la leucemia (está destinado a una desilusión)—... tienes que enfrentar los hechos de esta situación. No podemos dejarlo así. Es mejor la muerte que conocemos que la muerte que tú nos darás.

—La decisión está tomada —dice Lena, sin apartar los dedos de los botones—. No es posible volverse atrás.

—Ahora estamos muertos —continúa el muerto—. Al menos permite que esta muerte continúe. Al menos en las entrañas de esta galaxia sin tiempo tenemos una especie de vida, o al menos esa no-existencia con la que siempre hemos soñado. Podría contarte muchas de las cosas que hemos aprendido en estos catorce mil años, pero para ti tendrían poco sentido, por supuesto. Hemos aprendido a tener

resignación. Hemos tenido momentos de gran penetración. Por supuesto nada de esto te importa.

—Nada me importa. Nada en absoluto.

—Todo importa. Aun aquí hay consecuencia, causalidad, sentido de humanidad, de responsabilidad. Puedes suspender las leyes físicas, puedes suspender la vida misma, pero no puedes separar los imperativos morales de la humanidad. Éstos son absolutos. Sería apostasía tratar de dejarlos.

—El hombre trata de dejarlos —dice Lena—, el hombre debe luchar, debe intentar controlar sus condiciones. Aunque pase de lo peor a la desaparición. Ése sigue siendo su destino.

Tal vez aquí el diálogo es un poquito florido. De todas maneras, ésta será su orientación. Hay que advertir que, colocando este punto de vista convencional en un personaje femenino proporcionará otro de esos necesarios niveles de ironía en que la historia debe abundar para no ser únicamente un muestrario de rarezas, una cascada de débiles maravillas que se muestran con timidez en una carpa de circo... la ironía le prestará legitimidad.

—No me importan los muertos —dirá Lena—. Sólo me importan los vivos.

—Entonces tendrá que importarte el universo —dice el hombre muerto—, tendrá que importarte eso, aunque más no sea. Tratando de salir por el centro del agujero negro, puedes romper la tela sin costuras del tiempo y el espacio. Puedes destruirlo todo. El pasado y el presente y el futuro. La explosión puede extender la chimenea de la fuerza de gravedad a un tamaño infinito, y todo el universo caerá en el agujero.

Lena hace un gesto negativo. Sabe que el muerto no es más que otra de sus tentaciones con disfraz más astuto y cadavérico.

—Mientes —dice Lena—. Esto no es más que otro efecto de la Galaxia llamada Roma. Yo soy responsable ante mí, sólo ante mí. El universo no está en juego.

—Eso es una racionalización —responde el muerto, al verla vacilar, sintiendo que él saldrá victorioso—, y tú lo sabes tan bien como yo. No puedes ser una solipsista total. Tú no eres Dios, no hay Dios, no hay Dios aquí, pero si lo hubiera tú no serías Dios. Debes medir el universo que te rodea.

Lena mira al muerto y el muerto la mira, y en esa confrontación, en la sombra de los ojos de él, mientras pasan por los apagados resplandores del efecto de la estrella neutrónica, ella ve que están cerca de una comunión tan terrible que se convertirá en una soldadura, en una conexión... que si escucha al muerto apenas un segundo más caerá en sus ojos como el *Skipstone* ha caído en el agujero negro; y no puede soportar la idea, no puede ser... debe aferrarse a la creencia de que hay alguna separación entre los vivos y los muertos y que hay dignidad en esa separación, que la vida no es la muerte sino otra cosa, porque si no puede aceptar eso se niega a sí misma... y entonces, rápido, rápido, antes de seguir pensándolo, aprieta los botones que llevarán de inmediato a la nave a más velocidad que la de la luz; y entonces, en la explosión de muchos soles que tal vez sólo suceda en su corazón, esconde la cabeza en los

brazos y grita.

Y los muertos gritan junto con ella, y no es un grito de alegría ni de terror... es el verdadero grito primario suspendido entre los momentos del limbo, la vida y la expiración, y sus aullidos se enlazan en el vientre del *Skipstone* que entra en la luz redimida.

### XIII

El final de la historia queda abierto, por supuesto.

Tal vez Lena emerge a su propio tiempo y espacio una vez más, y todo esto ha sido una pantalla que cubría la realidad más amplia. Tal vez emerge en otra cosa. También podría suceder que no saliera nunca del agujero negro sino que se quedara a vivir allí, y el *Skipstone* pasara a ser un planeta más en el universo tubular de la estrella neutrónica, el primero o el último de una serie de planetas que caen hacia su sol extinguido. Si la historia está bien hecha, si se preparan bien las ambigüedades, si los datos tecnológicos se establecen con exactitud, si el material se visualiza adecuadamente... bien, entonces no importa lo que le suceda a Lena, a su *Skipstone* y a sus muertos. Cualquier final servirá. Cualquiera será adecuado y emocionalmente satisfactorio para el lector.

Sin embargo, hay un final inevitable.

Le resulta claro al escritor que no escribirá, que no puede escribir esta historia, pero que si la escribiera llegaría a esta única conclusión clara, realmente implícita desde el principio y profundamente ligada al texto.

De manera que permitamos al autor que la escriba.

### XIV

En la infinitud del tiempo y el espacio, todo es posible, y cuando son vomitados de ese gran agujero negro, lanzados desde este ano de una estrella neutrónica (trataré de no perderme una sola implicación freudiana), Lena y sus muertos adquieren esa infinitud, participan de la vasta gama de posibilidades. Ahora están en el grupo de las Antares parpadeando como un foquito de luz; enseguida están en el corazón de Sirio la Estrella Perro a quinientos gritos del depósito de muertos; después aparecen en la antigua Roma y ven a Jesús que camina con la cruz hacia el Calvario... y luego en otra galaxia inimaginable que está justo frente a la Vía Láctea de un billón de años luz de extensión, con cien mil planetas habitables, cada uno de ellos con su Calvario... y no están, todavía no están satisfechos.

No pueden, porque son humanos, participar de la infinitud; sólo pueden participar

de lo que conocen. No pueden, puesto que han sido creados por la conciencia del autor, participar de lo que él no conoce sino sólo de lo que está cerca de él. Atrapados en la conciencia del autor, en la cárcel de su ser, así como el autor está atrapado en el *Skipstone* de su mortalidad, Lena y los muertos emergen en el año 1975 en la ciudad de Ridgefield Park, Nueva Jersey, y allí habitan los cuerpos de sus quince mil almas, y allí están, allí están todavía, viviendo en medio de las refinerías, paseando por Main Street, sentados en el teatro Rialto, haciendo compras en los supermercados, formando parejas y abrazándose en las estrellas implosionadas de sus lechos esta misma noche, en este mismo momento, como ese accidente, el autor, los ha concebido.

Es inimaginable que vengan, Lena y los muertos, desde el corazón de la Galaxia llamada Roma a poblar Ridgefield Park en Nueva Jersey... pero más inimaginable todavía es que desde todos los Ridgefield Parks de nuestro tiempo lleguemos y nos reunamos y construyamos las grandes máquinas que nos llevarán a las estrellas y algunas de las estrellas nos traerán la muerte y otras la vida y otras nada, pero las máquinas seguirán y seguirán andando y también —en cierto modo, a nuestro modo — seguiremos andando nosotros.

*A Galaxy Called Rome, 1975*

# **La nave que cantaba**

*Anne McCaffrey*

*La idea para Helva, la nave que cantaba, nació en 1958; trabajé con ella en 1959, y finalmente presenté el cuento a Bob Mills en The Magazine of Fantasy and Science Fiction. Sería mi tercer cuento publicado.*

*Más tarde, en el primer cheque por derechos de autor que me llegó de Inglaterra, había una corrección a mi inglés. Decía «The Ship Which Sank»<sup>[3]</sup> aunque en términos del Helva mi frase era gramaticalmente correcta.*

*En el momento de escribir esta historia no me di cuenta de que había venido de la necesidad de verbalizar mi dolor por la muerte de mi padre (Colonel the Honorable George Herbert McCaffrey sirvió en tres guerras y contrajo la tuberculosis cuando era Jefe de la División de Finanzas para las Fuerzas de las Naciones Unidas en Corea. Murió seis meses después, en enero de 1954).*

*La historia usa la emoción como herramienta, y ahora que han pasado veinte años, todavía produce una sensación de pena en el lector. Cada vez que la leo, me digo: «Bueno, papá, ésta es para ti».*

Al nacer era un objeto, y como tal sería condenada si no salía bien el electroencefalograma que se les practicaba a todos los recién nacidos. Siempre quedaba la posibilidad de que, aunque los miembros estuvieran torcidos, la mente no lo estuviera, y aunque los oídos apenas oyeran y los ojos sólo vieran vagamente, la mente que había detrás fuera receptiva y alerta.

El electroencefalograma fue totalmente favorable, cosa que no se esperaba, y comunicaron la noticia a los afligidos padres. Quedaba la dura decisión final: practicar la eutanasia, o permitir que la niña se convirtiese en un «cerebro» encapsulado, un mecanismo de guía en una de las profesiones de una serie muy curiosa. De ese modo su retoño no sufriría, llevaría una existencia cómoda en una cápsula de metal durante varios siglos, realizando un servicio poco común para Mundos Centrales.

La niña vivió y le pusieron un nombre: Helva. Durante sus tres primeros meses vegetales agitaba sus garras de cangrejo, pateaba débilmente con sus pies chuecos y disfrutaba de la rutina habitual del bebé. No estaba sola, porque había tres niños más como ella en la *nursery* especial de la gran ciudad. Pronto los trasladaron a todos a la Central Laboratory School, donde iniciaron su delicada transformación.

Uno de los niños murió en la transferencia inicial, pero de la «clase» de Helva, diecisiete se adaptaron bien a las cápsulas de metal. En lugar de hacer dar pataditas a sus pies, las respuestas neurológicas de Helva accionaban ruedas; en lugar de tomar objetos con las manos, manipulaba extensiones mecánicas. A medida que maduraba, era necesario adaptar cada vez más sinapsis neuronales para accionar otros mecanismos que participaban en el mantenimiento y el funcionamiento de una nave espacial. Porque Helva estaba destinada a ser la mitad «cerebral» de una nave pionera, junto con un hombre o una mujer, lo que ella eligiera, que sería la parte móvil. Pertenería a la elite de su clase. Sus primeros tests de inteligencia daban resultados por encima de lo normal y su índice de adaptación era excepcionalmente alto. Siempre que su desarrollo dentro de su cápsula respondiera a las expectativas, y no hubiera efectos laterales por las modificaciones pituitarias, Helva viviría una vida gratificante, rica y poco común, a años luz de la que hubiera enfrentado como un ser humano común, «normal».

Pero ningún diagrama de las modalidades de su cerebro, ninguno de los tests de cociente intelectual que le tomaron al principio, registró ciertos hechos esenciales en Helva, de los que más tarde se enteraría Centrales. Tendrían que esperar el momento oportuno y ver, confiando en que las dosis masivas de psicología-de-la-cápsula fueran suficientes, también, como apoyo necesario contra el exceso de confinamiento y las presiones de su profesión. Una nave conducida por un cerebro humano no podía desquiciarse o volverse loca con el poder y los recursos que debía crear Centrales en sus naves scout. Hacía mucho, por supuesto, que las naves con cerebro habían dejado atrás la etapa experimental. La mayoría de los bebés sobrevivían a las técnicas perfeccionadas de manipulación de la pituitaria que mantenía sus cuerpos pequeños,

eliminando la necesidad de traspasarlos de cápsulas más chicas a otras más grandes. Y muy muy pocos se perdían cuando se realizaba la conexión final a los paneles de control o al monopolio industrial. La «gente de cápsula» se parecía a los enanos maduros en tamaño, cualesquiera fuesen sus deformaciones congénitas, pero el cerebro bien orientado superaba al cuerpo mejor formado del universo.

De modo que durante años felices Helva rodó en su cápsula con sus compañeros de clase, jugando, estudiando sus lecciones de trayectoria, técnicas de propulsión, computación, lógica, higiene mental, derecho, tránsito, códigos, psicología básica del extraterrestre, filología, historia espacial: todos los «etcéteras» que eventualmente se combinaban en un ciudadano racional, lógico y bien informado. Aunque para ella no era tan obvio, pero sí de mayor importancia para sus profesores, Helva ingería los preceptos de su funcionamiento con tanta facilidad como absorbía su líquido nutriente. Algún día se sentiría agradecida por el paciente zumbido de la instrucción a nivel subconsciente.

En la civilización de Helva no faltaban activas asociaciones de bien público que exploraban posibles conductas inhumanas contra ciudadanos terrestres y extraterrestres. Una de esas sociedades —Sociedad para la Preservación de los Derechos de las Minorías Inteligentes— se enfureció ante la práctica de los «niños encapsulados» cuando Helva acababa de cumplir los catorce años. Cuando se vio obligado, Mundos Centrales se encogió de hombros, organizó una visita a la Escuela-Laboratorio y la inició mostrando historias de los niños, completas, con fotos. Muy pocas comisiones miraron más que las primeras fotos. La mayoría de sus objeciones originales a las cápsulas se diluyeron debido a su alivio al ver que esos cuerpos horribles estaban piadosamente ocultos.

En la clase de Helva se estudiaban bellas artes, una materia selectiva en el abultado programa. Helva había activado una de sus microscópicas herramientas que más tarde usaría para reparaciones diminutas de diversas partes de su panel de controles. Su tema era grande —una copia de *La última cena*— y su tela pequeña, como la cabeza de un tornillo diminuto. Había ajustado su visión en el grado necesario. Mientras trabajaba canturreaba distraídamente, reproduciendo un sonido curioso. La gente de cápsula usaba sus propias cuerdas vocales y diafragmas, pero el Sonido salía de los micrófonos más bien que de las bocas; el canto apagado de Helva tenía, por lo tanto, una curiosa vibración, una cualidad cálida y dulce a pesar de su improvisado paseo cromático.

—Pero, qué hermosa voz tienes —dijo una visitante.

Helva «levantó la mirada» y captó un fascinante panorama de cráteres sucios que aparecían en una superficie rosada, escamosa. Su canto se convirtió en una exclamación de sorpresa. Instintivamente reguló su «vista» hasta que los cráteres desaparecieron de la piel y los poros asumieron proporciones normales.

—Sí, tenemos varios años de entrenamiento de la voz, señora —comentó tranquilamente Helva—. Las peculiaridades vocales a menudo se vuelven muy



irritantes durante las distancias interestelares prolongadas, y hay que eliminarlas. Me gustaron las lecciones.

Aunque era la primera vez que Helva veía gente no encapsulada, tomó la experiencia con calma. Cualquier otra reacción habría sido inmediatamente comunicada.

—Quise decir que tienes muy linda voz para cantar... querida —dijo la señora.

—Gracias. ¿Quiere ver mi trabajo? —preguntó Helva cortésmente. Se apartaba instintivamente de las conversaciones sobre su persona, pero registró el comentario para pensarlo después.

—¿Trabajo? —preguntó la señora.

—En este momento estoy reproduciendo *La última cena* en la cabeza de un tornillo.

—Oh, caramba —respondió la señora.

Helva ajustó su mirada para la ampliación y contempló críticamente su copia.

—Por supuesto algunos de mis valores en color no coinciden con los del viejo maestro y la perspectiva es defectuosa, pero creo que es una buena copia.

Los ojos de la señora, que no se convertían en lupas, se desorbitaron.

—Ah, me olvidaba. —La voz de Helva expresaba una real preocupación. Si hubiera podido sonrojarse, lo habría hecho—. Olvidaba que ustedes no tienen visión ajustable.

El monitor de ese discurso sonrió con orgullo, divertido, mientras el tono de Helva indicaba pena por los desdichados.

—Mire, con esto verá mejor —dijo Helva, haciendo surgir una lupa de una de sus extensiones y sosteniéndola sobre el cuadro.

Con una especie de shock, las damas y caballeros de la comisión se inclinaron para observar *La última cena* increíblemente copiada y brillantemente ejecutada en la cabeza de un tornillo.

—Bien —comentó un caballero a quien su esposa había obligado a acompañarla—, el buen Dios puede comer donde los ángeles no se atreven a pisar.

—¿Se refiere usted, señor —preguntó cortésmente Helva—, a las discusiones del Oscurantismo sobre el número de ángeles que podían pararse en la cabeza de un alfiler?

—En eso pensaba.

—Si reemplaza «ángel» por «átomo», el problema no es insoluble, considerando el contenido metálico del alfiler en cuestión.

—¿Qué, tú estás programada para computar?

—Por supuesto.

—¿Recordaron también programarte sentido del humor, jovencita?

—Nos orientan a desarrollar un sentido de la proporción, señor, que hace el mismo efecto.

El buen señor hizo un ruidito de aprobación y decidió que valía la pena haber

venido.

La comisión de investigación necesitó meses para digerir la cuidadosa comida servida para ellos en la Escuela-Laboratorio, pero a Helva también le quedó su ración.

Lo de «cantar» aplicable a ella requería investigación. Por supuesto le habían dado —y lo disfrutó mucho— un curso de apreciación musical que incluía las obras clásicas más conocidas, tales como *Tristán e Isolda*, *Cándida*, *Oklahoma* y *Nozze di Figaro*, junto con los cantantes de la era atómica, Birgit Nilsson, Bob Dylan y Geraldine Todd, y también las más curiosas progresiones rítmicas de los Venusinos, la cromática visual *Capellan*, los conciertos sónicos de los cantantes *Altairian* y *Reticulan*. Pero «cantar», para cualquier persona encapsulada, presentaba considerables dificultades técnicas. A las personas de cápsula se las preparaba para que examinaran cada aspecto de un problema o situación antes de hacer un pronóstico. Adecuadamente equilibradas entre el optimismo y el sentido práctico, la actitud de no dejarse vencer de las personas de cápsula los llevaba a mantenerse apartados, ellos mismos, sus naves y su personal, de las situaciones extrañas. Por lo tanto a Helva no le molestaba el problema de no poder abrir la boca para cantar, entre otras restricciones. Elaboraría un método, sorteando sus limitaciones, por el cual poder cantar.

Enfocó el problema investigando los métodos de reproducción del sonido a través de los siglos, humano e instrumental. Su propio equipo de producción sonora era esencialmente más instrumental que vocal. El control de la respiración y la enunciación correcta de los sonidos vocales dentro de la cavidad oral era lo que aparentemente requería más desarrollo y práctica. Las personas de cápsula, en sentido estricto, no respiraban. El oxígeno y otros gases que necesitaban no se tomaban de la atmósfera circundante a través del medio pulmonar, sino que se mantenía artificialmente por solución dentro de las cápsulas. Después de alguna experimentación, Helva descubrió que podía manipular su unidad diafragmática para sostener el tono. Relajando los músculos de la garganta y expandiendo la cavidad oral hasta los senos frontales, podía dirigir los sonidos vocales a la posición más adecuada para una buena reproducción a través del micrófono que tenía en la garganta. Comparó los resultados con grabaciones en cinta de cantantes modernos y no quedó descontenta, aunque sus propias cintas tenían una cualidad particular, que no es que no fuera armoniosa, sino que era única. Adquirir un repertorio de la biblioteca del laboratorio no era problema para alguien entrenado en memorizar a la perfección. Descubrió que podía cantar cualquier papel y cualquier canción que se le ocurriera. No habría pensado que era curioso que una mujer cantara la voz de bajo, de barítono, de tenor, de mezzosoprano, y coloratura si se le ocurría. Para Helva sólo se trataba de la correcta reproducción y el control diafragmático requerido por la música que interpretaba.

Si las autoridades comentaron la extraña actividad extracurricular de Helva lo

hicieron entre ellas. A las personas de cápsula se las estimulaba para que tuvieran un pasatiempo siempre que conservaran el buen rendimiento en su trabajo técnico.

Al cumplir dieciséis años Helva recibió su título sin el menor inconveniente y fue instalada en su nave, la XH-834. Su cápsula permanente de titanio se colocó detrás de una barrera aún más indestructible en el eje central de la nave *scout*. Se hicieron y se sellaron las conexiones neurológicas, auditivas, visuales y sensoriales. Sus extensibles se desviaron, se conectaron o se aumentaron, y las últimas, delicadísimas conexiones cerebrales se completaron mientras Helva, con anestesia total, ignoraba el procedimiento. Cuando despertó, ella era la nave. Su cerebro y su inteligencia controlaban todas las funciones, desde la navegación hasta la carga de una nave *scout* de su clase. Podía cuidarse sola y cuidar a su mitad ambulatoria, en cualquier situación ya registrada en los anales de Mundos Centrales y en cualquier situación que sus mentes más fértiles podían imaginar.

Su primer vuelo real, porque ella y los de su clase habían hecho simulacros de vuelo en paneles de utilería desde que tenían ocho años, reveló que dominaba a la perfección las técnicas de su profesión. Estaba preparada para las grandes aventuras y la llegada de su compañero móvil.

Había nueve *scouts* calificados reunidos, cobrando sus haberes en la base, el día en que Helva se presentó para el trabajo activo. Había varias misiones que exigían atención al instante, pero Helva había interesado a varios jefes de departamento en Centrales desde hacía tiempo, y cada jefe de sección estaba decidido a obtenerla para su sección. Nadie había recordado presentar a Helva a los posibles compañeros. La nave siempre elegía a su propio compañero. Si en ese momento hubiera habido otra nave «con cerebro» en la base, habrían indicado a Helva que fuera la primera en actuar. Pero mientras en Centrales se peleaban entre ellos, Robert Tanner salió sigilosamente del pabellón de los pilotos, se encaminó hacia la pista y llegó al casco de metal de Helva.

—¡Buenas! ¿Hay alguien en la casa? —dijo Tanner.

—Claro —replicó Helva, activando sus detectores externos—. ¿Eres mi socio? —preguntó esperanzada, al reconocer el uniforme del servicio de *scouts*.

—No tienes más que preguntar —respondió él con tono ansioso.

—No ha venido nadie. Pensé que tal vez no habría compañeros disponibles y no he recibido indicaciones de Centrales.

Hasta Helva misma se dio cuenta de que su tono era el de alguien que se tiene lástima, pero la verdad era que se sentía sola, posada en la pista oscurecida. Siempre había estado en compañía de otras cápsulas y, más recientemente, de numerosos técnicos.

La repentina soledad había perdido su momentáneo encanto y se había vuelto opresiva.

—Que no haya directivos de Centrales no es motivo para lamentarse, pero sucede que hay otros ocho que darían cualquier cosa por recibir una invitación de abordarte,

hermosa.

Tanner estaba en la cabina central cuando dijo eso, pasando un dedo admirativamente por el panel, la silla de gravedad del *scout*, asomando la cabeza en la de la cabina, la cocina, la parte del frente, los compartimientos de almacenamiento a presión.

—Bien, si quieres embromar a los de Centrales y hacernos un favor a nosotros al mismo tiempo, llama al cuartel y hagamos una fiesta para alegrar el ambiente en la nave y elegir compañero. ¿Qué te parece?

Helva se rió para sus adentros. El era tan totalmente diferente de los ocasionales visitantes o los diversos técnicos del laboratorio que había conocido. Era tan alegre, tan aplomado, y le encantaba su sugerencia de hacer una fiesta para elegir compañero. Por supuesto no había nada en contra, tal como ella entendía el reglamento.

—Cencom, habla XH-834. Comuníqueme con el cuartel de pilotos.

—¿Visual?

—Por favor.

Apareció en la pantalla la imagen de varios hombres inactivos en diversas actitudes de aburrimiento.

—Habla el XH-834. ¿Los *scouts* sin destino serían tan amables de venir a bordo?

Ocho figuras se pusieron en acción, recogiendo prendas del equipo que se pondrían, desconectando mecanismos de cinta, arrojando a un lado sábanas y toallas.

Helva cortó la conexión mientras Tanner soltaba una risita de alegría y se preparaba a esperar la llegada de los hombres.

Helva estaba sumergida en un aleteo de anticipación poco propio de una cápsula. Ninguna actriz en la noche del estreno se habría sentido más asustada y ansiosa. A diferencia de la actriz, no podía hacer una escena de histeria, romper platos o arrojar al aire objetos artísticos o tarros de pintura para aliviar su tensión. Por supuesto podía buscar comestibles y bebidas en sus despensas, cosa que hizo, ofreciendo a Tanner un trago de la selección intacta de su comedor. A los *scouts* se los llamaba «músculos» en oposición a los «cerebros» de la nave. Tenían que someterse a un programa de entrenamiento, lo mismo que los cerebros y sólo el uno por ciento de los mejores graduados de las escuelas de todo el mundo ingresaba en el Programa de Entrenamiento para *Scouts* de Mundos Centrales. Por lo tanto los ocho jóvenes que pasaron la barrera al hospitalario reducto de Helva eran notablemente apuestos, inteligentes, bien coordinados y adaptados, y se alegraban de tener una velada con copas, si Helva lo permitía, y todos estaban dispuestos a hacerles una zancadilla a los demás para obtener la posesión de la nave.

Semejante invasión humana dejó sin aliento a Helva, un lujo que disfrutó profundamente durante el breve tiempo que se lo permitió.

Observó a los jóvenes uno por uno. El oportunismo de Tanner la divertía pero no la atraía específicamente; el rubio Nordsen parecía demasiado simple; Al-atpay, con

sus cabellos oscuros tenía una especie de obstinación que a Helva no le gustaba: la amargura de Mir-Ahnin insinuaba una oscuridad interior que ella no quería iluminar, aunque él se esforzó enormemente por llamar la atención de Helva. Cortejar a Helva era algo curioso... éste sólo sería para ella el primero de muchos matrimonios, porque los «músculos» se retiraban después de setenta y cinco años de servicio, o antes si tenían problemas. Los cerebros, con sus cuerpos a salvo del deterioro, eran indestructibles. En teoría, una vez que una persona de cápsula había pagado la gran deuda de los primeros cuidados, la adaptación quirúrgica y los gastos de mantenimiento, era libre de buscar trabajo en otra parte. En la práctica, las personas de cápsula permanecían en servicio hasta que elegían autodestruirse o morían durante el cumplimiento de sus deberes. Helva había hablado con una persona de cápsula de trescientos veintidós años de edad. Le impresionó tanto el contacto, que no se atrevió a hacer las preguntas personales que deseaba hacer.

Su elección de un «músculo» no se resolvió hasta que Tanner se puso a cantar una canción de *scouts*, que relataba las desventuras del audaz, tonto y dolorosamente inepto Billy Músculo. Alguien intentó cantar la segunda voz, pero resultó cacofónico, y Tanner agitó los brazos locamente pidiendo silencio.

—Lo que necesitamos es un tenor muy bueno para dirigir. Jennan, ¿de qué cuerda eres?

—Sostenido —replicó Jennan con rápido humor.

—Si es absolutamente necesario un tenor, lo intentaré —se ofreció Helva.

—Pero, mujer... —protestó Tanner.

—A ver ése la —rió Jennan.

En el asombrado silencio que siguió al rico, claro y agudo la, Jennan comentó en voz baja:

Caruso habría dado el resto de sus notas por cantar ése la.

No les llevó mucho tiempo descubrir la extensión completa de Helva.

—Tanner sólo pidió un excelente tenor *capo da voce* —dijo Jennan en broma—, y nuestra dulce patrona nos proporciona todo un acompañamiento de repertorio. El muchacho que consiga esta nave llegará lejos, muy lejos.

—¿Hasta la Nebulosa Cabeza de Caballo? —preguntó Nordsen, citando un viejo dicho de Centrales.

—Hasta la Nebulosa Cabeza de Caballo y en el viaje de regreso haremos muy bella música —rió Helva.

—Juntos —agregó Jennan. Sólo que será mejor que la música la hagas tú, y que yo, con mi voz, escuche.

—Yo pensaba que sería yo quien escucharía —sugirió Helva.

Jennan hizo una pomposa reverencia con un intrincado floreo de su elegante gorra. Dirigió la reverencia al pilar de control central donde *estaba* Helva. La propia preferencia personal de Helva se cristalizó en ese preciso instante y por esa razón particular: Jennan fue el único de los hombres que dirigió sus comentarios a su

presencia física, independientemente del hecho de que sabía que ella podía captar su imagen en cualquier lugar de la nave donde estuviese, y que el cuerpo de Helva estaba detrás de gruesas paredes de metal. Durante todo el tiempo de la sociedad, Jennan jamás dejó de volver la cabeza en dirección a Helva, estuviera donde estuviese en relación con ella. En respuesta a esa personalización, en ese momento y de allí en adelante Helva sólo hablaba a Jennan por su micrófono central, aunque éste no siempre era el método más eficiente.

Helva no sabía que esa noche se había enamorado de Jennan. Como nunca había estado expuesta al amor o al afecto sólo a sus parientes más fríos, el respeto y la admiración difícilmente podía haber reconocido su propia reacción ante la calidez de la personalidad de Jennan y su consideración con ella. Como persona de cápsula, se consideraba muy alejada de las emociones vinculadas en gran parte con deseos físicos.

—Bien, Helva, fue muy lindo conocerte —dijo de pronto Tanner, mientras ella y Jennan discutían si *Come All Ye Sons Of Art* era música barroca—. Alguna vez nos veremos en el espacio, Jennan, tipo con suerte. Gracias por la fiesta, Helva.

—¿Ya te vas? —preguntó Helva, dándose cuenta un poco tarde que ella y Jennan habían excluido a los otros de la discusión.

—Ha ganado el mejor —respondió Tanner con ironía. Creo que debo conseguirme una cinta con canciones de amor. Podría necesitarla para la otra nave, si llega a haber otra nave como tú en el país.

Helva y Jennan los miraron irse, sintiéndose un poco confundidos.

—¿Tanner no se apresurará en sus juicios? —preguntó Jennan.

Helva lo contempló, apoyado en la consola, mirando directamente la cápsula. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el vaso que conservaba en la mano estaba vacío desde hacía tiempo. Era apuesto, como todos los demás; pero sus ojos atentos eran confiados, la boca sonreía con facilidad, la voz (que atraía especialmente a Helva) era resonante, profunda, y sin matices o acentos desagradables.

—De todas maneras piénsalo durante la noche, Helva. Si ésta es tu elección llámame mañana por la mañana.

Ella lo llamó a la hora del desayuno, después de comunicar su decisión a Centrales. Jennan trasladó sus cosas a bordo, recibió la designación conjunta, archivó su ficha de personalidad y experiencia en el lugar indicado, dio a Helva las coordenadas de su primera misión. El XH-834 se convirtió oficialmente en el JH-834.

Su primera misión fue una absoluta prioridad, aburrida pero necesaria: llevar velozmente una vacuna a un sistema distante que sufría la plaga de una virulenta enfermedad por esporas. Sólo tenían que llegar a Spica lo más rápido posible.

Después del excitante salto inicial a máxima velocidad, Helva se dio cuenta de que sus músculos tendrían menos trabajo que Jennan en esa tediosa misión. Pero

Helva y Jennan tenían tiempo de sobra para explorar mutuamente sus personalidades. Jennan, por supuesto, sabía de qué era capaz Helva como nave y como compañera, así como ella sabía lo que podía esperar de él. Pero éstos no eran más que hechos, y Helva esperaba ansiosamente aprender el aspecto humano de su socio, que no podía reducirse a una serie de símbolos. Tampoco la interacción entre dos personalidades podía aprenderse de un libro. Era necesario experimentarla.

—Mi padre también fue *scout*, ¿o eso también está programado? —comenzó Jennan en el tercer día de convivencia.

—Naturalmente.

—Mira, es injusto. Tú conoces toda la historia de mi familia y yo no sé un camino de la tuya.

—Tampoco yo la he sabido nunca —respondió Helva—. Hasta que leí tu historia no se me había ocurrido que yo también debía tener una, en algún lugar de los archivos de Centrales.

Jennan exclamó con desprecio:

—¡Psicología de la cápsula!

Helva rió.

—Sí, y hasta estoy programada para no sentir curiosidad al respecto. En realidad es mejor así.

Jennan pidió una copa, se dejó caer en el diván de gravedad frente a Helva, apoyó los pies en el amortiguador y se balanceó distraídamente en la suspensión.

—Helva... un nombre inventado...

—Suen a escandinavo.

—No eres rubia —dijo Jennan con tono seguro.

—Pero hay suecas morenas.

—Y turcos rubios y este harén se limita a una.

—Tu mujer en *purdah*, sí, pero puedes revolcarte en las casas de placer... — Helva se espantó de la dureza de su voz cuidadosamente entrenada.

—Sabes —la interrumpió Jennan, sumido en algún pensamiento propio—, mi padre me daba la impresión de estar mucho más casado con su nave, Silvia, que con mi madre. Sé que yo pensaba que Silvia era mi abuela. Tenía número bajo, así que debía de ser mi tatarabuela, por lo menos. Yo le hablaba horas y horas.

—¿Qué registro tenía? —preguntó Helva, celosa sin darse cuenta de todos los que habían compartido las horas de Jennan.

—422. Creo que ahora es TS. Una vez me encontré con Tom Burgess.

El padre de Jennan había muerto de una enfermedad planetaria; la nave había agotado la vacuna contra esa enfermedad curando a los ciudadanos locales.

—Tom me contó que se había puesto muy dura y punzante. Si llegas a perder la dulzura volveré convertido en fantasma, muchacha —amenazó Jennan.

Helva rió. Él la sobresaltó avanzando hasta el panel de la columna, y tocándolo con dedos suaves y tiernos.

—Me gustaría saber cómo eres —dijo él con suavidad, anhelante.

A Helva la habían aleccionado con respecto a esa curiosidad de los *scouts*. Ella no sabía nada sobre sí misma y ninguno de los dos podría llegar a saberlo.

—Elige cualquier modalidad, forma y tono y estaré contigo con mucho gusto —replicó, como le habían sugerido en el entrenamiento.

—Muchacha de Hierro, me gustan las rubias con trenzas largas —y Jennan hizo un ademán que sugería las trenzas de Lady Godiva—. Como estás inmolada en titanio te llamaré Brunilda, querida —e hizo una reverencia.

Con una risita, Helva se lanzó al aria apropiada mientras la Spica hacía contacto.

—¿Qué son esos chillidos? ¿Quién eres? Y si no eres el sector de medicina de Mundos Centrales, vete. Tenemos una plaga. No hay privilegios para las visitas.

—Mi nave está cantando, somos el JH-834 de Mundos y tenemos tu vacuna. ¿Cuáles son nuestras coordenadas de aterrizaje?

—¿Tu nave está cantando?

—El S. A. T. B. más grande del espacio organizado. ¿Algún pedido?

El JH-834 entregó la vacuna pero no más arias, y recibió órdenes inmediatas de proseguir hacia Leviticus IV. Cuando llegaron allí Jennan descubrió que se decían cosas sobre ellos y se vio obligado a defender el honor virginal de 834.

—No cantaré más —murmuró Helva con tono contrito mientras ordenaba compresas para el tercer ojo negro de Jennan de esa semana.

—Seguirás cantando —dijo Jennan apretando los dientes—. Así tenga que seguir hinchando ojos de aquí a Cabeza de Caballo para terminar con las burlas, seremos la nave que canta.

Después de que la «nave que canta» se encontró con un grupo narcótico pequeño pero maligno en las Magallanes Menores, el título se tornó respetuoso. Centrales se enteró de todos los episodios y perforó una clave de «interés especial» en la ficha de JH-834. Un equipo de primera que demostraba ser una buena combinación.

Jennan y Helva también se consideraron a sí mismos un equipo de primera, después de un arresto bastante prolongado.

—La drogadicción es uno de los vicios del universo que más odio —comentó Jennan mientras volvían a la Base Central—. La gente puede irse al infierno con bastante rapidez sin esa ayuda.

—¿Por eso te presentaste como voluntario para el servicio de *scouts*? ¿Para reorientar el tráfico?

—Apuesto a que mi respuesta oficial está en tu registro.

—Con lenguaje demasiado florido: «Continuando con las tradiciones de mi familia, que se enorgullece de haber estado en el Servicio desde hace cuatro generaciones», si me permites citar tus palabras.

Jennan emitió un quejido.

—Era muy joven cuando escribí eso. Por cierto no había hecho el Entrenamiento Final. Y una vez que estuve en Entrenamiento Final, mi orgullo no me dejó volverme



atrás... Ya te he contado que solía visitar a papá a bordo de Silvia y tengo fuertes sospechas de que ella había puesto sus ojos en mí como reemplazante de mi padre porque yo había recibido dosis masivas de propaganda orientada hacia el *scoutismo*. Y prendió. Cuando tenía siete años, ya había decidido ser *scout*. —Se encogió de hombros como despreciando una determinación juvenil que había llevado muchos esfuerzos en edades posteriores para realizarse.

—Ah, ¿sí? ¿El *scout* Sahir Silan de la JS-422 que penetra en la Nebulosa Cabeza de Caballo?

Jennan prefirió ignorar el sarcasmo.

—Contigo, hasta podría llegar allá. Pero ni siquiera con el apoyo de Silvia fantaseé jamás para mí esa clase de gloria, ni en mis más salvajes arrebatos de imaginación. De aquí en adelante dejaré los delirios para tu ágil cerebro. Yo pienso hacer una contribución más pequeña a la historia espacial.

—¿Tan modesto eres?

—No, soy práctico. Nosotros también servimos, etcétera. —Puso dramáticamente una mano sobre el corazón.

—¡Persigamos la gloria! —se burló Helva.

—Mira quién habla, mi amiga con destino a la Nebulosa. Al menos yo no soy voraz. Sólo habrá un héroe como mi padre en Parsaea, pero me gustaría que me recordaran por algún hecho glorioso. A todo el mundo le pasa. ¿Si no, para qué nos entregamos a la acción?

—Tu padre murió en el camino de regreso de Parsaea; te lo recuerdo para señalar algunos hechos convincentes. De manera que nunca pudo haber sabido que fue un héroe por detener la inundación con su nave. Y de esta manera se evitó que la colonia de Parsaea fuera abandonada. Y esto les dio oportunidad de descubrir las cualidades antiparalíticas de Parsaea. Que *él* nunca conoció.

—Lo sé —respondió Jennan con suavidad.

Helva lamentó de inmediato el tono de su respuesta. Sabía muy bien que Jennan había estado muy ligado a su padre. En su informe decía que había racionalizado la pérdida de su padre con el inesperado y positivo resultado del Asunto de Parsaea.

—Los hechos no son humanos, Helva. Mi padre lo era y yo lo soy. Y, básicamente, tú también. Recorre tu dial, 834. Entre todos los cables que te han conectado hay un corazón. Un corazón humano subdesarrollado, ¡sin duda!

—Perdona, Jennan —dijo Helva.

Jennan vaciló un momento, hizo un ademán de aceptación y luego dio a Helva unos cariñosos golpecitos en la cápsula.

—Si alguna vez nos sacan de los caminos de siempre, nos lanzaremos a la Nebulosa, ¿eh?

Como tan frecuentemente sucedía en los servicios *scout*, durante la hora siguiente recibieron órdenes de cambiar de curso, no hacia la Nebulosa, sino a un sistema recientemente colonizado con dos planetas habitables, uno tropical y otro glacial. El

sol, llamado Ravel, se había tornado inestable; el espectro era el de una cápsula que se extingue rápidamente, con líneas de absorción que se desplazaban con celeridad hacia el violeta. El calor aumentado del primario ya había obligado a una evacuación del mundo más cercano, Daphnis. La estructura de emisiones espectrales indicaba que el sol resecaría también a Chloe. Todas las naves de la vecindad espacial inmediata debían informar a Cuarteles de Desastre sobre Chloe para efectuar la evacuación de los colonos que quedaban.

La JH-834 se presentó obedientemente y la enviaron a áreas cercanas a Chloe a recoger pobladores que no parecían comprender la urgencia de la situación. En realidad Chloe estaba disfrutando de las primeras temperaturas sobre cero desde que se desprendió de su progenitor. Como muchos de los colonos eran fanáticos religiosos que se habían establecido en la rigurosa Chloe para entregarse a una vida de reflexión piadosa, el brusco deshielo era atribuido a fuentes que no eran un sol ardiente.

Jennan tuvo que dedicar tanto tiempo a responder a discusiones ociosas que Helva y él llegaron con atraso al cuarto y último lugar poblado.

Helva saltó sobre la alta cadena de picos agudos que rodeaban y protegían el valle de las pasadas nevadas, que habían sido muy intensas, y también del calor actual. El sol violento con su corona resplandeciente comenzaba a iluminar el valle profundo cuando Helva descendió para aterrizar.

—Será mejor que tomen sus cepillos de dientes y suban a bordo —dijo Helva—. HQ dice que se apuren.

—Todas mujeres —comentó Jennan, sorprendido mientras bajaba a recibirlos—. A menos que los hombres de Chloe usen camisas forradas de piel.

—Sedúcelas, pero reduce la rutina a lo más esencial.

Jennan avanzó sonriendo, pero la explicación de su misión fue recibida con la más absoluta incredulidad y considerables dudas sobre su autenticidad. Gruñó internamente mientras la matriarca parafraseaba explicaciones anteriores sobre el sol cada vez más caliente.

—Reverenda *mother*, hubo una sobrecarga en ese circuito de plegarias y el sol está estallando para complacerlas. He venido a llevarlas al puerto espacial de Rosary...

—¿Esa Sodoma? —La respetable mujer enrojeció de ira y se estremeció desdeñosamente al escuchar la sugerencia—. Gracias por su advertencia, pero no deseamos dejar nuestro claustro por el grosero mundo. Debemos continuar con nuestra meditación matinal, que ha sido interrumpida...

—Quedará permanentemente interrumpida cuando el sol empiece a asarlas. Deben venir ahora —replicó Jennan con firmeza.

—Señora —dijo Helva, pensando que en ese caso una voz femenina podría resultar más eficaz que una encantadora voz de hombre.

—¿Quién habló? —preguntó la monja, sobresaltada por la voz incorpórea.

—Yo, Helva, la nave. Bajo mi protección usted y sus hermanas en la fe pueden

entrar sin problemas y sin ser profanadas por asociaciones con un hombre. Yo las protegeré y las llevaré sin riesgos a un lugar preparado para ustedes.

La matriarca espió cautelosamente por la puerta abierta de la nave.

—Puesto que sólo Mundos Centrales está autorizado a usar estas naves, me doy cuenta de que no quieren engañarnos, joven. Pero aquí no hay peligro.

—En este momento la temperatura en Rosary es de treinta y siete grados centígrados —dijo Helva—. En cuanto los rayos del sol penetren directamente en el valle, será también de treinta y siete grados, y hoy subirá a más de noventa grados centígrados. Veo que aquí las casas son de madera, y que tienen adherencias de moho. Moho seco. Arderá alrededor del mediodía.

El sol comenzaba a entrar oblicuamente en el valle a través de los picos, y los fieros rayos alcanzaban al grupo inquieto reunido detrás de la matriarca. Varias se abrieron los cuellos de los abrigos forrados de piel.

—Jennan —dijo Helva en privado—, tenemos muy poco tiempo.

—No puedo dejarlas, Helva. Algunas de estas muchachas apenas han salido de la adolescencia.

—Además son bonitas. No es de extrañar que la matriarca no quiera subir.

—Helva.

—Será la voluntad de Dios —dijo secamente la matriarca, y volvió la espalda al equipo de rescate.

—¿Morir quemadas? —gritó Jennan mientras se abría camino entre las discípulas, que murmuraban.

—¿Quieren ser mártires? Es la elección de ellas, Jennan —dijo Helva desapasionadamente—. Debemos irnos y ya no es cuestión de elegir.

—¿Cómo puedo irme, Helva?

—¿Parsaea? —preguntó burlonamente Helva mientras él se adelantaba para tomar del brazo a una de las mujeres—. No puedes arrastrarlas a todas a bordo, y no tenemos tiempo de seguir discutiendo. Sube a bordo, Jennan, o te denunciaré.

—Morirán —murmuró Jennan, desanimado, mientras se volvía de mala gana para subir a bordo.

—Sólo puedes arriesgarte en cierta medida —dijo Helva comprensivamente—. Tal como están las cosas sólo tenemos tiempo para un rápido adiós. El laboratorio indica una crítica aceleración en la evolución espectral.

Jennan ya estaba en el compartimiento hermético cuando una de las mujeres más jóvenes, gritando, se abalanzó para pasar por la puerta que se cerraba. Su acción puso en movimiento a las otras. Pasaron como exhalaciones por la estrecha abertura. Aunque se apretaran unas contra otras no había lugar en la cabina para todas las mujeres. Jennan trajo trajes espaciales para las tres que tendrían que permanecer con él en el compartimiento hermético. Perdió un valioso tiempo explicando a la matriarca que tenía que ponerse el traje espacial porque el compartimiento hermético no tenía unidades de oxígeno y de refrescado independientes.

—Quedaremos atrapados —dijo Helva a Jennan con tono agrio por la conexión privada—. Hemos perdido dieciocho minutos en este apurón de último momento. Ahora tengo una sobrecarga para obtener máxima velocidad y debo orientarla para que no me alcance la ola de calor.

—¿Puedes subir? Ya nos hemos puesto los trajes.

—¿Subir? Sí —respondió Helva, mientras lo hacía—. ¿Correr? Me sacudo.

Jennan, dándose ánimo y apoyando a la mujeres, sentía la lentitud de Helva al ascender. Helva aplicó impulso sin piedad, a pesar de que la fuerza de gravedad aplastaba brutalmente a sus pasajeras y golpeó a dos en forma fatal. Era cuestión de salvar la mayor cantidad de personas posible. La única que le importaba algo era Jennan, y estaba aterrorizada por su seguridad. Sin aire y sin refrigeración, protegida sólo por una capa de metal y no por tres, la cabina a prueba de aire no sería segura para los cuatro seres atrapados allí, a pesar de sus trajes espaciales. Eran sólo modelos estándar, no confeccionados para tolerar el calor excesivo a que estaría sometida la nave.

Helva corrió lo más que pudo pero la increíble ola de calor del sol explosivo los atrapó a mitad de camino hacia la zona fría y segura.

No prestó atención a los gritos, gemidos, ruegos y plegarias en la cabina. Sólo escuchaba la respiración torturada de Jennan, el ruido que no oía y que debía provenir del sistema de purificación de su traje y la succión de la unidad de refrigeración sobrecargada. Sin poder hacer nada, oyó los gritos histéricos de las tres compañeras de Jennan que se retorcían en el espantoso calor. Vanamente Jennan trataba de calmarlas, de explicarles que pronto estarían a salvo y al fresco si se quedaban quietas y aguantaban el calor. Desatadas por el terror y el tormento, trataban de golpearlo a pesar de la estrechez del lugar. Un brazo levantado para golpear se enredó con las correas del equipo de energía de Jennan y rápidamente se produjo la catástrofe. Una conexión, debilitada por el calor y el peso muerto del brazo, se rompió.

A pesar de toda la energía de que disponía, Helva no podía hacer nada. Vio a Jennan que luchaba por respirar, volvía la cabeza como pidiéndole ayuda, y finalmente moría.

Sólo el férreo condicionamiento de su entrenamiento evitó que Helva se dejara ir a la deriva y cayera en el corazón del sol en explosión. Ciegamente siguió ayudando al grupo de refugiadas. Obedientemente trasladó a sus pasajeras quemadas, postradas por el calor al transporte asignado.

—Retendré el cadáver de mi *scout* y seguiré hasta la próxima base para su entierro —informó a Centrales con tono inexpresivo.

—Se le dará escolta —le respondieron.

—No necesito escolta.

—Hay escolta, XH-834 —le replicaron secamente. El golpe que recibió al no oír la inicial de Jennan en su número acalló la protesta que iba a formular. Estupefacta, esperó junto al transporte hasta que sus pantallas mostraron la llegada de otras dos

naves cerebro. El cortejo prosiguió el camino de regreso a una velocidad nada funeraria.

—¿834? ¿La nave que canta?

—No tengo más canciones.

—Tu *scout* era Jennan.

—No deseo comunicarme.

—Soy 422.

—¿Silvia?

—Silvia murió hace mucho tiempo. Yo soy 422. Ahora MS —respondió brevemente la nave—. AH-640 es nuestra otra amiga, pero Henry no está escuchando. Mejor... si te volvieras vagabunda no lo comprendería. Pero yo no le permitiría a él que te molestara.

—¿Vagabunda? —La palabra arrancó a Helva de su apatía.

—Claro. Tú eres joven. Tienes energía para años. Hazte humo. Otras lo han hecho. 732 se volvió vagabunda después de perder a su *scout* en una misión a esa enana blanco. Desde entonces no la han visto más.

—Nunca oí hablar de las vagabundas.

—Como precisamente nos condicionan contra eso, no creo que lo hayas oído en la escuela, querida —dijo 422.

—¿Romper el condicionamiento? —gritó Helva, angustiada, pensando con ansias en el sol blanco, furioso, que acababa de dejar atrás.

—Para ti no creo que sería difícil en este momento —continuó 422 en voz baja, sin el cinismo del comienzo en la voz—. Allá están las estrellas, parpadeando.

—¿Sola? —gritó Helva desde el fondo de su corazón.

—¡Sola! —confirmó sombríamente 422.

Sola con todo el espacio y el tiempo. Ni la Nebulosa Cabeza de Caballo estaría tan lejos como para darle miedo. Sola con cien años para vivir de sus recuerdos y nada... nada más.

—¿Parsaea valía la pena? —preguntó a 422 con suavidad.

—¿Parsaea? —repitió, sorprendida, 422—. ¿Con el padre de él? Sí. Estuvimos allí, en Parsaea, cuando nos necesitaron. Lo mismo que tú... y su hijo... estuvieron en Chloe. Cuando los necesitaron. El crimen es no saber dónde existe la necesidad y no estar allí.

—Pero yo lo necesito a él. ¿Quién resolverá mi necesidad? —preguntó Helva con amargura.

—834 —dijo 422 después de viajar un día en silencio—. Centrales quiere tu informe. Un reemplazo espera tu decisión en la Base Regulus. Cambia de curso como está indicado.

—¿Un reemplazo? —No era eso, por cierto, lo que necesitaba... alguien que le recordara a Jennan y que no lograra llenar su vacío. Su casco apenas comenzaba a enfriarse después del calor de Chloe. Por algo atávico, Helva necesitaba tiempo para

hacer el duelo por Jennan.

—Ah, ninguno de ellos es imposible, si eres una buena nave —comentó filosóficamente 422—. Y es exactamente lo que necesitas. Cuanto antes, mejor.

—Tú les dijiste que yo no me volvería vagabunda, ¿verdad?

—Ha pasado el momento, lo mismo que pasó para mí después de Parsaea, y también antes, después de Glen Arhur, y Betelgeuse.

—Estamos condicionadas para seguir, ¿verdad? *No podemos* hacernos vagabundas. Tú estabas comprobándolo.

—Tenía que hacerlo. Órdenes. Ni siquiera los de Psico saben por qué se produce ese fenómeno de las vagabundas. En Centrales están muy preocupados, y también lo están, hija mía, tus naves hermanas. Yo pedí ser tu escolta. No... no quiero perderlos a los dos.

Dentro de su depresión, Helva sintió una ola de gratitud por la tosca bondad de Silvia.

—Todas hemos conocido este dolor, Helva. No es un consuelo, pero si no pudiéramos sentir con nuestros *scouts*, no seríamos más que máquinas que producen sonido.

Helva, miró la forma inerte de Jennan tendida frente a ella, bajo la mortaja y oyó el eco de su voz profunda en la silenciosa cabina.

—¡Silvia! No pude ayudarlo. —Fue un grito que le brotó del alma.

—Sí, querida, lo sé —murmuró suavemente 422, y luego guardó silencio.

Las tres naves avanzaron a toda velocidad, sin decir palabra, hasta la gran base de Mundos Centrales en Regulus. Helva rompió el silencio para responder a las instrucciones de aterrizaje y los pésames oficialmente cariñosos.

Las tres naves tocaron tierra simultáneamente en el límite arbolado donde los gigantescos árboles azules de Regulus se elevaban como centinelas del pequeño cementerio del Servicio. Todo el complemento de la Base se aproximó con paso medido y formaron un camino desde Helva hasta el lugar del entierro. El grupo encargado de rendir honores se apartó de los demás para subir a la cabina. Reverentemente colocaron el cuerpo del ser querido de Helva en el catafalco con ruedas y lo cubrieron honorablemente con la bandera azul, cuajada de estrellas, del Servicio. Ella los vio bajar el cuerpo de la nave y pasar entre la doble fila que se cerró tras el catafalco como última escolta.

Luego, mientras pronunciaban las simples palabras del entierro, mientras los aviones de la atmósfera descendían a manera de homenaje sobre la tumba abierta, Helva logró expresar su último adiós solitario.

Muy suave, apenas audible al principio, surgió la antigua canción de la noche y del réquiem, hasta el último y punzante compás, y el espacio negro repitió el eco de la canción que la nave cantaba.

*The Ship Who Sang, 1961*

# **El merodeador verde**

*Larry Niven*



Sólo después de muchos años de escribir descubrí que las viñetas daban mucho trabajo; al principio me preguntaba por qué nadie quería comprarlas. Eventualmente me di cuenta. ¡Un cuento corto, muy corto, también tiene que estar completo!

Así aprendí solo. La antología 100 Great Science Fiction Short-Short Stories incluye tres cuentos míos, y eso fue antes de que descubriera la Draco Tavern.

La Draco Tavern es especial para cortos-cortos. Cualquier tipo de extraterrestre que viaja por el espacio puede aparecer allí, aunque sólo viaje como turista. La chirpsithra, en particular, asegura que tiene miles de millones de años de edad, que es dueña de la mitad de la galaxia (en forma comparativamente no amenazadora, ya que sólo puede usar los mundos de las estrellas rojas enanas) y que sabe prácticamente todo. Por lo tanto pueden discutir el más antiguo de los enigmas, los problemas que son demasiado universales y demasiado conocidos como para necesitar explicaciones. Problemas de la vida, el universo, y todo lo demás.

Estoy orgulloso de «El merodeador verde». Me gustaría verlo en los textos básicos de ciencia.

El hecho es que soy un maestro compulsivo. No puedo enseñar porque me falta una condición básica: la capacidad de aguantar a los tontos sin alterarme. Yo me concentraba en los alumnos brillantes de la clase, ignoraba al resto.

Pero sé escribir cuentos. Me gustaría que cada lector aprenda algo de mí antes de cerrar el libro. «El merodeador verde» da una visión muy buena de La Antigua Tierra para un libro de ficción. El merodeador verde era real; hizo lo que Chorrikt dice que hizo.

Incluso la civilización que ella describe puede ser real. Nadie puede probar que no lo es. El mundo tal como existió antes de la llegada de El merodeador verde es algo que hemos perdido para siempre, excepto un puñado de los más antiguos y los más implacables enemigos del Hombre.

Esa noche yo atendía el bar solo. La nave interestelar chirpsithra había salido de la Tierra cuatro días antes, llevándose a la mayoría de mis clientes. La Draco Tavern estaba casi vacía.

El hombre sentado en la barra bebía un gin-tonic. Dos *glig* —seres grises y compactos, que llevaban pieles en tres tonos de verde— estaban sentados a la mesa con un guía chirpsithra. Bebían vodka y consomé, sin hielo, sin aromatizantes. Cuatro farsilshree tenían sus abultados y pesados tanques de medio ambiente alrededor de una mesa más grande. Fumaban de una humeante taza amarilla a través de unos tubos. Cada tanto yo les llevaba otro tarro de pasta.

El hombre era conversador. Se me ocurrió que estaba tratando de entrevistar al barman y al propietario de la más famosa taberna multiespecies de la Tierra.

—No, yo no —protestó—. No soy periodista. Soy Greg Noyas, del programa de televisión *Scientific American*.

—¿No lo vi tratando de entrevistar a un *glig*, hace un rato?

—Culpable. Estamos haciendo un espectáculo sobre la formación de la vida en la Tierra. Pensé que tal vez podría confirmar algunas cosas. Los *gligstit* (*clic*) *optok*... —Lo dijo con lentitud, pero correctamente—... tienen su propio pequeño imperio por allí, ¿verdad? Mundos parecidos a la Tierra, alrededor de doscientos. Deben de saber mucho sobre cómo forma un mundo una atmósfera oxigenadora. —Pronunció con cuidado esas palabras polisílabas. Es decir que no estaba totalmente sobrio.

—Eso no significa que quieran perder una noche hablando a los nativos.

Asintió.

—De todas maneras no lo sabían. Arquitectos de vacaciones. Me hicieron hablar sobre la vida en mi país. No sé cómo se las arreglaron. —Apartó el vaso—. Será mejor que pase al *espresso*. ¿Por qué a una cosa con esa *forma* le interesaría mi vida sexual? Y no paraban de preguntarme sobre los imperativos territoriales... —Se interrumpió, y luego se volvió para ver qué estaba mirando yo.

Acababan de entrar tres chirpsithras. Uno venía en un diván flotante con equipo salvavidas.

—Me parecieron todas iguales —dijo.

Yo repliqué:

—Hace casi treinta años que vienen chirpsithras aquí, pero no las distingo a unas de otras. Todas son perfectos especímenes físicos, al fin y al cabo, según sus propias pautas. Nunca vi una como *ésta*.

Le di su *espresso*, y luego puse tres encendedores en una bandeja y fui a la mesa de las chirpsithras.

Dos eran exactamente iguales a cualquier otra chirpsithra: tres metros treinta de estatura, vestidas con cinturones con faltriqueras y sus propios exoesqueletos, de color salmón, y parecían sentirse muy cómodas. Las chirps aseguran que hace mucho tiempo que se establecieron en toda la galaxia. Es decir, en los planetas útiles, los mundos oxigenados cerrados que giran alrededor de soles enanos frescos, y actúan

como reinas absolutas de cualquier lugar donde se encuentran. Pero esas dos parecían sometidas a la tercera.

La tercera era treinta centímetros más baja que ellas. Su exoesqueleto era tan obviamente artificial como una dentadura postiza: hueso aloplástico utilizado del revés. Salían tubos de los bordes del equipo que había en su diván flotante. Su piel, entre una y otra placa, era más gris que roja. Volvió lentamente la cabeza cuando me acerqué. Me estudió, con los ojos brillantes de interés.

Pregunté:

—¿Encendedores? —Como si alguna vez una chirpsithra pidiera otra cosa.

Una de las otras dijo:

—Sí. Sirve la mezcla de etanol que prefieras para ti y el otro nativo. ¿Beberán con nosotras?

Hice una seña a Noyes para que se acercara, y se nos unió de inmediato. Arrastró una de las sillas altas que siempre tengo para que un rostro humano quede al mismo nivel que el de una chirpsithra. Fui a buscar otro *expresso* y un whisky con soda y al oír el grito de lechuza imperativo del farsilshree un tarro de pasta amarilla. Cuando volví, estaban inmersos en la conversación.

—Rick Schumann —gritó Noyes—, te presento a Ftxanthir y Hrofilliss y a Chorrikst. Chorrikst me dice que tiene casi dos mil millones de años...

Rick parecía encantado pero yo sentía que dudaba. Las chirpsithras podían ser las mentirosas más grandes del universo, y ¿cómo podíamos saberlo? La Tierra ni siquiera tenía detectores interestelares cuando llegaron las chirps.

Chorrikst hablaba lentamente, con un susurro gutural, pero su caja traductora era estándar: voz un poco monótona, pronunciación perfecta.

—He dado la vuelta a la galaxia infinidad de veces, y he grabado las narraciones de mis viajes para obtener fondos con que alimentar a mi naturaleza de vagabunda. Gran parte de mi vida la he pasado al borde de la velocidad de la luz, bajo comprensión temporal relativista. De manera que ya ven, en realidad no soy tan vieja.

Acerqué otra silla alta.

—Debes de haber visto incontables maravillas —dije. Y pensé: «¡Dios mío, una chirpsithra petisa! Tal vez es cierto. Tiene diferente color, también, y dedos más cortos. ¡Tal vez la especie realmente ha cambiado desde que ella nació!».

Hizo un lento gesto de asentimiento.

—La vida nunca cansa. Siempre hay cambio. Durante la época en que estuve afuera, el anillo de Saturno se ha separado en varios anillos, y es aún más magnífico. ¿Qué puede haber provocado eso? ¿Las mareas de las lunas? Y la Tierra ha cambiado hasta hacerse irreconocible.

Noyes derramó un poco de café.

—¿Estuviste aquí? ¿Cuándo?

—El aire de la Tierra era de metano y amoníaco y óxidos de nitrógeno y carbono. Los nativos habían enviado mensajes a través del espacio interestelar... dirigiéndolos

a los soles amarillos, por supuesto, pero una de nuestras naves pasó a través de un rayo, y de esa manera establecimos contacto. Teníamos que usar equipos salvavidas —siguió ágilmente, mientras Noyes y yo la mirábamos con las mandíbulas colgando—, y el equipo era menos cómodo entonces. Nuestro puesto espacial era una plataforma flotante, porque los temblores eran frecuentes y violentos. Pero valió la pena. Sus ciudades...

Noyes dijo:

—Un momento. ¿Ciudades? ¡Nunca hemos encontrado huellas de ciudades no humanas!

—Después de setecientos ochenta millones de años, yo diría que no. Además, vivían en las costas de un océano que era ya ligeramente salado. Aunque se librarán de los terremotos, sus herramientas y sus ciudades se deterioraban rápidamente. Sus vidas eran cortas, también, pero sus memorias eran heredadas. La muerte y el cambio eran hechos aceptados por ellos, más que por las especies más inteligentes. Sus obras de filosofía llegaron a circular mucho entre mi gente, y se extendieron a otras especies, también.

Noyes luchó con su instinto por conservar el tacto y los buenos modales, y ganó:

—¿Cómo? ¿Cómo es posible que algo se haya desarrollado a tanta distancia? ¡La Tierra ni siquiera tenía atmósfera oxigenada! La vida apenas había comenzado, ¡ni siquiera había trilobitas!

—Tenían una evolución tan larga como la de ustedes —respondió Chorrikst con tranquilidad—. La vida comenzó en la Tierra hace mil quinientos millones de años. Había sustancias químicas orgánicas en abundancia, por el pasaje de los rayos a través de la atmósfera reductora. Se desarrolló la inteligencia, y enseguida se construyó una civilización impresionante. Vivían con lentitud, por supuesto. Su bioquímica era menos energética. La comunicación era difícil. No eran estúpidos, sólo lentos. Yo visité la Tierra tres veces, y siempre observé que habían hecho progresos.

Casi contra su voluntad, Noyes preguntó:

—¿Cómo eran?

—Pequeños y suaves y frágiles, mucho más que ustedes. No puedo decir que eran bonitos, pero llegaron a gustarme. Llegué a brindar con ellos de acuerdo con sus costumbres —dijo la chirpsithra—. Construyeron cosas bellas en sus ciudades y belleza en sus filosofías, y sus obras todavía están en nuestras bibliotecas. No caerán en el olvido.

Tocó su encendedor, y sus compañeras más jóvenes la imitaron. La corriente pasó entre sus dos garras, por el sistema nervioso. Dijo:

—SSSSSS...

Levanté mi vaso, y toqué a Noyes con el codo. Bebimos por nuestros predecesores. Noyes bajó la copa y preguntó:

—¿Qué sucedió?

—Se dieron cuenta de que venía un desastre mundial —respondió Chorrikst—, y se prepararon; pero pensaron que serían terremotos. Construyeron ciudades que flotaran sobre la superficie del océano, y vivían en las zonas inferiores. Nunca advirtieron la espuma verde que aparecía en ciertos estanques.

»Cuando percibieron el peligro, la espuma verde ya estaba en todas partes. Por fotosíntesis convertía al dióxido de carbono en oxígeno, y el oxígeno crudo mataba todo lo que tocaba, y dejaba fertilizante para alimentar la espuma verde. El mundo se estaba muriendo cuando nos enteramos del problema. ¿Qué podíamos hacer contra una espuma que actuaba a través de la fotosíntesis y que crecía detrás de una estrella amarillenta? En las bibliotecas chirpsithras no había nada que pudiera ser útil. Lo intentamos, por supuesto, pero no pudimos evitarlo. El cielo había adquirido un color azul transparente que era hermosísimo, y el agua estancada que dejaban las mareas era verde, y las ciudades de la costa se derrumbaron antes de que abandonáramos la lucha. Hubo un intento de trasplantar a algunos de los nativos a un mundo donde pudieran vivir; pero la alteración biorrítmica destruyó sus hábitos de apareamiento. Desde entonces no había vuelto, hasta ahora.

Fue Chorrikst misma quien rompió el deprimente silencio.

—Bien, la Tierra está muy cambiada, y por supuesto la evolución de ustedes comenzó con la plaga verde. He oído historias de la humanidad contadas por mis compañeras. ¿Querrían decirme algo de sus vidas?

Y hablamos de la humanidad, pero no sé por qué, yo no encontraba mucho entusiasmo. La vida anaeróbica que sobrevivió al advenimiento de la fotosíntesis incluye la gangrena y el botulismo y no mucho más. Me pregunté qué encontraría Chorrikst la próxima vez que viniera, y si tendría alguna razón para brindar por nuestra memoria.

*The Green Marauder, 1980*

# **Un día típico**

*Doris Piserchia*

*Escribir «Un día típico» fue una de las tareas más fáciles que haya encarado, porque el tema parecía adaptarse muy bien a la época: ya hacía varios años que los medios de información estaban llenos de notas sobre el DNA, los cromosomas, la mutación genética y la experimentación de laboratorio con diferentes tipos de vida.*

*Yo vivía en Salt Lake City, Utah, desde hacía varios años, y a menudo llevaba a mis hijos al Zoológico de Hogle a ver a la famosa liger Shasta. Era una híbrida estéril, una cruce de león y tigresa. Murió hace unos años, y creo que la embalsamaron y la pusieron en exposición. Cuando la veía viva en mis visitas al zoológico, me preguntaba qué sucedería cuando los hombres aprendieran a mezclar el óvulo y el espermatozoides de diferentes especies.*

*«Un día típico» fue el resultado de mi curiosidad. Sabía que sólo era cuestión de tiempo que aprendiéramos a manipular los DNA y quería agregar un toque personal al proceso. Quería divertirme mientras desarrollaba el argumento, entretener y estimular la curiosidad en otros, tal vez inspirar a los lectores a ver más allá de lo obvio.*

*Siempre que pienso en esta historia, pienso en las muías, los ligres, los tiglones... y en el hecho de que nosotros los humanos tenemos que evolucionar en cierta medida antes de poder crear la vida sin peligro. Hace poco tiempo oí hablar de un aborto humano que sobrevivió y que en la actualidad se encuentra bien. ¿Qué hacemos cuando un «experimento» debería morir y no muere? No creo que estemos preparados para enfrentarnos con eso todavía.*

*Creo que «Un día típico» es uno de mis mejores cuentos. Tal vez el mejor. Me alegro de que sea mío. He escrito cuentos más largos y más cortos, más llamativos y tal vez más significativos, pero en éste hay algo que realmente armoniza conmigo. Dice exactamente lo que yo quería decir.*

Todo comienza cuando yo retiro los muebles que papá amontonó contra la puerta la noche anterior. Lo hace todas las noches para no poder salir y revelar importantes secretos después de haber bebido mucho.

Papá es un borrachín. Y un genio. Y un alma torturada. Esta descripción sería suficiente para cualquiera de los chiflados que alguna vez han dado algo al mundo y han recibido pedradas en recompensa. El mundo es rápido para este tipo de intercambio. Es ingrato. O tal vez simplemente está confundido, como mi padre.

Nosotros vivimos en una torre. No es de marfil y no está cubierta de hiedra. Es de rústicos bloques de hormigón, y mide treinta metros de alto y aproximadamente veintiún metros de ancho. Es nuestro hogar.

Papá odia al mundo.

O a sí mismo.

A mí me ama.

Después de volver a poner los muebles en su lugar, abrí la puerta y miré afuera. ¿Qué había para ver? Nada. Un pasillo y el ascensor que papá usaba cada muerte de obispo, cuando sacaba el jeep y atravesaba las colinas para ir a la ciudad a comprar comida o a reponer su provisión de bebidas. Era un pueblo rústico. Creo que papá y yo éramos rústicos.

La mañana de un día típico no era muy larga. Yo pasaba el plumero en el living, comía copos de maíz, encendía el gas en los mecheros del laboratorio... siempre lo mismo, cada mañana después de levantarme. Una existencia monótona, decía papá. Tal vez lo era. Para mí estaba bien.

¿El almuerzo? Pensaba en el almuerzo, miraba el reloj. No, no era hora de almorzar, y eso significaba que había algo que me había olvidado de hacer. Ay, los programas, los programas, ¿qué diablos era lo que había olvidado?

Ah, sí, me había olvidado de mirar las carreras. Averiguaba la hora. No. No era la hora de las carreras. Mmmmm... Ah, claro, no me había lavado ni la cara ni los dientes.

Ya lo hice. Todo terminado. Sonó el teléfono.

—Hola.

—Hola. ¡Hola!

—Hola.

—¿Es usted, doctor Dakis?

—No, no soy yo.

—¿Doctor...? Le hablan de la Universidad. ¿Puede hablar más fuerte, por favor? No...

—Todo los días de la semana llaman. Carajo, a la misma hora, al mismo lugar. Todos los días damos el mismo aviso. Yo estoy aquí, usted está allí, pero en realidad no hay comunicación entre nosotros. La conozco, Señorita Partetrasera Gorda. Mi padre me dijo su nombre. Señorita Partetrasera Gorda, por favor váyase a la...

—Hola. ¿Doctor Dakis?



Finalmente abandoné y corté.

—¡Deja ese teléfono, carajo! —rugió papá desde su dormitorio.

—Ya lo dejé.

Papá no salió, se volvió en la cama con tanta fuerza que hizo temblar el piso. Un minuto después roncaba nuevamente.

Empezó a llover. Me asomé por la ventana del lado norte de la torre y miré las agujas plateadas que caían desde el cielo. Por Dios, cómo me gustaba la lluvia. Escupí, y vi cómo la saliva se mezclaba con el agua limpia del cielo, la vi desaparecer, deseé que el mundo reanudara su relación con mi padre para que sus sufrimientos desaparecieran como mi saliva. Tengo ocho años de edad.

Sonó el teléfono.

—Hola.

—¿Doctor Dakis?

—Hola, Señorita Partetrasera Gorda. No, hoy no tenemos huevos para usted. No tenemos esperma, tampoco.

—¿Doctor Dakis?

Le grité en el oído y cortó.

—¡Deja ese teléfono, carajo! —rugió papá desde su dormitorio. Se dio vuelta y volvió a dormirse.

Se levantó al mediodía y almorzamos juntos.

—Dámelo en la boca —me dijo. La cabeza le colgaba sobre el plato como si tuviera una conexión rota.

Tomé un poco de huevo en la cuchara y se lo di en la boca. Se apoderó de la taza de café y bebió un trago. Le metí tostadas entre los dientes. Otra vez tragó café. Tomé una feta de tocino entre los dedos y él la mordisqueó.

Le hice comer dos huevos, tres fetas de tocino y dos tostadas. Después de terminar se limpió la boca, eructó, se sintió mal, se levantó y fue hasta el baño, trastabillando.

—Vete de aquí, carajo —gruñó... y me cerró la puerta en la cara.

Sonó un timbre en alguna parte. Corrí a la ventana abierta y miré hacia abajo. Había un camión azul estacionado en el patio del frente y el conductor golpeaba a la puerta.

—¿Qué quiere? —pregunté.

Retrocedió, miró arriba, me vio y agitó un sobre que tenía en la mano.

—¿No sabe leer? —dije—. Póngalo en la canasta y yo la subiré.

Seguía agitando el sobre. Aferrada al alféizar de la ventana lo veía ponerse cada vez más nervioso. Finalmente vio la canasta, arrojó el sobre adentro, me miró seriamente, con furia, y se fue en el camión.

El cable venía de Alemania. Esa vez el zoológico ofrecía cincuenta mil por el afrodisíaco.

—¿Con quién has estado hablando? —le pregunté a mi padre cuando salió del

baño—. Creía que no querías que nadie supiera lo del afrodisíaco.

Dio un puntapié a un canasto con ropa para poder pasar y buscó el peine sobre una cómoda. Peinó sus cabellos, lo más hermoso que tenía. Eran largos, blancos y ondulados. Su piel era casi tan blanca como sus cabellos, y por eso hacía que yo lo obligara a comer. Tenía mala salud. Creo que si no hubiera sido por mí habría muerto mucho tiempo atrás. Se peinó y chasqueó los labios, se los frotó con la mano temblorosa, y me miró con sus grandes ojos tristes. Lo que quería era un buen trago. Lo que esperaba que yo le llevara era una cerveza. Lo que le di, y que saqué de la cómoda, fue una caja de cerezas bañadas de chocolate. Se encogió de hombros, tomó dos y se las comió, luego tomó dos más y las puso en el bolsillo de la camisa. Las comió antes de pasar por la puerta. Yo tenía la caja preparada cuando volvió. Comió media docena.

Bien. Cuando comía golosinas no bebía cerveza, y cuando no bebía cerveza no bebía whisky después. Tal vez ese día trabajaría un poco. Maravillosa, la golosina. Y yo también.

Al principio, papá no tenía dinero y pensaba que terminaría en una granja, pero era demasiado inteligente, fue a la escuela nocturna y finalmente se interesó en la genética. O la genética lo atrapó a él. Todo lo que hacía estaba bien. Obtuvo su doctorado y fue profesor en la Universidad. Después de un tiempo dejó la cátedra y se dedicó a la investigación.

El sexo no era algo que la gente hacía. El sexo era un fenómeno, como la vida. El género no era sexo. Sexo era apareamiento, pero no el apareamiento de personas masculinas y femeninas. Era el apareamiento de organismos vivos que había dentro de las personas. Papá no encontraba una palabra mejor para las dos cosas que se unían para hacer un bebé, o no quería tomarse la molestia de explicármelo en términos técnicos.

Era suficiente con hablar de «bichitos». Un bichito niña y un bichito varón se apareaban y los porqué y los cómo eran un misterio para casi todos excepto para mi papá. Un bichito niña era un huevo y un bichito varón era esperma, o un pico. Los picos agujereaban a los huevos y el resto era muy sencillo.

Los bichitos eran demasiado selectivos para la mayoría de los genetistas. ¿Por qué sólo parecían querer aparearse con su propia especie? De todas maneras, una vez que un pico agujereaba un huevo, el huevo moría o alojaba al invasor. Era una unión azarosa a nivel microscópico. Papá nunca se elevaba más allá de ese nivel en su vida personal. Al menos, yo creo que no se apareaba con nadie. ¿Cómo fue que me metí en este tema?

Papá se hizo famoso cuando inventó la pista de carrera. En el cuarto de estar. Mucha gente la tenía ya.

Una de mis tareas diarias era limpiar la pista después del almuerzo. La desmantelaba, limpiaba las partes en una palangana con solución antiséptica y las dejaba para que papá volviera a armarla. La pista era un tubo transparente con una

incubadora en el centro y dos pequeñas burbujas en los extremos. Todo el aparato medía aproximadamente treinta centímetros.

Mientras volvía a colocar las partes, papá hablaba.

—Piensa en un huevo... ¿crees que no tiene personalidad? Esa muchachita está completa en sí misma, come, elimina, respira, se mueve... y sin duda tiene cierta intención. Su intención es aparearse... es muy fácil para ella. Le encanta. Además, mata a su amante una vez que ha terminado.

Yo sabía todo eso. Papá me lo había contado muchas veces. Sabía que el espermatozoide, o pico, era un suicida y básicamente un violador. Le gustaba el sexo, y no pensaba en otra cosa. Se apareaba o moría... en realidad, prefería matarse en el intento a abandonar. Papá decía que el pico gritaba justo antes de morir. Papá estaba desarrollando un amplificador en miniatura para registrar su sonido. De todos modos, el pico era estúpido, o bien no esperaba que se lo comieran, sólo deseaba lo que deseaba y al diablo con las consecuencias.

En cuanto al huevo, ella tenía un equipo sensorial pobre y sólo reconocía el espermatozoide de su propia especie. Papá quería estudiar ese fenómeno y averiguar por qué ella no quería saber nada con cierto espermatozoide. Pensaba que tal vez era por su olor, o por algún otro motivo tan simple como ése. A menudo ella rechazaba a uno de su propia especie y aceptaba a un absoluto desconocido... por supuesto, papá le había colocado al desconocido un chorro de su invento para que ella lo advirtiera. O lo oliera. O hiciera lo que hacen los huevos. Era mejor hablar de ellos como si fueran hombres y mujeres, porque en realidad, los bichitos eran los únicos verdaderos sexos del mundo. Eran macho y hembra y no había duda al respecto.

Las personas eran tontas. Pensaban que podían saltar a la cama y que no había nada más que eso, pero los bichitos que había en sus cuerpos salían a juntarse, y sólo podía detenerlos un desastre, el mal aliento, el olor corporal, o algo así. A los bichitos no les importaba el control de la población... en sus mundos había mucho espacio libre. Las personas no se daban cuenta de que habían formas de vida dentro de sus cuerpos que podían destruir el planeta.

—Soy un cerdo chauvinista masculino —decía papá—. Lo admito. Eso me dice la mitad de la gente de este mundo. Eso quiere decir que soy como los bichitos que tengo adentro. Deseo lo que deseo cuando lo deseo. No tengo consideración. A las mujeres les pasa lo mismo, son cerdos chauvinistas femeninos. Si no pueden obtener lo que desean les da un ataque. Son extensiones más grandes de los bichitos que llevan adentro. Si todos hemos salido del barro, seguramente no éramos muy grandes en aquellos días húmedos. Sin embargo, ¿quién ganó la carrera al subir por la escalera de la evolución? ¿Quiénes tienen el ambiente contaminado, quiénes se matan entre ellos, quiénes se odian entre ellos? —Papá tamborileó los dedos en la mesa—. Siempre me hago la misma maldita pregunta... ¿qué vino antes, el huevo o la gallina?

Dejó de hablar. Se quedó mirando el techo, perplejo, con el alma dolorida.

Yo miraba la pista. Tenía la forma de un sistema reproductor femenino. Se

colocaba un espermatozoide en una de las burbujas en los extremos del tubo y en el otro extremo un óvulo. El fluido los llevaba hasta la incubadora donde debían unirse. A veces no se unían. Eso dependía de cómo se sintiera mi papá. Si se sentía malhumorado o melancólico, colocaba al espermatozoide una gota de su invento —el afrodisíaco— y la unión era frenética. Si se sentía triste o aprensivo, el espermatozoide no recibía tratamiento alguno y el óvulo se mantenía apartado e impenetrable.

Inyectar a un óvulo no producía reacción.

Papá decía que las inyecciones reducían las cualidades indeseables del espermatozoide. Él no sabía cuáles eran. Sospechaba que el óvulo exudaba un fluido mortal que destruía al espermatozoide extraño. Al espermatozoide le convenía tener el aspecto, el olor, el sabor y el sonido adecuado, para que ella no lo matara antes de que cumpliera con su obligación.

El encuentro en la incubadora del laboratorio de papá siempre involucraba a un óvulo y a un espermatozoide de especies diferentes. Una vez, mucho tiempo antes, le pregunté por qué y respondió:

—¿A quién le interesa aparear a un dúo de bichos humanos? Conozco tipos que lo hacen todo el tiempo. A Nate Farrell le gusta. Está en la Universidad. Es profesora en un par de cursos y pasa su tiempo libre quejándose de las leyes de aborto liberalizadas. Sostiene que el feto está vivo en el momento de la concepción. En el subsuelo de su casa pasa el tiempo creando fetos humanos en una pista de carrera. Y una vez que lo ha logrado los arroja al inodoro.

Miré por la placa-visor colocada en la parte superior de nuestra pista de carrera. Los microscopios electrónicos automáticos seguían a un tigre y a un león que avanzaban a toda velocidad por la incubadora. Por supuesto en realidad sólo eran bichitos, pero yo sabía en realidad dónde se habían originado. Papá siempre marcaba a los depositarios con pintura. Uno amarillo era un espermatozoide de tigre, uno rosado era un óvulo de león, etcétera. Yo me los había aprendido a todos de memoria.

El apareamiento de los bichitos del tigre y el león no era nada difícil, de modo que yo sabía que papá se sentía triste ese día. Ese apareamiento podía haber tenido lugar en un zoológico entre dos animales reales. El apareamiento en la pista de carrera entre los bichitos del tigre y el león se daba noventa y nueve veces de cada cien. En un zoológico, esos animales rara vez se apareaban y obtener un hijo de ellos era aún más raro.

La pista estaba sobre una mesa blanca, aproximadamente a la altura de mi pecho. Me incliné sobre la placa-visor y miré la pista. El renacuajo y la bola un poco más grande cayeron en la incubadora, se observaron, lucharon un poco. El renacuajo golpeó con la nariz, la bola lo oprimió y lo entusiasmó, y luego se abrió y él cayó dentro de ella con un grito, después de lo cual ella se lo comió. Podría haber jurado que oí el grito.

Un momento después sonó el teléfono y papá salió a grandes pasos del

laboratorio. Nunca atendía el teléfono, pero no quería anularlo y yo sabía por qué. Cuando sonaba el teléfono hablaba el mundo externo... y papá necesitaba oír ese sonido.

Atendí yo.

—Hola.

Lo mismo de siempre. No me oían a causa de mi impedimento para hablar y sólo querían arrancarle la fórmula a papá. La Universidad quería que volviera a su cátedra. A veces le ofrecían dinero por la fórmula, pero no muy a menudo, porque conocían las ofertas exorbitantes que había recibido desde el extranjero.

Yo pensaba que papá no sabía guardar un secreto, creía que había charlado con alguien en la ciudad, durante una de sus excursiones en estado de ebriedad. Su explicación era que ellos habían imaginado solos la respuesta.

—Son idiotas pero no oligofrénicos —dijo—. ¿Cómo puedo enviarles un feto gatiperro vivo en una caja si no sé cómo conseguir un espermatozoide aceptable? Les digo que fue un accidente. Seguro. Luego me piden más y les envío un feto de cruce de gorrión con hámster. Esto no tiene fin. Se enojan porque los híbridos no pueden reproducirse. Finalmente llegan a la conclusión de que estoy haciendo algo que ellos no pueden hacer. Carajo, siempre ha sido así.

Yo no sé si no me decía toda la verdad o simplemente se había olvidado. Esos ladrones podrían haber adivinado que él sabía cómo conseguir un espermatozoide extraño aceptable, pero no era casual que llamaran «afrodisíaco» a la fórmula. Papá le había dado ese nombre porque le divertía. La fórmula no exaltaba el deseo de los bichitos de aparearse. El deseo ya tenía un nivel febril. Papá debe de haber hablado, probablemente con el dueño del bar del pueblo, un soplón de la Universidad colocado allí para obtener información.

A última hora de la tarde papá durmió la siesta y yo leí un libro que ya había leído tres veces. Era sobre una Tierra de un futuro distante, en que la mayor parte de las formas de la vida estaban integradas. El héroe construía una máquina del tiempo y viajaba al pasado, al siglo XXI, cuando el hombre comenzaba a experimentar con las cruces. Los sujetos experimentales habían sobrevivido principalmente por la ignorancia y los errores de los experimentadores. Al principio se los llamaba «raros». Vivían en comunas y sufrían persecuciones. El héroe del libro estaba tan horrorizado por el odio que recibía del homo sapiens, que escapó a algunos siglos más adelante en el futuro. Allí encontró una situación menos violenta pero de todas maneras muy penosa. Los raros seguían siendo una minoría, pero sus costumbres y hábitos eran amenazantes para la estructura de la sociedad en general. Por ejemplo un homoquino (hombre-caballo) se casó con un homecán (hombre-perro) y se peleaban por el menú. O un homoptil (hombre-serpiente) se casó con un homojaro (hombre-pájaro) y discutían por las horas de sueño y las horas de trabajo. Dentro de ciertas especies era

costumbre que el macho se ocupara de los niños —cuando se casaban con desconocidos más convencionales las parejas enamoradas solían pelearse después de que llegaban los bebés—. Entretanto el homo sapiens —lo que quedaba de él— trataba desesperadamente de conservar sus propias tradiciones. Al final del libro el héroe se sentía asqueado ante la humanidad y sus múltiples formas y filosofías. Volvía a su hogar en el futuro, hacía pedazos la máquina del tiempo, hundía sus raíces hasta seis metros debajo de la tierra, velaba su rostro con sus cabellos lacios para que las mujeres no lo importunaran y pasaba sus siguientes cien años meditando.

Me gustaba volver a leer el libro. Me ayudaba a entender mejor a papá. Él no era como los hombres que hacían bombas o bacterias mortales, él conocía su dilema moral. ¿Debía dar al mundo el afrodisíaco o no? Bebía porque sentía una doble condena y odiaba al mundo porque siempre trataba de espiar por sobre su hombro.

Le hablé del libro mientras cenábamos.

—¡Habla! —dijo, mientras miraba su plato con rechazo—. ¿Te acuerdas cómo hablabas cuando eras pequeña? Trata de recrear esos sonidos.

Hablé, charlé, parloteé. Dije que siempre había un héroe en alguna parte, como en el libro. Si un solo ojo objetivo observaba un holocausto, ese holocausto no había ocurrido en vano. En otras palabras, papá debía ceder el afrodisíaco. Las consecuencias se convertirían en una historia mundana. No era lo mismo que arrojar toneladas de botulismo en East River. El *fallout* de una explosión nuclear era una fractura compuesta del femúr moral. Como una bomba, el afrodisíaco era un fracturador de huesos potencial, pero sólo porque la gente era tímida y poco imaginativa.

—¡Ésa no es forma de hablar! —dijo papá. Una hoja de lechuga desapareció entre sus dientes—. Sabes perfectamente bien que estás hablando en voz muy baja. Es imposible oírte. Tienes todo el derecho a hablar más alto. Usa la laringe y la mente y tu deseo...

Volqué la leche y dije:

—Lo haré cuando rompas todas tus botellas.

Comprendí. Él se preocupaba por cosas como los grupos antiabortos. Todos teníamos un planeta enorme y maravilloso para hacer un estropicio. Otra forma de llamar al mundo sería «ensayo y error».

—No llores —dije—. Eres como todo lo que odias. Te quiero mucho. Y a ti te importa.

—Ven aquí.

Hice un gesto negativo.

Comió una papa hervida.

—Ven aquí.

—No es hora todavía. Nuestra relación familiar la hacemos después de la cena, mientras miramos televisión, cuando la torre está cerrada como una tumba y todos los curiosos se olvidan de ti hasta el otro día.

Más tarde miramos televisión y me hizo sentar sobre su falda.

—Susúrrame algo al oído —dijo—. Lo más fuerte que puedas. Rómpeme el tímpano.

Miré a los cowboys que recorrían la ciudad. Y entretanto aspiré el olor de mi padre. El pelo de su pecho me hacía cosquillas en la nariz. Me acarició las piernas, la espalda, el cabello, me dio un pellizco en la mejilla, apretó su nariz contra la mía y nos miramos a los ojos hasta que me puse bizca.

Era inteligente, pero me transmitía su mentalidad mientras me criaba, me daba demasiado de su sentido común. Me acariciaba para que me acercara a él, deseaba que nuestras almas se encontraran.

—No diré que no puedo —dije—, diré que no puedo. ¿Tiene sentido?

—No dejes que te dañen. Tú puedes ser lo que quieras.

—No quiero ser nada. Sólo quiero ser.

Tomó mi mentón entre sus grandes manos.

—Di «a».

—«A».

—No sólo con la boca. Que el mundo lo oiga.

—A.

—¿Ves mis lágrimas? ¿Te gusta destrozarle el corazón a tu viejo padre?

—Estás borracho.

—Dime algo en voz alta. Grítame.

—Deberías lavarte las orejas con agua y jabón. Son como cuevas de oro sucio.

Me apretó en un abrazo hasta hacerme crujir las costillas. Aullé. Pero sin dejar escapar sonidos.

—Algún día saldremos de esta maldita torre —dijo—. Piensa en eso. Andaremos por la calle principal de la ciudad de Nueva York. De la mano. Cuando todos salgan y digan:

«Doctor Dakis, bienvenidos usted y su hija a este mundo»... Ese día les entregaré el afrodisíaco.

Él creía que yo sufría. Y así era. Dije:

—El día que rompas tus botellas... ese día saldré de aquí contigo. Iré a la televisión, si quieres. Gritaré por un micrófono. Todo el mundo, desde Guam hasta las Islas Vírgenes me oirá. Sólo que tendremos que volver aquí a la torre todas las noches. No es por mí que no hablo. Lo hago por ti. Ellos no me dañan mucho. Pero tú me dañas, todos los días de mi vida. No hablaré porque tú bebes. Bebes porque estás celoso.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—No hagas eso —dijo.

Imposible evitarlo. Sentí sueño. Chuparse el dedo. Chupar, chupar, me ayudaba a fantasear. Chupar, Chupar.

Papá trató de apartarme.

—Te arroparé durante la noche, te mantendré calentita, te consolaré.

—Quédate conmigo. —Chupar, chupar. Soñaba... a medias estaba allí, a medias en otro mundo. Uno era tan malo o tan bueno como el otro ya que los dos estaban a prudente distancia. Me sentía cada vez más cómoda. Desde la distancia papá me llamaba. Yo sabía por qué. Era una persona casi perfecta. Su único defecto era ser intolerante.

Alguien llamó, y esa vez fue otro. La voz era mi imaginación, o al menos yo pensaba que lo era. En realidad nunca pregunté.

Papá me abrazaba fuerte. Me desprendí de él. Lo dejé con sus botellas que lo esperaban por todas partes en la torre. Papá, no puedo arreglar esto. Tal vez los dos tendremos que cruzar un puente. Tal vez un día me quedaré contigo por la noche, romperás tus botellas, saldrás afuera otra vez, hablaré hasta marearte, creceremos juntos. Te quiero mucho.

Abrí la puerta en el extremo del corredor, y la cerré detrás de mí. La gran habitación estaba oscura y silenciosa, pero no es un silencio total. Las serpientes me observaban desde sus jaulas, me advertían que no tocara sus puertas. Los cerdos de Guinea pensaban que era de mañana y silbaban pidiendo su desayuno, los perros gemían con la amenaza de la pesadilla, el baboon me echó una maldición por pasar mi mano por sus barrotes.

Me detuve junto a la última jaula, me quité la ropa, abrí la puerta, entré silenciosamente y me acerqué a la casilla del rincón. Levantó los brazos y caí en ellos como una pecadora entra en el Paraíso: agotada y feliz. Me acurruqué en su pecho peludo. Nos besamos una y otra vez. Ella me lamía la cara. Recorrió mi cuerpo sin pelos buscando pulgas inexistentes. Me oprimía con cuidado, para no destruirme. Yo estaba tendida con la mejilla contra el pecho de mi madre, sentía sus poderosos brazos a mi alrededor y dejaba que el mundo se fuera al diablo mientras yo dormía.

*A Typical Day, 1974*



# **El día un millón**

*Frederik Pohl*

*Cuando empecé a escribir «El día un millón» sólo pensaba en el título, y la única razón de que sólo pensara en el título es que había estado pensando en un programa para una serie de televisión que me habían propuesto. «El día un millón», en este contexto, habría sido el millonésimo día de la era cristiana —algún año alrededor del 3000 d. C.— y la serie habría consistido en un cuento por semana, ubicado en un distinto futuro posible para ese día particular. La serie de televisión nunca se concretó, pero me interesó el título. De manera que me senté ante la máquina de escribir a la hora habitual para comenzar el trabajo —alrededor de medianoche, cuando los chicos dormían y el teléfono ya no sonaba— y comencé a escribir, y la historia se escribió sola. Rara vez trabajé con tanta fluidez. Alrededor de las tres de la mañana había escrito un primer borrador. Hice un intervalo para tomar el desayuno, volví a la máquina de escribir y completé la copia del original a la mañana siguiente.*

*Lamentablemente para mis esperanzas de ganar un Hugo o un Nebula con el cuento (que, debo admitirlo, comenzaron a existir casi enseguida), me permití aceptar que se publicara primero en una revista común para hombres, donde llegó a un público mucho más grande y me pagaron por ello mucho más, pero donde no la verían muchos lectores de ciencia ficción hasta que comenzara a aparecer en antologías... demasiado tarde como para recibir cualquier premio.*

*Tal vez de todas maneras no lo habría ganado, por supuesto. Pero personalmente opino que es mi mejor cuento.*

El día, sobre el que quiero contarles, dentro de alrededor de mil años, había un muchacho, una muchacha y una historia de amor.

Aunque hasta el momento no he dicho demasiado, nada de lo que dije es cierto. El muchacho no era lo que ustedes y yo normalmente imaginaríamos como un muchacho, porque tenía ciento ochenta y siete años de edad. Tampoco la chica era una chica, por otras razones; y la historia de amor no suponía la sublimación del impulso de violar y otras postergaciones del instinto a someterse que en la actualidad sobreentendemos en estos asuntos. A ustedes no les interesará mucho la historia si no captan estos hechos de entrada. Pero si hacen ese esfuerzo, es probable que la encuentren llena hasta el tope de risa, lágrimas e intensos sentimientos que valdrán la pena, o no. La razón de que la muchacha no fuera una muchacha es que era un muchacho.

¡Con cuánta furia se apartan ustedes de esta página! ¿A quién diablos le interesa leer un cuento sobre una pareja de maricones?, dirán ustedes. Cálmense. No hay aquí ardientes secretos de perversión para el negocio de lo prohibido. En realidad, si vieran a la muchacha, no se darían cuenta de que en cierto sentido era un muchacho. Pechos, dos; vagina, una. Caderas, redondas; rostro, sin pelos; lóbulos supraorbitales, no existentes. Ustedes la clasificarían de inmediato como de sexo femenino, aunque es cierto que podrían preguntarse a qué especie femenina correspondía, al ver la cola, la sedosa pelambre o las pequeñas agallas detrás de cada oreja.

Ahora retroceden otra vez. No hay motivo, créanme. Es una chica encantadora, y si usted, como macho normal, pasara una hora en una habitación con ella, removería cielo y tierra por conseguir hacerle el amor. Dora (la llamaremos así; su «nombre» era omicron-Dibase-siete-grupo-toterot S. Doradus 5314, y la última parte de este nombre es una especificación de color que corresponde a un tono de verde), Dora, repito, era femenina, encantadora y muy bonita. Admito que por el nombre no lo parece. Era, podría decirse, una bailarina. Su arte implicaba cualidades de intelección y habilidad de muy alto orden, se requerían a la vez enormes dones naturales e incesante práctica; lo realizaba con gravedad nula y la mejor forma de describirlo sería decir que tenía algo de la actuación de una contorsionista y algo de ballet clásico, tal vez parecido a la muerte del cisne de Danilova. Además era muy sensual. En forma simbólica, por supuesto, pero admitamos que la mayor parte de las cosas que llamamos «sexy» son simbólicas, excepto tal vez la bragueta abierta de un exhibicionista. El «Dia un millón» cuando Dora bailaba, la gente la veía jadear; también ustedes la verían.

Con respecto a ese asunto de que era un muchacho debo decir que a su público no le importaba que genéticamente ella fuera masculina. Tampoco les importaría a ustedes, si estuvieran entre ese público, porque no lo sabrían, a menos que efectuaran una biopsia cortando una parte de su carne y poniéndola bajo un microscopio electrónico para detectar el cromosoma XY; y además no les importaba porque no se preocupaban. Con técnicas que son no solamente complejas sino que aún no se han

descubierto, estas personas podían determinar gran cantidad de cosas sobre las aptitudes e inclinaciones de los bebés mucho tiempo antes de que nacieran — alrededor del segundo horizonte de la división celular, para ser exactos, cuando el huevo en fecundación se convierte en un blastocito libre— y entonces, naturalmente, estimulaban esas aptitudes. ¿No haríamos lo mismo nosotros? Si encontramos un niño con aptitud para la música le damos una beca para el Juilliard. Si ellos encontraban un niño con aptitudes para ser mujer, lo convertían en mujer. Como el sexo se había disociado mucho tiempo atrás de la reproducción, eso era relativamente fácil de hacer y no causaba ningún problema y prácticamente ningún comentario.

¿Qué quiere decir «prácticamente ninguno»? Bien, se consideraba que hacerlo era interferir con la divina providencia en la misma medida en que se interfería al curar una caries. Menos de lo que se interferiría usando un audífono. ¿Sigue pareciendo terrible? Entonces miren atentamente al próximo bebé fornido que encuentren y piensen que puede ser una Dora, porque los adultos que son genéticamente masculinos pero somáticamente femeninos no son desconocidos ni siquiera en nuestro propio tiempo. Un accidente del entorno en el útero invade las huellas de la herencia. La diferencia es que con nosotros sólo sucede por accidente y no nos enteramos de ello excepto rara vez, mientras que la gente del «Día un millón», lo hacía a menudo, intencionalmente, porque quería.

Bien, ya les he contado bastante sobre Dora. Sólo serviría para confundirlos que agregara que medía dos metros diez de estatura y que olía a manteca de maní. Comencemos nuestra historia. El día un millón, Dora salió nadando de su casa, entró en un tubo de transporte, fue rápidamente absorbida hasta la superficie por el flujo de agua y eyectada hasta la espuma, a una plataforma elástica que había frente a ella, llamémosla sala de ensayos.

—¡Ah, mierda! —gritó, muy confundida, luchando por recuperar el equilibrio, después de haber chocado con un absoluto desconocido, a quien llamaremos Don.

El encuentro fue simpático. Don iba a que le cambiaran las piernas. El amor era la idea más remota que tenía en la mente; pero, cuando, después de cruzar distraídamente la plataforma de llegada para los submarinistas y completamente empapado, descubrió que la muchacha más hermosa que jamás había visto estaba en sus brazos, supo de inmediato que eran el uno para el otro.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó.

Ella respondió con suavidad.

—El miércoles. —Y la promesa fue como una caricia.

Don era alto, musculoso, bronceado y atractivo. Su nombre no era Don, como el de Dora no era Dora, pero la parte personal del nombre era Adonis, en tributo a su vibrante virilidad, y por eso lo llamaremos Don, de sobrenombre. Su código de color de la personalidad, en unidades Amgstrom, era 5290, es decir sólo algunos grados

más azul que el 5314 de Dora, una medida de lo que habían descubierto intuitivamente a primera vista, que poseían muchas afinidades de gustos e intereses.

Me resultaría muy difícil explicarles exactamente cómo se ganaba la vida Don, no me refiero al hecho de ganar dinero, sino al hecho de dar sentido y significado a su vida, a protegerlo de que se volviera loco de aburrimiento... sólo puedo decir que esa actividad le significaba viajar mucho. Viajaba en naves espaciales interestelares. Para que una nave espacial viajara con verdadera velocidad, alrededor de treinta y un seres humanos machos y siete genéticamente femeninos, tenían que hacer ciertas cosas. Y Don era uno de los treinta y uno. En realidad contempló las alternativas. Ésta implicaba mucha exposición al flujo de radiación... no tanto desde su propia estación en el sistema propulsor sino en los excesos de flujo en las etapas siguientes, en que una hembra genética prefería selecciones, y las partículas subnucleares que componían las selecciones que ella prefería se desintegraban en una furia de cuanta. Bien, todo esto a ustedes les importa un rábano, pero para Don significaba que tenía que estar vestido todo el tiempo con una resistente piel de metal de color cobre, sumamente fuerte. Ya he mencionado esto, pero ustedes pensaron probablemente que yo quería decir bronceado por el sol.

Además de todo eso, era un hombre cibernético. La mayoría de sus partes más groseras habían sido reemplazadas mucho tiempo atrás por mecanismos de mucho mayor permanencia y duración. Tenía un centrífugo de cadmio, en lugar de corazón, que bombeaba su sangre. Sus pulmones sólo se movían cuando quería hablar en voz alta, porque una cascada de filtros osmóticos re-respiraban oxígeno de sus propios desechos. En cierto modo, probablemente le habría parecido raro a un hombre del siglo XX, con sus ojos brillantes y sus manos de siete dedos; pero para sí mismo, y por supuesto para Dora, parecía muy masculino e imponente. En el curso de sus viajes, Don había girado en círculos alrededor de Próxima Centauri, Procyon, y los enigmáticos mundos de Mira Ceti; había llevado muestras agrícolas a los planetas de Canopus y había traído a su regreso animalitos cálidos e inteligentes del pálido compañero de Aldebaran. Azules y calientes o rojas y frescas, había visto mil estrellas y sus diez mil planetas. En realidad hacía dos activos siglos que viajaba por las rutas estelares con sólo breves licencias en la Tierra. Pero esto tampoco les importa a ustedes. Son las personas las que hacen las historias, no las circunstancias en que se encuentran, y ustedes quieren saber de estas dos personas. Bien, lo lograron. Lo que cada uno tenía para el otro creció y floreció y dio frutos el miércoles, como había prometido Dora. Se encontraron en la sala de codificación, con un par de amigos que había llevado cada uno para felicitarlos y expresarles buenos deseos, y mientras sus identidades se registraban y se archivaban, sonreían y se susurraban cosas al oído y toleraban los chistes de sus amigos ruborizándose frecuentemente. Luego intercambiaron sus análogos matemáticos y se fueron, Dora a su vivienda bajo la superficie del mar y Don a su barco.

Realmente era un idilio. Y vivieron felices... o como fuera, hasta que decidieron

no preocuparse más y morirse.

Por supuesto, jamás volvieron a verse.

Ah, ya los veo a ustedes ahora, consumidores de bifés carbonizados, rascándose un incipiente callo con una mano y sosteniendo el cuento con la otra, mientras por el estéreo se oye d'Indy o Monk. No creen ni una palabra de todo esto, ¿verdad? Ni por un segundo. Nadie viviría así, dicen ustedes con un gruñido de irritación, nada divertido, mientras se levantan a buscar más hielo para la bebida tibia.

Y sin embargo allá está Dora, regresando velozmente a su casa bajo el agua por las rápidas corrientes de agua de los caños conmutadores (le gusta más estar allí; le han hecho una alteración somática para que pueda respirar bajo el agua). Si les relata con cuánta felicidad coloca el análogo grabado de Don en el manipulador de símbolos, se conecta ella misma y se excita... si trato de contarles algo de eso simplemente se me quedarán mirando. O mirándome con furia; y protestarán, ¿qué forma de hacer el amor es ésa? Y sin embargo les aseguro, realmente les aseguro que los éxtasis de Dora son tan apasionados como los de las espías de James Bond, y muchísimo más que los de cualquiera que ustedes encuentren en la «vida real». Vamos, sigan protestando y mirándome con furia. A Dora no le importa. Si alguna vez piensa en ustedes, sus tatarabuelos de treinta generaciones atrás, a lo sumo piensa que son una especie de brutos muy elementales. Y lo son. Dora está mucho más lejos de ustedes que ustedes de los australopitecos de hace cinco mil siglos. Ustedes no podrían nadar ni un segundo en las fuertes corrientes de su vida. Ustedes creen que el progreso no avanza en línea recta ¿verdad? ¿Reconocen que es una curva ascendente, en aceleración, e incluso tal vez exponencial? Lleva muchísimo tiempo comenzar, pero cuando anda, lo hace como una bomba. Y ustedes, ustedes bebedores de whisky, consumidores de bifés, en sus comodísimos sillones, ustedes apenas acaban de tocar el primer cable del fusible. ¿En qué día estamos, en el seiscientos o setecientos mil después de Cristo? Dora vive en el día un millón. Dentro de mil años. Las grasas de su cuerpo están poliinsaturadas, como el Crisco. Sus desechos son hemodializados de su corriente sanguínea mientras duerme. Esto significa que no tiene necesidad de ir al baño. Por simple capricho, para pasar una media hora lenta, puede reunir más energía que toda la nación de Portugal en la actualidad, y usarla para lanzar un satélite de fin de semana o remodelar un cráter de la Luna. Quiere mucho a Don. Conserva cada uno de sus gestos, sus modalidades, sus detalles, el contacto de su mano, la excitación de la relación sexual, la pasión del beso almacenados en forma simbólico-matemática. Y cuando lo desea, lo único que tiene que hacer es encender la máquina y lo tiene.

Y Don, por supuesto, tiene a Dora. Perdido en una ciudad colgante a varios centenares de metros por encima de la cabeza de Dora o en órbita alrededor de Arcturus, a cincuenta años luz de distancia, Don sólo debe accionar su propio

manipulador de símbolos para rescatar a Dora de los archivos de ferrito y darle vida para él, y allí está ella; y fascinados, incansablemente, se aman toda la noche. No en la carne, por supuesto; la carne de Don ha sido extensamente alterada y realmente no le daría mucho placer. Don no necesita la carne para el placer. Los órganos genitales no tienen sensación. Las manos tampoco ni los pechos ni los labios; todos son receptores, que aceptan y transmiten impulsos. El que siente es el cerebro, la interpretación de los impulsos que provocan sufrimiento u orgasmo; y el manipulador de símbolos de Don le da el análogo de los mimos, el análogo de los besos, el análogo de las horas más salvajes y ardientes con el eterno, exquisito e incorruptible análogo de Dora. O de Diana. O de la dulce Rose, o la risueña Alicia; porque, sin dudar, con cada una de ellas ha intercambiado análogos antes, y volverá a hacerlo.

Al diablo, dirán ustedes, todo esto me parece una locura. Y ustedes —con su loción para después de afeitarse y su autito rojo, empujando papeles en un escritorio todo el día y buscándose la cola por la noche díganme, ¿qué creen que le parecerían a Tiglath-Pileser, por ejemplo, o a Atila, el huno?

*Day Million, 1970*

# **Juegos de Capricornio**

*Robert Silverberg*



*Jesús era capricorniano; Richard M. Nixon también; yo también. No creo tanto en las ciencias astrológicas —más bien soy agnóstico, pienso— pero tengo cierta idea de la clase de gente que se supone que son los capricornianos: gente dedicada, terca, talentosa, centrada en sí misma. Creo que los capricornianos son el tipo de personas que serían excelentes jugadores de ajedrez (aunque yo mismo soy malo para eso). Creo que los capricornianos son un poco manipuladores, lo cual no es necesariamente un atributo negativo... «manipulador» puede aplicarse a los prestidigitadores, los novelistas, los cirujanos, los músicos, y otros que tienen rapidez en las manos en sentido literal más bien que metafórico. Pero creo que parte de la energía capricorniano fluye en intentos de organizar a otros seres humanos en estructuras que sirvan a las necesidades del capricorniano. Por cierto que Nikki es esa clase de capricorniano en este cuento, que escribí en octubre de 1972. Más tarde lo reedité en una colección de cuentos que también se llamó Juegos de Capricornio. Pensemos en el autor nacido en enero, sentado ante la máquina de escribir, jugando juegos con sus personajes, jugando con las mentes de sus lectores... ya tienen una idea.*

Nikki entró en el campo cónico del limpiador ultrasónico y se movió en varias direcciones, para que el inaudible zumbido del hocico de la máquina limpiara más eficazmente su piel de tejido epidérmico muerto, glóbulos de sudor secos, zonas donde se había puesto perfume el día anterior, y otros desechos; después de tres minutos salió limpia, energética, lista para la fiesta. Programó su atuendo para la noche: borseguíes verdes, túnica color amarillo limón, de una película como gasa, una suave capa color naranja pálido como la cobertura de una almeja, y debajo nada, solamente Nikki... la suave, brillante, satinada Nikki. Su cuerpo estaba a punto y en forma. La fiesta era en su honor, aunque ella era la única que lo sabía. Ese día era su cumpleaños, el 7 de enero de 1999, cumplía veinticuatro años, y todavía no tenía señales de decadencia corporal. El viejo Steiner había reunido a una extraordinaria variedad de invitados: prometía presentar a un hombre que leía la mente, un billonario, un auténtico duque bizantino, un rabino árabe, un hombre que se había casado con su propia hija, y otras maravillas. Todos ellos, por supuesto, subordinados al verdadero invitado de honor, la joya de la noche, el verdadero muchacho del cumpleaños, el león de la temporada, el celebrado Nicholson, que había vivido mil años y que decía que podía ayudar a otros a hacer lo mismo. Nikki... Nicholson. Una feliz asonancia, que auguraba una estrecha armonía. Tú me mostrarás, querido Nicholson, cómo hacer para vivir eternamente y no envejecer nunca. Una idea cálida, tranquilizante.

El cielo que se veía por la leve curva de su ventana era negro, y nevaba: Nikki imaginaba oír el chirriante aullido del viento y sentir la oscilación del edificio helado, de noventa pisos de alto. Era el peor invierno que recordaba. Nevaba todos los días, una nieve planetaria, un estremecimiento global, que ni siquiera perdonaba a los trópicos. Las calles de Nueva York estaban cubiertas de capas de hielo, duras como planchas de hierro. Las paredes eran resbaladizas, el aire cortaba. Esa noche Júpiter brilló fieramente en la negrura como un diamante en la frente de un cuervo. Gracias a Dios, Nikki no tenía que salir. Podía pasar el invierno dentro de esa torre. El correo le llegaba por tubos neumáticos. Tenía amigos en una docena de pisos. El edificio era un mundo, cálido, acogedor. Que siguiera nevando. Que llegaran los terribles huracanes. Nikki se miró en el espejo que la rodeaba: muy bien, muy muy bien. Bellos pliegues amarillos transparentes. Caderas apenas insinuadas, pechos apenas insinuados. Algo más que insinuados cuando había una luz detrás de ella. Se sonrojó. Desordenó sus cortos y brillantes cabellos negros. Un poco de perfume. Todos la amaban. La belleza tiene imán: repele a algunos, atrae a muchos, no deja de conmover a nadie. Eran las nueve.

—Arriba —dijo al ascensor—. A la casa de Steiner.

—Piso ochenta y cuatro —respondió el ascensor.

—Ya lo sé. Eres un encanto.

Música en el pasillo: Mozart, cristalino y sinuoso. La puerta del departamento de Steiner era un medio barril de acero cromado, como la entrada a la bóveda de un

Banco. Nikki sonrió a la pantalla. El barril giró. Steiner tendió las manos ahuecadas como tazas, a pocos centímetros bajo su pecho, a manera de saludo.

—Hermosa —murmuró.

—Me alegro de que me hayas invitado.

—Prácticamente ya están todos aquí. Es una hermosa fiesta, amor.

Ella le dio un beso en la mejilla. En octubre se encontraron en el ascensor. Él tenía más de sesenta años y parecía de menos de cuarenta. Cuando ella tocó su cuerpo lo percibió como un objeto encerrado en leche congelada, como un mamut que acaba de salir de la escarcha permanente de Siberia. Fueron amantes durante dos semanas. El otoño dio paso al invierno y Nikki salió de su vida, pero él fue fiel a su palabra con respecto a la fiesta: allí estaba ella, invitada.

—Alexus Ducas —dijo un hombre bajo y gordo con densa barba negra, partida a la mitad. Hizo una reverencia. Una buena reverencia. Steiner se evaporó y ella quedó en compañía del duque bizantino. Él la condujo inmediatamente por la espesa alfombra blanca hasta un lugar donde había racimos de luces, que surgían como enojados hongos de la pared, y revelaron los contornos del cuerpo de Nikki. Otros se volvieron a mirarla. El duque Alexius le prodigó una intensa mirada. Pero ella no sintió excitación. Bizancio había terminado mucho tiempo atrás. Él le trajo una copa de vino verde helado y le dijo:

—¿Alguna vez estuviste en el mar Egeo? Mi familia tiene su castillo ancestral en una isla a dieciocho kilómetros al este de...

—Perdona, pero ¿cuál es el hombre llamado Nicholson?

—Nicholson es sólo el nombre que usa en la actualidad. Dice que tuvo una tienda en Constantinopla durante el reinado de mi antepasado Basileus Manuel Comnenus. —Chasqueó la lengua con aire paternal—. No era más que un comerciante. —Los ojos bizantinos centellearon ferozmente—. ¡Qué hermosa eres!

—¿Cuál es?

—Allí. Jumo al diván.

Nikki sólo vio una pared de espaldas. Se inclinó hacia la izquierda y trató de mirar. Inútil. Llegaría a él más tarde. Alexius Ducas siguió ofreciéndole su cuerpo con los ojos. Ella suspiró con languidez:

—Cuéntame todo lo que sabes sobre Bizancio.

Ella no comenzó a aburrirse hasta que él llegó a Constantino El Grande. Terminó su vino, tendió tímidamente el vaso, persuadió a un joven que pasaba de que se lo llenara. El bizantino pareció triste.

—Entonces el imperio estaba dividido —dijo— entre...

—Es mi cumpleaños —anunció ella.

—¿El tuyo también? Felicitaciones. ¿Ya tienes tantos años como...?

—No, muchos menos. Ni siquiera la mitad. Todavía me falta para cumplir quinientos —dijo ella, y se volvió a tomar su vaso. El joven no esperó a que lo capturaran. La fiesta lo rodeó como una avalancha. Sesenta, ochenta invitados, todos

en movimiento. Corrieron los cortinados, revelando la furia de la tormenta de nieve. Nadie la miraba. El departamento de Steiner era como el set donde se filma una película; grandes bancos de jardín de porcelana Ming o incluso Sung; paredes pintadas con láminas chatas de bronce y escarlata; artefactos precolombinos en nichos iluminados; esculturas como telas de araña de aluminio; grabados de Dureró; el botín de todas las épocas. Rígidos sirvientes con la cabeza afeitada, mayas o khmers o tal vez olmecas, circulaban, impasibles, ofreciendo bandejas con exquisiteces: caviar, mariscos, trozos de carne asada, salchichitas, burritos con fuerte salsa de chili. Las manos se tendían incesantemente desde la bandeja hasta los labios. Era una reunión de consumidores de la vida, de gente que se tragaba el mundo. El duque Alexius le acariciaba el brazo:

—Me iré a medianoche —dijo con suavidad—. Sería encantador que te fueras conmigo.

—Tengo otros planes —respondió ella.

—Aun así. —Hizo una cortés reverencia, sin manifestar desilusión externamente—. Otra vez, quizá. ¿Mi tarjeta? —Apareció en su mano como por arte de magia: un cartoncito tostado, con una inscripción muy adornada. Ella la puso en su cartera y el salón se lo tragó. Instantáneamente un hombre corpulento de mirada salvaje ocupó el lugar de Alexius frente a ella.

—Usted no me conoce —comenzó.

—¿Eso es un alarde o una disculpa?

—Soy bastante común. Trabajo para Steiner. Steiner pensó que sería divertido invitarme a una de sus fiestas.

—¿Qué hace usted?

—Facturas y desembarques. Qué lugar extraordinario, ¿verdad?

—¿De qué signo es usted? —preguntó Nikki.

—De Libra.

—Yo soy de Capricornio. Esta noche es mi cumpleaños, y también es el de *él*. Si realmente usted es de Libra, pierde el tiempo conmigo. ¿Tiene nombre?

—Martin Bliss.

—Nikki.

—No hay ninguna señora Bliss, ja, ja.

Nikki se pasó la lengua por los labios.

—Tengo hambre. ¿Me traería unos canapés?

Desapareció en cuanto él avanzó hacia la comida. Dio la vuelta por la larga habitación, pasó junto al quinteto de cuerdas, junto al trono del barman, junto a la ventana, hasta que pudo ver bien al hombre llamado Nicholson. Él no la desilusionó. Era esbelto, elástico, no era alto, tenía hombros fuertes. Un hombre con presencia y autoridad. Ella quería acercar sus labios a los de él para absorber la inmortalidad. La cabeza del hombre era un triángulo obtuso, con pómulos brutales, labios finos y una mata oscura de cabello rizado, no usaba barba ni bigote. Tenía ojos intensos,

eléctricos, intolerablemente sabios. Debía de haber visto todo dos veces, por lo menos. Nikki había leído su libro. Todo el mundo lo había leído. Ese hombre había sido rey, lama, traficante de esclavos, esclavo. Siempre preocupándose por ocultar su poco creíble longevidad, en ese momento ofrecía su terrible secreto libremente a los miembros del Club del Libro del Mes. ¿Por qué había elegido subir a la superficie y revelarse? Porque ése era el momento necesario de la revelación, dijo él. El momento en que debía presentarse como lo que era, para poder impartir su don a otros, por si él lo perdía. Al llegar el nuevo siglo debía compartir su don de la vida. Lo rodeaba una docena de personas, que captaba su resplandor. Miró por encima de un cerco de hombros y sus ojos se encontraron con los de ella; Nikki se sintió penetrada, exaltada, elegida. El calor se extendía por su espalda como un río de tungsteno derretido, como un chorro de miel caliente. Avanzó hacia él. Se le interpuso un cadáver. La cabeza de la muerte, la piel de pergamino, los ojos de pesadilla. Una mano escamosa tocó sus bíceps desnudos. Una horrorosa voz erosionada crujió:

—¿Cuántos años piensas que tengo?

—¡Ay, Dios mío!

—¿Cuántos años?

—¿Dos mil?

—Tengo cincuenta y ocho. No llegaré a los cincuenta y nueve. Toma, fuma uno de éstos.

Con manos temblorosas le ofreció un diminuto tubo de marfil. Había un monograma gótico cerca de un extremo —FXB— y una cápsula verde traslúcida en el otro extremo. Ella oprimió la cápsula y surgió una temblorosa llama azul. Inspiró.

—¿Qué es? —preguntó.

—Mi propia mezcla. Soma Número Cinco. ¿Te gusta?

—Estoy vencida —dijo—. Absolutamente vencida. ¡Ah, Dios mío! —Las paredes flotaban. La nieve se había convertido en láminas de estaño. Un efecto instantáneo. El cadáver tenía un halo dorado. Aparecieron signos de dólar como estigmas en su frente marchita. Nikki oía el golpe de la espuma, el rugido de las olas. La cubierta se inclinaba. Los mástiles se rompían. Las mujeres caían por la borda, gritó y oyó su voz inaudible que desaparecía en un túnel de ecos, *boing, boing, boing...* se oprimió las frágiles muñecas—. Hijo de puta, ¿qué me hiciste?

—Soy Francis Xavier Byrne.

Ah. El multimillonario. Bymie Industries, el gran conglomerado. Steiner le había prometido un multimillonario esa noche.

—¿Morirás pronto? —preguntó ella.

—No más allá de Pascuas. El dinero ya no puede ayudarme. Soy una metástasis caminando. —Abrió su camisa llena de volados. Algo brillante y metálico, como una armadura de eslabones, le cubría el pecho.

—Un sistema salvavidas —le confió—. Yo funciono con esto. Si me lo quito durante media hora estoy terminado. ¿Eres capricorniana?

—¿Cómo lo sabías?

—Soy moribundo pero no estúpido. Tienes el brillo de Capricornio en los ojos. ¿Y yo qué soy?

Ella vaciló. Los ojos de él también brillaban. Un hombre que se había hecho solo, con un fantástico sentido de los negocios, energía, arrogancia. Capricornio, por supuesto. No, demasiado fácil.

—Leo —dijo ella.

—No. Prueba otra vez. —Le puso otro tubo con monograma en la mano y se alejó a grandes pasos. Ella todavía no se había recuperado de la fumada anterior, aunque los efectos más estridentes habían disminuido. Los invitados de la fiesta se movían y giraban a su alrededor. Ya no veía a Nicholson. La nieve parecía estar convirtiéndose en granizo, pequeñas partículas duras golpeaban contra las grandes ventanas y dejaban huellas blancas: ¿o era que sus percepciones se habían agudizado? El ruido de la conversación parecía subir y bajar como si alguien estuviera moviendo el control del volumen. Las luces fluctuaban con un ritmo de contrapunto. Nikki se sentía mareada. Junto a ella pasó una bandeja de cócteles dorados y preguntó en voz baja:

—¿Dónde está el baño?

—Al fondo del pasillo.

Frente a la puerta del baño había cinco desconocidos que hablaban con un ronco susurro. Pasó entre ellos, como flotando, se aferró al borde frío del lavatorio y adelantó la cara hasta el espejo oval cóncavo. Una cabeza mortuoria. La piel apergaminada, ojos de pesadilla. ¡No! ¡No! Parpadeó y reaparecieron sus propios rasgos. Temblando, hizo un esfuerzo por reponerse. En el botiquín había una tentadora colección de drogas. Los remedios de Steiner para todo uso. Sin mirar las etiquetas, Nikki se apoderó de un puñado de frascos y tragó píldoras al azar. Una roja y chata, otra que era un tubito verde, una succulenta cápsula de gelatina amarilla, tal vez eran drogas contra la jaqueca, tal vez alucinógenos. «¿Quién sabe y a quién le importa? Nosotros los capricornianos no siempre somos tan cautelosos como se piensa».

Alguien golpeó a la puerta del baño. Nikki abrió la puerta y encontró el rostro blando, esperanzado, de Martin Bliss cerca del cielo raso. Los ojos levemente protuberantes, las mejillas rosadas.

—Me dijeron que te sentías mal. ¿Puedo ayudarte en algo? —Tan amable, tan dulce. Ella le tocó el brazo, rozó su mejilla con los labios. Detrás de él, en el pasillo, había un hombre corpulento de cabellos rubios, cortos, glaciales ojos azules, rostro redondo y perfecto. Su sonrisa era intensa y brillante.

—Muy fácil —dijo—. Capricornio.

—¿Adivina mi... —Nikki se interrumpió, estupefacta... mi signo?— concluyó, con un hilo de voz. —¿Cómo adivinaste? Ah.

—Sí, soy el que tú piensas.

Ella se sintió más que desnuda, despojada hasta los ganglios, hasta las sinapsis.

—¿Cómo es el truco?

—No hay truco. Escucho. Oigo.

—¿Oyes pensar a la gente?

—Más o menos. ¿Piensas que es un juego de salón? —Era hermoso pero daba miedo, como una espada de samurai en movimiento. Ella lo deseaba pero no se atrevía. «Tiene mi número», pensó. «Yo jamás podría tener secretos para él». Él dijo con tristeza:

—No me importa. Sé que asusto a mucha gente. A algunos no les importa.

—¿Cómo te llamas?

—Tom —respondió él—. ¿Qué tal, Nikki?

—Lo siento mucho.

—No tienes por qué sentirlo. Puedes engañarte si es necesario. Pero no puedes engañarme a mí. De todos modos, tú no te acuestas con hombres a quienes compadeces.

—No me acuesto contigo.

—Sí, lo harás —dijo él.

—Pensaba que simplemente sabías leer los pensamientos. No me dijeron que hacías profecías también.

El se inclinó hacia ella y le sonrió. La sonrisa la derrumbó. Tenía que luchar para no rendirse.

—Tengo tu número, es cierto —dijo él en voz baja y dura—. Te llamaré el próximo martes. —Mientras se alejaba agregó—: Te equivocas. Soy de Virgo. Aunque no lo creas.

Nikki volvió al living, rígida.

—... la figura del mandala —estaba diciendo Nicholson. Su voz era oscura, impostada, una pura voz de bajo—. Lo esencial en cada mandala es el centro: el lugar donde todo nace, el ojo de la mente de Dios, el corazón de la oscuridad y de la luz, lo más profundo de la tormenta, muy bien: ustedes deben moverse hacia el centro, encontrar el vértice en el límite de Yang y Yin, colocarse exactamente en el punto medio del mandala. *Centrarse*. ¿Entienden la metáfora? Centrarse en el *ahora*, el eterno *ahora*. Apartarse del centro es avanzar hacia la muerte, retroceder con respecto al nacimiento, siempre las fatales oscilaciones polares; pero si son capaces de ubicarse constantemente en el foco del mandala, exactamente en el centro, tienen acceso a la fuente de la renovación, se convierten en un organismo capaz de una constante autocuración, de una constante auto-alimentación, una constante expansión a las regiones más allá del yo. ¿Me siguen? El poder de...

Steiner, que estaba junto a Nikki, dijo tiernamente:

—Qué hermosa eres en los primeros momentos de la fijación erótica.

—Ésta es una fiesta maravillosa.

—¿Has conocido gente interesante?

—¿Hay gente que no lo sea? —preguntó ella.

Nicholson se apartó bruscamente del círculo de quienes lo escuchaban y cruzó la habitación a grandes pasos, solo, dirigiéndose al bar, Nikki se apresuró a detenerlo, y chocó con un sirviente de cabeza aceitada que llevaba una bandeja. La bandeja se deslizó de los dedos del hombre y voló por el aire como un escudo en rápido movimiento oscilatorio, sobre la alfombra blanca cayó una lluvia de carne picada con salsa de curry, verde y aceitosa. El sirviente quedó totalmente inmóvil. Congelado como una especie de ídolo de piedra mejicano, con su cuello grueso, su nariz chata, durante un largo y penoso momento; luego volvió la cabeza lentamente hacia la izquierda y contempló con pena su mano rígida y tendida que había perdido la bandeja. Finalmente giró la cabeza en dirección de Nikki, y por un fugaz instante en su rostro de granito, normalmente inexpresivo, apareció un odio total, un rayo de desprecio y rechazo que se esfumó inmediatamente. Se echó a reír: ju-ju-ju, su risa era una especie de relincho ahogado. Su superioridad era impresionante. Nikki cayó en un pantano de humillación. Escapó rápidamente, en zigzag, pasando junto a la comida volcada para llegar al bar. Nicholson seguía solo. Nikki enrojeció furiosamente. Jadeaba. Buscaba desesperadamente las palabras, con la lengua atrancada. Finalmente, logró balbucear:

—¡Feliz cumpleaños!

—Gracias —dijo él solemnemente.

—¿Lo estás pasando bien?

—Muy bien.

—Me asombra que no te aburran. Has invitado a tanta gente.

—No me aburro fácilmente. —Tenía una calma impresionante, una reserva de paciencia sin fondo. Le dedicó una mirada que era a la vez cálida e impersonal—. Todo me parece interesante —dijo.

—Qué curioso. Hace unos minutos le dije más o menos lo mismo a Steiner. Es mi cumpleaños también, ¿sabes?

—¿De veras?

—El 7 de enero de 1975, para mí.

—¿Qué tal? 1975. Yo soy... —Se echó a reír—. Parece totalmente absurdo, ¿verdad?

—El 7 de enero de 982.

—Hiciste los deberes.

—Leí tu libro —dijo ella—. ¿Me permites que haga un comentario tonto? Dios mío, no *representas* mil diecisiete años.

—¿Qué aspecto debería tener?

—Más parecido a él —replicó ella, indicando a Francis Xavier Byrne.

Nicholson rió. Nikki se preguntó si él la encontraría atractiva. Tal vez. Tal vez. Nikki se arriesgó a cruzar con él una mirada. Él era apenas un centímetro más alto que ella, y eso hacía que la experiencia fuese atterradoramente íntima. Él la miró



fijamente, hacia el centro; ella imaginó que él estaba en el centro de un mandala vibrante, que de su corazón emanaban luminosos rayos de color turquesa, unidos por radiantes aros rojos y verdes, como en una telaraña. La envolvió una ola de deseo que sentía surgir de sus riñones. Los ojos de Nikki eran explícitos. Los de él estaban velados. Ella sintió que él retrocedía con calma. «Llévame adentro», rogó ella, «llévame a una de las habitaciones del fondo. Lléname de vida». Dijo:

—¿Cómo elegirás a las personas que vas a instruir con tu secreto?

—Intuitivamente.

—Rechazando a cualquiera que te lo pida directamente, por supuesto.

—Rechazando a todo el que me lo pida.

—¿Tú lo pediste?

—Dijiste que habías leído mi libro.

—Ah. Sí. Ahora recuerdo: no sabías lo que sucedía, y no lo entendiste hasta que todo terminó.

—Yo era un muchacho simple —dijo él—. Eso sucedió hace mucho tiempo. — Sus ojos estaban vivos nuevamente. «Se siente atraído por mí. Ve que soy de su clase, que lo merezco. Capricornio, capricornio, Capricornio, tú y yo, la cabra macho y la cabra hembra. Juega a mi juego, Cap»—. ¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Nikki.

—Qué hermoso nombre. Qué hermosa mujer.

La vaguedad de los cumplidos la dejó desgastada. Se dio cuenta de que había llegado en forma misteriosamente repentina a un punto de necesaria retirada táctica; la retirada era obligatoria, porque de otro modo podría empujar demasiado y destruir el tenue contacto tan dificultosamente establecido. Le agradeció con una mirada y se alejó con gracia, acercándose a Martin Bliss, tomándolo del brazo suavemente. Bliss se estremeció, se sonrojó de placer, saltó a un estado de energía más alto. Ella resonaba con las vibraciones de él, subía y subía. Buscaba en el corazón de la fiesta, en el centro del mandala; de pie, bien apoyada sobre las plantas, con las piernas ligeramente separadas, conviniendo a su cuerpo en un eje polar, con líneas de fuerza que surgían poderosamente de la tierra, atravesaban los niveles de subsuelo del edificio, y seguían subiendo los ochenta y ocho pisos, que pasaban por su sexo, su corazón, su cabeza. «Esto debe de ser lo que se siente», pensó Nikki, «cuando a uno le confieren la inmortalidad». Un momento de gracia espontánea, el momento en que se enciende una luz interior. Miró con amor al pobre Bliss, tán vigoroso. Se oía el quinteto de cuerdas.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Brahms? —Bliss se ofreció a averiguarlo. Una vez sola, fue vulnerable a Francis Xavier Byrne, que la sometió con una sola mirada cadavérica.

—¿Ya lo has averiguado? —preguntó él—. El signo.

Ella miró fijamente su cuerpo estragado, canceroso, brillando de descomposición.

—Escorpio —respondió Nikki con voz ronca.

—¡Correcto! ¡Correcto! —Se quitó un colgante del pecho y pasó la cadena de oro sobre la cabeza de Nikki—. Para ti —jadeó y se alejó. Ella acarició el colgante. Era una piedra verde y lisa.

¿Jade? ¿Esmeralda? Sobre la cara en forma de cúpula había una cruz grabada, la *crux ansata*. Hermosa. El don de la vida, que ofrendaba el moribundo. Le hizo un gesto cariñoso por encima de una selva de cabezas y guiñó un ojo. Bliss le devolvió el guiño.

—Están tocando algo de Schönberg —informó él—, *Verklärte Nacht*.

—Qué hermoso. —Movié el colgante y lo dejó caer contra sus pechos—. ¿Te gusta?

—Estoy seguro de que hace un momento no lo tenías —dijo él.

—Surgió —respondió ella. Se sentía excitada, pero no tanto como en el momento de dejar a Nicholson. Ya no tenía esa sensación de ser el centro. La fiesta parecía caótica. Se formaban parejas, se disolvían, volvían a formarse, figuras como sombras se encaminaban de a dos y de a tres hacia los dormitorios; los sirvientes presentaban más obsesivamente sus bandejas de bebidas y bocadillos a los invitados que quedaban; el granizo se había convertido en nieve, y las masas livianas golpeaban silenciosamente las ventanas, y quedaban adheridas a ellas, revelando sus brillantes estructuras mandálicas durante momentos dolorosamente breves antes de derretirse. Nikki luchaba por recuperar su posición centrada. Se permitió una fantasía alegre: Nicholson venía hacia ella, le tocaba formalmente la mejilla, y le decía: «Tú serás una de los elegidos». En menos de doce meses le llegaría a él el momento de reunirse con sus siete discípulos todavía sin nombre para ver el nuevo siglo, les tomaría las manos entre las suyas, les insuflaría la vitalidad de los inmortales en los cuerpos, compartiría con ellos el secreto que habían compartido con él mil años atrás. «¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? Yo. Yo. Yo». Pero ¿dónde había ido Nicholson? Su aura, su resplandor, ese cono de luz imaginaria que parecía rodearlo... no estaban en ninguna parte.

Un hombre con peluca de color naranja laqueada comenzó a pelearse furiosamente, bajo la nariz de Nikki, con una mujer mucho más joven que llevaba festones de perlas bioluminiscentes. Marido y mujer, evidentemente. Los dos tenían rasgos acusados, ojos brillantes, protuberantes, rostros rígidos, y los músculos de las mejillas trabajaban intensamente. Hacia tanto tiempo que vivían juntos, que habían llegado a parecerse. Su discusión tenía un sabor rancio, ritual, como si la hubieran ensayado demasiado antes: se explicaban uno a otro los acontecimientos que habían causado la pelea, los explicaban, los recapitulaban, los disimulaban, los justificaban, atacaban, defendían... tú dijiste esto y por eso yo te respondí de esta manera... no, al contrario, yo lo dije porque tú dijiste que... y todo en un tono tranquilo, áspero, rechazante, agónico, la muerte en estado puro.

—Él es su padre biológico —dijo un hombre que estaba junto a Nikki—. Ella fue una de las primeras criaturas *in vitro*, y él fue el donante, y hace cinco años, le siguió

la pista, la encontró y se casaron. Un agujero en la ley. —¿Cinco años? Daban la impresión de estar casados desde hacía cincuenta. Estaban rodeados de muros de dolor y aburrimiento. A Nikki le resultaba imposible imaginarlos en la cama, con los cuerpos enlazados en el acto de amor. Acto de amor, pensó, y rió. ¿Dónde estaba Nicholson? El duque Alexius, sonrojado y sudoroso, le hizo una inclinación de cabeza.

—Me marcharé pronto —anunció, y ella recibió el anuncio gravemente pero sin reaccionar, como si él simplemente hubiera comentado las fluctuaciones de la tormenta o hubiera hablado en griego. Él volvió a hacer una inclinación de cabeza y se alejó. ¿Nicholson? ¿Nicholson? Se tranquilizó nuevamente, encontrando su centro. Él vendrá a mí cuando esté preparado. Hubo contacto entre nosotros, y fue real y bueno.

Bliss, que estaba junto a ella, hizo un gesto y dijo:

—Un rabino nacido en Siria, que anteriormente fue musulmán, altamente considerado entre los teólogos judíos.

Ella asintió, pero no miró.

—Un astronauta que acaba de volver de Marte. Nunca he visto a nadie con la piel bronceada de ese color.

El astronauta no le resultó interesante. Se esforzó por volver a sentir un alto grado de excitación. La fiesta se aproximaba a un momento cumbre, un momento en que se harían compromisos y se tomarían decisiones. El tintineo del hielo en los vasos, los vapores neblinosos de los inhaladores psicodélicos, la cercanía de la carne caliente a su alrededor... estaba conectada con todos, estaba viva y receptiva, entraba en un momento convulso, el momento de las sacudidas galvánicas. Se puso salvaje y audaz. Impulsivamente besó a Bliss, esforzándose por pararse en puntas de pie, metiendo profundamente la lengua en la boca desconcertada de él. Luego se alejó. Alguien jugaba con las luces: se ponían más rojas, luego cobraban fuerza y pasaban a una ferocidad azul, casi blanca. Del otro lado del salón surgía una multitud que se arremolinaba alrededor de la figura caída de Francis Xavier Byrne, desmoronado contra la base del bar. Tenía los ojos abiertos pero vidriosos. Nicholson se inclinó sobre él, metió la mano en la camisa, hizo delicados ajustes en los controles que había debajo.

—Muy bien —decía Steiner—. Denle un poco de aire. ¡Está bien! —Confusión. Tumulto. Un torrente de información confusa.

—... dicen que ha habido un cambio permanente en las características climáticas. De ahora en adelante habrá inviernos más fríos, debido a las acumulaciones de polvo en la atmósfera que tapan los rayos del sol. Hasta que nos congelaremos totalmente alrededor del año dos mil doscientos...

—... pero se supone que el óxido de carbono iniciará un efecto de invernadero que causa clima *más cálido*, pensaba yo, y...

—... la propuesta de generar energía eléctrica de...

—... la falla de San Andrés...

—... financiado con pagarés convertibles en...

—... cápsulas de toxinas de botulismo...

—... que se distribuirán a razón de una por cada mil familias, en toda Groenlandia y el área Metropolitana de Kamchatka...

—... en el siglo XXVI, cuando uno realmente podía encontrar su propio imperio en alguna parte desconocida de la...

—... conflictos no resueltos de la personalidad capricorniana...

—... intensa concentración y meditación en el mandala completo para que el contenido del trabajo se transfiera a la mente y al cuerpo del que mira y se identifiquen con ello. Es decir, técnicamente lo que ocurre es la reabsorción de las fuerzas cósmicas. En el proyecto de la construcción estas fuerzas...

—... mariposas, que ya no existen en ninguna parte en...

—... fueron proyectadas desde el caos del inconsciente; en el proceso de absorción, las energías retroceden nuevamente...

—... reflejando transformaciones de la DNA en el órgano recolector de luz, que...

—... la nieve...

—... mil años, ¿puedes imaginarlo? y...

—... su cuerpo...

—... que antes era un sapo...

—... acaba de volver de Marte, y tiene esa *expresión* en la mirada... —Tienes que sostenerme— dijo Nikki. —Sostenerme. Estoy muy mareada.

—¿Quieres un trago?

—Sólo quiero que me sostengas. —Se apretó contra la tela de dulce perfume. El pecho de él seguía rígido. Steiner. Muy macho.

La sostuvo, pero sólo por un momento. Tenía otras responsabilidades. Cuando la soltó, ella osciló. Él hizo una señal a otro, rubio, de rostro blando. El que leía los pensamientos. Pasándola por la cadena de hombre a hombre.

—Ahora te sientes mejor —le dijo Tom.

—¿Estás seguro de eso?

—Totalmente.

—¿Puedes leer la mente de cualquiera de los que están en esta habitación? —preguntó ella.

El asintió.

—¿Incluso la *suya*?

Otra vez un gesto de asentimiento.

—La de él es la más clara de todas. Hace mucho que la usa, todos los canales están muy profundizados.

—¿Entonces realmente tiene mil años de edad?

—¿No lo creías?

Nikki se encogió de hombros.

—A veces no sé lo que creo.

—Es *viejo*.

—Tú debes saberlo.

—Es un fenómeno. Es absolutamente extraordinario. —Una pausa, rápida, como una puñalada—. ¿Querrías leer su mente?

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Puedo conectarte, si lo deseas. —En los ojos glaciales brilló una calidez traviesa—. ¿Sí?

—No estoy segura de desearlo.

—Estás muy segura. Eres terriblemente curiosa. No me engañas. No juegues, Nikki. Tú quieres ver dentro de él.

—Tal vez. —Lo admitía de mala gana.

—Sí que quieres. Créeme que quieres. Mira, relájate, deja caer los hombros un poco, aflójate, ponte receptiva, y yo estableceré el vínculo.

—Espera —dijo ella.

Pero era demasiado tarde. El lector de mentes partió serenamente su conciencia como Moisés en el mar Rojo, y le metió algo en la frente, algo espeso pero insustancial, un poco de niebla. Ella se estremeció y retrocedió. Se sentía violada. Como la primera vez que se había acostado, en el momento en que se terminaron los juegos, los besos y las caricias, y repentinamente sintió un objeto profundamente metido en su cuerpo. Nunca había olvidado esa sensación de ser empalada. Pero por supuesto no sólo había sido una intrusión sino también una fuente de éxtasis. Como ésa. El objeto que sentía dentro de ella era la conciencia de Nicholson. Maravillada exploró la superficie, rígida y curtida, marcada por las innumerables ablaciones de las nuevas entradas. Pasó sus manos temblorosas sobre la bronceada aspereza. Permaneció afuera. Tom, el que leía el pensamiento, la tocó con el codo. Sigue, sigue, más profundo. No retrocedas. Se abrazó a Nicholson y entró en él como el ectoplasma en la arena. De pronto perdió apoyo. El discreto e impermeable límite que marcaba el fin de su yo y el comienzo del de él se borró. Era imposible distinguir entre las experiencias de ella y las de él, y tampoco podía ella separar las pulsaciones de su sistema nervioso de los impulsos que viajaban por el de él. La asaltaron y la invadieron recuerdos fantasmales. Se transformó en un nódulo de pura percepción, en un ojo fijo, frío y aislado. Que contemplaba y registraba. Relampagueaban las imágenes. Se esforzaba por seguir trepando por una cresta nevada, luminosa, y más arriba pendían las fauces irregulares del Himalaya en el cielo blanco y un yak de hocico tibio resoplaba cansadamente a su lado. La acompañaba un grupo de hombrecitos de piel morena, ojos oblicuos, chaquetas abrigadas, botas gruesas. El olor de la manteca rancia, el latigazo de un viento imposible; y allí, brillando bajo la repentina luz del sol, una pila de yeso amarillo brillante con sus ventanas que se abrían y se cerraban, un edificio, un monasterio de lamas junto a un risco en la

montaña. El sonido nasal de cuernos y trompetas distantes. El canto ronco de los monjes de piernas de loto. ¿Qué cantaban? ¿Om? ¿Om? *Om* y las moscas zumbaban alrededor de su nariz, y se encontro tendida en una estrecha canoa, avanzando silenciosamente por un río a medianoche en el corazón de África, ahogándose en la humedad. Hombres desnudos, fuertes, de piel negra rojiza, se acercaban. Colgaban frondas sudorosas de los arbustos; los hocicos de los cocodrilos se elevaban del agua oscura como flores dientudas; grandes orquídeas nauseabundas florecían en lo alto, en los árboles de troncos lisos. Y en la costa, cinco hombres blancos con trajes isabelinos, sombreros de ala ancha, cuellos volcados, encaje, botas con cierres de fantasía, y barbas rojas rizadas. Errol Flynn como Sir Francis Drake, con el rifle colgando del brazo. Los hombres blancos reían, se hacían señas, gritaban a los hombres de la canoa. ¿Soy esclavo o patrón? No había respuesta. Sólo un murmullo y una nueva visión: hojas secas que pasaban volando frente a las puertas de las cabañas de techo de paja, bueyes temblorosos echados en campos desnudos, y cubiertos de espigas, hombres serios, de largos bigotes, con cabellos cortos que avanzaban por sendas diagonales hacia el horizonte. ¿Eran cruzados? ¿O guerreros de Hungría que iban a encontrarse con los temidos mongoles? ¿Defensores del reino anglosajón en peligro contra los invasores normandos? Podían ser cualquiera de éstos. Pero siempre la mirada fija, fría, siempre la inmóvil conciencia en el centro de cada escena. *Él*, eterno, perdurable. Y luego, el tren que avanzaba hacia el oeste, eructando humo blanco, las praderas que se extendían hasta el infinito, el gran bisonte marrón de ojos salvajes a la derecha del camino, el hombre de cabellos desordenados que le llegaban a los hombros ríe y arroja una moneda de oro de veinte dólares sobre la mesa, levanta su rifle —de calibre 50— con carga trasera Springfield... apunta distraídamente a la puerta del tren en marcha, se le escapa un disparo, otro, otro. Tres cadáveres junto a las vías, y el tren sigue adelante, haciendo sonar roncamente el silbato. El brazo y el hombro de Nikki doloridos por el impacto de los disparos. Luego: un malecón fétido, paquetes de clavos de olor, pimienta y canela, hombres de piel oscura con turbantes y taparrabos que discuten bajo un sol terrible. Pequeñas monedas de plata irregulares que brillan en la palma de la mano de Nikki. El tartajeo de algún dialecto malabar en contrapunto con un fluido y burlón portugués. ¿Nos embarcamos ahora con Vasco da Gama? Tal vez. Y luego una calle gris, teutónica, barrida por los vientos, medieval, severos rostros luteranos se miran desde las ventanas frunciendo el entrecejo. Y luego la estepa Gobi, con jinetes y fogatas y tiendas oscuras. Y luego la ciudad de Nueva York, sin ninguna duda la ciudad de Nueva York, con automóviles negros, cuadrados, que se escurren entre los rascacielos como cucarachas brillantes, una escena de una película muda. Y luego, y luego. Por todas partes, todo, todos los tiempos, todos los lugares, un fluir discontinuo de acontecimientos pero siempre esa claridad de visión, esa percepción firme como una roca, esa mente sólida en el centro, esa identidad inamovible, ese yo que no cambia...

... con quien estoy inexplicablemente mezclada...

No había «yo», no había «él», sólo había un único punto de vista siempre en percepción. Pero abruptamente ella sintió un cambio de foco, un efecto de distanciamiento, una separación del yo y yo, de manera que lo estaba mirando mientras vivía las muchas vidas de él, lo veía desde afuera, lo veía claramente cambiando identidades como otros podían cambiar de ropa, dejarse la barba y el bigote, afeitarse, cortarse el cabello, dejarlo crecer, adoptar nuevas modas, aprender idiomas, falsificar documentos. Lo vio en sus mil años de disfraces y subterfugios, lo vio real y unificado y centrado bajo sus camuflajes obligatorios...

... Y lo vio a él viéndola a ella...

Instantáneamente el contacto se rompió. Trastabilló. Unos brazos la sostuvieron. Se apartó del hombre rubio, de sonriente rostro redondo, murmurando:

—¿Qué has hecho? No me dijiste que me mostrarías *a él*.

—¿De qué otro modo puede haber un vínculo? —preguntó Tom.

—No me lo dijiste. Deberías habérmelo dicho. —Todo estaba perdido. Ahora no podía soportar estar en la misma habitación con Nicholson. Tom tendió un brazo hacia ella, pero Nikki pasó junto a él, trastabillando, atropellando a la gente. Los demás fingían no verla. Alguien le acarició la pierna. Se abrió camino entre tres mujeres y dos sirvientes, cinco hombres y un mantel. Una puerta de vidrio, un brillante picaporte plateado: empujó. Salió a la terraza. La pureza del fuerte viento podía dejarla limpia. A sus espaldas se oían leves jadeos, algunos gritos agudos, voces molestas que exclamaban: «¡Cierra eso!». La cerró de un golpe. Sola en medio de la noche, a ochenta y ocho pisos de alto sobre el nivel de la calle, se ofreció a la tormenta. Su túnica transparente no la protegía en absoluto. Los copos de nieve ardían contra sus pechos. Sus pezones se endurecieron y se irguieron como ardientes señales luminosas, empujando la tela delicada. La nieve le ardía en la garganta, los hombros, los brazos. Mucho más abajo, el viento hacía girar los cristales recién caídos en espiral. La calle era invisible. Las confusiones térmicas producían corrientes ascendientes que llegaban hasta el borde de su túnica y la levantaban hacia afuera, revelando su cuerpo. Sus muslos desnudos recibían el castigo de las frías partículas de escarcha. Estaba de espaldas a la fiesta. ¿Alguien de los que estaban adentro advertía su presencia? ¿Alguien censaría que quería suicidarse, y correría galantemente a salvarla? Los capricornianos no se suicidaban. Podían amenazar con hacerlo, hasta podían decirse a sí mismos muy honestamente que de veras iban a hacerlo, pero sólo era un juego, sólo un juego. Nadie se le acercó. No se volvió. Se aferró a la barandilla, luchó por calmarse.

No servía de nada. Ni siquiera el aire helado la ayudaba. Tenía escarcha en las pestañas, y nieve en los labios. El colgante que le había dado Byrne centelleaba entre sus pechos. El aire estaba blanco con un resplandor verde, punzante. Le hería los ojos. Estaba fuera del centro, y vacilante. Se sintió reverberar a través de los siglos, yendo hacia atrás y hacia adelante por la órbita de la interminable vida de Nicholson. ¿En qué año estamos? ¿En 1386, 1912, 1532, 1779, 1043, 1977, 1235, 1129, 1836?

Tantos siglos. Tantas vidas. Y sin embargo siempre el mismo verdadero yo, invariable, imposible de cambiar.

Gradualmente las resonancias se apagaron. Las interminables épocas de Nicholson ya no llenaban su mente con ese ruido terrible. Comenzó a temblar, no de miedo sino solamente de frío, y se envolvió en su túnica húmeda, tratando de cubrir su desnudez. La nieve que se derretía dejaba chorreaduras pegajosas en sus pechos y su vientre. Estaba rodeada por un halo de vapor. Su corazón latía con fuerza. Se preguntó si lo que había experimentado era un contacto auténtico con el alma de Nicholson o más bien algún truco de Tom, una simulación de contacto. ¿Era posible, al fin y al cabo, incluso para Tom, crear un vínculo entre dos mentes no telepáticas como la de ella y la de Nicholson? Tal vez Tom había fabricado todo usando imágenes tomadas del libro de Nicholson.

En ese caso todavía podía haber esperanzas para ella.

Un delirio, lo sabía. Una fantasía nacida del desesperado optimismo de lo que no tenía remedio. Pero sin embargo...

Encontró el picaporte, entró nuevamente en la fiesta. La acompañó una ráfaga, que llevó nieve al interior del salón. La gente la miró fijamente. Era como la muerte que llegaba a la fiesta. Como un perro, se sacudió los copos de nieve. Tenía la ropa mojada y pegada a la piel; era como si estuviese desnuda.

—Pobrecita, cómo tiembla —dijo una mujer. Abrazó fuertemente a Nikki. Era la mujer de rasgos agudos, de ojos desorbitados, la que había nacido en un tubo de ensayo, la novia de su propio padre. Sus manos recorrieron rápidamente el cuerpo de Nikki, le acariciaron los pechos, le tocaron la mejilla, el antebrazo, las caderas.

—Ven adentro conmigo —dijo en voz baja—. Te calentaré. —Sus labios rozaron los de Nikki. Una lengua juguetona tocó la suya. Por un momento, porque necesitaba el calor, Nikki cedió al abrazo. Luego se apartó.

—No —dijo—. Otra vez. Por favor. —Se liberó del abrazo, y caminó hacia el otro lado de la habitación. Un viaje interminable. Voces, rostros, risas. Sequedad en la garganta. Luego se encontró frente a Nicholson.

Bien. Ahora o nunca.

—Tengo que hablarte —dijo Nikki.

—Por supuesto. —Los ojos de él eran despiadados. No había ira en ellos, ni siquiera desdén, sólo una increíble paciencia, más aterradora que la furia o el escarnio. Ella no podía dejarse doblegar por esa mirada directa y fría. Dijo:

—¿Tuviste una experiencia extraña, una sensación de que alguien... bueno, de que alguien miraba tu mente? Sé que parece tonto, pero...

—Sí. Sucedió. —Tan tranquilo. ¿Cómo hacía para quedarse tan cerca de su centro? La mirada firme, ese yo increíblemente contenido en sí mismo, persiguiendo todo... el monasterio de los lamas, el depósito de los esclavos, el tren en las vías, todo, todo el tiempo transcurrido, todo el tiempo por venir... ¿cómo se las arreglaba para estar tan tranquilo? Ella sabía que nunca aprendería a tener semejante



tranquilidad. Y sabía que él lo sabía. Él tiene mi número, muy bien. Se encontró mirando los pómulos de él, su frente, sus labios. Pero no sus ojos.

—Tienes una imagen equivocada de mí —le dijo ella.

—No es una imagen —dijo él—. Lo que tengo es tú misma.

—No.

—Enfréntate contigo misma, Nikki. Si puedes pensar dónde has de mirar. —El rió. Suavemente, pero ella quedó demolida.

Entonces sucedió algo extraño. Nikki se obligó a mirarlo a los ojos y sintió un cambio de conciencia de un modo a otro, y él se convirtió en un viejo. La máscara de la primera madurez invariable se disolvió y ella vio los atemorizantes ojos amarillentos, el laberinto de arrugas y marcas, las encías sin dientes, los labios babeantes, la garganta hueca, el yo debajo de la cara. ¡Mil años, mil años! Y cada momento de esos mil años era viable.

—Eres viejo —susurró Nikki—. Me das asco. No querría ser como tú, ¡por nada del mundo! —Retrocedió, temblando—. Eres un viejo, un viejo, un viejo. ¡Todo es una payasada!

Él sonrió.

—¿No es patético?

—¿Yo o tú? ¿Yo o tú?

Él no respondió. Nikki estaba desconcertada. Cuando estuvo a cinco pasos de distancia de él tuvo otro acceso de conciencia, un segundo cambio de fase, y de pronto él fue el mismo otra vez, con la piel tensa, erguido, aparentando tal vez treinta y cinco años de edad. Entre ellos colgaba un globo de silencio. La fuerza del rechazo de él era tremenda. Ella acudió a sus últimas fuerzas para mirarlo con furia por última vez. *Yo tampoco te quería, amigo, ni un pedacito tuyo.* Él la saludó cordialmente. La separación.

Martin Bliss estaba cerca del bar, sonriendo con aire ausente.

—Vamos —dijo ella salvajemente—. ¡Llévame a casa!

—Pero...

—Sólo tenemos que bajar unos pisos. —Se tomó del brazo de él. Él parpadeó, se encogió de hombros, la siguió.

—Te llamaré el martes, Nikki —dijo Tom, cuando pasaron junto a él.

Abajo, en el jardín de su casa, se sintió mejor. En el dormitorio dejaron caer rápidamente sus ropas. El cuerpo de él era rosado, velludo, útil. Nikki puso en funcionamiento la cama, que comenzó a murmurar y a gemir.

—¿Qué edad piensas que tengo? —preguntó Nikki.

—¿Veintiséis? —respondió vagamente Bliss.

—¡Hijo de puta! —Lo hizo tenderse sobre su cuerpo. Recorrió la piel de Bliss con sus manos. Separó los muslos. Vamos. Como un animal, pensó. ¡Como un animal! Envejecía segundo a segundo, se moría en los brazos de él.

—Eres mucho mejor de lo que esperaba —dijo Nikki.

Él la miró, avergonzado, asombrado.

—Podrías haber elegido a cualquiera en esa fiesta. A cualquiera.

—Casi cualquiera —dijo ella.

Cuando él se durmió, Nikki salió silenciosamente de la cama. Seguía nevando. Oía el ruido de las balas y el gemido de los bisontes heridos. Oía el ruido de las espadas sobre los escudos. Oía cantar a los lamas: Om, Om, Om. Esa noche no dormiría, no dormiría nada. El tictac del reloj parecía el de una bomba. El siglo avanzaba sin remordimientos hacia su fin. Se miró la cara, buscando arrugas en el espejo del baño. Era suave, suave, totalmente suave bajo el brillo azul fluorescente. Sus ojos parecían inyectados en sangre. Los pezones todavía estaban duros. Tomó un frasquito de alabastro de uno de los armarios del baño y de él salieron tres delgadas cápsulas rojas en la palma de su mano. Feliz cumpleaños, querida Nikki, feliz cumpleaños para ti. Tragó las tres cápsulas. Volvió a la cama. Esperó, escuchando el ruido de la nieve contra el vidrio, las visiones que la transportarían a otro mundo.

*Capricorn Games, 1974*

# **El ingeniero y el verdugo**

*Brian Stableford*

Escribí «El ingeniero y el verdugo» en 1968, cuando era estudiante de biología en la Universidad de York. Finalmente se publicó, casi siete años después en *Amazing Science Fiction* y fue reproducido en el *Annual de la Mejor Ciencia Ficción del mundo*, de 1976 de Donald A. Wollheim. Recientemente fue traducido al húngaro.

Siempre pensé que era mi mejor cuento de ciencia ficción —a pesar de que tardó tanto tiempo en venderse— porque trata un tema que siempre me ha fascinado. Describe un sistema de vida extraterrestre, donde la evolución es mucho más rápida que en la Tierra porque el mecanismo de la herencia, por el cual una generación controla las características de la siguiente, es muy distinto.

El universo puede estar lleno de sistemas de vida, cada uno desarrollado en el aislamiento en un mundo diferente. Sólo sabemos de uno de ellos. Por lo tanto, hay una selva de posibilidades que pueden concretarse en la imaginación. La mayoría de mis cuentos de ciencia ficción son sobre la vida en otros mundos, y en casi todos ellos he tratado de construir un caso plausible para el proceso de evolución creando una situación crucialmente diferente de la que vemos al contemplar los prolíficos productos de la vida terrena. En «El ingeniero y el verdugo» traté de ir un paso más adelante, de imaginar un nuevo tipo de evolución, creado por la deliberada interferencia en los sistemas genéticos.

Allá por el año 1968 había pocas discusiones sobre las posibilidades de la biotecnología. Cualquiera que haya leído la historia se habrá sorprendido al enterarse de que el ingeniero del título era un ingeniero genético. Hoy la situación es un poco distinta, y la ingeniería genética se ha convertido en un tema ampliamente discutido. El proyecto descrito en el cuento es más bien una conjetura bastante loca, pero probablemente parece mucho más plausible hoy día.

La ansiedad por los posibles productos de la ingeniería genética —representada en el cuento por los hombres que eliminaron al verdugo— es muy intensa en la actualidad. Me gustaría pensar, en vista de todo esto, que «El ingeniero y el verdugo» es un cuento que ha ganado en importancia e interés con el paso de los años. Ésta es seguramente una ilusión que tienen todos los autores de ciencia ficción con respecto a su trabajo.

—Mi vida —dijo el ingeniero— es mía. ¿Lo entienden?

—Yo lo entiendo —replicó con calma el verdugo.

—Yo lo he creado —persistió el hombrecito de anteojos y mirada poco firme—. Yo lo hice, con mis propias manos. No fue todo creación de mi propia imaginación. Otros hombres pueden atribuirse el plan, y la teoría que les permitió hacer el plan. Pero yo lo hice. Yo fui quien juntó los genes, esculpió los cromosomas, armó la célula inicial. El trabajo que yo hice fue el verdadero trabajo. Yo puse el tiempo, la concentración, la determinación. Los otros jugaban con ideas, pero yo realmente construí su sistema de vida. Convertí el sueño en realidad. Pero no pueden comprender lo que sentía.

—Yo entiendo —repitió el robot. Sus ojos rojos brillaban sin parpadear en la cabeza angulosa. Realmente entendía.

Míralo —dijo el hombrecito, tendiendo el brazo hacia la gran ventana cóncava que era una pared de la habitación—. Míralo y dime si no vale algo. Es mío, recuérdalo. Se formó a partir de lo que yo construí. Se desarrolló a partir de las células creadas por mí. Ahora va por su propio camino. Hace años que va por su propio camino. Yo lo puse en ese camino.

El hombre y el robot miraron por el vidrio. Del otro lado de la ventana estaba el interior hueco del Asteroide Lamarck. Desde el espacio, el Lamarck parecía igual a cualquier otro asteroide. Tenía marcas de cráteres y piedras y montones de polvo. Pero era hueco, y dentro de él había un entorno herméticamente sellado, cuidadosamente controlado, de simulación de la Tierra. Tenía aire, y agua — cuidadosamente transportados desde la Tierra— y luz de las grandes baterías que atrapaban la energía solar en el exterior del planeta y lo liberaban nuevamente en su interior.

La luz era pálida y perlada. Tomaba color de cera y palidecía a medida que el asteroide giraba sobre su eje. En ese momento en particular era brillante y clara... en el mediodía del interior del Lamarck.

Mostraba el borde de un gran bosque de plata, objetos brillantes como los hilos de una telaraña. Los objetos eran tan leves y transparentes que parecía que podía verse a gran distancia, pero en realidad la visión clara se perdía a los cien metros de la ventana de observación.

Medio escondidos junto a las telarañas plateadas había otros crecimientos de diferentes colores y especies. Algunos eran rojos como anémonas de mar y movían sus tentáculos en una danza lenta y rítmica, como si trataran de atrapar una presa demasiado pequeña como para ser vista por ojos humanos. Había pálidas esferas de color amarillo limón moteadas de colores más oscuros, suspendidas dentro del marco de los filamentos plateados. Había varas rectas de colores diversos que crecían en manojos geométricamente regulares a intervalos al azar.

Había objetos que se movían, también... pompones que volaban por el aire y seres diminutos como peces tropicales que flotaban en el gigantesco recipiente de

aire. No parecía haber vida que se arrastrara, ni que caminara. Todos los objetos móviles volaban o flotaban. La cubierta externa del asteroide era tan delgada que prácticamente no había fuerza de gravedad en la vasta cámara. No había arriba ni abajo. Sólo había superficie y lumen.

—El sistema de vida está entre la comunidad, el organismo y la célula —dijo el ingeniero—. Posee ciertas características de cada uno. El método de reproducción empleado por el sistema de vida es tan único como para hacer imposible una clasificación estricta por medio de los términos que aplicamos a los tipos de material orgánico de la Tierra. Es completamente cerrado. La luz es lo único que viene desde afuera, que proporciona la energía que mantiene funcionando al sistema. El agua, el aire, los minerales, todos se reciclan. No hay más materia orgánica allí que la que hubo siempre. Todo se usa y vuelve a usarse a medida que el sistema de vida funciona y mejora. A medida que crece, cambia y evoluciona día a día. Fue diseñado para evolucionar, para mutar y para adaptarse a increíble velocidad. El ciclo de sus elementos es una espiral, no un círculo. Nada vuelve jamás a un estado anterior. Cada generación es una nueva especie, nada se reproduce jamás a sí mismo. Lo que he construido aquí es la ultraevolución... la evolución que no es causada por la selección natural. Mi sistema de vida exhibe una verdadera evolución lamarckiana. Mi vida es mejor que la vida que surgió en la Tierra. ¿No se dan cuenta de por qué es tan importante, tan maravilloso?

—Yo sí —dijo el robot.

—Es lo más maravilloso que hemos hecho —continuó el hombrecito con expresión soñadora—. Es el más grande de nuestros logros. Yo lo construí. Es mío.

—Lo sé —dijo el verdugo, sin necesidad.

—No lo sabes —repuso el hombrecito—. ¿Qué puedes saber tú? Eres de metal. De metal duro y frío. No te reproduces. Tu especie no tiene evolución. ¿Qué sabes tú sobre los sistemas de vida? No puedes saber cómo es vivir y cambiar, soñar y construir. ¿Cómo puedes pretender saber lo que quiero decir?

—Trato de comprender.

—¡Viniste a destruirlo todo! Viniste a lanzar al Lamarck hacia el sol, a incendiar mi mundo y a convertir mi vida en cenizas. Te enviaron a cometer un asesinato. ¿Cómo puede un asesino sostener que comprende la vida? La vida es sagrada.

—Yo no soy el asesino —respondió el robot con calma—. Los asesinos son quienes me enviaron, los que tomaron la decisión. Gente real, viva. Ellos deben de haber comprendido, pero tomaron la decisión. El metal no toma decisión. El metal no asesina. Sólo vine a hacer lo que me ordenaron.

—No pueden ordenarte que me mates —dijo el hombre de anteojos, en voz baja y petulante—. No pueden hacerte destruir mi trabajo. No pueden arrojarme al sol. Cometer un asesinato está en contra de la ley. Un robot no puede actuar en contra de la ley.

—A veces la ley debe ser ignorada —replicó el robot—. Consideraron que era

demasiado peligroso permitir que existiera el Asteroide Lamarck. Sostenían que el experimento peligroso comenzado aquí debía ser obliterado lo más rápidamente posible, y que no se toleraría ninguna posibilidad de contaminación. Se sostuvo que el Asteroide Lamarck contenía un peligro que amenaza la existencia de la vida en la Tierra. Se consideró que había peligro de que liberaran esporas desde el interior del planeta que pudieran cruzar el espacio. Se señaló que si eso ocurría, no había absolutamente ninguna forma de impedir que el sistema de vida del Lamarck destruyera toda la vida en la Tierra. Se llegó a la conclusión que, por más pequeña que fuera la probabilidad de que esto ocurriera, la pérdida potencial era demasiado grande como para correr cualquier riesgo. Por lo tanto se ordenó que el Asteroide Lamarck fuera arrojado hacia el Sol, y que no se permitiera que nada que hubiese estado en contacto con el Asteroide volviera a la Tierra.

En realidad el hombrecito no escuchaba. Ya había oído eso antes. Miraba atentamente por la ventana, al bosque plateado. Sus ojos de mirada poco firme dejaron caer pequeñas lágrimas por las comisuras. No lloraba por sí mismo, sino por la vida que había creado en Lamarck.

—Pero *¿por qué?* —protestó—. Mi vida... es maravillosa, hermosa. Significa más para la ciencia que cualquier cosa que hayamos hecho o descubierto. *¿Quién* tomó esta decisión? *¿Quién* quiere destruirme?

—Es peligroso —declaró el verdugo, obstinadamente—. Debe ser destruido.

—A ti te han programado para que guardes el secreto —dijo el ingeniero—. Tienen miedo. Incluso tienen miedo de decirme quiénes son. Ésta no es obra de hombres honestos... de hombres responsables. Los que te enviaron eran políticos, no científicos.

»¿De qué tienen miedo, realmente? ¿Miedo de que mi vida pueda desarrollar inteligencia? ¿De que pueda tornarse más inteligente, mejor en todo sentido que la de un hombre? Pero eso es una tontería.

—No sé nada de miedo —dijo el robot—. Sé lo que me han contado, y sé lo que tú piensas de ello. Pero los hechos son inalterables. Hay peligro de infección del Asteroide Lamarck. Las consecuencias de este peligro son tan terribles que no puede permitirse que ese peligro exista un momento más de lo inevitable.

—Mi vida nunca podría llegar a la Tierra.

—Se piensa que hay peligro de evolución de las esporas de Arrhenius.

—¿Las esporas de Arrhenius? —repitió el hombrecito con tono burlón—. ¿Qué podría saber Arrhenius? Murió hace cientos de años. Sus especulaciones carecen de sentido. Su concepto de las esporas vitales que pueden plantarse en nuevos planetas era ingenua y ridícula. No hay evidencia de que tales esporas puedan existir alguna vez. Si los hombres que te enviaron usaron esporas de Arrhenius como excusa, son unos tontos.

—No vale la pena correr ningún riesgo, por más leve que sea —insistió el robot.

—*No hay peligro* —declaró enfáticamente el ingeniero genético—. Estamos

separados de mi forma de vida por una pared de vidrio. En todos los años que he trabajado aquí, mi vida nunca ha atravesado esa pared. Lo que sugieres implica pasar a través de la corteza de un planeta de doscientos setenta millones de kilómetros de espacio, luego encontrar un mundo relativamente pequeño y establecerse allí. —La voz del hombrecito se había agudizado notablemente, y hablaba en forma entrecortada.

—Lo siento —dijo el robot.

—¡Lo sientes! ¿Cómo puedes sentirlo? Tú no estás vivo. ¿Cómo puedes saber lo que significa la vida, y menos aún sentir como yo siento?

—Estoy vivo —contradijo el verdugo—. Estoy tan vivo como tú, o como el mundo más allá de tu ventana.

—No puedes sentir pena —saltó el hombrecito—. No eres más que metal. No puedes comprender.

—Tu apasionada determinación de demostrar mi falta de comprensión es equivocada —dijo el robot, con cierta amargura metálica—. Sé exactamente cuál es tu sistema de vida. Sé exactamente lo que eres. Sé exactamente lo que sientes.

—Pero no puedes sentirlo tú mismo.

—No.

—Entonces no comprendes. —El hombrecito estaba tranquilo otra vez, su furia se disolvía al encontrarse con la frialdad del verdugo.

—Entiendo exactamente lo que has hecho, y por qué —dijo pacientemente el robot.

—Entonces sabes que no hay peligro —respondió el ingeniero.

—Tu sistema de vida, si alguna vez llegara a la Tierra, destruiría el planeta. Tu sistema de vida no se reproduce por réplica. Cada organismo es único, y tiene dos cromosomas, cada uno de los cuales tiene un genoma completo. Un cromosoma determina el organismo, el otro, una partícula de virus. Este segundo cromosoma permanece inactivo hasta que el organismo llega a la senilidad, entonces se apropia del control de la síntesis de proteínas del cromosoma-organismo. Se producen billones y billones de partículas de virus y el organismo muere por su enfermedad intrínseca. Las partículas de virus se liberan y son universalmente infecciosas. Cualquier sistema de síntesis de proteínas está abierto a su ataque. Con la infección, el cromosoma-organismo y el cromosoma-organismo del huésped se fusionan y se co-adaptan, desarrollándose por un proceso de cambio dirigido. Entonces el nuevo cromosoma induce la metamorfosis del cuerpo huésped y lo transforma en un ser que es al principio parásito, pero que más tarde puede adquirir vida independiente. El nuevo ser lleva el cromosoma virus inactivo en sus propias células. El aspecto importante del sistema de vida es el hecho de que el virus puede infectar a absolutamente cualquier ser vivo, independientemente de que ya sea parte del sistema de vida o no. No hay inmunización posible. Por lo tanto, eventualmente, toda vida en cualquier continuo debe convertirse inevitablemente en parte del sistema de vida. Y



la incorporación significa inevitablemente una pérdida total de identidad.

El hombrecito asintió.

—Entonces lo sabes todo —anunció—. Sabes lo que es y cómo funciona. Sin embargo, aun conociendo todos los hechos puedes plantarte ahí y acusarme de crear una especie de monstruo de Frankenstein que sólo espera destruirme y conquistar la Tierra. ¿No ves qué infantil y ridículo es esto?

—Existe un peligro —insistió obstinadamente el robot.

—¡Eso es una absoluta estupidez! El sistema de vida está absolutamente ligado al interior del Asteroide Lamarck. No hay posibilidad de que alguna vez llegue al exterior. Si llegara, no podría vivir. Ni siquiera un sistema tan versátil como el mío podría vivir allí, sin aire ni agua. Sólo los robots pueden hacerlo. No hay forma de escapar de Lamarck.

—Si, como has dicho en tus informes, la evolución del sistema de vida Lamarck es directiva y beneficiosa, y sería un error limitarla a supuestas capacidades del sistema, hay una probabilidad finita de que el sistema obtenga acceso al Lamarck externo, y desarrolle un mecanismo de dispersión extraplanetaria.

—¡Esporas de Arrhenius! —exclamó el hombrecito—. ¿Cómo? Dímelo, ¿cómo? ¿Cómo puede un sistema cerrado, dentro de un Asteroide, enviar esporas a la Tierra, *contra* el viento solar? Sin duda hasta los idiotas que te enviaron deben comprender que las esporas de Arrhenius tienen que salir hacia afuera, *apartándose* de la Tierra, aunque hubiera una pequeñísima probabilidad de que esas esporas se formaran.

—Es imposible hacer predicciones sobre la forma del desplazamiento dentro del sistema solar —declaró el robot, implacable.

—¿Me tomas por tonto?

—No.

—Entonces, ¿por qué te niegas a admitir nada de lo que yo digo? Los robots son esencialmente seres lógicos. Sin duda tengo a la lógica de mi lado.

—No te salvará ninguna cantidad de lógica. El dispositivo ya está armado y activado. El Asteroide Lamarck está en camino al Sol. No hay apelación contra la decisión.

—No hay apelación —dijo el ingeniero genético con desprecio—. No hay apelación porque no se atrevieron a concederme una voz. No hay justicia en esta decisión. Hay solamente miedo.

—Hay miedo —admitió el robot.

—Tratas de convencerme de que ésa es la razón de esta sentencia de muerte. Hablas en términos fríos y exactos de la probabilidad y el peligro. Tratas de decírmelo *a mí*, de encubrir la verdad y la culpa. Sé honesto, si puedes. Dime la verdad... que he sido condenado a muerte por un miedo demente, irracional... el miedo a algún fantasma monstruoso que jamás podría surgir de mi sistema de vida. Eso es todo... un miedo chiflado, estúpido, patológico, a algo que no pueden comenzar a entender ni a apreciar. El miedo que puede engendrar miedo, contagiar a

otros de miedo. El miedo que puede usarse como palanca para dictar sentencias de muerte. Dicen que mi virus infeccioso podría llegar a la Tierra. Ya está allí. El miedo contagia a todo. Y su segunda generación es el asesinato.

—El miedo es completamente natural —dijo el verdugo.

—¡Natural! —El hombrecito levantó la mirada detrás de los anteojos hasta el cielo raso y tendió los brazos—. ¿Qué clase de naturaleza tiene miedo a la naturaleza?

—La naturaleza humana —respondió el robot, con rapidez.

—Eso es lo que me condenó —dijo el hombre—. La naturaleza humana. No la razón... no las probabilidades finitas. La naturaleza humana, la vanidad humana y el miedo humano. Pero sólo tienen miedo de sí mismos. Los humanos diseñaron este virus. Los bioquímicos y los genetistas lo consiguieron. Los ingenieros genéticos y los cirujanos de reconstrucción lo armaron. Todo el sistema es producto de la inspiración humana, el ingenio humano, la capacidad. ¿Qué vas a citarme ahora? ¿Que hay cosas que el hombre no estaba destinado a conocer? ¿Qué la creación es la prerrogativa de la divinidad?

—No —respondió el verdugo—. Simplemente diré que por el solo hecho de poder hacer algo, no hay razón *ipso facto* de que un hombre deba hacerlo. Lo que has creado es potencialmente tan peligroso que no puede permitirse que siga existiendo.

—Ellos te ordenaron que hicieras esto.

—Éstas son mis palabras —insistió el robot—. Digo lo que me indican. Digo lo que me mandan decir. Pero lo creo. Soy de metal, pero estoy vivo. Creo en mí mismo. Sé lo que hago.

—Es una sentencia de muerte para ti también —dijo el ingeniero.

—Acepto la necesidad.

—¿Y se supone que por eso debo aceptarla yo también? Tú eres un robot. No das a la vida el mismo valor que yo. Estás programado para morir. No importa lo que sea tu mente de metal, tú no puedes ser humano. No puedes aceptar valores humanos. No eres más que una máquina.

—Sí —respondió el robot delicadamente—. Soy una máquina.

El hombrecito miró por la pared de vidrio, obligándose a volver a las náuseas, la frustración... y el miedo.

—No es sólo por mí —dijo el hombre—. Es mi vida. Es todo lo que he hecho... todo aquello en que creo. No quiero morir, pero tampoco quiero que todo *esto* muera. Es importante para mí. Yo lo hice. Tal vez puedas entender *eso*.

—Si tú lo dices —concedió el verdugo, cansadamente.

—Yo tampoco lo entiendo —confesó el hombrecito.

—No —replicó el robot—. No puedes comprenderlo. No es tu ciencia. Es tu hijo. El hombre trató de contenerse.

—¿Quién eres tú para juzgar? ¿Qué eres tú para juzgar? ¿Cómo puede un ser de metal decir cosas así? ¿Qué diferencia hay para mí? Ni ciencia ni hijo. Porque amo el

sistema que he creado, ¿se desvaloriza mi razón? ¿No hay que atender a mis argumentos porque estoy personalmente involucrado en ellos?

—Tus argumentos no tienen ninguna importancia. En realidad la discusión ha terminado.

—Y la sentencia se ha dictado. ¿Quién habló a mi favor? ¿Quién presentó mis argumentos, mi desafío?

—Fueron presentados —respondió rígidamente el robot.

—Desestimados. Desalentados.

—Se tomó la decisión. Se consideraron todos los hechos. Se estudiaron todos los posibles cursos de acción. Pero no se podía correr ningún riesgo. El Asteroide Lamarck y todo lo que se ha puesto en contacto con él deben ser destruidos. Hay que eliminar el peligro de infección.

—Deben de estar locos —dijo el hombrecito con expresión lejana—. El miedo irracional no puede extenderse tanto. Ni siquiera se contentan con adueñarse de mi vida. Además deben matarme. Deben asesinar además de destruir. Sin duda eso significa que tienen miedo de *mí*... de lo que yo podría decir. Qué tues deben de ser sus argumentos, si se atreven a no permitir que se oiga mi voz...

—Tienen miedo de las esporas —repuso el robot—. Tú has estado en contacto personal con el sistema. Si te permitieran volver a la Tierra estarían dando lugar al peligro que quieren evitar.

—¿Estás seguro? ¿Crees eso también? ¿Por qué no dijeron, también, que mis conocimientos eran demasiado peligrosos? ¿No habría sido mucho más diplomático hacerme morir en un accidente...? ¿O es eso lo que dirán? —agregó el ingeniero, como si acabara de ocurrírsele la idea.

—Es lo mismo —respondió el robot.

—¿Quién te envió? —preguntó el hombrecito, sabiendo perfectamente bien que no obtendría respuesta del verdugo—. ¿Quién comenzó a sembrar el miedo?

—¿Qué miedo? —se defendió el robot.

—Ese pánico. ¿Quién diseminó el miedo que hay detrás de esta decisión? No puede haber aparecido solo. No se formó en las mentes serias por generación espontánea. Alguien lo puso allí. Alguien se embarcó en una cruzada. Alguien necesitaba una palanca. Es obvio. No soy tan estúpido como para pensar que alguien me odia, o que algún lunático verdaderamente cree en el peligro de infección. Alguien necesitaba una plataforma. Alguien necesitaba explotar el miedo, para iniciar una cruzada que pudiera llevarlo a la cabeza. Es la política la que produjo tu lógica deformada. Es la política la que se comprometió a guardar silencio. Es la política la que usa el miedo como arma. Es así, ¿verdad?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé. El miedo no aparece de pronto, totalmente formado. Es necesario extenderlo, como a un virus. Es necesario nutrirlo, inyectarlo. Es parte de la actividad política. Plantarlo, cultivarlo, comprarlo y venderlo.

—Estás diciendo cosas sin sentido —dijo el robot con tono sensato.

—Dime que no entiendes —sugirió el hombrecito, y rió. El robot no rió.

—De nada vale —repuso el robot— tratar de hacerme cambiar de idea. Puedes desvalorizar mis argumentos, porque la decisión ya se ha tomado. La sentencia ya se ha cumplido.

El hombre se apartó de la pared de vidrio y fue hacia la puerta.

—Nada de lo que hagas te servirá —dijo el robot—. Si vas a buscar el arma que tienes en el escritorio, no te molestes. No puedes hacer nada. El aparato fue implantado y activado antes de que yo llegara aquí. Lamarck ya está muerto.

El hombrecito se detuvo y volvió la cabeza.

—No iba a buscar el arma —dijo.

El robot no pudo sonreír.

—Sigue adelante, entonces —dijo el verdugo—. Ve a hacer lo que quieres.

El hombrecito salió, y el robot volvió sus ojos rojos a la pared de vidrio. Observó en silencio el bosque sedoso.

Más allá y dentro de los hilos plateados —que conformaban un organismo— había otros organismos, otras fracciones de organismos. El robot no trató de verlas. No le interesaban.

El Asteroide Lamarck comenzó a perder velocidad orbital, e inició una larga y lenta espiral hacia el Sol.

El hombrecito sostenía el arma con ambas manos. Tenía manos pequeñas, delicadas, y brazos delgados. La pistola era pesada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el robot con calma.

El hombrecito miró por encima de sus anteojos de armazón fino el objeto poco conocido que tenía en las manos.

—De nada te servirá disparar contra mí —dijo el robot.

—¿Qué te importa si disparo o no? —preguntó el hombrecito. Su voz era aguda y emotiva—. Eres de metal. No comprendes *la vida*. Matas, pero no sabes lo que estás haciendo realmente.

—Sé lo que es vivir —respondió el robot.

—Tú *existes* —replicó el ingeniero con desprecio—. No sabes lo que *significa* una vida humana. No sabes lo que *eso* significa... —señaló la ventana en la pared... — para mí, para la ciencia. Tú solo quieres matar. Matar la vida, matar el conocimiento, matar la ciencia. Por miedo.

—Todo eso ya lo hemos discutido.

—¿Qué otra cosa podemos hacer, excepto volver a pasar por todo? ¿Qué otra cosa queda excepto hablar, hasta que Lamarck caiga en el Sol y tú y yo nos convirtamos en cenizas? ¿Qué quieres hacer *tú*?

—De nada sirve discutir.

—Nada sirve de nada. Soy un hombre condenado. Cualquier cosa que haga será una pérdida de tiempo. Soy un hombre muerto. Tú eres un robot muerto. Pero no te importa.

El verdugo guardó silencio.

El hombrecito levantó el arma, y apuntó a uno de los ojos rojos del robot. Por unos momentos, el hombre y el metal se miraron. El robot vio un dedo delgado, vacilante, que apretaba el gatillo del arma.

Las manos que sostenían el arma se sacudieron y también se sacudió el ingeniero genético con el disparo. Hubo un fuerte *BANG*. La bala chocó contra el cielo raso de metal, y de allí saltó a la ventana, pero el vidrio no se rompió.

—No tiene sentido —dijo el robot con suavidad. De alguna manera, después del disparo, su tranquilidad parecía melancólica.

El hombrecito volvió a hacer fuego, entrecerrando los ojos y apretando los labios, luchando por mantener quietas las manos. La bala rompió el ojo electrónico del robot convirtiéndolo en pequeños fragmentos rojos. El hombre de metal gimió, y cayó hacia atrás. Hubo un momento en que logró conservar el equilibrio con sus rodillas de doble articulación, compensando el impacto, y el robot quedó de rodillas, echado hacia atrás. Luego el gemido terminó en un fuerte jadeo, y el ingeniero retrocedió mientras el robot caía al suelo cuan largo era.

El robot muerto dejó escapar una risa burlona, que salía en ronca sacudida del aparato vocal en ese momento sin coordinación. El ingeniero miró ese montón de metal torcido. Sólo era una parodia de una forma humana. Era sólo metal. Y estaba muerto.

El hombrecito caminó lentamente hasta la gran ventana. Disparó desde la cintura, como un delincuente. La bala rebotó en el vidrio y lo alcanzó en el muslo. Su rostro palideció, y retrocedió, pero sin caer. Disparó tres veces más, y la tercera vez el vidrio se partió. Pero de todas maneras no había brecha en la pared de vidrio.

El ingeniero sintió las lágrimas que brotaban de sus ojos, y la sangre que le corría de la pierna. Golpeó el vidrio con la culata una y otra vez. Las grietas se extendieron, y finalmente la ventana abandonó la lucha y se hizo pedazos.

Una vez que apareció la brecha fue fácil agrandarla. El hombrecito dejó que la gravedad artificial del laboratorio lo hiciera caer al suelo, para hacer descansar la pierna herida, mientras seguía golpeando en el borde inferior del agujero hasta lograr un hueco del tamaño de una puerta en la pared.

Se arrastró por allí, entrando en el mundo de su sistema de vida. Una vez allí, más allá de la atracción de la gravedad, la pierna dejó de molestarle, y su cuerpo se llenó de un alegre bienestar.

Inspiró el aire e imaginó que era más limpio y más fresco que el aire frío y estéril de su propio mundo dentro del Lamarck. No sentía nada, pero sabía que en el aire que respiraba, y a través de la herida de la pierna, el virus invadía su cuerpo.

Comenzó a arrastrarse apartándose de la ventana, apartándose del robot

asesinado, y descubrió que podía hacerlo con increíble rapidez y con poco esfuerzo. Había gravedad suficiente como para que no se lastimara. El ingeniero dejó atrás la ventana, porque no era una ventana al mundo que había enviado un verdugo a quitarle la vida. Se internó cada vez más en el cuerpo del bosque plateado, y siguió internándose.

Encontró otro bosque... otro ser singular con muchos aspectos individuales. Era una conglomeración de formas de árboles que consistían en tallos retorcidos, con muchas ramas, cada una de las cuales parecía haber surgido por un proceso de bifurcación y deformación de espirales a partir de elementos de un punto único u origen. Cada una de las ramas terminaba en un pequeño esferoide parecido a un ojo.

Las ramas eran de igual grosor, y de suavidad y dureza de vidrio. A primera vista, todo el bosque parecía petrificado, pero había vida allí, y crecimiento. Nada se petrificaba en el sistema de vida de Lamarck. Dentro de los globos en los extremos de las ramas, el ingeniero percibía movimiento, y cuando se detuvo a mirar con más atención, vio una especie de humo móvil que sólo podía ser una corriente citoplasmática. Percibió regiones más oscuras que eran núcleos y organelas. Llegó a la conclusión de que los esferoides eran los elementos vivos de un ser o colmena colonial, que construía los tallos que los producían a partir de materia puramente inorgánica.

Luego siguió penetrando, volando por momentos a través del pequeño bosque, y luego entrando en otro bosque, y otro. Había perdido de vista la ventana hecha pedazos, y no veía la batería de células solares que eran la única evidencia de interferencia humana en el sistema de vida del Lamarck. Estaba solo. Un desconocido en el mundo que él había construido. Flotó hasta detenerse, y se hundió lentamente hasta la alfombra de diminutos organismos únicos. Quedó allí tendido, exhausto, escuchando los latidos de su corazón y admirando las maravillas que había producido su habilidad en ingeniería genética.

Vio una planta gigante, a no mucha distancia, que debía de haber cubierto un área mucho más grande de suelo que cualquiera de los llamados bosques. Era de tal complejidad que estaba construida en hileras en el aire.

La capa inferior consistía en un denso enredo de ramas retorcidas de color claro y continuidad pareja, bastante parecidas a los filamentos del bosque de seda. Los delgados hilos se entretejían para formar un almohadón de densidad variable.

Por encima de ese almohadón había una alfombra más floja, seriada, de elementos más gruesos y de color más oscuro, pero de textura pareja similar. Los hilos se agitaban suavemente, y parecían muy flexibles.

Desde ese estrato aéreo se extendían torres de pequeños elementos esféricos, mantenidos en posición vertical por alguna fuerza adhesiva invisible. Esas células esféricas se producían continuamente por brotes en los filamentos. Las esferas de la parte superior perdían constantemente la misteriosa adhesión y flotaban a la deriva, cayendo muy lentamente, elevándose de tanto en tanto para volver a caer.

Eventualmente, explotaban en nubes de partículas de virus pequeñas hasta tornarse invisibles.

En dirección opuesta, el ingeniero veía otro vasto crecimiento, con el aspecto de un árbol con frutas que parecían piedras preciosas. Surgía de un profundo lecho de lodo, un extenso almohadón que habría parecido hostil a la vida si no hubiera sido parte del sistema de vida de Lamarck. Entrecerrando los ojos, el hombrecito percibía miles de cuerpos como varas que se movían al azar dentro del cuerpo de lodo.

El árbol mismo era esbelto y muy hermoso por la forma de sus curvas y sus ramas. Las ramas eran traslúcidas, pero no totalmente claras, porque en ciertos puntos contenían cuerpos como varas, encapsulados, encerrados como moscas en ámbar. El ingeniero imaginó que el ámbar estaba formado de lodo cristalino.

En el extremo de cada rama había una gran joya esférica o elíptica, encerrada dentro de una fina membrana. Había movimiento dentro de cada gema, y parecían los ojos multifacéticos de alguna extraña bestia.

El ingeniero miraba, maravillado, y enamorado de todo.

El Asteroide Lamarck entró en la órbita de Marte.

El ingeniero dormía, y durante el sueño murió.

El virus trabajaba dentro de él. Invadía las células, penetraba los núcleos. Se apoderaba de la producción de proteínas. Mataba. Y mientras todavía estaba matando, comenzaba a reconstruir y a regenerar. El segundo cromosoma de virus y los cuarenta y seis cromosomas humanos formaron un complejo, y el DNA dentro de ellos comenzó a sufrir metamorfosis químicas a medida que cambiaron las bases y los genes se remodelaban.

Mientras se creaba el nuevo genotipo, el virus esculpía, estimulaba y respondía. Mutaba y hacía pruebas. El sendero de la generación del nuevo ser se corregía continuamente.

En conjunción con la metamorfosis química llegó el cambio físico. El cuerpo del ingeniero comenzó a fluir y a distorsionarse. Un nuevo ser nacía y crecía dentro de él, alimentándose de él. El virus probó la viabilidad de lo que estaba construyendo su segundo conjunto de cromosomas, y el ser que surgía estaba perfectamente diseñado para cumplir su tarea. El proceso que tenía lugar dentro del cadáver del hombrecito estaba mucho más allá del proceso elemental que había construido el ingeniero. La rapidez de evolución del sistema de vida Lamarck había aumentado mucho la velocidad, la agilidad y la eficiencia de la metamorfosis.

El nuevo ser absorbió al ingeniero, y avanzó lentamente hacia la madurez.

El Asteroide Lamarck cruzó la órbita de la Tierra.

El cuerpo del hombrecito había perdido la mayor parte de su sustancia. El rostro se había ensanchado en una sonrisa de calavera, y el ridículo par de anteojos estaba ladeado sobre el brillante puente blanco de la nariz. El cerebro había desaparecido totalmente del cráneo, y también había desaparecido toda la parte inferior del abdomen. Las piernas eran finas cuerdas de músculos atrofiados. Las costillas estaban reducidas a diminutas varitas fijadas a lo que alguna vez había sido la columna vertebral. Sólo había polvo donde antes se encontraban los órganos internos.

Por encima del cadáver volaba algo alado, como un murciélago, probando sus fuerzas. Tenía cuerpo pequeño, pero cráneo grande. Y un diminuto rostro, extrañamente humano y arrugado, sin ojos. El rostro se movía continuamente como si expresara emociones desconocidas, y el ser produjo un pequeño sonido, agudo como una risita.

Se apartó de los restos de su padre, y voló velozmente por los extraños bosques del interior de Lamarck en grandes círculos. Finalmente, encontró el bosque de plata, y se posó en una rama muy cerca de la pared de vidrio destrozada. Quedó inmóvil. Nunca había comido. No estaba equipado para comer. Había nacido sólo para realizar una pequeña tarea para el sistema de vida Lamarck, y luego morir otra vez.

Entretanto, las plantas del Lamarck interno habían pasado por el hueco que el ingeniero había abierto para ellas. Habían explorado sus laboratorios, sus bibliotecas, su dormitorio, su oficina. Se habían deslizado debajo de las puertas y por los agujeros de las cerraduras. Sólo había un lugar a donde no podían llegar, que era el mundo del Lamarck externo, más allá de la gran zona de hierro a prueba de aire que no tenía grietas ni llave.

Las plantas morían, y luego renacían. Se formaban nuevos tipos de plantas alrededor de la puerta de hierro y sobre la puerta... plantas que construían sus paredes similares de hierro puro. Con eficiencia vegetal, comenzaban a disolver la zona hermética a prueba de aire.

La criatura alada comenzó a esparcir pequeños objetos que llevaba en el abdomen. Un esfínter pulsaba y pulsaba, centenares de contracciones por minuto, y cada pulso liberaba otra partícula. Las partículas flotaban en el aire, demasiado livianas para la escasa gravedad que las atraía al suelo. El aire del bosque de plata se llenó de ellas.

El Asteroide Lamarck cruzó la órbita de Venus.



Se formaron agujeros en la puerta externa de la zona hermética. La puerta interna había desaparecido totalmente. Comenzaba a escaparse el aire, pero antes de que la situación se tornara dramática, los agujeros ya eran grandes como puños. Como todos los otros miembros del sistema de vida Lamarck, los consumidores de hierro eran rápidos y eficientes. El filtrado se convirtió en una inundación. Junto con él, el aire recibía las pequeñas partículas producidas en cientos de millones por la criatura alada.

Lamarck era demasiado pequeño como para contener la atmósfera que inundaba la desolación de sus superficie externa. Se perdía el aire y con él las partículas. Mientras el Lamarck avanzaba velozmente hacia el Sol, en una espiral siempre decreciente, dejaba tras él una larga huella de esporas Arrhenius, que comenzaban a flotar perezosamente a la deriva en el viento solar.

Lentamente, hacia afuera, hacia la órbita de la Tierra.

*The Engineer and the Executioner, 1975*

# **Biblioteca de películas**

*A. E. van Vogt*

«Biblioteca de películas», que fue escrita en 1946, refleja su época siempre que se haga referencia al valor del dólar. En la mayoría de los otros sentido, sin embargo, pertenece a una ciencia ficción muy posterior, mucho más «realista» en la que el protagonista principal (1) era infiel a su esposa, (2) no vacilaba en traicionar a su novia, y, en otro sentido, (3) mostraba características humanas negativas del tipo común en el cuento moderno de ciencia ficción.

Como todos saben, la gente hace estas cosas desde la antigüedad. Mi logro consistió en encontrar la forma de utilizar esos elementos del cuento en una época en que normalmente no eran aceptables para el editor ni para el lector.

Es interesante que, en este cuento, yo haya intentado dar una explicación de la radio de muñeca, un popular artefacto futurista que aparece en muchos de los primeros cuentos de ciencia ficción. Con esa radio, se podía hablar a las otras personas a través de largas distancias sin que el que enviara el mensaje o el que lo recibía necesitara esos anticuados tubos al vacío; en cierta medida, en mi descripción ¡preinventé el transistor!

Por las razones antedichas, este cuento breve —que siempre he considerado uno de mis diez mejores cuentos— ha ascendido en mi estimación de la Elección del Autor.

Los cien delegados a la convención de fabricantes electrónicos que habían asistido la muestra se dirigían a las puertas. Varias esposas habían estado presentes, y sus voces se mezclaban con los tonos más profundos de los hombres. Los sonidos se apagaban rápidamente a la distancia del hotel, pero el señor Pedro del Corteya levantó repentinamente la mirada de lo que estaba haciendo y vio que todavía no estaba solo.

Siguió rebobinando el carrete, luego lo colocó en su lata y comenzó a empacar el proyector. Por el rabillo del ojo miraba al otro con la curiosa y especulativa atención del latino. Finalmente, terminado su trabajo, se volvió.

—¿Es conmigo con quien quiere hablar, señor?

El hombre corpulento vaciló, y luego se adelantó. Era un individuo alto, fornido, de alrededor de cuarenta años, de ojos castaños y cabellos escasos.

—Esta noche nos ha mostrado una película extraña.

Corteya sonrió aceptando personalmente el cumplido.

—¿Le resultó entretenida, señor?

Otra vez la vacilación; luego:

—¿De dónde la sacó?

Corteya se encogió de hombros. Estos norteamericanos, tan directos. ¿El hombre esperaba que le revelara sus secretos del oficio? Lo dijo.

—¿Me toma por tonto, señor? Tal vez usted piensa iniciar la competencia contra mí. Tal vez usted tiene mucho dinero, y yo puedo ir a la quiebra cuando me obligue a bajar los precios.

El desconocido rió. Sacó una tarjeta y se la ofreció. Corteya leyó:

WALTER DORMAN

Presidente

COMPAÑÍA ELECTRÓNICA DE AMÉRICA

Corteya miró la tarjeta y luego la devolvió. Se dio cuenta de que Dormán lo observaba atentamente. Por fin el hombre dijo, con una leve nota de incredulidad en la voz:

—Todavía no cree que no quiero perjudicarlo.

Corteya se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que desea saber, señor?

—¿Esa película?

Corteya levantó las manos en un gesto de desaprobación.

—Una novedad de diez minutos.

—Muy bien hecha, en mi opinión.

—Todo el mundo, señor, sabe que Hollywood es maravilloso.

—Hollywood nunca hizo una película tan buena como ésa.

Corteya sonrió con una sonrisa que querría decir «si usted lo dice así será».

Luego, por primera vez, permitió que su mente volviera a la película que acababa de mostrar.

No la recordaba muy claramente. Tenía el hábito de mirar al público, y no la película. Sin embargo, recordaba que era sobre un horno eléctrico automático al que simplemente había que proporcionar los ingredientes apropiados, y el aparato los mezclaba y servía la comida terminada bien caliente en el momento que se deseara. Había mostrado la misma película dos semanas antes en un reencuentro de los dietistas locales, y el público había reído de buena gana ante ese artefacto inexistente.

Corteya dijo:

—Señor, yo saco mis películas de diversas bibliotecas fílmicas. De dónde las sacan ellos, no lo sé. Compiten por mis servicios. Todo lo que hago es mirar sus catálogos y pedir películas cuando las necesito. —Se encogió de hombros—. Eso es todo.

—¿Tiene usted otras novedades como la de esta noche?

—Algunas. No recuerdo.

—¿Todas vienen de la misma biblioteca fílmica?

La insistencia de Dorman comenzaba a disminuir.

—Realmente no lo recuerdo, señor. Para mí todo eso es un trabajo de rutina.

—¿Tiene otras películas similares a mano ahora?

—¿Si las tengo aquí? ¡No!

—En su oficina, quiero decir.

Corteya parecía sentirse mal. Era un hombre simple, honesto, que podía mentir como cualquiera, pero sólo si había comenzado con una mentira y tenía que seguir adelante. Al haber comenzado con la verdad, no podía detenerse.

—En la cena del Aero Club, mañana —dijo con tono sombrío—, mostraré una película sobre un viaje a uno de los planetas. El catálogo dice que es muy divertida.

Dormán dijo:

—Sé que es mucho pedir, pero ¿quiere llevarme a su oficina y mostrarme esa película ahora?

—Señor, mi esposa me espera en casa.

Dormán no dijo nada. Sacó su billetera y extrajo un billete de veinte dólares. Como esperaba, la mano delgada del otro se adelantó delicadamente, pero sin vacilaciones y aceptó el dinero.

Sólo llevó ocho minutos llegar al lugar de trabajo de Corteya, y pocos minutos después el proyector del joven estaba colocado y funcionando.

Una vista del mar quebró las sombras de un horizonte nublado pero muy brillante. El mar estaba calmo, era una gran extensión de agua sin olas. De pronto, en las oscuras profundidades, se agitó algo. Apareció un ser. Brotó de la superficie y saltó, a seis metros, a ciento cincuenta metros, a trescientos metros de altura. Su enorme cabeza bulbosa y su enorme boca abierta casi parecían tocar la cámara. Luego comenzó a caer, siempre luchando, siempre furiosamente decidido a apoderarse de la

presa sobre la cual había saltado.

No lo logró. Cayó. Golpeó en el agua con un ruido tan gigantesco que Dormán se estremeció. Estaba admirando la ilusión de la realidad desnuda que se había producido con lo que debía de ser un monstruo artificial activado mecánicamente en alguna imitación del mar hecha en interiores. Pero las salpicaduras parecían reales. Un momento después, el narrador dijo:

—Lo que han visto fue un calamar venusino. Estos seres, que frecuentan las profundidades de los mares cálidos de Venus, sólo salen a la superficie a buscar alimento. Nuestro artista de la cámara actuó como carnada, atrayendo al calamar a atacarlo. Pero no estaba en peligro. En todo momento estuvo protegido por aparatos electrónicos.

Dormán sonrió burlonamente. Primero un horno eléctrico que preparaba comidas, en ese momento un viaje a Venus. Dos trabajos vulgares de fotografía, y, en ese caso, era especialmente inteligente sugerir que no había habido peligro. Muchas de esas historias sobre lugares que realmente existían fingían suspenso y excitación hasta llegar a las náuseas. Se puso de pie, sintiendo que había perdido casi totalmente el interés. Sentía que era demasiado tolerante consigo mismo. Por un momento, mientras miraba el horno en funcionamiento, había tenido la loca idea de que la película era un recurso publicitario paralizante para un competidor. La película sobre Venus ponía todo el asunto en su verdadera perspectiva. Vio que Corteya había detenido el proyector. Se encendió la luz de arriba.

—¿Ya sabe lo que quería saber?

—En efecto.

El hombre más joven siguió rebobinando el carrete. Mientras esperaba, Dormán echó una mirada a la pequeña habitación. Tenía un mostrador al frente. Sobre el mostrador estaba el proyector, cerca de la pared. Detrás del mostrador había una única silla y unos pocos estantes. Eso era todo el mobiliario. Las paredes blancas con pintura a la cal de la oficina estaban decoradas con fotografías de películas de uno o dos carretes. Sobre cada una de las fotos había un cartel que anunciaba el tema y el costo de la proyección. Obviamente era un asunto de ventas. Nadie entraba en un lugar como ése sin haber sido informado sobre ello de alguna manera.

—¿Algo más, señor?

Dormán se volvió. La película estaba en la lata, el proyector en su caja.

—Me gustaría que me dijera si estas dos películas vienen de la misma biblioteca fílmica.

—Así es, señor. —Corteya no se había movido. Sonreía con su expresión de desaprobación. —Miré en el envase— explicó—, cuando entré.

Dormán no hizo ademán de marcharse. En realidad no había nada más, pero no le gustaba dejar inconcluso algo que había comenzado. Tenía que controlarlo todo y luego volver a controlarlo. Ése era su método, y no tenía intención de cambiarlo en ese momento. Sacó su billetera y extrajo un billete de diez dólares.

—El catálogo de esa biblioteca en particular. Me gustaría mirarlo.

Corteya aceptó el billete y buscó debajo del mostrador. Volvió con varias carpetas.

—Me envían una de éstas todos los meses. Éstas son para los últimos cuatro meses.

Sólo las carpetas finales contenían listas de las películas nuevas. Dormán recorrió la columna con la mirada, mientras ensanchaba su sonrisa. Había varias películas sobre viajes. Venus, un viaje por un desierto en Marte, un viaje en nave espacial a la Luna, un viaje aéreo sobre las montañas de Europa, uno sobre las lunas de Júpiter, un examen de la cámara de los anillos de Saturno, un viaje en barco por un río de oxígeno líquido en el planeta lejano, Plutón, y, finalmente, el tamaño del Sol tal como se veía desde cada uno de sus diez planetas.

Dormán echó una rápida mirada a las películas que aparecían bajo el título de «novedades», alrededor de veinte. Encontró instantáneamente la que quería. El comentario decía: «Divertido relato de un horno automático que hace *todo*». Cerró la carpeta, y se detuvo a mirar la dirección. Biblioteca Fílmica Arlay, Sunset Boulevard, Hollywood, California.

—Gracias —dijo Dormán.

Salió a la calle y subió a su auto. Estaba más fresco, de manera que levantó la ventanilla, y dedicó un minuto a encender el cigarrillo. Se dirigió sin prisa a su hotel. En la recepción, un hombre lo saludó:

—Hola, Wally, ven al bar a tomar una copa. Los muchachos han estado buscándote. ¿Dónde estuviste?

Mientras se sentaba en un compartimiento, un minuto después, Dormán dijo:

—He estado cazando gansos salvajes. —Explicó brevemente. Uno de los otros hombres lo miró.

—Wally —dijo—, eres un tipo despierto. —Bebió un sorbo de su bebida—. Lo digo más en serio de lo que piensas. Una de las razones por las que asistí a esta convención fue para encontrar un hombre que pudiera ser el nuevo director de nuestra empresa. Tendrías que comprar alrededor de mil acciones, pero ya verás qué buen negocio es cuando te muestre los registros mañana. Lo que más nos interesa es encontrar a alguien que sea bueno, que no pierda ninguna oportunidad. Tu acción de esta noche es sencillamente genial, por lo que a mí respecta, de manera que ya estás en esto.

—Camarero —dijo Dormán—, traiga más bebidas.

La música siempre feliz resonaba alrededor de ellos. Las voces subían y bajaban en oleadas de sonido. La noche avanzaba lentamente.

Diez semanas antes, el señor Lester Arlay, de la Biblioteca Fílmica Arlay, había leído la primera queja frunciendo el entrecejo ya naturalmente arrugado. La carta

había aparecido en el interior de la lata de películas, y comenzaba:

*Estimado señor Arley...*

El señor Arlay comenzó a enojarse allí mismo. No le gustaba que escribieran mal su nombre. Siguió leyendo, con gesto agrio:

Estimado señor Arley:

*La película sonora Magia de la comida que usted me envió es totalmente diferente de lo que esperaba. Ni el público ni yo entendimos nada. Por cierto que no tiene nada que ver con la comida. Mi programa para la convención de minoristas quedó arruinado.*

La carta estaba firmada por uno de sus mejores clientes; y el señor Arlay, que recordaba perfectamente la *Magia de la comida*, una película de dos rollos, quedó profundamente afectado. Era una película educativa producida por una de las grandes distribuidoras de alimentos. Y realmente era un trabajo muy bueno. Una de esas películas que las pequeñas bibliotecas fílmicas podían tomar prestadas por nada, y luego alquilar a precio bajo pero conveniente. Era una película sin duda adecuada para una convención de almaceneros minoristas.

Frunciendo el entrecejo, el señor Arlay volvió a meter la carta en la lata de películas y puso la lata en el estante rotulado «para examinar». Comenzó a abrir las otras diez latas de películas que habían devuelto esa mañana. De las diez personas que habían alquilado las películas, cuatro se quejaban de que «ésta no es la película que pedimos», «no entiendo que usted envíe una película tan diferente de la que encargamos», «esto es un galimatías visual», «su chiste arruinó nuestro espectáculo».

El señor Arlay, muy pálido, se quedó unos momentos mirando las cartas y luego, en un repentino impulso de actividad, examinó una de las películas criticadas. Puso el rollo en el proyector, hizo los ajustes necesarios, apagó la luz, y miró la pantalla sin saber qué esperar.

Se oyó un murmullo lejano de música. La música se acercó, pero cuanto más se acercaba más incertidumbre había en ella. Se oían unos violines en primer plano que tocaban una dulce melodía, pero rápidamente apareció un tema menos suave, una nota de duda. La duda creció y creció hasta que finalmente los compases alegres quedaron completamente dominados. Oscuramente, casi en forma discordante, proseguía la música... y se retiraba a la distancia.

La pantalla cobró vida. La invadieron los colores, un movimiento entrelazado de colores que nunca llegaba a formar un dibujo reconocible. Y los ricos y vivaces colores se hicieron cada vez más oscuros hasta que finalmente la pantalla quedó casi negra.

De la oscuridad surgió una mujer joven. Pasó de las sombras a la luz con sencilla gracia, que la mostró inmediatamente como uno de esos tipos maravillosamente



fotogénicos. El señor Arlay nunca la había visto antes, pero ella curvó los labios en una sonrisa, hizo un movimiento con los dedos: era una personalidad.

El problema fue que, apenas había aparecido, bruscamente, se desvaneció en una nube móvil de colores oscuros. Apareció nuevamente, y esa vez caminó por un pasillo de color azul intenso y entró en un living, donde había un joven leyendo junto a una gran ventana. El señor Arlay tuvo una visión fugaz de la ciudad del otro lado de la ventana, y luego el ángulo de la cámara se movió hacia la muchacha.

Estaba de pie detrás del hombre, vacilante. Los detalles humanos de su carne se confundían con los colores temáticos oscuros, y fueron esos colores con forma humana los que avanzaron hacia adelante y muy obviamente besaron al joven en los labios. Fue un beso largo, y al final el joven también se había convertido en un dibujo de colores.

Los colores mezclados comenzaron a retorcerse y girar. La pantalla era un esplendor cromático de luz que giraba. Comenzaba a moverse con la música que volvía cuando el señor Arlay salió de su desconcierto y puso la carta que había recibido sobre esa película en particular a la luz del proyector.

Leyó:

—«¡Esto es un galimatías visual!».

¡De manera que ésa era! Dejó la carta, y levantó la tapa de la lata que mostraba este título: «Cómo maneja una granja de pollos».

En la pantalla, la muchacha caminaba con paso incierto por una calle, volviéndose para mirar al hombre que la seguía a pocos pasos. El señor Arlay apagó el proyector, rebobinó el rollo, y tomó otra película de su lata. Sobre ella el que presentaba la queja decía: «Su chiste arruinó nuestro espectáculo».

Colocó el rollo, y enseguida apareció en pantalla la foto de una máquina. Era una foto muy brillante y clara, y no había nada incomprensible en ella, pero la máquina no era la que el señor Lester Arlay recordaba haber visto antes. El hecho no lo perturbó de inmediato. El mundo estaba lleno de máquinas que nunca había visto; y además nunca esperaba ver. Esperó: y una tranquila voz de barítono dijo:

—Ningún piloto espacial tendrá dificultades en arreglar este nuevo motor para su nave.

El señor Arlay suspiró, y llevó la tapa de la lata a la luz. El título decía: «Cómo funciona la Máquina Diesel Norteamericana Cogshell».

Lo que había sucedido estaba claro, pensó el señor Arlay. Alguien le había devuelto toda una serie de películas equivocadas; y él las había mandado en las latas originales. La increíble mala suerte en este asunto era que por lo menos habían salido cinco películas equivocadas al mismo tiempo.

En la pantalla, la voz de barítono decía:

—Ahora, eleve la caja del motor. Como el peso estándar de la caja es de ocho toneladas, habrá que cuidar cerca de un cuerpo planetario que las agujas antigraavedad estén balanceadas en alrededor de noventa y nueve gravitones. Para retirarlas será

cuestión de empujar fuertemente...

El señor Arlay detuvo la película, y estaba colocando el rollo en la ata, cuando se le ocurrió lo siguiente: «¿Qué dijo? ¿Qué dijo?».

Poco a poco se daba cuenta de que algo andaba muy mal.

Hubo una interrupción. Se abrió la puerta externa, y entró una muchacha. Llevaba un abrigo de armiño, y los dedos llenos de anillos.

—Hola, querido —dijo con voz ronca.

El señor Arlay, olvidando de inmediato todos sus pensamientos, dio la vuelta desde el otro lado del mostrador. Su esposa esquivó hábilmente el beso que él trataba de darle en los labios.

—¿Tienes dinero? —preguntó—. Voy a hacer compras.

El señor Arlay respondió:

—Ten cuidado, Tania. Estamos casi tocando fondo.

Lo dijo cariñosamente. Trató de besarla otra vez, y esa vez logró rozarle la mejilla. Sus palabras sacudieron de impaciencia el esbelto cuerpo.

—Nunca dices otra cosa —repuso sombríamente la muchacha—. ¿Por qué no ganas dinero como alguna gente de esta ciudad?

El señor Arlay estuvo a punto de señalar que ganaba dinero. Se contuvo. No se hacía ilusiones con respecto a sus posibilidades de retener a esa joven mujer. Su negocio le rendía entre trescientos y quinientos dólares por semana. No era una enorme cantidad de dinero, pero podía competir con los sueldos de los actores cinematográficos importantes. Tal vez ellos ganaban un poco más por semana, pero pocos hacían cincuenta y dos semanas por año.

Esos ingresos le habían permitido, tres años antes, casarse con una actriz de reparto que era una persona típicamente mucho más atractiva que la que habría podido encontrar sin dinero. Mentalmente... ése era otro asunto. La muchacha tenía hábitos de supervivencia que habrían desconcertado a Darwin. Independientemente de las variaciones en los ingresos de su marido, se las arreglaba para gastarlo todo, un mes tras otro. Su adaptabilidad asombraba a veces hasta al propio señor Arlay, tan derrotista.

Lo que él no percibía y ella por cierto ni sabía ni le habría importado si lo hubiera sabido, era la profunda influencia que tenía sobre él. Todas las cualidades imaginativas con que había construido su negocio habían sido reemplazadas por una completa dependencia en la experiencia. Se consideraba un hombre práctico, y no sospechaba que su hábito de considerarse a sí mismo como «señor» no era más que una compensación por el desastre psíquico sufrido al entrar esa muchacha en su vida.

No era que necesariamente hubiese sospechado que tenía en sus manos películas que habían sido hechas más de cincuenta años en el futuro.

Ahora que ella había entrado en la oficina, él se esforzó por conseguir que se quedara.

—Tengo algo aquí que podría interesarte —dijo ansiosamente—, alguien me ha

enviado una película de otra biblioteca por error, y es un asunto bastante extraño, una especie de rareza visual.

—Bueno, querido, estoy apurada, y...

Sus ojos entrecerrados vieron que no era momento de negarse a escucharlo. Él necesitaba una migaja de vez en cuando, y era tan *absolutamente* confiado. Al fin y al cabo, tendría que estar loca para dejar que alguien a quien era tan fácil sacarle dinero la abandonara.

—Bien, querido —respondió con suavidad—. Si tú lo deseas.

Él le mostró la película con el hombre y la muchacha y los colores vertiginosos... y desde el momento en que apareció la muchacha en la pantalla se dio cuenta de que había cometido un error. Su esposa se endureció al ver aparecer a esa extraordinaria actriz.

—Mmmmm... —dijo con tono hiriente—. ¿Qué clase de comida me sirves ahora?

El señor Arlay dejó correr el rollo, por supuesto, sin otro comentario. Había olvidado por un momento que su esposa no admiraba a otras actrices, particularmente a las estrellas. Mientras miraba la película, advirtió distraídamente que la razón de los oscuros tonos de la música y el color parecía deberse a que la muchacha era desdichada en su matrimonio, y los colores que se retorcían estaban destinados a mostrar sus cambiantes emociones, las dudas que tenía y los pensamientos que surgían en su mente.

—Interesante —pensó—. Me pregunto quién la habrá hecho.

Al terminar el rollo, Tania se puso de pie de un salto.

—Bien, tengo que salir corriendo. Haré un cheque por quinientos dólares, ¿está bien?

—¡Tres! —dijo el señor Arlay.

—Cuatro —replicó su esposa en tono de regateo amistoso.

Y fue por cuatrocientos. Cuando se fue, el señor Arlay comenzó a averiguar quién le había enviado esas películas raras. El número de tarjeta de la película *Cómo manejar una granja de pollos* daba una lista de hombres y escuelas e instituciones que habían alquilado el artículo. El penúltimo que lo había alquilado obviamente sería el que había cambiado la película. Su mirada ubicó rápidamente el nombre.

—Tichenor Collegiate —leyó.

El señor Arlay frunció el entrecejo al ver el nombre, y mentalmente cambió el texto de la carta que pensaba escribir. Tichenor Collegiate era probablemente uno de sus mejores clientes. Y, además, el operador a cargo en ese caso, Peter Caxton, un profesor de ciencias, era un hombre sumamente experimentado. Parecía prácticamente imposible que Caxton fuera el culpable.

Rápidamente el señor Arlay examinó la tarjeta de otra de las películas excéntricas. El penúltimo cliente que la había alquilado era Tichenor Collegiate. El mismo nombre aparecía para cada una de las películas devueltas, que no pertenecían

a su biblioteca. El señor Arlay se sentó ante su máquina de escribir y, teniendo en cuenta que los clientes rara vez se ofendían cuando se les explicaba el caso, escribió:

*Estimado señor Caxton:*

*Una serie de películas que nos han devuelto no era la que enviamos originalmente. En total cinco películas...*

Allí se interrumpió. ¿Cinco? ¿Cómo sabía que eran sólo cinco? El señor Arlay pasó directamente a la ficha personal de Tichenor Collegiate. Era gruesa, porque le habían pegado agregados varias veces.

Pasó al nombre número quince de la tarjeta. Lo habían anotado poco más de dos semanas antes. El título era: *Poda de frutales*. La película en sí era un engendro fantástico en que una nave de forma curiosa parecía despegar de la superficie de la Tierra para ir a la Luna. Las ilusiones eran muy realistas, y la fotografía tenía un brillo de Hollywood.

Fríamente el señor Arlay la interrumpió, pensando por primera vez que valdría la pena ser el representante de la persona que hacía esas películas.

Entretanto, tenía algo que hacer. Una por una pasó por la pantalla las últimas diecinueve películas alquiladas por Tichenos. Es decir, pasó las dieciséis que tenía. Tres habían vuelto a alquilarse, y sin duda en cierto momento le llegarían noticias de ellas. De las dieciséis, siete eran películas de viajes. Creaciones únicas, increíbles, filmadas por un loco. Pero loco o no, era un genio, y había diseñado las escenografías más realistas que pudiera concebir la fantasía. Entre las primeras que vio el señor Arlay estaba la película sobre Venus, que, diez semanas más tarde, Pedro del Corteya mostró al fabricante de artículos electrónicos Walter Dormán. El señor Arlay la miró y miró también los otros rollos sobre el sistema solar con ojo de conocedor. Le pareció que tenía mucho mérito hacer una presentación cinematográfica hábil de lo que la ciencia creía sobre los diversos cuerpos planetarios.

Siete películas sobre viajes y ocho para explicar el funcionamiento o la forma de reparar mecanismos... de las ocho, una era sobre el funcionamiento de una máquina sin sentido. Al menos al señor Arlay le parecía sin sentido. Tenía una sola extrusión en una carcasa fuerte. Había pequeños compartimientos en la carcasa, y cuando se llenaban de un fino polvo metálico, la extrusión podía realizarse a una velocidad que no disminuía cuando se lo conectaba a una máquina grande de construcción intrincada. Otra máquina se ocupaba de la reparación de algo que llamaban pistola atómica. También allí el fino polvo metálico pasaba a diminutos compartimientos, pero había un túnel de transformación, cuya finalidad no estaba clara. Cuando finalmente se disparaba, la pistola, un arma de mano, convertía en polvo una colina de ciento veinte metros de altura.

El señor Arlay se impacientaba cada vez más a medida que las películas aparecían en la pantalla. La cosa iba demasiado lejos. Las películas de viajes tenían un cierto

valor científico, pero esas películas sobre el funcionamiento y reparación de mecanismos, con su pretensión de dar detalles, carecían de credibilidad. Una máquina atómica y una pistola atómica. Cómo reparar un motor espacial. Cuidado y funcionamiento del Fly-O, una máquina para volar individual... una combinación de correas y un tubo metálico que levantaban del suelo al hombre de la película y lo transportaban por el aire como a Buck Rogers. Una radio que era simplemente una pulsera hecha de lo que llamaban «metal sensible». Se mostraba la estructura cristalina de la sensibilidad, y también las ondas radiales, transformadas en sonidos por burbujas ultradelgadas del metal. Había tres películas bastante divertidas sobre electrodomésticos. Había una luz de fuente invisible que enfocaba el objeto que se deseaba: alfombras y muebles que no se ensuciaban, y finalmente el horno eléctrico automático que más tarde despertaría el instinto competitivo de Walter Dormán. Mucho antes de que terminara la proyección, el señor Arlay pensó que había un tipo de público que podría interesarse en esas novedades. De todas maneras sería importante destacar el ángulo novedoso, para que la gente estuviera preparada para reír.

Lo mejor que podía hacer, por supuesto, era ubicar la fuente de las películas, y procurarse alguna. Llamó por teléfono a Tichenor Collegiate, y preguntó por Caxton. Caxton dijo:

—Mi querido señor Arlay, es imposible que nosotros seamos los causantes del problema. Para evitar confusiones en la contabilidad, adopté hace mucho tiempo la política de alquilar a una sola biblioteca por vez. En los últimos dos meses le alquilamos el material a usted, y lo devolvimos de inmediato. Tal vez tendría que volver a examinar sus archivos.

Su voz denotaba cierta superioridad y cierto tono de cliente ofendido que hizo retroceder definitivamente al señor Arlay.

—Sí, sí, por supuesto. Me fijaré yo mismo. Mi ayudante debe... bueno...

El señor Arlay cortó la comunicación, vio que era casi la una y salió a almorzar. Fue con su coche hasta Vine Street a tomar una sopa de tomates. Su excitación disminuía lentamente, y se dio cuenta de que en realidad no se trataba de una situación difícil. Había perdido diecinueve películas, pero si escribía cartas a las empresas que se las habían mandado probablemente le enviarían inmediatamente nuevas copias. Y como una especie de compensación por todo ese desgaste nervioso, tenía dieciséis o tal vez diecinueve películas de novedades que podían andar bastante bien.

Y así fue. Por lo menos una vez por semana salían las novedades por correo, y volvían. Y cuando volvían ya había pedidos esperándolas para la semana siguiente. Al señor Arlay no le preocupaba lo que pensaría el verdadero propietario de las películas al descubrir lo que estaba pasando. Ninguna película de biblioteca valía tanto individualmente. Probablemente el dueño exigiría el porcentaje de mayorista, y el señor Arlay estaba dispuesto a pagarlo.

Y en caso de que hubiera alguna reacción del público, el señor Arlay enviaba formularios impresos para hacer comentarios. Se los devolvían debidamente completados. Cantidad de espectadores: 100, 200, 75, 150. Carácter de la reunión: Cena de comerciantes minoristas, un curso de astronomía de la universidad, la sociedad de físicos, estudiantes de la escuela secundaria. La reacción del público: «Divertida», «Interesante», «Vale por la buena fotografía». Una crítica habitual era: «Pienso que el diálogo podría ser más ágil, más apropiado para el tema».

La situación no permanecía estática. A fin de mes el señor Arlay tenía treinta y una películas más de novedades, y todas habían sido enviadas por Peter Caxton de Tichenor Collegiate.

Diez semanas después, precisamente en el momento en que Pedro del Corteya debía mostrar la película sobre el horno a una convención de fabricantes electrónicos, dos cosas sucedieron aproximadamente al mismo tiempo. El señor Arlay subió el alquiler de las novedades en un cincuenta por ciento, y Caxton le envió una carta, que entre otras cosas, decía:

*He visto en sus folletos una referencia a algunas películas sobre novedades. Desearía que me enviara una sobre un planeta para el próximo miércoles.*

«Bien», pensó el señor Arlay, «bien, ya veremos».

La lata volvió el jueves. La película que contenía era también del tipo novedades. Pero no era la misma que él había enviado.

En camino a Tichenor Collegiate para las clases de la tarde, Peter Caxton se detuvo en el negocio de la esquina y compró un atado de cigarrillos. Había un espejo de cuerpo entero frente a la puerta. Y, al pasar, se detuvo brevemente a mirarse.

La imagen que vio le agradó. Su figura alta estaba bien vestida, su rostro limpio aunque no demasiado juvenil, y sus ojos grises, sonrientes. El efecto de estar bien vestido estaba acentuado por un agradable sombrero negro. Siguió caminando, satisfecho. Caxton no se hacía ilusiones sobre la vida. La vida era lo que uno ansiaba de ella. Y por lo que él veía, si las cosas andaban bien, en dos años debía llegar a ser director de Tichenor Collegiate. El límite de tiempo era inevitable. El viejo Barnish sólo se retiraría entonces, y Caxton no veía ninguna forma de acelerar el proceso.

Tichenor no era una superescuela ni estaba respaldada por las grandes cantidades de dinero que algunas comunidades vecinas recolectaban todos los años para la educación. Había una sola sala de profesores para hombres y mujeres. Caxton se dejó caer en uno de los sillones y encendió un cigarrillo. Había fumado la mitad cuando entró la señorita Gregg.

Ella le sonrió cálidamente.

—Hola, Peter —dijo. Su mirada indicó significativamente las puertas cerradas de

los vestuarios de hombres y de mujeres y luego volvió a él.

Caxton dijo:

—En el de hombres no hay nadie.

Ella abrió la puerta del vestuario de mujeres, echó una mirada, y luego volvió con andar cadencioso y lo besó en los labios.

—Cuidado —repuso Peter Caxton.

—Esta noche —murmuró ella—, donde termina el parque.

Caxton no pudo evitar un leve gesto de irritación.

—Lo intentaré —dijo—, pero mi esposa...

Ella susurró afectuosamente:

—Te esperaré.

La puerta se cerró suavemente tras ella. Caxton se quedó donde estaba, con el entrecejo fruncido, perturbado. Al principio había sido agradable conquistar el corazón de la señorita Gregg. Pero después de seis meses de encuentros más que frecuentes, el asunto comenzaba a ser un poco cansador. Ella ya comenzaba a pensar que él obtendría un divorcio, que de alguna manera eso no afectaría su carrera, y que todo saldría bien. Caxton no compartía su ansiedad por esa culminación ni su vaga convicción de que no habría repercusiones.

Se daba cuenta, demasiado tarde, de que la señorita Gregg era una tonta sentimental. Hacía un mes que sabía que tenía que cortar con ella, pero hasta entonces sólo se le había ocurrido un método. Había que sacarla de la escuela. ¿Cómo? La respuesta a esa pregunta se le ocurrió con la misma facilidad. Una campaña de rumores contra ella y Dorrit: De esa manera podía matar dos pájaros de un tiro. Ancil Dorrit era su único rival serio para el cargo de director, y lo más grave era que él y el viejo Barnish se llevaban muy bien.

No tenía por qué ser muy duro. Todos excepto la señorita Gregg sabían que Dorrit estaba loco por ella, y Dorrit no parecía sospechar que alguien conociera su secreto. La situación divertía a Caxton. Él, un hombre casado, le había birlado a Dorrit la muchacha de sus sueños. No había razón para que no le quitara también el cargo de director en su propia cara, por así decirlo. Tendría que pensar un poco más en los movimientos que haría, y proseguir con gran cuidado.

Caxton apagó el cigarrillo en un cenicero muy cuidadosamente, con expresión pensativa, y luego se dirigió al auditorio. Su primera clase tendría una proyección cinematográfica... una cosa fastidiosa. Al principio le había interesado mucho, pero había demasiadas películas malas. Además esos burros nunca aprendían nada. Alguna vez había interrogado a alguno de los mejores alumnos sobre lo que habían aprendido de una película, y era lamentable. Pero los que proponían el método decían que el efecto era acumulativo, que los chicos lo preferían a otros métodos de enseñanza, y la semana anterior la junta de la escuela había pedido que se mostrara una película al Grado Diez y al Once.

Eso significaba que una vez por la mañana y una vez por la tarde debía controlar

a un enjambre de chicos de quince a diecisiete años en la oscuridad de un auditorio. Al menos, ésa era la última película del día. Ya se había proyectado alrededor de un minuto de película cuando Caxton miró realmente la pantalla por primera vez. Miró un momento sin cambiar de expresión, luego apagó el proyector, encendió las luces y fue al frente de la sala de proyecciones.

—¿Quién es el responsable de este estúpido truco? —preguntó furioso.

Nadie respondió. Las chicas parecían un poco asustadas, los muchachos se pusieron rígidos, excepto algunos más sumisos, que palidecieron.

Caxton gritó:

—Alguien ha cambiado las películas durante la hora del almuerzo.

Se interrumpió. Sus propias palabras lo perturbaron. Había salido corriendo de la cabina de proyección sin detenerse a evaluar las implicaciones de lo que había sucedido. En ese momento, de pronto, se daba cuenta. Por primera vez en sus cuatro años en Tichenor había sido víctima de las travesuras de un estudiante, y le caía muy mal. Después de pensarlo un momento, hizo un ajuste mental aun mayor, y salvó la situación.

Caxton tragó saliva. Una débil sonrisa iluminó su rostro tenso. Miró a su alrededor con indiferencia.

—Bien —dijo—, si esto es lo que quieren, lo tendrán.

Al segundo día su sonrisa era más tensa, y se convirtió en una cuestión de disciplina.

—Si esto vuelve a suceder —dijo—, tendré que informarle al viejo Barn... —se interrumpió. Había estado a punto de decir «viejo Barnish». En cambio se corrigió y dijo—:... informarle al señor Barnish.

Al día siguiente, cuando entró en el despacho del director, Caxton estaba perturbado y un poco perplejo.

—Pero ¿de dónde sacan las películas para reemplazar a las otras? —preguntó el viejo, anonadado—. Al fin y al cabo, cuestan dinero.

La pregunta no era su última palabra. El jueves, cuando nuevamente apareció otra película, fue sumisamente a cada una de las dos clases, y señaló la injusticia de la acción. También indicó, que, puesto que había que pagar por las películas perdidas, el asunto comenzaba a adquirir un aspecto decididamente criminal.

Al otro día, viernes, era evidente que los estudiantes habían hablado del asunto, porque el presidente de cada una de las dos clases presentó una breve negativa ante la sospecha de los profesores.

—Como ustedes probablemente saben —dijo uno de ellos—, generalmente los estudiantes están enterados de lo que sucede entre ellos. Pero esta clase, en su totalidad, desconoce la identidad del culpable. El que cambia las películas actúa solo, y nosotros lo denunciaremos y le retiraremos todo el apoyo o la simpatía que podríamos dar normalmente a un estudiante con problemas.

Las palabras debían haber tranquilizado los nervios de Caxton. Pero tuvieron el



efecto inverso. Su primera convicción, que era objeto de una broma de los estudiantes, había dado paso ya a una idea más audaz, y los discursos sólo sirvieron para estimular ese nuevo sentimiento. Esa tarde en el recreo, sin haberlo pensado de antemano, cometió el error de comunicar la sospecha al director.

—Si esto no es obra de los estudiantes, el culpable debe de ser uno de los profesores. Y el único que sé que me tiene una intensa antipatía es Dorrit. —Agregó sombríamente—: Si yo estuviera en su lugar, también investigaría la relación que hay entre la señorita Gregg y Dorrit.

Barner mostró una sorprendente iniciativa. Lo que sucedía era que el viejo se cansaba rápido, y ya estaba muy fatigado por ese asunto. Llamó a la señorita Gregg y a Dorrit y, con gran consternación de Caxton, repitió las acusaciones. La señorita Gregg echó una mirada de asombro a Caxton, y luego permaneció muy rígida durante el resto de la reunión. Dorrit se enojó por un momento, y luego rió.

—Esta semana —dijo— ha servido para abrirles los ojos a la mayoría de los que están aquí. Hemos visto debilitarse a Caxton con la convicción de que los estudiantes no lo quieren. Siempre pensé que era un neurótico, y ahora, en cinco días, ha demostrado que está peor que lo que yo hubiera imaginado. Como todos los verdaderos neuróticos, no ha investigado ni los aspectos más elementales antes de lanzar sus acusaciones. Por ejemplo, con respecto a su primera acusación... puedo probar que por lo menos dos días de esta semana, es imposible que yo haya estado cerca de la sala de proyecciones.

Procedió a hacerlo. Había estado enfermo en la casa de pensión donde vivía el martes y el miércoles.

—En cuanto a la segunda acusación, más imperdonable, me gustaría que fuera cierta, aunque en un sentido diferente al indicado por Caxton. Soy uno de esos individuos tímidos con las mujeres, pero en estas circunstancias puedo decir que hace mucho tiempo que soy admirador de la señorita Gregg, a distancia.

En ese punto la muchacha demostró por primera vez cierto interés. Miró a Dorrit por el rabillo del ojo, como si lo viera en una nueva luz. La mirada sólo duró un momento, y luego volvió a su tensa contemplación. He la pared que tenía frente a ella. Dorrit continuaba:

—Es difícil, por supuesto, probar que es falso algo tan vago como la acusación del señor Caxton, pero...

El viejo Barnish lo interrumpió.

—No hace falta que diga nada más. En ningún momento creí una sola palabra de esto, y no entiendo cuál puede haber sido la finalidad del señor Caxton, al introducir una acusación tan desconsiderada en este lamentable asunto de las películas perdidas. Si la situación a ese respecto no se rectifica, lo informaré a la junta de la escuela en la reunión de la semana que viene, y haremos una investigación. Eso es todo. Buen día, señorita Gregg.

Caxton pasó un fin de semana confuso. Estaba muy seguro de que el director

había disfrutado de la situación, pero no había nada que hacer excepto maldecirse por haberle proporcionado la oportunidad de liberarse de un heredero no deseado de su propio cargo. Pero la peor confusión no tenía nada que ver con Barney. Caxton tenía la terrible sensación de que sucedían cosas a sus espaldas. Una sensación que resultó correcta.

El lunes por la mañana todas las profesoras le demostraron su desagrado, y la mayoría de los hombres tuvo una actitud poco amistosa, Uno de ellos se le acercó y le dijo en voz baja:

—¿Cómo hiciste semejante acusación contra Gregg y Dorrit?

—Estaba muy preocupado —repondió Caxton sintiéndose muy mal—. No estaba en mis cabales.

—Eso creo —dijo otro—. Gregg se lo contó a todas las mujeres.

Caxton pensó sombríamente: «Una mujer despechada».

El otro concluyó:

—Trataré de hacer lo que pueda pero...

Era demasiado tarde. A la hora del almuerzo las profesoras en conjunto fueron al despacho del director y anunciaron que se negarían a trabajar en la misma escuela con un profesor capaz de contar una historia tan falsa sobre una de ellas. Caxton, que ya se había permitido algunos pensamientos fugaces sobre la posibilidad de renunciar, se enfrentó en ese momento con la necesidad de tomar una decisión. Renunció en el recreo: la separación se realizaría a fin de mes, el siguiente fin de semana.

Su actitud mejoró el clima. Los profesores masculinos se mostraron más amables, y en forma lenta y difícil su propia mente comenzó a aclararse. El martes ya pensaba salvajemente pero con claridad: «¡Esas películas! Si no hubiera sido por la confusión con las películas, no habría perdido la cabeza, Si pudiera averiguar quién fue el responsable...».

Le parecía que la satisfacción que obtendría casi llegaría a compensar la pérdida del trabajo. No volvió a su casa a almorzar. Sólo fingió que salía. Rápidamente, volvió sobre sus pasos al llegar a la entrada del fondo, y volvió a la sala de proyecciones, donde se ocultó detrás de una pantalla sustituyó que había junto a una pared.

Esperó durante todo el período del almuerzo. No sucedió nada. Nadie intentó abrir las puertas cerradas con llave del auditorio. Nadie se acercó a la puerta de la sala de proyecciones. Y luego, después del almuerzo, cuando puso a funcionar el proyector, la película era diferente.

Por la mañana era una película común, sobre granjas lecheras. La película de la tarde era sobre el desarrollo y uso de las sustancias químicas para diluir o hacer más espesa la sangre humana, y así permitir a los 1 seres humanos que se adaptaran en el término de una noche a cambios K extremos de temperatura.

Era la primera vez que Caxton examinaba atentamente una de las extrañas

películas de novedades, de las que había pedido varias alrededor de dos semanas antes. La examinó, no sólo con los ojos sino con la mente. Pensó, asombrado: «¿Quién hace esas películas? Son maravillosas; tan llenas de ideas que...».

Después de terminadas las clases fue a la sala de proyecciones a mirar una vez más. Y sufrió la gran conmoción de su vida. Era una película diferente. Diferente de la de la mañana. Diferente de la de la tarde. Era una tercera película, y el tema era el interior del Sol. Con dedos temblorosos, Caxton rebobinó el rollo... y la pasó otra vez. Su cara se cubrió de transpiración cuando apareció en la pantalla una película totalmente diferente, una cuarta película. Tuvo el fuerte impulso de correr a la oficina a hablarle por teléfono a Barney. Pero no lo hizo porque se dio cuenta de que el hombre se negaría. El director había sugerido por lo menos dos veces que la confusión por las películas probablemente se rectificaría en cuanto se fuera Caxton. El cansancio que demostraba lo haría aferrarse a esa convicción. «Mañana, diría. Mañana miraré el proyector».

No se podía esperar hasta mañana, o al menos eso pensaba Caxton. Por primera vez, recordó el llamado telefónico que había recibido dos meses antes del señor Arlay de la Biblioteca Fílmica Arlay. El recuerdo lo tranquilizó. Su segundo impulso, minutos después, esa vez de llamar a Arlay, cedió al recordar lo que le había dicho al dueño de la Biblioteca Fílmica. Había estado altivo. Más tarde llamaría a Arlay por teléfono.

Caxton comenzó a desalmar rápidamente el proyector. No sabía exactamente qué buscaba, y no lo encontró. La máquina estaba en perfectas condiciones, todo era normal. Volvió a armarlo lentamente, lo colocó en posición e hizo correr nuevamente el rollo. Esa vez no hubo cambios. Era la misma película. La pasó otra vez, y tampoco los hubo.

Caxton se dejó caer pesadamente en una silla. Se daba cuenta de que había cometido un error. Había sucedido algo fantástico —aunque su mente no estaba preparada para captarlo— pero fuera lo que fuese, su acción al desarmar el proyector había anulado el proceso. En ese momento ni siquiera podría mencionar lo que había descubierto.

Se enfureció. ¿Para qué preocuparse por las películas perdidas, si pronto se iría de la escuela? Todavía furioso, se puso de pie y salió a grandes pasos de la escuela para volver a su casa.

Corría el año 2011 d. C., y aunque el proyector automático de Tichenor Collegiate percibía, en sentido electrónico, que algo andaba mal, seguía funcionando. La máquina distribuidora de películas que operaba desde Los Ángeles sabía que algo andaba mal, pero la perturbación no era lo suficientemente grande como para hacer sonar alarmas. No al principio, ni en los tres meses siguientes. Y entonces... pero esto es lo que sucedió desde el primer momento.

Llegó un pedido desde Tichenor por los canales electrónicos habituales. El pedido era de origen humano. En primer lugar, se perforó el número de la película, luego el número asignado de la escuela. Habitualmente, cuando la película estaba en su lugar en la biblioteca, no se necesitaba ninguna intervención humana. Pero si la película y todos sus duplicados estaban prestados, se encendía una luz roja en la sala de proyecciones en Tichenor y le correspondía al futuro cliente pedir otra.

En esa ocasión había una copia de la película disponible. El número electrónico de la escuela estaba impreso en los sensibles del envase, y en una serie de placas de contabilidad. Las placas se movían a través de una máquina que recibía información de ellas, y como resultado se cobraba el dinero en Tichenor a su debido tiempo. La película pasaba del estante a un tubo. Al comienzo su velocidad no era mucha. Momento a momento otros envases con películas entraban en el tubo que había frente a ellas o detrás de ellas, y era necesario efectuar constantes reajustes automáticos para evitar choques. El número del destino de la película, Tichenor Collegiate, era 9-7-43-6-2: Zona 9, Tubo Principal 7, Tubo Suburbano 43, Distribución 6, Escuela 2.

El cierre de Zona 9 se abrió automáticamente cuando las puertas del envase de la película actuaron sobre el mecanismo. Un momento después, la película estaba en el tubo de correspondencia principal número 7. Era el canal para paquetes pequeños, que salían en una interminable fila, cada uno en su envase electrónicamente controlado. La hilera de envases no se detenía nunca, pero se hacía más lenta o más acelerada al precipitarse nuevos envases en el tubo, o bien los viejos pasaban rápidamente a los tubos de sus destinos individuales.

43-6-2. Con un *clic*, la película llegó al receptor. Los aparatos automáticos la colocaron en posición en el proyector, y en un determinado momento —en ese caso alrededor de una hora más tarde— se abrió el ojo del proyector y contempló al público. Todavía había algunos estudiantes en los pasillos. Hizo sonar una alarma, esperó medio minuto, luego cetro con llave las puertas del auditorio, y descubrió una vez más su «ojo». Esa vez quedaba un solo estudiante en un pasillo.

El proyector lanzó su alarma final a los estudiantes. La próxima advertencia sería una luz que se encendía en el despacho del director, junto con una imagen de televisión en el auditorio que demostrarían al alumno desobediente. Esa acción final resultó innecesaria. El joven abandonó su travesura, y se dejó caer en un asiento. Comenzó la proyección.

No estaba dentro de la capacidad de los recursos electrónicos del proyector percibir lo que sucedió entonces. En la pantalla apareció la película correcta, pero la película que posteriormente entró en el envase y volvió a la biblioteca fílmica era una creación obsoleta llamada *Magia de la comida*, prestada a Tichenor por la Biblioteca Fílmica Arlay en 1946.

Por otra parte el envase no estaba equipado para descubrir tales errores.

Por pura casualidad, ni ése ni ninguno de los otros envases que posteriormente recibieron una película de 1946, fueron prestados en los tres meses siguientes.

Cuando finalmente llegó una a un proyector en Santa Mónica ya era demasiado tarde. Caxton había desarmado el proyector de 1946, y el proceso secuencial de la conexión de tiempo se había roto.

El tiempo es la gran invariable, pero la no variación no es una relación simple. El tiempo está donde están ustedes. Nunca es el mismo en otra parte. Un rayo de una estrella penetra en la atmósfera. Trae una imagen de hace setecientos mil años. Un electrón forma un camino de luz en una placa fotográfica. Trae una imagen de cincuenta a cien años en el futuro... o cien mil años. Las estrellas, el mundo de lo infinitamente grande, están siempre en el pasado. El mundo de lo infinitamente pequeño está siempre en el futuro.

Éste es el rigor del universo. Éste es el secreto del tiempo. Y por un segundo de eternidad dos proyectores de películas en dos períodos de tiempo separados perdieron algunos de sus aspectos de separabilidad, y hubo una *liason* limitada. Terminó y nunca más existió.

El *señor* Pedro del Corteya envolvió su proyector. Se sentía vagamente desdichado. La poca respuesta del público siempre lo afectaba así. Era tarde cuando salió, se quedó un momento junto a su coche contemplando pensativamente la noche estrellada. El cielo estaba azul, palpitaba con el misterio del inmenso universo. Corteya apenas lo percibía. Pensaba:

«Esas películas de novedades los aburrieron. He mostrado demasiadas en esta ciudad. Ya basta».

Comenzó a sentirse mejor, como si se le hubiera levantado un peso del alma. Subió a su coche, para volver a casa.

*Film Library, 1946*

# **El Expreso Cósmico**

*Jack Williamson*

*«El expreso cósmico» fue escrito en Canyon, Texas, en diciembre de 1929. La ciencia ficción era todavía algo muy nuevo: Hugo Gernsback la había bautizado de esa manera sólo un año atrás. Escribir era una profesión totalmente nueva para ese chico ansioso que era yo, y estaba lo suficientemente encandilado como para seguir practicándola a pesar de lo poco que ganaba.*

*Ese año cumplía veintiún años. Acababa de salir de una granja donde se trabajaba duramente, y tenía mucho que aprender y ningún futuro a la vista; iba a graduarme en química pero estaba enamorado de la ciencia ficción. Descubrirla me había cambiado la vida y, a pesar de todo lo que tenía en contra, escribía furiosamente.*

*Envié «El expreso cósmico» a Amazing Stories. Fundada por Gernsback en 1926, Amazing fue la primera revista de ciencia ficción. (Gernsback había publicado allí mi primer cuento, en 1928. Se titulaba «The metal man», y lo escribí en el verano anterior a la iniciación de la Universidad. No supe nada de él después de enviar el manuscrito por correo... hasta el momento inolvidable en que reconocí a mi héroe en la tapa de una revista. ¡De pronto, era escritor!).*

*Pero todavía no era rico. El cheque de Gernsback por ese cuento, además de demorarse, era por veinticinco dólares. Por «El expreso cósmico», publicado en Amazing en noviembre de 1930, me pagaron otros veinticinco dólares. Afortunadamente, algunos cuentos más largos me procuraron cheques más grandes: lo suficiente, apenas lo suficiente como para dejar la Universidad y dedicarme a escribir.*

*Aunque el trabajo que hice después me ha dado más dinero, me sigue gustando «El expreso cósmico». La ciencia, por supuesto, ha envejecido: en 1929, mucho antes de que llegaran nuestros primeros aparatos espaciales, se suponía que Venus era un planeta jungla, apenas un poco más joven y más cálido que su hermana la Tierra. Pero en otros sentidos creo que el cuento ha resistido bien el paso del tiempo.*

*En su mayoría, nosotros, antes de la Bomba, creíamos firmemente en nosotros mismos, y en los hermosos mundos nuevos que vendrían. Gran parte de la ciencia ficción que escribimos en ese momento era, tal vez, demasiado optimista. Creo que desde entonces la mayor parte es demasiado pesimista. Este pequeño cuento, sin ser demasiado denso, parece apuntar a algunas de las dramáticas ironías de la ciencia y el progreso, y tal vez se adelanta un poco a su época.*

El señor Eric Stokes-Harding se levantó de la cama desordenada. Era un joven de agradable figura, con su pijama a rayas rojas. Sonrió a su esposa dormida y mecánicamente comenzó los ejercicios de la mañana. Sin embargo, después de la primera flexión profunda, dejó escapar un gemido y se volvió hacia la ventana abierta.

Abajo se veía un hermoso parque. Pirámides en terrazas, muy espaciadas, se elevaban hasta el techo de la ciudad. Por encima del vidrio, una tempestad de nieve aullaba sobre esa ciudad de Nueva York del año 2432 d. C. Aspiró el aire fragante de la primavera sintética antes de entrar en su estudio.

Eric era escritor. Una pared del estudio estaba repleta de sus libros, con sus brillantes sobrecubiertas y numerosas ediciones. Escribía «fascinantes novelas de acción», como decía su agente, «de épocas pasadas, cuando los hombres todavía conocían la pasión y la realización de la vida primaria».

Eric era imparcial con respecto a la fuente de su fascinación... en ese momento estaban bastante lejos de la segura utopía que lo rodeaba. Su héroe era a veces un hombre mono que rugía por la selva con un garrote ensangrentado bajo un brazo y una hermosa muchacha bajo el otro, otras un cowboy de una hacienda prehistórica, que vivía a caballo y a los tiros, y a veces un hombre abandonado con su pareja en una isla de coral.

Cien millones de personas leían las novelas de Eric o miraban las versiones en video. Le pagaban altos derechos de autor y subconscientemente compartían la opinión de que la civilización había corrompido la natural nobleza de los hombres.

En ese momento cuando acababa de reunirse con su héroe del momento para saborear la médula de los huesos medio podridos de un mamut que había atrapado, su esbelta esposa entró en el estudio bostezando... más hermosa, pensó Eric, que todas sus heroínas.

Nada Stokes-Harding también era escritora. Escribía gozosos poemas sobre el mar, los atardeceres, las alondras y los ruiseñores de las praderas, sobre flores silvestres y la comunión extática con la naturaleza. Los hombres leían sus poemas y pensaban que Nada era un genio, aunque los pájaros y las flores favoritos de la muchacha se habían extinguido siglos atrás y nunca había visto un amanecer.

—Eric, querido... —Se interrumpió para servir el desayuno, frunciendo el entrecejo con un gesto encantador mientras elegía los botones que debía apretar—. ¿Como podemos soportar todo esto? —Señaló el parque y su alto techo—. ¡Encerrados aquí, tan lejos de la naturaleza virgen que los dos amamos!

—El progreso. —Encogiéndose de hombros aceptó el plato de frutas sintéticas que le ofrecía la obediente máquina—. A menudo deseo haber vivido hace diez mil años, antes de que comenzara el progreso.

—¿No hay forma de escapar?

—No hay dónde ir. El Antiguo Oeste, El Continente Negro, Los Mares del Sur... —Mordió con tristeza un durazno cultivado en una solución mineral—. La última



frontera quedó ahogada bajo los techos de la ciudad, hace doscientos años.

—¡Sí al menos pudiéramos ir a Venus! Anoche vi una película científica sobre Venus. Las mesetas más altas son más húmedas y más frescas que lo que podría pensarse. Hay continentes primitivos, con vida primitiva. Si lográramos llegar allá, sin arrastrar todos los lazos de esta odiosa civilización...

—¡Tal vez podamos! —El joven escritor dejó caer el durazno y besó a su esposa—. ¡Está el Expreso Cósmico!

—¿El expreso qué?

—Un nuevo invento, que acaban de construir.

—Sabes que no me preocupan los nuevos inventos. —Volvió a tomar el durazno—. Han profanado el templo de la naturaleza con billones de tontas personas artificiales, que hacen cosas tontas y artificiales.

—Pero el Expreso Cósmico es realmente notable, querida. Supe de él por un joven admirador mío, aquí en la oficina de Nueva York. Es una forma de viajar a la velocidad de la luz.

Ella mordisqueó el durazno.

—¿Eso no es imposible?

—Para la masa, sí. —Asintió—. Pero la masa de los pasajeros se convierte en un rayo de energía radiante. El rayo tiene la velocidad de la luz. En el punto focal, la energía vuelve a transformarse en masa.

—¿Y ese punto focal podría estar en Venus?

—Cuando el planeta está en línea, y en este momento lo está.

—¿Podrías...? —Enmudeció un momento—. ¿De veras podemos ir a Venus?

—Creo que es posible. —Sonriendo, Eric buscó un resorte oculto bajo su escritorio—. Mi joven amigo no puede trasladar pasajeros a ninguna parte excepto entre las terminales que su compañía está abriendo en todo el mundo, pero tiene un punto débil.

Nada, que estaba sentada en sus rodillas, se levantó y esperó ansiosamente.

—Un producto psicoquímico primitivo... —Sacó una botellita del bolsillo... llamado Muía Blanca. Mi amigo lo conoce por las novelas, y desea probarlo.

—¡Ah, Eric! —Dejó caer otra vez el durazno—. Vamos.

Diez minutos después estaban en una pequeña sala de espera, frente a una puerta con rejas cromadas. Un joven perezoso, de cabello largo, estaba apoyado en un mostrador. Detrás de él, semioculta por las rejas, había una máquina gigantesca, brillante.

—¡Rápido! —Un hombrecito con una gran valija negra bailaba frente a las rejas—. Tengo un paciente en París...

—Un momento, señor —dijo el muchacho de cabello largo—. Estamos con un pasaje. Un diplomático ruso de Moscú a Río. Ya llega su turno... son novecientos ochenta dólares... nuestro servicio todavía es experimental, y no asumimos responsabilidad por actos divinos o resplandores solares... bien, bien. Tenemos un

canal disponible para París.

El muchacho hizo un cambio y abrió una puerta en las rejas.

—Acuéstese en la placa para examinarlo —instruyó—. Las manos a los costados. Quédese quieto. No respire después que cuente hasta tres... uno, dos, tres...

Comenzó a apretar botones.

—¡Pero si es el señor Stokes-Harding! —Su voz cobró vida—. De manera que ésta es la muchacha de quien hablaba... —Sonó una campana—. Perdón. Tengo otro pasaje.

Volvió a oprimir los botones, y esperó que una mujer muy gorda saliera por la reja, seguida de un caniche color púrpura que jadeaba.

—Queremos ir a Venus —le dijo Eric—. A lo alto de la meseta polar. Si este rayo de ustedes puede llevarnos allí.

—Perdón, señor Stokes Harding. Me gustan sus novelas, pero no puedo hacer lo que me pide. Con nuestra franquicia temporaria, nuestra operación se limita a dieciséis estaciones designadas...

—Escucha, Charley. —Eric bajó la voz y miró hacia atrás—. Si verdaderamente te interesan los psicoquímicos primitivos, prueba oler esto. —Cuidadosamente, mostró el frasco plateado—. Muía Blanca de verdad, como la bebían nuestros antepasados.

El muchacho miró el frasco, y luego se lo arrancó a Eric de la mano.

—¡Verdadero alcohol prehistórico! —Lo deslizó bajo el mostrador—. Por esto te enviaría al cielo, si me dieras los transmisores.

—¡Eric! —chilló Nada, encantada—. Realmente nos estamos volviendo nativos.

—Tengo que advertirte. —El muchacho parecía desdichado—. Tengo que decirte que Venus no es un paraíso.

—Construiremos nuestro propio paraíso.

—Pero tú no conoces Venus. Yo sí. A través del buscoscopio. Las tierras bajas son un desierto calcinado, donde no hay nada vivo. La meseta polar es peor. —Se estremeció—. Árboles, mal tiempo y seres extraños.

—¡La naturaleza en crudo! —exclamó Nada, radiante—. Nos encantará.

—No estoy tan seguro. ¿Cuánto tiempo quieren quedarse?

—Nos tomaremos nuestro tiempo —dijo Eric—. ¿Puedes anotarnos por un mes o algo así?

—Temo que no. El planeta está saliendo de la alineación. Los resplandores solares provocan interferencias. Estarán fuera de nuestro alcance, más allá del Sol durante casi un año.

Eric miró a Nada.

—Queremos tener una buena muestra de lo que es la naturaleza impoluta —dijo ella—. Danos un año.

—Que sea un año completo —repuso Eric—. Volveremos al punto de aterrizaje.

—Realmente yo no debería... —El muchacho metió la mano bajo el mostrador y

sonrió con aire soñador al frasco plateado—. ¡Un verdadero medio prehistórico para expandir la mente! —Tendió la mano rápidamente para abrir la puerta de las rejas—. Si les sucede algo, ustedes se lo buscaron.

Les mostró, más allá de la rejas, una estrecha celda rodeada de prismas brillantes, con piso de cristal pulido.

—Acuéstense en la placa de reconocimiento —gritó—. Las manos a los costados. No respiren después de que cuente hasta tres... rápido, antes de que deba ocuparme de otro pasaje regular.

Eric ayudó a Nada a entrar en la célula.

—Escuche, señor Stokes-Harding —oyó decir a la voz vacilante del muchacho—. Si tienen algún tipo de problemas, podemos recurrir a nuestro agente de Borneo. Podría enviarlos allá...

—Envíanos a Venus.

—¡Muy bien! Se han comprado un planeta. Déjenme buscar un lugar mejor... éste estaría bien... si les gustan los árboles y la vida al aire libre. En este momento no hay seres grandes a la vista.

—Adelante.

—Beberé por ustedes... —Sonaron las campanas, y el muchacho empezó a contar—. ¡Uno... dos... tres!

Los rodeó un fuego ardiente.

La voz del muchacho se interrumpió bruscamente. El piso frío y las llamas ardientes habían desaparecido. Eric sentía algo blando debajo de él y la lluvia le salpicaba la cara. Nada estaba tendida a su lado. Se sentaron, jadeantes, manchados de barro negro.

A su alrededor estaba la jungla, oscura, extraña y muy húmeda. Árboles gigantescos, parecidos a palmeras o a helechos, agitaban su extraño follaje hacia las nubes que se descargaban en fuerte lluvia. Se pusieron de pie con dificultad, mareados por el triunfo.

—¡Por fin! —susurró Nada—. Realmente hemos vuelto a la naturaleza.

—Hemos escapado de la máquina.

—¡Ah, Eric! Eres tan maravilloso. —Se aferró a él, a pesar del barro—. Eres como uno de tus propios héroes.

—Tú eres perfecta, Nada. —La besó a través del barro—. Esto no podría ser mejor. Pero ahora debemos ser prácticos. Primero debemos encontrar una linda cueva seca. Necesitaremos un fuego frente a la puerta, para mantener a esos seres a distancia.

—Necesitaremos arcilla para hacer cacharros. —Se secó la lluvia de la cara—. Recogeremos semillas de las plantas comestibles, para nuestra huerta. Debemos guardar las pieles de los animales para hacer mantas y ropas.

—Pero primero debemos encontrar pedernal —dijo él—. Lo necesitamos para fabricar herramientas, y para hacer fuego. Busquemos cobre virgen, también. Se

encuentra en la naturaleza, y podemos trabajarlo con herramientas de piedra.

Echaron a andar por la meseta polar. Nada marchó junto a él un trecho, y después lo siguió un poco más atrás. La lluvia continuaba y seguían cubiertos de barro. No encontraron cobre ni pedernal.

—Eric, querido, me hundo. —Nada se detuvo, jadeando—. Y no veo ninguna roca. Creo que tendremos que usar herramientas de madera, afiladas al fuego.

—Tal vez tengas razón —asintió Eric—. Esta tierra debe de ser aluvional. Y no me extrañaría que todas las piedras y metales nativos estén enterrados fuera de nuestro alcance.

—¿Puedes hacer fuego? —La voz de ella se tornaba ligeramente ansiosa—. ¿No puedes, querido?

—Por supuesto que sí —respondió él—. Sólo necesito algunas ramas secas para frotarlas.

Siguieron avanzando por el barro. La lluvia se hacía más intensa. El cielo estaba más oscuro. El barro se les adhería en grandes pedazos. La madera seca parecía tan escasa como el cobre virgen.

—¿Trajiste fósforos, querida?

—¡Fósforos! ¿No era que volvíamos a la naturaleza?

Ella sollozó.

—Perdona.

—No te preocupes por mí, querido. Procura hacer fuego, y nada más. —Siguieron adelante, a los tumbos—. Mientras buscamos madera, consigue algo para comer. Tengo... tengo hambre, querido.

Buscaron cerezas y palmeras con cocos y bananas, y nueces, pero nada parecía comestible. Finalmente tuvieron que detenerse por puro agotamiento. Nada se quedó tendida en el barro, sollozando, mientras Eric colocaba algunas ramas secas contra un gran árbol arrancado de raíz para construir un precario refugio.

—Cuando pare la lluvia —prometió él—, estaremos mejor.

Se metieron en el refugio.

—Es casi de noche. —Nada tembló, apoyándose en Eric—... Me... me gustaría que pudiéramos hacer fuego.

—A mí también. Cuando llegue la noche, durará meses. Porque la rotación del planeta es muy lenta. Pero tal vez esto no sea más que una tormenta.

Ya fuera porque llegaba la noche o por la tormenta, la oscuridad cayó sobre la jungla.

Sobre los árboles extraños aullaban salvajes vientos. Algo se rompió entre la maleza. Algo hizo un ruido sordo.

—¿Qué... qué es eso?

—Supongo que son los seres de que hablaba Charley. —Eric dio una palmada a algo pequeño, que picaba—. Tal vez no nos encuentren.

Se oyó nuevamente un ruido, más cerca.

—Eric, querido... —Nada se aferró a él—. ¿Crees que podremos soportar un año entero de esto?

—Es la naturaleza, querida —respondió él con firmeza—. La fuerza primaria de lo bueno. Nos purificará. Nos fortalecerá. Debemos tener paciencia.

—No puedo sentirme paciente. —Nada volvió a sollozar, siempre apoyada en él—. No puedo dejar de pensar en nuestro viejo departamento. En nuestras cosas, nuestros amigos, la comida caliente que llegaba con sólo apretar un botón. —Su voz se tornó quejosa y acusadora—. ¡Y ni siquiera puedes encender el fuego!

—Lo siento, querida. —Dio una palmada a ciegas a algo que se arrastraba—. Quizá... —Tragó saliva y la abrazó—. Tal vez me equivoqué...

Un ruido más cercano lo interrumpió. Algo cayó en el agua y rugió en la oscuridad. Algo golpeó contra el árbol caído. El precario techo cayó sobre ellos. Salieron de entre las ramas enredadas a la lluvia fría, penetrante.

—¡Quédate con la naturaleza! —exclamó Nada—. Yo me quedo con la civilización...

El fuego ardiente los rodeó.

Temblando y chorreando, se encontraron en el suelo de cristal en la terminal de Nueva York del Expreso Cósmico. Un ser pequeño, rosado, con muchas patas, cayó de la camisa de Eric, y él lo aplastó cruelmente.

—Aquí, señor. Ahora está a salvo, señorita. Permítame que la ayude. —Un hombre sudoroso, de cara rubicunda, se inclinó para ayudarlos a salir de la célula transmisora—. Créame, señor, lo lamentamos muchísimo.

—Nosotros también —respondió Eric, estremeciéndose—. ¡Una experiencia espantosa!

—No entiendo. —El funcionario sacudió el barro que llevaba—. Acabo de llegar de Estambul. Encontré a nuestro agente aquí, casi inconsciente. Olía a alguna vil sustancia psicoquímica que mi médico no puede identificar.

—Yo... —Nada miró a Eric y se interrumpió bruscamente—. ¡No sé qué puede ser!

—De todos modos sus vuelos estaban equivocados y sus registros eran un desastre. Lo revivimos lo suficiente como para que nos dijera lo que había hecho con ustedes. —El funcionario estaba casi sin aliento—. ¡Un accidente muy lamentable! Espero que no pidan una excesiva indemnización por daños.

—De ninguna manera. —Eric sonrió débilmente—. Sólo pido que no castigue a su agente en ninguna forma. En cuanto a nosotros... —Sonrió débilmente a Nada—. Estamos contentos por el solo hecho de haber vuelto a la civilización.

De regreso en su departamento, los dos jóvenes escritores se lavaron el barro primitivo de Venus. Apretaron botones para obtener una buena cena y pasaron las doce horas siguientes en la cama.

A fin de mes, el señor Eric Stokes-Harding entregó una nueva novela a su agente literario. Era la salvaje historia de un hombre aislado en Venus con su hermosa

compañera. El héroe, lleno de recursos, frotaba ramas secas para hacer fuego, fabricaba herramientas de piedra y de cobre virgen, y luchaba contra los enormes saurios de la jungla. En la impresionante culminación del relato, estaba en lo alto de una montaña azotada por las tormentas, sitiado por las llamas que llegaban desde las tierras bajas y allí construía su propio transmisor de materias y llevaba a la muchacha de vuelta a la Tierra. El libro tuvo un enorme éxito.

*The Cosmic Express, 1931*

# **Daisy, al sol**

*Connie Willis*

*El miedo es un tema muy rico para un escritor. Tal vez sea una conducta heredada de nuestros antepasados cazadores (y cazados), pero da forma y color a nuestras vidas como jamás pudieron soñar los hombres que se acurrucaban en cuevas por miedo a los leones; los tigres y los osos.*

*Todavía tenemos miedo de esas cosas, pero les hemos agregado una increíble cantidad de otras cosas que temer y por las que preocuparse, una de las cuales, nada pequeña, es el fin del mundo. La amenaza de la guerra nuclear, de un meteoro que alcanzara la Tierra, de una plaga mundial, está siempre allí, junto con los miedos más pequeños y localizados: terremotos e inundaciones y volcanes, conductores borrachos, francotiradores, el cáncer. Cada uno tiene su propia lista privada de los posibles finales que más teme.*

*Yo escribo muchos cuentos sobre el miedo, hasta el punto que un amigo mío me llama «la señora del desastre». Me fascinan los barcos que se hunden y la guerra nuclear y hasta la versión de las Revelaciones de El Fin... porque siempre me fascina la gente que reacciona ante el miedo y sus peores fantasías convertidas en realidad.*

*«Daisy, al sol» es un cuento sobre el miedo, y sobre el fin del mundo... aunque ese fin parece ser muy distinto para mi heroína que para el resto del mundo.*

*El fin puede resultar terrible —las peores fantasías convertidas en realidad— o ser algo totalmente inesperado...*



Ninguno de los otros la ayudaba. El hermano de Daisy, cuando ella se arrodillaba junto a él en el piso de la cocina y le decía:

—¿Recuerdas cuando vivíamos en la casa de la abuela, los tres solos, y nadie más? —La miraba, inexpresivo, por encima de las páginas del libro, con el rostro hermético y nada interesado.

—¿De qué trata tu libro? —preguntaba amablemente Daisy—. ¿Del Sol? Siempre me leías tus libros en voz alta en casa de la abuela. Y siempre eran sobre el Sol.

Él se levantaba e iba hasta las ventanas de la cocina y miraba la nieve afuera, que hacía dibujos en la ventana seca. El libro, cuando Daisy lo miraba, era algo completamente distinto.

—No siempre nevaba así en nuestro país, ¿verdad? —preguntaba Daisy a su abuela—. No es posible que nevara todo el tiempo, ni siquiera en Canadá, ¿verdad?

Esa vez estaban en el tren, no en la cocina, pero su abuela seguía tomando medidas para las cortinas como si no se diera cuenta.

—¿Cómo pueden correr los trenes si nieva todo el tiempo? —La abuela no respondía. Seguía tomando medidas de las amplias ventanillas curvas del tren con su largo centímetro amarillo. Anotaba las mediciones en hojitas de papel, y luego esas hojitas salían volando de sus bolsillos como la nieve afuera, sin hacer ruido.

Daisy esperó hasta que fuera otra vez la cocina.

Las cortinas a rayas rojas colgaban, flojas, en la mitad inferior de las ventanas cuadradas.

—El sol desteñía la cortinas, ¿verdad? —preguntó tímidamente, pero era imposible distraer a la abuela. Medía y escribía y dejaba caer los papelitos como cenizas a su alrededor.

Daisy dejó de mirar a su abuela para mirar a los demás, que andaban bamboleándose por toda la cocina de la abuela. No les preguntaría. Hablar con ellos sería como admitir que pertenecían a ese lugar, moviéndose torpemente por toda la habitación, chocándose entre ellos.

Daisy se puso de pie.

—Fue el sol que las dejó descoloridas —dijo—. Me acuerdo muy bien —y entró en su habitación y cerró la puerta.

La habitación era siempre su propia habitación, independientemente de lo que sucediese afuera. Seguía siendo la misma, con la muselina amarilla ajada sobre la cama, las flores amarillas sobre la ventana. Se había negado a permitir que su madre pusiera cortinas oscuras en su habitación. Lo recordaba claramente. Se había quedado todo el día en el cuarto con una barricada en la puerta. Pero no recordaba por qué su madre quería poner las cortinas o qué sucedió después.

Daisy estaba sentada en el medio de la cama, con las piernas cruzadas, apretando contra el pecho la arrugada almohada amarilla. Su madre le recordaba constantemente que una señorita debía sentarse con las piernas juntas.

—Tienes quince años, Daisy. Eres una señorita, te guste o no.

¿Por qué recordaba cosas como ésa y no cómo habían llegado allí y dónde estaba su madre y por qué nevaba todo el tiempo aunque nunca hacía frío? Apretó la almohada fuertemente contra ella y se esforzó, se esforzó por recordar.

Era como empujar algo, algo que a la vez cedía y no cedía. Era ella misma, que trataba de aplastarse los pechos con las manos después de que su madre le dijo que estaba creciendo, que necesitaría usar corpiño. Había tratado de volver a convertirse en la niña que había sido antes, pero aunque los apretaba con las palmas de las manos, seguían estando allí. Una barrera, imposible de atravesar.

Daisy apretó la almohada blanca, con los ojos fuertemente cerrados.

—Entró la abuela —dijo en voz alta, acudiendo al único recuerdo al que tenía acceso—, la abuela entró y dijo...

Estaba mirando uno de los libros de su hermano. Lo tenía en las manos, lo miraba, uno de los libros de su hermano sobre el Sol, y cuando se abrió la puerta su hermano tendió una mano y le quitó el libro. Estaba enojado... ¿por el libro? Entró la abuela, que parecía acalorada y excitada. La abuela dijo:

—Trajeron la tela. Compré suficiente para todas las ventanas. —Tenía una bolsa con tela doblada, algodón rojo y blanco—. Compré casi toda la pieza —dijo la abuela. Estaba muy entusiasmada—. ¿No es bonita? —Daisy tendió la mano para tocar la linda y fina tela. Y... Daisy se abrazó a la almohada, arrugando el borde. Había tendido la mano para tocar esa tela fina, tan bonita, y entonces...

No servía de nada. No servía seguir más adelante. Nunca había podido seguir más adelante. A veces pasaba días sentada en la cama. A veces comenzaba por el final y volvía hacia atrás con la memoria. Y era lo mismo. No recordaba más por ninguno de los dos lados. Sólo el libro y su abuela que entraba y ella que tendía la mano.

Daisy abrió los ojos. Volvió a poner la almohada en la cama, descruzó las piernas, y aspiró profundamente. Tendría que preguntarles a los otros. Era lo único que le quedaba por hacer.

Estuvo un minuto junto a la puerta antes de abrirla, preguntándose cuál de los lugares sería. Era el living de su madre, con sus paredes color azul claro y las ventanas cubiertas con persianas. Su hermano estaba sentado en la alfombra de color azul grisáceo, leyendo. Su abuela había bajado una de las persianas. Estaba midiendo la ventana alta. Afuera nevaba.

Los desconocidos se paseaban por la alfombra azul. A veces Daisy creía reconocerlos, pensaba que eran amigos de sus padres o gente que había visto en la escuela, pero no podía estar segura. No hablaban entre ellos mientras hacían sus interminables y pacientes paseos. Ni siquiera parecían verse uno al otro. A veces, al caminar por el largo corredor del tren o dar vueltas en la cocina de su abuela o pasearse por el living azul, chocaban entre ellos. No se detenían a pedir disculpas. Chocaban entre ellos como si no se dieran cuenta, y seguían adelante. Chocaban sin ruido y sin sentir nada, y cada vez que chocaban se parecían menos a la gente que conocía Daisy y se iban convirtiendo en desconocidos. Ella los miraba ansiosamente,

tratando de reconocerlos para poder preguntarles.

El joven que acababa de entrar venía de afuera. Daisy estaba segura, aunque no había corriente ni aire frío que la convenciera, ni nieve que el joven sacudiera del cabello y los hombros. Se movía con seguridad entre los otros, que lo miraban al pasar. Se sentó en el diván azul y sonrió al hermano de Daisy. El hermano de Daisy levantó la mirada del libro y le devolvió la sonrisa. «Viene de afuera», pensó Daisy, «el sabrá».

Se sentó cerca de él, en el extremo del diván, y cruzó los brazos.

—¿Ha sucedido algo en el Sol? —le preguntó en un susurro.

Él levantó la mirada. Su rostro era tan joven como el de ella, bronceado y sonriente. Daisy sintió muy abajo un pequeño estremecimiento de miedo, una leve sensación extraña como la que había marcado la llegada de su primera menstruación. Se puso de pie y se alejó de él, sólo un paso, y estuvo a punto de chocar con uno de los desconocidos.

—Bueno, hola —dijo el muchacho—. ¡Pero si es la pequeña Daisy!

Daisy cerró los puños. No se daba cuenta de cómo no lo había reconocido antes, el aire confiado, la sonrisa familiar. Él no la ayudaría. Sabía, por supuesto, siempre había sabido todo, pero no se lo diría, se reiría de ella. Ella no tenía que permitirle que se riera.

—Hola, Ron —estaba a punto de decir, pero la última consonante se perdió, en un sonido vago. Nunca había estado segura de cómo se llamaba.

Él rió.

—¿Qué te hace pensar que le ha sucedido algo al Sol, Daisy-Daisy? —Había apoyado el brazo en el respaldo del sofá—. Siéntate y háblame de eso. —Si se sentaba junto a él, él podría rodearla con su brazo fácilmente.

—¿Ha sucedido algo en el Sol? —repitió ella, más fuerte, desde el lugar donde estaba parada—. Ya nunca brilla el sol.

—¿Estás segura? —dijo él, y volvió a reír. Le miraba los pechos. Ella cruzó los brazos.

—¿Ha sucedido o no? —insistió tercamente, como un chico.

—¿Qué crees tú?

—Tal vez todos se equivocaban con respecto al Sol. —Se interrumpió, sorprendida de lo que había dicho, y de lo que recordaba en ese momento. Luego continuó, olvidando mantener los brazos cruzados, escuchando lo que ella misma decía—. Todos pensaban que iba a estallar. Decían que se iba a tragar a la Tierra entera. Pero tal vez no fue así. Tal vez simplemente se apagó, como un fósforo o algo así, y ya no brilla más y por eso nieva todo el tiempo y...

—Frío —dijo Ron.

—¿Qué?

—Frío —dijo él—. ¿No haría frío si eso sucediera?

—¿Qué? —repitió Daisy estúpidamente.

—Daisy —respondió él, y le sonrió. Daisy vaciló. El tirón del miedo estaba mucho más abajo y era más definido.

—Ah —dijo ella, y corrió, dando la vuelta alrededor de los que se paseaban de aquí para allá, hacia su propia habitación. Cerró la puerta de golpe tras ella y se dejó caer en la cama, apretándose el estómago y recordando.

Su padre los había reunido a todos en el living. Su madre estaba sentada en el borde del diván azul, con expresión asustada. Su hermano había traído un libro, pero miraba las páginas sin verlas.

Hacía frío en el living. Daisy se colocó en el único lugar donde daba el sol, y esperó. Ya hacía un año que tenía miedo. Dentro de un minuto, pensó, voy a oír algo que me dará todavía más miedo.

De pronto sintió un odio repentino y sorprendente por sus padres, que podían sacarla del sol y arrojarla a la oscuridad, que podían asustarla con sólo hablarle. Había estado todo el día sentada en el porche. Aquel otro día se había pasado tendida al sol con su viejo traje de baño amarillo, cuando su madre la llamó.

—Ya eres una muchacha grande —le dijo su madre cuando ya estaban en la habitación. Miraba el pequeño traje de baño amarillo que le apretaba el pecho y le tiraba entre las piernas. —Hay cosas que debes saber.

A Daisy comenzó a latirle muy fuerte el corazón.

»Quería decírtelo para que no escuches rumores. —Tenía un librito con ella de tapa rosada y blanca, aterrador—. Quiero que leas esto, Daisy. Estás cambiando, aunque tal vez no lo adviertas. Tus pechos se están desarrollando y pronto comenzarás tus menstruaciones. Eso significa...

Daisy sabía lo que significaba. Se lo habían dicho las chicas en la escuela. Oscuridad y sangre. Los chicos que querían tocarle los pechos, que deseaban penetrar su oscuridad. Y luego más sangre.

—No —dijo Daisy—. No. No quiero.

—Sé que debe de darte miedo, pero uno de estos días encontrarás un muchacho que te guste, y entonces comprenderás...

—No, eso no sucederá. Nunca. Ya sé lo que los muchachos le hacen a una.

—Dentro de cinco años no sentirás como ahora, Daisy, ya verás...

No cambiaría en cinco años. Ni en cien. No.

—No quiero tener pechos —gritó Daisy, y arrojó la almohada a la madre—. No quiero tener menstruación. No permitiré que suceda. ¡No!

Su madre la miró con lástima.

—Pero, Daisy, ya ha comenzado. —La rodeó con sus brazos—. No hay nada que temer, querida.

Desde entonces Daisy tuvo miedo. Y en ese momento tendría más miedo, en cuanto hablara su padre.

—Quería decírselo a todos juntos —dijo el padre—, para que no reciban otras versiones—. Se interrumpió para tomar aire. Hasta empezaban los discursos de la misma manera.

»Creo que tienen que enterarse por mí —continuó el padre—. El Sol se convertirá en una nova.

La madre tomó aire, aspiró profundamente, como para suspirar, sería la última vez que su madre respirara bien. Su hermano cerró el libro. «¿Eso es todo?», pensó Daisy, sorprendida.

—Sol ha agotado el hidrógeno que contenía. Comienza a quemarse, y cuando esto suceda, se expandirá y... —Se trabó con la palabra siguiente.

—Nos tragará —dijo su hermano—. Lo leí en un libro. El Sol explotará, hasta Marte. Tragará a Mercurio y a Venus y a la Tierra y a Marte y moriremos todos.

Su padre asintió.

—Sí dijo.

—No —replicó su madre.

Daisy pensó: «Esto no es nada. Nada». Las conversaciones con su madre eran mucho peores que eso. Sangre y oscuridad.

—Ha habido cambios en el Sol —dijo su padre—. Ha habido más tormentas solares, demasiadas. Y el Sol libera una cantidad anormal de neutrinos. Son señales de que estallará...

—¿En cuánto tiempo? —preguntó la madre.

—Un año. Cinco años a lo sumo. No se sabe.

—¡Tenemos que impedirlo! —gritó la madre de Daisy, y Daisy levantó la mirada desde su lugar al sol, asombrada del miedo de su madre.

—No podemos hacer nada —dijo el padre—. Ya ha comenzado.

—No lo permitiré —replicó su madre—. No puede sucederles a mis hijos. No permitiré que suceda. Que le suceda a Daisy. Siempre ha amado el sol.

Al oír las palabras de su madre, Daisy recordó algo. Una vieja fotografía, y la inscripción escrita por su madre con tinta blanca en la parte inferior. Era la fotografía de una niñita con traje de baño amarillo, con el pecho chato y el estómago protuberante típico de la edad. Tenía el balde y la pala y los dedos de los pies hundidos en la arena caliente, y entrecerraba los ojos por el resplandor del Sol. Y su madre había escrito en la parte inferior de la foto: «Daisy, al sol».

El padre le había tomado la mano a la madre y seguía reteniéndola. Había pasado el brazo sobre los hombros de su hermano. Tenían las cabezas bajas, preparadas para el golpe, como si pensarán que iba a caerles encima una bomba.

Daisy pensó: «Todos nosotros, dentro de un año o tal vez cinco, seguramente cinco a los sumo, todos nosotros otra vez niños, calentitos y felices, al sol». No lograba llegar a tener miedo.

Otra vez el tren. Los desconocidos iban y venían por el largo corredor del coche comedor, chocando unos con otros al azar. Su abuela medía la ventanilla de la puerta al final del vagón. No miraba la nieve cenicienta del otro lado de la ventanilla. Daisy no veía a su hermano.

Ron estaba sentado ante una de las mesas cubiertas con el pesado mantel blanco y gastado de los trenes. El florero y los cubiertos sin brillo que había sobre la mesa eran tan pesados que no podían caerse con el movimiento del tren. Ron se apoyó en el respaldo de su asiento y miró la nieve por la ventanilla.

Daisy estaba sentada del otro lado de la mesa, frente a él. El corazón le latía penosamente.

—Hola —dijo. Tenía miedo de agregar el nombre de él porque la palabra podría perderse, como antes, y él se daría cuenta de lo asustada que estaba.

—Hola, Daisy-Daisy —dijo.

Lo odiaba con la misma repentina intensidad con que había odiado a sus padres, lo odiaba por su capacidad de hacerle sentir miedo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Él se volvió a medias en el asiento y le sonrió.

—No perteneces a este lugar —dijo ella, con ánimo de pelea—. Yo fui a Canadá a vivir con mi abuela.— Abrió más grandes los ojos. No lo sabía antes de decirlo. —Ni siquiera te conocía. Tú trabajabas en el almacén cuando vivíamos en California—. De pronto se sentía asustada de lo que ella misma decía. —No perteneces a este lugar— murmuró.

—Quizá todo esto sea un sueño, Daisy.

Ella lo miró, todavía enojada, con el pecho agitado por la conmoción que le provocaban los recuerdos.

—¿Qué?

—Dije, que tal vez estás soñando todo esto. —Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia ella—. Siempre tuviste los sueños más increíbles, Daisy-Daisy.

Ella sacudió la cabeza.

—Así no. No eran así. Siempre tuve sueños buenos. —En ese momento volvía el recuerdo, esa vez más rápido, unas puntadas en el costado, donde, según el libro rosado y blanco, estaban los ovarios. No estaba segura de poder llegar a su habitación. Se puso de pie, aferrándose al mantel blanco—. No eran así—. Avanzó a los tumbos entre la gente que daba vueltas y se dirigió a su habitación.

—Ah, Daisy —dijo Ron. Se detuvo, con la mano en la puerta de su cuarto. Y el recuerdo, allí mismo—. Todavía tienes frío.

—¿Qué? —preguntó ella, sin entender.

—Todavía tienes frío. Pero ya te estás calentando un poco.

Ella quiso preguntarle qué quería decir. Pero el recuerdo la invadía. Cerró la

puerta tras ella, respirando pesadamente, y buscó a tientas la cama.

Toda la familia había tenido pesadillas. Los tres estaban sentados tomando el desayuno, con rostros demacrados, cansados, y grandes ojeras. Las cortinas preparadas para la cocina todavía no habían llegado, de manera que tenían que tomar el desayuno en el living donde podían cerrar las persianas. El padre y la madre estaban sentados en el diván azul con las rodillas contra la atestada mesita baja. Daisy y su hermano estaban sentados en el suelo.

La madre dijo, mirando fijamente las persianas cerradas.

—Soñé que estaban llenas de agujeros, de agujeritos pequeños, como un queso suizo.

—Pero, Evelyn... —dijo el padre.

Su hermano agregó:

—Soñé que la casa se incendiaba y que llegaban camiones de bomberos y apagaban el incendio, pero luego se incendiaban los camiones y los bomberos y los árboles y...

—Suficiente —dijo el padre—. Toma el desayuno. —A su esposa le dijo con suavidad—: Los neutrinos pasan todo el tiempo a través de nosotros. Pasan a través de la Tierra. Son completamente inofensivos. No hacen agujeros en absoluto. No es nada, Evelyn. No te preocupes por los neutrinos. No pueden hacerte daño.

—Daisy, una vez tuviste un vestido suizo de tela bordada, ¿verdad? —dijo la madre, siempre mirando las persianas—. Era amarillo. Con puntitos, como agujeros.

—¿Me perdonan? —dijo su hermano, que tenía un libro con una fotografía del Sol en la tapa.

Su padre asintió y su hermano salió, ya leyendo.

—¡Ponte el sombrero! —exclamó la madre de Daisy, subiendo el tono de la voz peligrosamente en la última palabra. Lo miró hasta que salió de la habitación, luego se volvió y miró a Daisy con sus ojos hinchados—. Tú también tuviste una pesadilla, ¿no es cierto, Daisy?

Daisy sacudió la cabeza, mirando su plato de cereal. Antes del desayuno había mirado por las persianas, había mirado el Sol prohibido. Las persianas plásticas se habían abierto, y en ese momento había un triángulo de sol en el plato de cereal de Daisy. Ella y su madre lo miraban. Daisy puso la mano sobre la luz.

—¿Tuviste un buen sueño, entonces, Daisy, o no te acuerdas? —El tono era acusador.

—Me acuerdo —dijo Daisy, mirando el sol en su mano. Había soñado con un oso. Un gran oso dorado de piel brillante. Daisy jugaba a la pelota con el oso. Sostenía con las dos manos una pelotita verde y azul. El oso tendió perezosamente su pata delantera dorada, le sacó la pelota de las manos a Daisy y se alejó. El movimiento amplio, suave de la gran pata era lo más hermoso que había visto Daisy. Sonrió al

recordarlo.

—Cuéntame tu sueño, Daisy —pidió la madre.

—Muy bien —dijo Daisy, enojada—. Soñé con un gran oso amarillo y una pelotita azul que él me quitaba. —Tendió el brazo hacia la madre.

La madre se estremeció.

—Nos quitó a todos de la Tierra para llevarnos al nueyareino, mamá... —gritó y salió corriendo del living oscuro al brillante sol de la mañana.

—Ponte el sombrero —le gritó su madre, y esa vez la última palabra fue casi un chillido.

Daisy permaneció largo tiempo, apoyada en la puerta, mirándolo. Él hablaba con la abuela. Ella había dejado el centímetro amarillo con los números muy negros y asentía y sonreía al oírlo. Después de un largo tiempo él tendió la mano y cubrió la de ella, palmeándola amablemente.

La abuela se puso de pie lentamente y fue hasta la ventana, donde las cortinas rojas descoloridas no impedían ver la nieve, pero no miró las cortinas. Se quedó mirando la nieve, sonriendo débilmente y sin ansiedad.

Daisy pasó junto a toda la gente reunida en la cocina, con el entrecejo fruncido, y se sentó frente a Ron. Las manos de él seguían apoyadas en la mesa cubierta de linóleo. Daisy puso las manos sobre la mesa, también, casi tocando las de él. Las dio vuelta, y así, con las palmas hacia arriba, parecía desvalida.

—No es un sueño, ¿verdad? —le preguntó.

Los dedos de él casi tocaron los suyos.

—¿Qué te hace pensar que yo lo sé? No pertenezco a este lugar, ¿recuerdas? Trabajo en un almacén, ¿recuerdas?

—Tú sabes todo —respondió ella con simpleza.

—No todo.

Sintió una puntada. Las manos, todavía con las palmas hacia arriba temblaron un poco y luego buscó el borde de metal de la mesa roja y trató de enderezarse.

—Cada vez estás más caliente, Daisy-Daisy —dijo él.

Daisy no llegó a su habitación. Se apoyó sin fuerzas contra la puerta y miró a su abuela, que medía y escribía y dejaba caer los papelitos a su alrededor. Recordó.

Su madre ni siquiera lo conocía. Lo había visto en el almacén. Su madre, que nunca salía, que llevaba anteojos de sol y camisas de mangas largas y sombreros para el sol, incluso dentro del living azul oscurecido... su madre lo había conocido en el almacén y lo había llevado a casa. Se había quitado el sombrero y sus ridículos guantes de jardinero y había ido al almacén a buscarlo. Seguramente había necesitado un coraje increíble.



—Me dijo que te había visto en la escuela y que quería invitarte a salir él mismo, pero tenía miedo de que yo dijera que eras demasiado chica, ¿no es cierto, Ron? —Su madre hablaba rápidamente, con voz nerviosa. Daisy no estaba segura de si había dicho Ron o Rob o Rod—. Entonces le dije ¿por qué no vienes a casa conmigo ahora y se conocen? No hay como el presente, dije. ¿No es cierto, Ron?

El no demostraba ninguna timidez.

¿Te gustaría ir a tomar una Coca Cola, Daisy? Tengo el auto aquí.

—Claro que quiere ir. ¿Verdad, Daisy?

No. Daisy deseaba que el Sol tendiera perezosamente una pala, el gran oso dorado, y se los llevara a lodos. Ahora mismo.

—Daisy —dijo la madre, apartándole rápidamente los cabellos de la cara con los dedos—. Queda tan poco tiempo. Quiero que tengas... —Oscuridad y sangre. «Querías que estuviera tan asustada como tú. Bien, no lo estoy, mamá. Es demasiado tarde. Casi hemos llegado».

Pero cuando salió con él, vio su convertible estacionado junto al cordón, y sintió el primer estremecimiento de miedo. Tenía la capota baja. Miró el rostro bronceado y sonriente de él y pensó: «No tienes miedo».

—¿Dónde quieres ir, Daisy? —preguntó él. Había apoyado el brazo desnudo en el respaldo del asiento. Podía moverlo fácilmente para rodearle los hombros. Daisy estaba sentada contra la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me gustaría ir a dar un paseo. Con la capota baja. Me encanta el Sol —dijo para asustarlo, para ver la misma expresión que veía en la cara de su madre cuando le contaba mentiras sobre los sueños.

—A mí también —dijo él—. Parece que nunca creiste esas patrañas que nos dicen sobre el Sol, tampoco. Son cosas para asustar a la gente, eso es todo. Tú no me ves a mí con cáncer de piel, ¿verdad? —Movi6 su brazo bronceado perezosamente sobre los hombros de Daisy para mostrarle—. Mucha gente se pone histérica por nada. Mi profesor de física dice que el Sol podría emitir neutrinos a la velocidad actual durante cinco mil años antes de estallar. Todo ese asunto de la aurora boreal. Por favor, parecería que este gente nunca ha visto antes el resplandor del Sol. No hay nada que temer, Daisy-Daisy.

Acercó peligrosamente el brazo al pecho de Daisy.

—¿Tienes pesadillas? —preguntó ella, desesperada por asustarlo.

—No. Todos mis sueños son contigo. —Sus dedos rozaron distraídamente la blusa de ella, como haciendo un dibujo—. ¿Y tú con qué sueñas?

Pensaba que iba a asustarlo como asustaba a su madre. Sus sueños siempre parecían tan hermosos, pero cuando empezaba a contárselos a la madre, los ojos de ella se agrandaban y oscurecían de miedo. Entonces Daisy cambiaba el sueño, lo hacía peor de lo que era, estropeaba su belleza para lograr asustar a la madre.

—Soñé que hacía rodar un aro dorado. Estaba caliente. Me quemaba la mano cada vez que lo tocaba. Yo llevaba aros, argollitas doradas en las orejas que giraban

como el aro, cuando yo corría. Y una pulsera de oro. —Le miró la cara mientras se lo decía, para ver el miedo. Él seguía haciendo ese dibujo al azar con el dedo acercándose cada vez más al pezón.

—Y hacía rodar el aro por una colina y rodaba cada vez más rápido. Yo no podía seguirlo. Rodaba solo, como una rueda, una rueda dorada, que rodaba sobre todo lo demás.

Había olvidado su propósito. Le había contado el sueño tal como lo recordaba, con la sonrisita secreta del que recuerda. La mano de él se había cerrado sobre su pecho y allí había quedado, cálida como el sol sobre su rostro.

Él parecía no saber que tenía la mano allí.

—¡Por Dios, lo que habría hecho mi profesor de psicología con ese sueño! ¿Quién diría que una chiquilla como tú podía tener un sueño tan lleno de sexo como éste? ¡Dios mío! ¡Y luego hablan de los freudianos! Mi profesora de psicología dice...

—Tú crees que lo sabes todo, ¿verdad? —dijo Daisy.

Los dedos de él encontraron el pezón a través de la delgada blusa, dibujaron un ardiente círculo, un pequeño aro ardiente.

—No todo —dijo él, y se inclinó sobre el rostro de Daisy. Oscuridad y sangre.

—No sé muy bien cómo tomarte.

Ella se liberó de la cara de él, se liberó de su brazo.

—No me tomarás en absoluto. Jamás. Morirás. Todos moriremos en el Sol —dijo, y bajó rápidamente del convertible y corrió hacia la casa oscurecida.

Daisy siguió doblada en dos en la cama durante largo tiempo cuando el recuerdo ya se había ido. No quería hablar más con él. No podía recordar nada sin él, pero no le importaba. De todas maneras todo era un sueño. ¿Qué importaba? Cruzó los brazos sobre e) pecho y apoyó las manos en los antebrazos, como abrazándose a sí misma.

No era un sueño. Era peor que un sueño. Estaba sentada muy erguida en el borde de la cama, con la cabeza levantada y los brazos a los costados, los pies juntos en el suelo, en la forma en que debía sentarse una señorita. Cuando se puso de pie, no hubo vacilación en su actitud. Fue directamente hacia la puerta y la abrió. No se detuvo a mirar qué habitación era. Ni siquiera echó una mirada a los desconocidos que se paseaban de un lado a otro. Fue directamente hacia Ron y le puso una mano en el hombro.

—Esto es el infierno, ¿verdad?

Él se volvió, y en su rostro apareció algo como una esperanza.

—¡Pero, Daisy! —dijo, le tomó las manos y la obligó a sentarse junto a él. Era el tren. Sus manos unidas se apoyaban en el mantel de damasco blanco. Ella miró las manos. De nada serviría tratar de apartarse.

No le tembló la voz.

—Yo era muy cruel con mi madre. Le contaba sueños para asustarla. Salía sin sombrero porque eso le daba mucho miedo. No podía evitarlo. Tenía miedo de que explotara el Sol. —Se interrumpió y miró las manos—. Creo que realmente explotó y que todos murieron, como dijo mi padre. Creo... tendría que haberle mentido al contarle los sueños. Tendría que haberle contado que soñaba con chicos, con crecer, con cosas que no la asustaran. Podría haber inventado pesadillas como hacía mi hermano.

—Daisy —dijo él—, creo que no soy muy bueno para las confesiones. Yo no...

—Mamá se mató —continuó Daisy—. Nos envió a casa de mi abuela en Canadá y se suicidó. Y por eso pienso que si estamos todos muertos, yo fui al infierno. El infierno es eso, ¿verdad? Enfrentarse con lo que uno más teme.

—O con lo que más ama. Ah, Daisy —dijo él, apretándole la mano—, ¿qué te hizo pensar que esto era el infierno?

Sorprendida, lo miró a los ojos.

—Porque no hay sol —dijo.

Los ojos de él la quemaban, la quemaban. Buscó a tientas la mesa con el mantel blanco, pero la habitación había cambiado. No la encontraba. Ron la hizo acostarse junto a él en el diván azul. Mientras él seguía aferrado a sus manos, reteniéndola, ella recordaba.

Los enviaban a otra parte, para protegerlos del sol. Daisy estaba contenta de irse. Su madre se enojaba todo el tiempo con ella. La obligaba a contarle sus sueños. Todas las mañanas a la hora del desayuno en el living oscuro. Su madre ponía cortinados pesados sobre las persianas para que no entrara luz en absoluto, y en esa penumbra azul, ni siquiera los rayos oblicuos de la luz del verano pasaban por las persianas para caer en el rostro asustado de la madre.

No había nadie en las playas. La madre no le permitía salir, ni siquiera ir al almacén, sin sombrero y anteojos para sol. No les permitió ir en avión a Canadá. Tenía miedo de las tormentas eléctricas. A veces interrumpían las señales radiales desde las torres. La madre tenía miedo de que el avión se estrellara.

Los hizo viajar en tren. Les dio el beso de despedida en la estación, olvidando por el momento los largos rayos de sol polvorientos que entraban por las ventanas abovedadas de la estación de tren. El hermano de Daisy caminaba más adelante, hacia la plataforma, y la madre empujó repentinamente a Daisy a un rincón oscuro, en sombras.

—Lo que te dije sobre la menstruación, no sucederá ahora. La ta diación... llamé al médico y dijo que no me preocupara. Le sucede a todo el mundo.

Nuevamente Daisy sintió el leve tirón del miedo. Sus menstruaciones habían comenzado meses atrás, oscuras y sanguinolentas como las había imaginado. No se lo había contado a nadie.

—No me preocuparé —dijo.

—Ah, Daisy mía —exclamó repentinamente la madre—. Mi Daisy, al sol. —Y parecía encogerse en las sombras. Pero cuando el tren salió de la estación, la madre se puso directamente al sol y agitó la mano para despedirse.

El viaje en tren fue hermoso. Los pocos pasajeros se quedaron en sus camarotes con las persianas bajas. No había persianas en el comedor, y no había nadie que le dijera a Daisy que saliera del sol. Se quedó en el comedor desierto mirando por las anchas ventanillas. El tren volaba atravesando bosques, bosques de ramas linas, pinos espigados y álamos plateados. El sol iluminó a Daisy... sol y luego sombras y luego sol, corriendo sobre su rostro. Ella y su hermano pidieron una orgía de *Mlíkshakes* y postres y nadie les dijo nada.

Su hermano le leyó en voz alta los libros sobre el Sol.

—¿Sabes cómo es en el medio el Sol? —le preguntó. Sí. Estás con tu balde y tu pala y los dedos desnudos de los pies cavando en la arena, eres chico otra vez, no tienes miedo, miras la luz amarilla entrecerrando los ojos.

—No —respondió.

—Los átomos ni siquiera pueden permanecer unidos en el medio del Sol. Está tan atestado que chocan entre sí todo el tiempo, *pum, pum, pum*, así, y sus electrones se vuelan y andan por allí en libertad. A veces, cuando hay un choque, deja escapar un rayo equis que va, ¡*zum!* a la misma Velocidad de la luz, como una pelota en una máquina electrónica. *Bang-bang-bang*, hasta llegar a la superficie.

—¿Para qué lees esos libros? ¿Para asustarte?

—No. Para asustar a mamá. —Un acto de audaz honestidad, adecuado no sólo para la libertad en casa de la abuela, sino también para el tren.

Daisy le sonrió.

»Tú ni siquiera tienes miedo, ¿verdad?

Ella se sintió obligada a responderle con igual honestidad.

—No —dijo—, en absoluto.

—¿Por qué no?

Porque no dolerá. Porque después no lo recordaré. Porque estaré al sol con mi balde y mi pala y miraré hacia arriba y no tendré miedo.

—No sé —dijo Daisy—. Simplemente no tengo miedo.

—Yo sí. Sueño todo el tiempo con incendios. Pienso cuánto me duele cuando me quemo un dedo y entonces sueño que me quemo así todo el tiempo. —Él también había mentido a su madre sobre sus sueños.

—No será así —dijo Daisy—. Ni siquiera sabremos que ha sucedido. No recordaremos nada.

—Cuando el Sol se convierte en nova, comienza a consumirse. El centro comienza alienarse de cenizas atómicas, y eso hace que el Sol comience a usar toda su propia energía. ¿Sabes que en el centro del Sol está totalmente oscuro? Mira, las radiaciones son rayos equis, y son demasiado cortas como para verlas. Son invisibles.

Oscuridad total y las cenizas que caen a tu alrededor. ¿Puedes imaginarlo?

—No importa. —Pasaban por una pradera y la cara de Daisy estaba bañada por el sol—. No estaremos aquí. Estaremos muertos. No recordaremos nada.

Daisy no se había dado cuenta del alivio que sería ver a su abuela, con su rostro delgado y tostado por el sol, los brazos desnudos. Ni siquiera llevaba sombrero.

—Daisy, querida, estás creciendo —dijo. Y lo dijo de una manera que no parecía una sentencia de muerte—. Y David, siempre con la nariz en un libro, ¿eh?

Estaba casi oscuro cuando llegaron a la casita de la abuela.

—¿Qué es eso? —preguntó David, ya en el porche.

La voz de la abuela no se agudizó peligrosamente.

—La aurora boreal. Te aseguro que hemos tenido espectáculos aquí.

Sólo en ese momento Daisy se daba cuenta de lo ansiosa que estaba de oír a alguien que no tuviera miedo. Miró hacia arriba. Había grandes cortinas rojas de luz que se hinchaban casi hasta el cenit, y aleteaban en algún viento solar.

—Es hermoso —susurró Daisy, pero la abuela había abierto la puerta para que entrara, y le alegraba tanto ver esa luz clara en los ojos de la abuela, que la siguió a la pequeña cocina con su mesa cubierta de linóleo rojo y las cortinas rojas que colgaban de las ventanas.

—Qué bueno tener visitas —dijo la abuela, trepando a una silla—. Daisy, ¿puedes sostener este extremo? —Lanzó una larga cinta plástica amarilla a Daisy. Daisy la tomó, y miró ansiosamente a su abuela.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Tomando medidas para poner cortinas nuevas, querida —dijo, buscando en su bolsillo una hojita de papel y un lápiz—. ¿Cuál es el largo, Daisy?

—¿Para qué necesitas cortinas nuevas? —preguntó Daisy—. Éstas me parecen muy bonitas.

—Dejan pasar el sol —respondió la abuela. Sus ojos se habían oscurecido del miedo. La voz se le hacía más aguda con cada palabra—. Tenemos que poner cortinas nuevas, Daisy, y no hay telas. No hay telas en toda la ciudad, Daisy. ¿Puedes creerlo? Tuvimos que encargarla a Ottawa. En la ciudad se ha agotado toda la tela. ¿Puedes creerlo, Daisy?

—Sí —dijo Daisy, y deseó poder tener miedo.

Ron no le había soltado las manos. Ella lo miraba fijamente.

—Estás más cálida, Daisy —dijo—. Casi estás aquí.

—Sí —respondió ella.

Él retiró las manos y se levantó del diván. Se abrió paso en medio de un montón de gente en el living azul y salió por la puerta a la nieve. Daisy ni siquiera trató de ir a su habitación. Los observaba a todos, a los desconocidos con sus incansables movimientos al azar, a su hermano que caminaba mientras leía, a su abuela parada en

una silla, y el recuerdo llegó con facilidad y sin dolor.

—¿Quieres ver algo? —preguntó su hermano.

Daisy miraba por la ventana. Todo el día había visto titilar las luces, aunque afuera estaba tranquilo y silencioso. La abuela había ido a la ciudad a averiguar si había llegado la tela para las cortinas. Daisy no le respondió.

El hermano de Daisy le puso el libro frente a la cara.

—Esto es una prominencia —explicó. Las fotografías eran en blanco y negro, como las antiguas instantáneas, sólo que, debajo de las fotos, en lugar de las anotaciones de su madre, con tinta blanca, decía «Observatorio de Altura, Boulder, Colorado».

—Es una erupción de gas caliente a cientos de miles de metros de altura.

—No —dijo Daisy, pasando el libro a su propia falda—. Es mi aro dorado. Lo vi en mi sueño.

Pasó la página.

David se inclinaba sobre su hombro y señalaba.

—Ésa fue la gran erupción de 1946, cuando por primera vez hubo problemas y no se dieron cuenta. Pesaba un billón de toneladas. El gas se expandió en un millón y medio de kilómetros.

Daisy sostenía el libro como si fuera la instantánea de un ser querido.

—Simplemente salió a los tumbos, y echó todo este gas al espacio. Había toda clase de...

—Es mi oso dorado —dijo ella. La gran pata de llamas se extendía perezosamente desde la superficie negra del Sol en la foto, la pata salvaje, sedosa, del gas encendido.

—¿Con esto soñaste? —preguntó su hermano—. ¿Esto era lo que contabas? —Su voz se hacía cada vez más aguda—. Creí que decías que los sueños eran agradables.

—Lo eran —respondió Daisy.

Él le arrancó el libro y pasó las páginas furiosamente hasta llegar a un diagrama en colores sobre fondo negro. Mostraba una pelota roja con círculos concéntricos dibujados adentro.

—Mira —dijo, arrojándoselo a Daisy—. Esto es lo que nos sucederá. —Señaló bruscamente uno de los círculos dentro de una pelota roja—. Esto somos nosotros. ¡Nosotros! ¡Dentro del Sol! Sueña con eso, ¿eh?

Y cerró la puerta de un golpe.

—Pero estaremos todos muertos, de manera que no importará —dijo Daisy—. No dolerá. No recordaremos nada.

—¡Eso es lo que piensas! Tú piensas que sabes todo. Bien, no sabes nada. Yo leí un libro sobre esto y ¿sabes lo que decía? Ni siquiera saben lo que es la memoria. Creen que tal vez ni siquiera está en las células cerebrales. Puede estar en los átomos

en alguna parte y aunque nos hagan pedazos ese recuerdo queda. ¿Y si nos quemamos con el sol y después lo recordamos? ¿Si seguimos quemándonos y recordando y recordando por siempre jamás?

Daisy respondió tranquilamente:

—Él no nos hará eso. No nos dañará. —No tenía miedo cuando estaba al sol cavando con los dedos de los pies en la arena y mirándolo, sólo divagando—. Él...

—¡Estás loca! —gritó su hermano—. ¿Sabes? Estás loca. Hablas de él como si fuera tu novio, o algo así... es el Sol, ¡el Sol maravilloso que nos matará a todos! — Le arrancó el libro. Estaba llorando.

Perdona, estaba a punto de decir Daisy, pero en ese momento entró la abuela, sin sombrero, con los cabellos desordenados sobre el rostro delgado y bronceado.

—Recibieron la tela —dijo con júbilo—. Compré suficiente para todas las ventanas. —Abrió el paquete para mostrar los dos rollos de algodón rojo. La tela rodó sobre la mesa como las luces septentrionales, rojo sobre rojo—. Pensé que nunca llegaría aquí.

Daisy tendió una mano para tocarla.

Lo esperó, sentada ante la mesa con el mantel de damasco blanco en el coche comedor. Él vaciló al llegar a la puerta, y permaneció allí, enmarcado por la nieve de cenizas a sus espaldas, luego entró alegremente, cantando.

—Daisy, Daisy, dime tu teoría.

Llevaba en los brazos una pieza de tela roja. Se desenrolló al alcanzársela a la abuela... que estaba parada en la silla, transfigurada de alegría, y que había dejado caer para siempre a su alrededor los papelitos y el centímetro amarillo.

Daisy se acercó y se paró frente a él.

—Daisy, Daisy —dijo él alegremente—. Dime...

Ella le apoyó la mano en el pecho.

—No hay teoría —dijo—. Lo sé.

—¿Todo, Daisy? —le sonrió con su sonrisa fácil, un poco ladeada, y ella pensó tristemente que no podría verlo tal como era, sino sólo como el muchacho que había trabajado en el almacén, el muchacho que sabía todo.

—No, pero creo que sé. —Apoyó la mano firmemente contra el pecho de él, sobre el aro ardiente de su pecho—. Creo que ya no somos personas, no sé lo que somos... átomos privados de nuestros electrones, tal vez, que chocan interminablemente unos contra otros en el centro del Sol mientras el Sol se consume hasta reducirse a cenizas en la tormenta de nieve sin fin que hay en su corazón.

Él no daba claves. Su sonrisa seguía siendo confiada, cómoda.

—¿Y yo, Daisy? —preguntó.

—Creo que eres mi oso dorado, mi aro en llamas, creo que eres Ra, sin terminación en tu nombre, Ra que lo sabe todo.

—¿Y quién eres tú?

—Yo soy Daisy, la que amaba el sol.

El no sonrió. No modificó su expresión burlona. Pero su mano bronceada se cerró sobre la de ella, siempre empujando contra su pecho.

—¿Qué seré yo ahora, un rayo equis avanzando en zigzag hasta la superficie, hasta convertirme en luz? ¿Dónde me llevarás después de haberme tomado? ¿A Saturno, donde el Sol brilla en los anillos fríos hasta que se derriten para convertirse en felicidad? ¿Es allí donde brillas ahora, en Saturno? ¿Me llevarás allá? ¿O nos quedaremos aquí para siempre, yo con mi balde y mi pala, mirándote con los ojos entrecerrados?

Lentamente él le soltó la mano.

—¿Dónde quieres ir, Daisy?

La abuela estaba inmóvil sobre la silla, como lo había hecho en el momento en que el Sol se convirtió en nova. Sonrió a su abuela.

—Es hermosa —dijo—. Me alegro tanto de que haya llegado.

De pronto se inclinó hacia la ventana y arrancó los cortinados descoloridos, como si pensara que se le concedería algún tipo de visión, que por un instante podría ver a la niñita que era ella misma... con su pecho de niñita y su panza de niñita... que podía verse como realmente era. Daisy, al sol. Pero sólo veía la nieve interminable.

Su hermano leía en el diván azul en el living de su madre. Se inclinó sobre él, mirándolo leer.

—Ahora tengo miedo —dijo Daisy, pero no era el rostro de su hermano el que la miraba.

Muy bien, pensó Daisy. Ninguno de ellos puede ayudarme. No importa. Tendré que enfrentarme con lo que temo y con lo que amo, que no son la misma cosa.

—Bien, entonces —dijo Daisy, y se volvió hacia Ron—. Me gustaría salir a dar un paseo. Con la capota baja. —Se detuvo y lo miró, entrecerrando los ojos—. Me encanta el sol —dijo.

Cuando él le rodeó los hombros con el brazo, no se movió. La mano de él se cerró sobre su pecho y se inclinó a besarla.

*Daisy, in the Sun, 1979*



# **En el castillo del espejo**

*Gene Wolfe*

*Escribí este cuento en 1979, cuando mi agente, Virginia Kidd, me dijo que el Triquarterly, la revista literaria de Northwestern University, pensaba dedicar un número completo a la ciencia ficción... un número que sería preparado por David G. Hartwell, mi editor en Simon & Schuster Pocket Box. Esa noticia me hizo interrumpir la novela que estaba terminando trabajosamente y comenzar el intento de soñar algo que hiciera sentir orgulloso de mí a Hartwell.*

*Jonna Russ y Alice Sheldon (esta última escribía bajo el seudónimo de «James Tiptree, Junior») habían escrito recientemente cuentos sobre sociedades pobladas totalmente por mujeres, pero se me ocurrió que nunca había leído un cuento semejante escrito por un hombre. Decidí ser yo el hombre que lo escribiera, y ubiqué mi historia en Florida, cerca del puerto espacial de Cabo Cañaveral, una zona que había visitado poco tiempo atrás. Mi personaje central sería una visitante, también, que por lo tanto pudiera ver el lugar con ojos prístinos; entonces, obviamente, debía ser una ingeniera o científica de algún tipo.*

*Visualicé a esa mujer como una persona seria, intelectual, vulnerable (como tienen que serlo todos los intelectuales) que no carecía de atractivos pero que no era particularmente bonita. Cuando la vi ante su escritorio, oprimiendo botones en la terminal de la computadora, garabateando notas, mordiendo el lápiz y oprimiendo botones otra vez, supe que era matemática... y que su principal interés era la teoría de los conjuntos, creo... no podía haber sido ninguna otra cosa.*

*Resultó que a Hartwell le gustó el cuento, y el Triquarterly pagó por él una cantidad respetable, aunque no extraordinaria. El número especial, el 49, se publicó como estaba previsto, y realmente fue la producción estelar que se esperaba. Hubo cuentos de Ursula K. Le Guin, Thomas M. Disch y Samuel R. Delany: autores con nombres elegantes cuyos lugares en primera fila nadie cuestiona. Pero la mayor parte de la atención de los críticos se dirigió y con justicia, creo, hacia «Paradise Charted», un ensayo penetrante, histórico y analítico de mi amigo Algis Budrys.*

*En términos generales, ése sería el final de la historia, y ése sería el momento ideal para que ustedes comenzaran a leer la historia real. Las revistas como el número 49 del Triquarterly y los cuentos como «En el castillo del espejo» causan conmoción por un tiempo, alrededor de un año, con mucha suerte... y luego se olvidan. La época en que el público lector podía entusiasmarse y seguir entusiasmado por cuentos y números de revistas como éstos, lamentablemente terminó hace mucho tiempo.*

*Pero un día de 1981, mientras revisaba mi correspondencia, echando maldiciones como suelo hacerlo y arrojando cosas a los altos cestos para papeles que nuestro correo proporciona para esos fines, de pronto me detuve. El sobre que estaba por tirar tenía remitente del Consejo de Arte de Illinois y, aunque estaba casi seguro de que era un pedido de donación, lo abrí. «En el castillo del espejo» había ganado una subvención del pueblo del estado de Illinois (el estado donde yo vivo) y, como es la única subvención que recibí en mi vida, la recuerdo con mucho cariño.*



—Me alegro de que seas nueva en Florida —dijo la agente de la inmobiliaria—, porque este lugar es maravilloso. Es bueno poder darle a alguien este tipo de bienvenida. —Miró a Daisy McKane y sonrió. Era muy atractiva, pensó Daisy McKane, bronceada y con pecas... aunque tal vez un poco vieja.

—Florida ya me ha resultado maravillosa —respondió Daisy, tratando de dar un ligero énfasis a las últimas palabras—. Muy hermosa. Conocí gente encantadora.

Tenía la mano izquierda junto a la pierna, donde la agente podría tocarla fácilmente si lo deseaba. No lo hizo. Daisy miró por la ventana el aburrido paisaje de palmeras y pastos resecaos bajo el sol del mediodía.

—¿Estás segura de que las baterías están bien? —preguntó unos momentos después. Le horrorizaba viajar por un camino solitario, y en ese momento había muchos caminos solitarios.

—Son flamantes y recién cargadas —anunció alegremente la agente—. No hay de qué preocuparse. Florida no tiene problemas con los autos desde que usan carrocería de fibra de vidrio. El aire salado corroía terriblemente a los de aluminio. Se formaba un polvo blanco espantoso. ¿Dónde me dijiste que trabajabas?

—En el Cabo.

—¿En qué parte?

—En realidad no creo que debo decírtelo —respondió secamente Daisy. Ya había hecho su doctorado, y le irritaba no poder usar el título afuera.

—Ah, no soy espía. —La agente rió, y Daisy decidió que no era tan atractiva como había pensado al principio. «Lo mejor es el celibato», se dijo. Siempre había sido lo mejor.

—Me han dicho que en el norte hay simpatizantes por todos lados.

—Realmente no lo sé.

Pasaron a un camino nuevo. Una señal de metal muy estropeada anunciaba: WESTCOCOA BEACH/POB 15 000.

—No lo tengas en cuenta —dijo la agente—. Son más bien doce mil.

«Hasta eso debe de ser mentira», pensó Daisy.

—¿Tienes auto? Lo necesitarás. Tengo una amiga que trabaja en eso. Te daré su tarjeta.

—Me lo mandan por ferrocarril —respondió Daisy—. Veo que hay muchas de estas casas en venta.

Eran bungalows bastante deteriorados en general y estrangulados a medias por las plantaciones tropicales.

—Puedes conseguir una casa tres veces mejor por lo mismo que piden por éstas —aseguró la agente—. Eso es lo que te llevo a ver.

El autito dobló en una curva y se detuvo con una sacudida. Daisy miró por la ventanilla... la casa era... majestuosa. No había otra palabra para describirla. Dos pisos, y ventanitas cerca del techo que indicaban un altillo terminado. El terreno era el doble de largo que los demás. El pasto estaba alto y descuidado y la casa

necesitaba un poco de pintura, pero de todos modos...

—Diecisiete mil quinientos —dijo la agente—. Con el trabajo que haces el Banco no pedirá pago por adelantado, aunque puedes hacerlo si lo deseas.

—Nunca podría amueblar esta casa —dijo Daisy mientras bajaba del coche—. Nunca.

—Ya hay muebles; van con la casa. Conserva lo que te guste y despréndete del resto.

—¿De veras? —Daisy se volvió para mirarla, pero ya estaba subiendo la escalinata.

—De veras. Los muebles viejos prácticamente no valen nada hoy día. Excepto que sean verdaderas antigüedades. —Una mujer gorda con traje estampado las miraba desde el césped de la casa de enfrente. Cuando Daisy la miró, sacudió la cabeza y se alejó.

—Hay otra, ventaja. Tendrás vecinos a ambos lados y enfrente. Es bueno para el caso de que uno se enferme o algo así. La gente aquí se ayuda mucho.

Se abrió la puerta de entrada, y les llegó una agradable oleada de aire fresco. Daisy entró en la casa, y miró la chimenea y el elegante sofá Reina Ana.

—Es hermosa, y tan fresca.

—Mencioné en la oficina que iba a mostrártela —replicó la agente—. Nora venía para aquí, y debe de haber pasado para poner en funcionamiento el aire acondicionado.

En la cocina, Daisy dijo:

—Es tan grande. Me pregunto si encontraré a alguien para que viva conmigo aquí.

La venta era un hecho. La agente se aflojó y sonrió.

—Deberías hacerte un estudio clonal, es decir, si no lo has hecho ya...

Daisy hizo un gesto negativo.

»... porque, fijate lo que le pasó a la propietaria anterior. No lo había hecho; se ahogó y tuvo que renunciar a todo. Lo único que hacen es retirar algunas células del interior de tu mejilla, ¿sabes?

—Si no encuentro a nadie con quien compartir la casa, no habrá nadie para cuidar al bebé. —Daisy era una persona práctica.

Una adolescente que masticaba chicle le entregó el auto al día siguiente, y Daisy la llevó de vuelta a la estación.

—¿Es viejo, verdad? —preguntó la muchacha. Daisy asintió con expresión ausente. Los costados abultados del auto, que parecían tan fuertes y seguros en Boston, resultaban fuera de lugar bajo el sol brillante. ¿Eran de aluminio? Daisy no estaba segura.

—¿A qué distancia está el océano? —preguntó a la muchacha—. En línea recta,

quiero decir. —La anterior propietaria de la casa se había ahogado.

—A unos quince kilómetros, creo.

Era una tontería. El Cabo estaba sobre la costa, y su auto estaría estacionado allí seis días por semana.

En camino a la casa compró harina, azúcar, café, y alimentos en lata. ¿Había ollas? No lo recordaba, y compró una cacerola y una cafetera baratas. Había pasado la noche en un motel, agradable pero demasiado caro, aun en ese momento que no estaban en temporada. «Nunca más», pensó. Acamparé en la casa hasta que tenga todo lo necesario para convertirla en un lugar cómodo.

Resultó que era muy poco lo que necesitaba. En la casa había ya una abundante provisión de ropa blanca, ollas y cacerolas, y espátulas en abundancia... hasta había un poco de comida... «Podría haberme quedado», se dijo, «y ahorrar el dinero. Tendré un gato, y tal vez un perro, también. Los haré castrar... o tal vez no».

Encendió el televisor, y el piso de abajo se llenó de sonidos solemnes mientras ella guardaba sus compras. En un diario que habían usado para forrar un cajón se anunciaba: CERDO BUSCADO. El diario era de seis meses atrás, pero de todas maneras lo leyó. Se pensaba que el hombre se ocultaba en los Everglades; el artículo hablaba sobre la dificultades de buscar en los Everglades y decía muy poco sobre él. ¿Dónde estaban? «Al sur» pensó Daisy, a mucha distancia de allí. Veía fotografías de hombres en los diarios y revistas tan a menudo que le resultaba difícil recordar la última vez que había visto uno de carne y hueso. Cuando era chica, seguramente.

Esa noche leyó el *Journal of Mathematics* sin escuchar las voces del televisor encendido, y luego se acostó. Durmió mal, luego pasó un día fatigoso en el Cabo conociendo a sus compañeras de trabajo. Al día siguiente fue a trabajar en serio. Antes del domingo no tuvo tiempo de dar una vuelta por la casa.

Era incómoda como es incómoda la ropa demasiado grande, porque queda muy floja. Daisy se sentía grande y torpe en su pequeño departamento de Boston, pero en ese momento se sentía pequeña y sin fuerzas en esa inmensa estructura. Hacía ruido sólo por hacer ruido y de pronto no sabía, mientras lavaba la ropa, si alguien golpeaba a la puerta de la casa. Se le aceleraban los latidos del corazón al oír el murmullo de aire frío que salía del acondicionador. Comía demasiado, y estaba segura de que era por un esfuerzo subconsciente de agrandarse.

La anterior dueña de la casa —Jane Algo, figuraba en el documento— era una excéntrica. «O tal vez», pensó Daisy, «un excéntrico es alguien que muere sin haber aprovechado la oportunidad de ganar una fortuna». Había guardado paquetes de semillas vacíos del jardincito del fondo, y cinco pares de tijeras muy parecidas en su cesto de costura. No había quedado casi nada de su ropa, o tenía muy poca. Había un álbum de fotos, pero no se podía adivinar cuál era la suya. Probablemente ninguna. Las pocas ropas que quedaban demostraban que había sido alta y delgada; Daisy vio unos cabellos de color castaño claro antes de tirar un cepillo. Jane muerta, desnuda entre las olas.

En la biblioteca del living estaban los autores habituales: Austen, las Bronte, Willa Cather, Edna Ferber, George Sand, *Frankenstein*... Daisy estaba a punto de dejar de mirar cuando vio algo detrás de los libros. Flannery y Dorothy Parker cayeron al suelo y ella pudo alcanzarlo. Resultó ser otro libro, una colección de cuentos cortos de Guy de Maupassant, encuadernado en cuero rojo y casi hecho pedazos a fuerza de usarlo. Retiró el resto de los libros y descubrió uno escondido en la oscuridad: *La metamorfosis y otros cuentos*, con las páginas sueltas.

La mujer gorda de la casa de enfrente la invitó a tomar el té, y ella fue, agradecida.

—¿Sabe que, excepto la gente con quien trabajo, no conozco a nadie en Florida?

—Mejor no conocer a la mayoría de ellas —contestó la gorda, y se lanzó con mucho placer a relatar las malas acciones de sus vecinas: mujeres que tenían amigas raras, que eran criminalmente descuidadas con el dinero, y no cortaban el pasto.

Daisy se sonrojó. Todavía no había tocado el césped en su casa.

—Pensaba hacer algo esta tarde —mintió—, pero no logro poner en marcha la vieja cortadora. Supongo que tendré que comprar una nueva.

—Jane tenía muy bien la casa. No puedo negarlo.

—Parece haber sido una excelente ciudadana —admitió respetuosamente Daisy.

—Excepto que nunca... bien, bien. Yo me lo hice hacer tres veces. Las crié a todas, pero Pearl IV ha muerto.

«¿Tres copias de esto?». Era espantoso.

—Se le dio vuelta el bote. Nunca encontraron el cadáver.

«Ve a ver al gris fabricante de viudas», pensó Daisy. No estaba bien... ¿por qué no había una palabra para la madre que había perdido a su hijo? Tendría que haberla. Dijo en voz alta:

—¿Qué le sucedió a la anterior propietaria de mi casa? Me dijeron que se ahogó.

La gorda murmuró algo.

—¿Cómo dice?

—Que ocurrió en la cisterna. Cayó en la cisterna, cabeza abajo.

Cuando Daisy volvió a su casa, la mentira se transformó en verdad. La cortadora de césped no arrancaba. Con el brazo dolorido se refugió en la frescura de la cocina. Unas planchas en el patio del fondo seguramente marcaban el lugar siniestro. No era más que un tanque de hormigón para recoger el agua de lluvia del techo del jardín, pero no estaba segura de poder levantar la tapa en ese momento. ¿Quién la había encontrado? ¿Cuánto tiempo había pasado allí? Se lo preguntaba, pero prefería no saberlo.

Había alguien, algo en la casa. Algo que movía las cosas, aunque fuera muy poco,

mientras ella estaba en el Cabo. Una caja de frutas secas, que nunca había tocado después de abrirla, se vaciaba día a día. En las noches de viento se oía andar a algo.

Invitó a todos los que conocía aunque fuera superficialmente a la inauguración de la casa y gastó casi trescientos dólares en bebida y comida. Fue un gran éxito que dejó a una física y dos programadoras durmiendo su borrachera en la casa, y que aquietó al «fantasma» durante casi dos semanas.

Luego volvió. Daisy se despertaba y lo oía caminar por las escaleras, y luego, con más coraje que el que pensaba que tenía fue a buscarlo con una linterna.

—¿Quién eres? No te haré daño. —*Si tú no me haces daño a mí.* Sólo después se preguntó qué habría hecho si hubiera encontrado a alguien —se obligó a visualizar a una muchacha negra llenando una bolsa con cosas.

Al día siguiente fue a la tienda de artículos deportivos. Las armas de fuego le inspiraban rechazo, pero dijo que algún animal, tal vez un mapache, se metía en el tacho de basura. Cuando declaró que nunca había disparado un arma, la mujer de la tienda le sugirió usar una trampa, y se fue pensando en el asunto.

¿Qué podía ser irresistible? ¿Una golosina? Compró una caja, contó las unidades, comió cinco, y dejó la caja sobre la mesita baja. Veintiséis. Veinticuatro. Veinticuatro. Veinticuatro. Veintitrés. Eso fue durante una semana, una semana de trabajo, y una semana parecía suficiente. Dejó de contar y comió el resto del contenido de la caja, luego compró una nueva caja en la que puso veneno para ratas. No fue tocada. Compró galletitas, pan, mermelada, bizcochos, más fruta seca, naranjas Indian River, huevos y ostras en lata del Japón. En Boston tenía que luchar para no engordar; en ese momento estaba demasiado delgada. Una noche soñó que alguien a quien no veía se paraba junto a su cama expresando una queja que no llegaba a oír, y al día siguiente compró más comida, exquisiteces elegidas al azar.

Un aviso de *Scientific American* ofrecía a los ornitólogos un «arma electrónica», capaz de atrapar pájaros grandes, como las lechuzas. Encargó una, dando su dirección en el Cabo.

Atrancó la puerta del dormitorio, compró un calentador, e hizo instalar un teléfono en su cuarto. Cuando se presentó una nueva mujer en el departamento, Daisy le ofreció compartir la casa, sin pagar alquiler, pero la mujer nueva era atractiva y aparentemente tenía mejores ofertas.

Una noche vio una luz fantasmal en la calle y salió al porche. Una niñita había atrapado luciérnagas en un frasco y paseaba por el barrio con ellas. Daisy la miró hasta que se dio cuenta de que todas las mujeres que caminaban estaban haciendo lo mismo.

Soñó que ella era Jane, cabeza abajo en el pozo. Una de las programadoras mencionó, riéndose un poco, que alguien «se había divertido» con ella mientras dormía en el sofá Reina Ana.

—¿Eras tú, Daisy?

—¿Cómo puedo recordarlo? —respondió Daisy—. Es posible. —Las dos rieron,



y esa misma semana, la programadora la invitó a almorzar sólo para aclararle, mientras comían, que esperaba que ella le pagara la cuenta. Daisy pensó: «¿Qué ventaja hay?» y resolvió no hablar nunca más con la programadora.

—Tú ganas más que yo —dijo la programadora al salir.

Llegó el arma electrónica, y la escondió en el auto. Esa noche, después de fingir que salía de casa, volvió por la puerta trasera y buscó en todas partes, pero no encontró a nadie.

Una mañana se despertó temprano sin saber por qué. Mientras todavía estaba en la cama, saboreando el lujo del sueño que se disipaba, lo oyó bajar por la escalera. El sonido era tan poco definido que en cuanto desapareció estuvo segura de que había sido una ilusión, una ilusión auditiva. Se levantó, se puso la bata y bajó a preparar café.

Él estaba en la cocina comiendo tostadas y dulce de frutilla. Su rostro le pareció brutal a Daisy, a pesar de que estaba enmascarado por pelo negro y rizado.

—Eres tú —dijo Daisy antes de tener tiempo de preguntarse si no tendría que haberse mostrado sorprendida e insultada.

Él hizo un gesto afirmativo, mirándola sin pestañear.

»Deberías haber sabido que te encontraría aquí.

Él volvió a asentir.

»Voy a llamar a la policía. —De pronto se dio cuenta de que no debería habérselo dicho, porque él podría inmovilizarla (estaba segura de que era más fuerte que ella) y llevarla afuera. En su imaginación lo veía corriendo la tapa de la cisterna de un puntapié; veía la abertura circular de la muerte.

»Voy a gritar —dijo.

—Yo no te tocaré. —Su voz era más profunda de lo que esperaba, dura sin inflexiones, por el aislamiento.

—Voy a llamar a la policía —volvió a decir Daisy—. Será mejor que te vayas. No trataré de detenerte.

Él untó con mermelada la segunda tostada.

»Te matarán.

Él hizo un gesto negativo.

—Por ahora no. Primero me preguntarán quién me ayudó, cómo conseguí sobrevivir tanto tiempo. Daré tu nombre.

—No te creerán. —Se llenaba de valentía, y la hacía sentirse bien, como cuando uno encuentra dinero que había olvidado que tenía—. Soy doctora en ciencias. Soy una ciudadana modelo.

—Yo estoy aquí. Soy una prueba de mí mismo. ¿Crees que creerán que podría haber vivido contigo todo este tiempo sin tu ayuda? —Hizo un ademán, que señalaba la casa grande y los estantes bien provistos de la despensa.

\—Eres muy inteligente, ¿eh?— dijo ella.

Él respondió casi humildemente.

—No tengo otra cosa que hacer que leer y planificar.

Como por arte de magia, tenía la cafetera en la mano. La llenó de agua en la pileta y colocó las cucharadas de café.

—Podríamos hablar. No te haré daño si tú no me haces daño a mí.

—No te haré nada.

—Muy bien, no puedes. —Agregó con amargura—: ¿Quién te traería comida? — Y luego recordó a Jane muerta en el pozo y los estantes llenos de provisiones. El solo debía esperar a que llegara su próxima víctima. Lo vio como una araña negra y peluda, paciente, en el centro de su tela.

—No te haré nada —volvió a decir él—. Y en cuanto a que tú trates de hacerme daño, es lo único que podrías hacer para que deje de tenerte miedo.

—¿Para qué te mostraste a mí? No me digas que no tendrías miedo si la policía viniera a buscarte.

—Porque era demasiado peligroso no hacerlo —respondió el hombre—. Todos los días temía que les encargaras a ellas que me buscaran. Podrían haberme encontrado.

Daisy corrió una silla y se sentó, sorprendida de sí misma y sorprendiéndolo también a él, pensó.

—¿Dónde estabas?

—En distintos rincones, en distintos momentos.

—Mataste a la otra mujer... a la que estaba aquí antes que yo.

Él asintió.

—En forma indirecta y no intencional, sí.

Daisy no entendía lo que el hombre quería decir.

—¿Me matarás de la misma manera?

—No.

—Ustedes deben de ser muchos... más de los que pensamos. Supongo que es por eso que el gobierno hace tanto ruido con este problema. ¿Alguna vez se reúnen?

—De dos o de a tres, por las noches.

—¿Y todos viven como tú? ¿En casas como ésta?

Él hizo un gesto negativo. El café estaba listo y llenaba la cocina con su cálido perfume.

»Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Yo obtengo lo que quiero y tú obtienes lo que quieres. —Estaba desesperada—. ¿Qué te parece? Lo que yo quiero es que te vayas y prometas no contar mentiras sobre mí.

—O la verdad —dijo él—. Que te sentaste a hablar conmigo en lugar de gritar o correr al teléfono.

—O la verdad —admitió Daisy—. Bien, ¿qué quieres tú?

—Quedarme aquí todo el tiempo que desee. Estar seguro hasta que pueda

encontrar algún país donde todavía gobiernen los hombres.

Ella trató de sonreír.

—Parece que hemos llegado a un callejón sin salida.

De pronto él sonrió, también.

—Sólo en el terreno de la lógica. Por los libros que has traído, veo que eres matemática...

Ella asintió.

—Pero la esfera de la lógica nunca fue el mundo de las mujeres y los hombres. Si podemos lograr olvidarla, los dos podemos ser libres, o al menos tan libres como podamos.

Daisy se levantó y sirvió el café, esperando que él continuara. Como permaneció en silencio, dijo:

—Lo lamento, pero no soy la Reina Blanca. No puedo creer en cosas imposibles.

—«Yo diría que no tienes mucha práctica» —citó él—. «Bien, yo he llegado a creer hasta seis cosas imposibles antes del desayuno.»<sup>[4]</sup> —Y agregó—: No pensé que ustedes las mujeres leyeran todavía textos escritos por hombres.

—Creo que las matemáticas jamás abandonaremos a Carroll. Afortunadamente podemos mencionar el nombre sin gran peligro. ¿Sabes algo de matemáticas?

Él hizo un gesto negativo.

—Sólo lo que sé de la lógica... que ella debe servirnos a nosotros y no nosotros a ella. ¿No estás de acuerdo, por ejemplo, en que si los dos quisiéramos lo mismo no podríamos tenerlo? Mira, aquí hay una rebanada de pan, untada con mermelada. Podríamos dividirla exactamente entre los dos, o usando alguna complicada fórmula que tú desarrollarás. Pero si los dos quisiéramos toda la rebanada, ¿podríamos tenerla? ¿Podríamos comerla los dos?

—¿A dónde vas?

—Sólo quiero decir que como deseamos cosas muy diferentes, en realidad no hay impedimentos para que cada uno tome lo que desea, y se vaya. No voy a detenerte si tú no tratas de detenerme.

—Lo que dices no tiene sentido.

Él asintió con seriedad.

—Si tuviera sentido, los dos iríamos a la cárcel. Permíteme que te lo repita: toma lo que quieras y yo tomaré lo que quiera. Puedes decirte a ti misma que me fui, y me habré ido. *Nunca* volverás a verme, ni a oírme.

—Pero en realidad estarás aquí. Viviré una mentira.

—No, no; yo me iré. Me iré cuando piense que no hay peligro; y cuando haya encontrado un lugar a dónde irme; y si tengo que volver, volveré a irme. Puedes cerrar la casa con todas las trabas que quieras; yo lograré entrar si tengo que entrar. Pero no me busques, ni traigas gente. ¿De acuerdo?

—No. —Daisy vaciló—. Sí, tal vez. Tengo que pensarlo.

—Te serviré más café —dijo él, y sonrió casi como disculpándose—. Los

hombres de los libros siempre hacen cosas así, y a mí me gustaría hacerlo.

Ella dijo:

—Creo que estás equivocado. En los viejos tiempos las mujeres atendían la mesa. —Pero ya no prestaba atención a lo que ella misma decía. Por un momento él permaneció junto a ella, con la cafetera que ella había comprado el primer día en la mano. Luego desapareció. Ella esperó que volviera a sentarse, pero pronto se dio cuenta de que estaba sola en la cocina, tal vez sola en la casa.

Tal vez no. Todas las noches revisaba el dormitorio (no le había prometido no revisar el dormitorio, sólo la casa) y cuando se aseguraba de que estaba vacío, atrancaba la puerta. Todas las mañanas pensaba, al entrar en la cocina, en lo que le diría si lo encontraba allí.

Terminó el largo y húmedo verano. La televisión hablaba de nieve en las Grandes Llanuras, luego la mostró, blanca como la inocencia, arremolinándose en los desfiladeros en Nueva York. El aire de Florida era fresco y agradable. Daisy cerró el aire acondicionado y abrió las ventanas.

Su trabajo la absorbía cada vez más al acercarse a la terminación de *Afrodita*. Había que reducir todas las contingencias concebibles e inconcebibles a ecuaciones que las programadoras pudieran traducir para las computadoras. Ellas, las ingenieras, sugerían acciones correctivas hipotéticas, que a su vez había que reducir a su forma matemática. Se planificaban puestos de observación para California y para la ladera norte de Alaska; partirían naves para mantener en observación el segmento en órbita cuando descendiera por debajo de la Cruz del Sur. El vehículo de lanzamiento del segundo segmento se elevaba ya en medio de un amontonamiento de grúas y andamios. Los planes para el tercero salían ya de las terminales de diseño gráfico, y comenzaban a tomar forma los planes para el cuarto. La mujer podría permanecer donde el Hombre sólo había llegado como aventura.

Por momentos Daisy tenía la dolorosa conciencia de que los símbolos que manejaba con despreocupación eran en realidad cientos de toneladas de metal y combustible. En otras épocas le parecía que ningún plan podía anticipar la realidad del lanzamiento, que *Afrodita* volvería a caer a la Tierra donde se encendían los cohetes, o flotaría como los vilanos de los cardos. Rara vez salía del Cabo antes del anochecer, y cuando volvía a su casa lo único que hacía era ducharse y tenderse todavía mojada en la cama.

Una noche volvió más tarde que lo habitual, y percibió un solo sonido suave, como un paso vacilante, de algún simpático animal de una sola pata. Al entrar en el dormitorio para encender la luz tocó con el dedo del pie algo desconocido en el suelo. Era un libro: *Sylvie y Bruno*.

De allí en adelante comenzó a recibir regalos más o menos una vez por semana. Algunos eran libros. (entre ellos, *Problemas con la almohada*). Más frecuentemente flores, joyas antiguas, y pequeñeces: hermosas conchillas, un coco grande, una lapicera dorada. Una vez encontró un pez rojo de México sobre hielo picado en un

recipiente de porcelana que no era suyo.

Trató de varias maneras de enviar mensajes diciendo que esos regalos no le agradaban, y que más que peligrosos eran inútiles. Pero no podía obligarse a tirarlos o destruirlos. Limpió, cocinó y comió el pescado, ocultó los libros detrás de otros libros en el living, y un día se encontró escribiendo un informe con la lapicera. A veces pasaba la noche en el Cabo, y dormía un poco después de medianoche en el diván de la sala de descanso; eso impresionó a sus superiores como una extraordinaria devoción al proyecto.

Al entrar en la calle vio los coches policiales, que eran tres. Un instante más tarde sintió el ruido de un helicóptero; desde arriba iluminaban con reflectores. Lo más tranquilamente que pudo, llevó el auto al sendero y bajó. Dos mujeres policías altas, musculosas, con armas en la mano, se dirigían a ella. Sabiendo que se la pedirían, abrió la tarjeta para mostrar su cédula de identidad, y le apuntaron con las armas.

Tenía la sensación de estar fuera de sí misma, observando a una desconocida que se ponía histérica sin demostrarlo. No, dijo esa nueva Daisy. No, no había visto nada, no había oído habladurías, ni rumores. Sí, vivía sola. Sí, podían examinar la casa si lo deseaban.

—Será mejor, para su propia protección —respondió una de las policías—. Puede haber entrado mientras usted no estaba. No le gustará entrar y que salte sobre usted.

—No —admitió Daisy. Abrió la puerta de entrada y encendió las luces, preguntándose qué diría si había un libro o un pescado en el pasillo de arriba. No había nada. Les permitió buscar debajo de la cama con las linternas, luego las llevó a la escalera plegable del segundo piso, y finalmente al lavadero y al gran acondicionador de aire.

Cuando se fueron, hizo una valija. La valija tenía sus iniciales, de manera que trató de componer un nuevo nombre que coincidiera con ellas. Nunca podría volver a Boston; allí seguramente la encontrarían. Denver McKay, Detroit McKenzie... sonó el teléfono.

—Hola, ¿la doctora McKane? —No reconocía la voz.

—Sí.

—Habla Edith Berg, la jefa de la División de Matemática. Creo que nos hemos visto un par de veces. Espero no haberla sacado de la cama.

—Ah, no, doctora Berg. —Daisy echó una mirada a la valija abierta—. Estaba guardando unas cosas.

—Bien. No la llamaría a esta hora si no se tratara de una emergencia. ¿Conoce a Char Cavallo? Tuvo un ataque al corazón.

—No la conozco bien —dijo Daisy, buscando frenéticamente en su memoria algo que uniera a la doctora Cavallo con ella misma—. Pero, por supuesto, lamento lo sucedido.

—Fallo cardíaco congestivo, eso es lo que dicen. Era jefa de Matemática en el *Frances Alda*, y ahora por supuesto no puede ir. Alguien tiene que ir, y la mayoría de las mujeres que han estado en ese proyecto durante bastante tiempo no puede hacerlo o ya han partido para los lanzamientos de prueba. Yo quería saber... es decir, espero que...

—Iré —respondió Daisy.

La voz de la doctora Berg transmitió alegría:

—¿De veras? ¡Maravilloso!

—Me gustaría mucho —dijo Daisy—. Iré.

—No será un viaje de placer, como usted sabe. Las condiciones de vida a bordo de la nave son primitivas, y no tendrá mucha gente con quien hablar. Estará en el mar durante varios meses.

—Me llevaré libros.

—Doctora McKane, es usted muy fuerte. No olvidaré esto. ¿Puede presentarse en el barco mañana por la mañana? ¿Antes de las siete? Tienen que salir a esa hora... por algún problema con la marea.

—Preferiría presentarme esta noche. Me gustaría poder acostumbrarme a mi camarote antes de salir. Desempacar y todo eso.

—Muy bien. Les diré que viene. Gracias otra vez, y adiós. No sabe cuánto le agradecemos.

Después de cerrar la valija, McKane fue hacia la escalera.

—¡Escúchame! —Su voz hizo eco en toda la casa—. Lamento lo de la investigación. Me habrían arrestado y habrían investigado de todas maneras, si hubiera dicho que no. Ahora me voy. Estoy en mi derecho, según lo que acordamos, de actuar como si no estuvieras aquí. —Esperó, escuchando. No hubo ningún sonido, ninguna respuesta. Sin duda había escapado antes de que llegara la policía—. Estoy en mi derecho —volvió a decir—. Me necesitan para observar el lanzamiento, —sin poder contenerse agregó—: Te agradezco los regalos. Gracias, y buena suerte.

A la mañana siguiente la despertó la sirena de los remolques. Durante un cuarto de hora se quedó en su litera disfrutando el balanceo que parecía a la vez calmarla y estimularla. *La cuna de la profundidad*, lo había leído en el primer año de Inglés, por Joan... no recordaba el apellido. Vio un resplandor blanco cuando una gaviota pasó frente al ojo de buey, y el aire de la cabina era aire marino.

Daisy se levantó, se lavó, se puso su vieja ropa de la universidad, y subió a cubierta. Florida ya se había reducido a una costa baja por el lado de la popa. El Atlántico estaba hosco, poderoso y bello bajo el sol brillante, un tigre interminable visto a través de una esmeralda. Allá adelante, dos marineras con el pelo recogido en cola de caballo echaban el último remolque. Como movidas por manos invisibles, las cuerdas se estiraban. Los motores zumbaban y los engranajes giraban, y las velas

Mylar, transparentes, como la piel que cambian las serpientes, trepaban a los altos mástiles. Daisy miró hacia el puente, esperando ver a la capitana atenta a sus controles, pero sólo vio el resplandor del sol de la mañana en el vidrio. Los mástiles recibieron el viento, y el *Frances Alda* cobró vida.

Daisy se quedó en cubierta hasta el desayuno. En lo que llamaban «El salón» tragó café y huevos revueltos, y explicó por qué había sustituido a último momento a la doctora Cavallo. En cuanto pudo, volvió a la parte superior del barco. Allí la libertad parecía algo tangible, algo que sentía llegar a sus pulmones y correr por sus arterias.

«Toda mi vida he estado sucia», pensó. «Esto me limpia». Al mediodía se dio cuenta de que había estado demasiado al sol, y se felicitó por haber llevado una loción refrescante.

En la oscuridad de la cubierta inferior vio el rostro barbudo del polizón.

*In Looking-Glass Castle, 1980*

# Notas



[1] Mahoma en inglés puede escribirse: Mohammed, Muhammaad, Mahomec (*N. de la T.*) <<

[2] Cuasar: fuente de radio cuasi estelar; uno de los objetos celestiales distantes parecido a una estrella que emite inmensas cantidades de luz o de ondas radiales. <<

[3] El relacionante *which* se usa para cosas, y *who* para personas. *Sang*, pasado de *sing*, cantar; *sank*, pasado de *sink*, hundirse. (N. de la T.) <<

[4] Son citas de *A través del espejo*, la segunda parte de *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll. <<